

de



SERAFINA y la CAPA
NEGRA

ROBERT BEATT Lectulandia

No son las batallas que ganamos o perdemos las que nos definen, sino aquellas que estamos dispuestos a librar. Serafina nunca ha tenido motivos para desobedecer a su padre y aventurarse más allá de los confines de la mansión donde se esconden. Hay mucho que explorar en sus sombríos pasillos, pero tiene que tener cuidado de que sus habitantes no la vean. Pero cuando empiezan a desaparecer niños, solo ella sabe quién es el culpable: un terrorífico desconocido envuelto en una capa negra que recorre la mansión al caer la noche. La búsqueda de la verdad la llevará junto a sus nuevos amigos al corazón del bosque, donde deberá encontrar las respuestas a su propio enigma: ¿Quién es Serafina?

Robert Beatty

Serafina y la capa negra

Serafina - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.04.2026

Título original: *Serafina and the Black Cloak*
Robert Beatty, 2015
Traducción: Victoria Simó Perales

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A MI ESPOSA, JENNIFER,
QUE ME AYUDÓ A DAR FORMA A
ESTE RELATO DESDE EL PRINCIPIO;

Y A NUESTRAS HIJAS,
CAMILLE, GENEVIEVE Y ELIZABETH,
QUE SIEMPRE SERÁN NUESTRAS
PRIMERAS Y MÁS IMPORTANTES LECTORAS.

CASA BILTMORE
ASHEVILLE,
CAROLINA DEL NORTE,
ESTADOS UNIDOS
1899



Serafina abrió los ojos y escudriñó el taller en sombras por si veía alguna rata tan tonta como para haberse colado en su territorio mientras dormía. Sabía que estaban ahí, al borde de sus dominios, correteando por las rendijas y las tinieblas del laberíntico sótano del caserón, ávidas por robar lo que sea que hubiera en la cocina y las despensas. Serafina había pasado buena parte del día dormitando en sus escondrijos favoritos, pero era allí, acurrucada en el viejo jergón de detrás de la caldera, al cobijo del taller, donde de verdad se sentía en casa. Martillos, llaves inglesas y herramientas diversas colgaban de las toscas vigas, y ese olor a aceite industrial que tan bien conocía persistía en el aire. Lo primero que pensó cuando miró a su alrededor y se fijó en la oscuridad creciente fue que hacía una noche ideal para salir de cacería.

Su padre, que años atrás había trabajado en la construcción de la Casa Biltmore y vivía desde entonces en el sótano sin que nadie lo supiera, dormía en el catre que había construido en secreto tras los anaqueles de las herramientas. Los rescoldos resplandecían en el viejo bidón sobre el cual, hacía unas horas, el padre de Serafina había preparado la cena, pollo con sémola de maíz. Se habían acurrucado junto al fuego de la improvisada cocina para calentarse mientras comían. Como de costumbre, Serafina se había comido el pollo pero había dejado la sémola.

—Cómete la cena —protestó entonces su padre.

—Ya me la he comido —respondió ella al tiempo que dejaba en el suelo la escudilla con los restos.

—Toda la cena —insistió él, y empujó el plato hacia ella—, o te quedarás más escuchimizada que un lechón.

El padre de Serafina la comparaba con un cerdo pequeñajo cuando quería sacarla de quicio, pensando que, si la irritaba lo bastante, su hija haría de tripas corazón y se zamparía la sémola, pero el truco no le daba resultado. Ya no.

—Cómete la sémola, lechoncito —repitió él para pincharla.

—No me la pienso comer —repuso ella con una pequeña sonrisa—, por muchas veces que me la pongas delante.

—Pero si solo es maíz molido, niña —dijo él, y azuzó el fuego con un palo para que los troncos ardieran mejor—. A todo el mundo le gusta el maíz menos a ti.

—Ya sabes que no me puedo tragar nada que sea verde, amarillo o que tenga grumos, papá, así que deja de gritarme.

—No te estaba gritando, y lo sabes —respondió él, antes de volver a hurgar el fuego con el atizador—, pero te tienes que comer la cena.

—Me he comido lo que está rico —replicó ella, dando por zanjada la discusión.

Antes o después, dejaban de lado el tema de la sémola y pasaban a hablar de otra cosa.

El recuerdo de la cena arrancó una sonrisa a Serafina. Apenas se le ocurría nada —exceptuando, quizá, dormir bajo los rayos de sol que durante el día se colaban por alguno de los ventanucos del sótano— más agradable que cotorrear un rato con su padre.

Con cuidado de no despertarlo, Serafina abandonó sigilosamente el jergón, caminó sin hacer ruido por la áspera piedra del piso y se internó en el tortuoso pasillo. Mientras se frotaba los ojos para despejarse y estiraba brazos y piernas, la recorrió un escalofrío de emoción. No podía evitarlo. La seductora perspectiva de tener toda la noche por delante le provocaba un cosquilleo en todo el cuerpo. Notó cómo sus músculos y sus ojos cobraban vida, igual que una lechuza sacude las alas y dobla las garras antes de echar a volar hacia su siniestra cacería.

Recorrió la oscuridad a toda prisa, dejando atrás las lavanderías, las despensas y las cocinas. Los criados se habían pasado todo el día trajinando por el sótano, pero ahora las habitaciones estaban desiertas y oscuras, como ella las prefería. Sabía que los Vanderbilt y sus muchos invitados estaban durmiendo en el segundo y tercer pisos. Allí abajo, en cambio, no quedaba

nadie. A Serafina le encantaba merodear por los interminables pasillos, por los almacenes sumidos en sombras. Estaba familiarizada con el tacto y la textura, con la luz y las tinieblas de cada recoveco y rendija. Por la noche, esos eran sus dominios, suyos y de nadie más.

Oyó un leve correteo allí cerca. La noche se precipitaba a su encuentro. Se detuvo. Escuchó.

Dos puertas más allá, oyó el roce de unos pies minúsculos contra el suelo desnudo.

Siguió avanzando pegada a la pared.

Cuando el sonido cesó, ella se detuvo también. Cuando se reanudó, emprendió la marcha de nuevo. Se trataba de una técnica que había aprendido ella sola a la edad de siete años: muévete cuando se muevan, detente cuando se queden quietas.

Ahora oía la respiración de los animalillos, el repiqueteo de sus uñas contra la piedra, el roce de sus colas. Notó el mismo temblor de siempre en los dedos, la tensión de las piernas.

Se deslizó por la puerta entreabierta de la despensa y las vio entre las sombras: dos enormes ratas con sus abrigo de apelmazado pelo marrón que se escurrían la una detrás de la otra por la cañería hasta el suelo. Debían de ser recién llegadas, por cuanto las muy bobas andaban a la caza de cucarachas cuando podrían estar lamiendo la crema de los pasteles que se enfriaban a pocos metros.

Sin hacer el menor ruido ni tan siquiera mover el aire, Serafina caminó sigilosamente hacia las ratas. Enfocó la mirada y aguzó los oídos para percibir hasta el más mínimo de sus movimientos. Distinguía incluso el tufo de las cloacas que desprendían. Mientras tanto, ellas seguían enfrascadas en sus asquerosas faenas de rata sin sospechar ni por un momento que Serafina andaba por allí.

Se detuvo a un par de metros, al amparo de las sombras, preparada para saltar. Aquel era su momento favorito, justo antes de atacar. Mecía el cuerpo adelante y atrás, buscando el ángulo perfecto. Se abalanzó sobre ellas y, con un movimiento raudo y explosivo, agarró con las manos desnudas a dos ratas que gritaban y se retorcían.

—¡Os pillé, bichejos asquerosos! —susurró Serafina con rabia.

La más pequeña forcejeó aterrada en un intento desesperado de liberarse, pero la grande torció el cuerpo y le mordió la mano.

—¡De eso nada! —gruñó ella, que agarraba con firmeza el pescuezo de la rata con el índice y el pulgar.

Las ratas forcejeaban como posesas, pero Serafina las sujetó implacable. No las dejaría escapar. Había tardado un tiempo en aprender la lección cuando era más pequeña: una vez que las tenías, debías sujetarlas con todas tus fuerzas y no aflojar ni una pizca, pasara lo que pasase, aunque te arañasen con sus garritas y te enroscasen a la mano una sarnosa cola parecida a una serpiente gris.

Por fin, tras varios segundos de encarnizado forcejeo, las agotadas ratas comprendieron que no había escapatoria. Se quedaron quietas, y sus ojillos negros la miraron con recelo. Los húmedos hociquillos y los larguísimos bigotes temblaban de miedo. La rata que la había mordido le rodeó la muñeca con dos vueltas de la cola, buscando sacarle ventaja para liberarse.

—Ni se te ocurra —advirtió Serafina. La herida del mordisco aún sangraba y no estaba de humor para trucos de rata. No era la primera vez que la mordían, pero seguía sin hacerle ninguna gracia.

Con los dos animalejos bien agarrados, continuó avanzando por el pasillo. Estaba bien eso de cazar dos ratas antes de la medianoche, y aquellos especímenes eran particularmente feos, de los que agujerean la arpillera de un saco para robar el grano o tiran huevos de un estante con el fin de lamer el estropicio. Subió las viejas escaleras de piedra y, saliendo del caserón, cruzó los terrenos bañados de luna hasta llegar al lindero del bosque. Una vez allí, lanzó las ratas entre las hojas.

—¡Ahora largaos de aquí y no volváis! —les gritó—. ¡La próxima vez no seré tan amable!

Las ratas trastabillaron por la tierra con el impulso de la violenta caída y luego se detuvieron temblando, como esperando el golpe fatal. Al descubrir que no se producía, se volvieron a mirarla, desconcertadas.

—¡Marchaos antes de que cambie de idea! —las amenazó Serafina.

Deprisa y corriendo, las ratas se largaron entre la maleza.

En otro tiempo, las ratas que Serafina cazaba no tenían tanta suerte. En aquel entonces, la niña dejaba los cadáveres junto a la cama de su padre para que viera el resultado de su trabajo, pero hacía siglos de aquello.

Desde que era una cría, Serafina pasaba mucho rato observando a los hombres y las mujeres que trabajaban en el sótano. De ahí que supiera que cada cual tenía su propia ocupación. El trabajo de su padre consistía en arreglar los ascensores y los montaplatos, los mecanismos de las ventanas,

los sistemas de calefacción y demás artilugios mecánicos de los que dependía la mansión de doscientas cincuenta habitaciones. Incluso se aseguraba de que el órgano de tubos que había en el salón de los banquetes funcionara a la perfección por si los Vanderbilt organizaban alguna audición en sus bailes de gala. Además de su padre, había cocineros, pinches de cocina, carboneros, deshollinadores, lavanderas, pasteleros, doncellas, lacayos y muchísimo personal más.

Cuando tenía diez años, Serafina preguntó:

—¿Yo tengo un trabajo, como todos los demás, papá?

—Pues claro que sí —repuso él, si bien la niña intuyó que su padre no era del todo sincero. Lo había dicho para no herir sus sentimientos.

—¿Y cuál es? ¿Cuál es mi trabajo? —insistió Serafina.

—Pues es uno de los cargos más importantes de la casa y no conozco a nadie que lo haga mejor que tú, Sera.

—¿Cuál es, papá? Di.

—Eres la JBAR de la Casa Biltmore.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Serafina con emoción.

—Eres la jefa de la brigada antirratas —respondió él.

Serafina no entendió bien el sentido de aquellas palabras, aunque sonaban de maravilla. Aun ahora, dos años más tarde, recordaba cómo había sacado pecho y había sonreído orgullosa: jefa de la brigada antirratas. Le encantó aquel título. Todo el mundo sabía que los roedores eran un gran engorro en un caserón como Biltmore, donde abundaban los cobertizos, las despensas, los graneros y demás. Y sin duda Serafina poseía un talento natural para atrapar a aquellas astutas, ladronas, sucias e infectas alimañas cuadrúpedas que tan fácilmente escapaban de los venenos y las burdas trampas de los adultos. Los ratones, asustadizos y propensos a meter la pata de puro miedo en los momentos clave, no suponían ningún problema para Serafina. Eran las ratas las que la hacían sudar cada noche, y con estas había perfeccionado sus habilidades. Ahora tenía doce años. Y esa era ella: Serafina, JBAR.

Ahora, sin embargo, mirando a aquellas dos ratas que corrían hacia el bosque, un sentimiento intenso y extraño se apoderó de ella. Quería seguirlas. Deseaba ver qué había más allá de las hojas y de las ramillas, explorar las rocas y las hondonadas, los arroyos y las maravillas. Pero su padre se lo había prohibido.

—No entres nunca en el bosque —le decía con frecuencia—. Hay allí fuerzas oscuras que nadie entiende, seres que escapan a la razón y que te podrían hacer mucho daño.

Plantada en el lindero, miró el follaje que se perdía a lo lejos. Todos esos años había oído contar historias de gente que se perdía en el bosque para no regresar jamás. Se preguntó qué peligros acechaban en sus profundidades. ¿Magia negra, demonios o alguna clase de bestia feroz? ¿Qué era aquello que tanto asustaba a su padre?

Puede que llevara la contraria a su padre cada dos por tres —cuando se dejaba la sémola en el plato, dormía durante todo el día y cazaba de noche, o cuando espiaba a los Vanderbilt y a sus invitados—, pero Serafina jamás había discutido la prohibición de entrar en el bosque. Sabía que su padre no hablaba por hablar. Y por más que discutas o te escapes en plena noche, a veces te callas y obedeces porque presientes que tu vida depende de ello.

Presa de una extraña sensación de soledad, despegó la vista del bosque y se giró hacia la casa. La luna brillaba sobre los puntiagudos tejados de pizarra y arrancaba destellos a las cristaleras que cubrían el invernadero. Las estrellas titilaban sobre las montañas. La hierba, los árboles y las flores de los ordenados jardines fulguraban a la débil luz de la medianoche. Serafina veía cada uno de los detalles, cada sapo, caracol y criatura nocturna. Un ruiseñor solitario entonó su trino tardío encaramado a un magnolio, y sus crías, acurrucadas en su minúsculo nido entre los enredos de glicina, se agitaron en sueños.

Le provocaba cierto sentimiento de orgullo saber que su padre había contribuido a crear todo aquello. Fue uno de los cientos de albañiles, carpinteros y artesanos diversos que acudieron a Asheville de las montañas de los alrededores para trabajar en la construcción de la Casa Biltmore, años atrás. Él se quedó para ocuparse de la maquinaria. Sin embargo, en tanto que los demás trabajadores del sótano volvían a sus casas al caer la noche, Serafina y su padre se escondían entre las vaporosas cañerías y las herramientas del taller como polizones ocultos en la sala de calderas de un buque. A decir verdad, no tenían otro sitio adonde ir, ningún hogar al que regresar. Cada vez que Serafina preguntaba por su madre, su padre se cerraba en banda y no le contaba ni una palabra. Así pues, no había nadie aparte de Serafina y él, y vivían en el sótano desde que ella tenía uso de razón.

—¿Y por qué no vivimos en las dependencias del servicio o en el pueblo, como los demás trabajadores, papá? —le preguntaba Serafina a su padre con frecuencia.

—Los niños no deben preocuparse por esas cosas —gruñía él a modo de respuesta.

A lo largo de los años, su padre le había enseñado a leer y a escribir bastante bien, y le había contado un sinfín de historias acerca del mundo exterior, pero siempre evitaba hablar de lo que Serafina quería saber en realidad, de lo que él albergaba en lo más profundo de su corazón. Nunca le contaba qué había sido de la madre de Serafina o por qué no tenía hermanos ni amigos que acudieran a visitarlos. De vez en cuando, a Serafina le entraban ganas de agarrarle el corazón y zarandeárselo para ver qué pasaba, pero, por lo general, su padre se limitaba a dormir toda la noche, a trabajar durante el día, a preparar la cena al anochecer y a contarle cuentos y leyendas, y la vida que llevaban juntos no estaba tan mal, y ella no quería zarandearlo porque sabía que a él no le habría gustado, así que lo dejaba en paz.

Por la noche, cuando los habitantes de la casa dormían, Serafina subía a la planta baja a hurtadillas y tomaba libros prestados para leer a la luz de la luna. En cierta ocasión, oyó al mayordomo presumir ante un escritor que estaba de visita de que el señor Vanderbilt tenía veintidós mil libros, solo la mitad de los cuales cabían en la biblioteca. Los otros estaban repartidos por distintas mesas y estanterías de la casa. Para Serafina, esos libros eran igual que bayas maduras esperando a que las cogieran, una irresistible tentación. Nadie se quejaba cuando un libro desaparecía y volvía a su lugar transcurridos unos días.

Había leído acerca de las grandes batallas entre los estados, con sus banderas hechas jirones ondeando al viento, y había leído sobre humeantes bestias de hierro que te podían hacer pedazos. Quería acompañar a Tom y a Huck al cementerio en plena noche y naufragar con los robinsones suizos. Algunas noches, anhelaba ser una de las cuatro hermanas de *Mujercitas* y tener una madre tan cariñosa como ellas. Otras, imaginaba que se topaba con los fantasmas de *Sleepy Hollow* o que tocaba, tocaba a la puerta con el cuervo negro de Poe. Le gustaba hablarle a su padre de los libros que leía y a menudo inventaba sus propias historias, repletas de amigos imaginarios, familias extrañas y fantasmas nocturnos, pero a él no le interesaban los cuentos de miedo o de fantasía. Era un hombre

sumamente sensato que no creía en nada salvo en los ladrillos, los cerrojos y aquello que podía palpar.

Cada vez más a menudo, Serafina soñaba con tener un amigo secreto cuya existencia su padre ignorase, alguien con quien charlar de sus cosas. Por desgracia, en sus correrías nocturnas por el sótano no se topaba con muchos niños de su edad.

Puede que algún pinche de cocina o ayudante de las calderas, chicos que trabajaban en el sótano y por la noche dormían en sus casas, la hubieran visto corretear de acá para allá y supieran más o menos quién era ella, pero nunca se cruzaba con las doncellas y los mayordomos que trajinaban por la planta principal. Y sin duda los señores de la casa desconocían su existencia.

—Los Vanderbilt son buena gente, Sera —le decía su padre—, pero no son de los nuestros. Escóndete cuando anden cerca. Asegúrate de que nadie se fije en ti. Y, pase lo que pase, no le digas a nadie cómo te llamas ni quién eres. ¿Me oyes?

Serafina lo oía, desde luego. Escuchar era su fuerte. Oía tan bien que era capaz de distinguir cómo un ratón cambiaba de idea. Sin embargo, no acababa de entender por qué su padre y ella vivían tan aislados. No sabía por qué su padre la mantenía alejada del mundo, por qué se avergonzaba de ella. Ahora bien, de una cosa estaba segura: el hombre la quería con todo su corazón y a Serafina jamás se le ocurriría meterlo en un lío.

Así pues, se había convertido en una experta en el arte de pasar desapercibida, no solo cuando salía de cacería sino también cuando alguien andaba cerca. Si algún día se sentía sola o se armaba de valor, escapaba al piso de arriba y observaba las idas y venidas de las personas distinguidas. Se escondía, acechaba y se escabullía. Era menuda para su edad y tenía los pies ligeros. Se llevaba bien con las sombras. Espiaba a los elegantes invitados cuando llegaban en sus suntuosos coches de caballos. Ninguno de los moradores de los pisos superiores la veía jamás escondida debajo de una cama o agazapada detrás de la puerta. Nadie la sorprendía en el fondo del armario al ir a colgar un abrigo. Cuando las damas y los caballeros salían a pasear por los jardines, ella los seguía de cerca sin que se diesen cuenta y escuchaba sus conversaciones. Le encantaba ver a las niñas con sus vestidos azules y amarillos y sus ondeantes cintas en el pelo, y corría con ellas mientras retozaban por el jardín. Cuando los niños jugaban al escondite, jamás se percataban de que alguien más jugaba con ellos. A veces veía

incluso al señor y a la señora Vanderbilt paseando del brazo, u observaba al sobrino de estos, un chico de doce años, que cabalgaba por los jardines junto su elegante perro negro.

Los había visto a todos, pero nadie reparaba nunca en su presencia, ni siquiera el perro. Últimamente se preguntaba qué pasaría si lo hicieran. ¿Y si el niño se fijara en Serafina? ¿Qué haría ella entonces? ¿Y si el perro la persiguiese? ¿Tendría tiempo de trepar a un árbol? En ocasiones le gustaba imaginar lo que le diría a la señora Vanderbilt si se topara cara a cara con ella. «Hola, señora Vanderbilt. Cazo ratas para usted. ¿Qué prefiere? ¿Que las mate o que me limite a ahuyentarlas?». A veces soñaba que llevaba vestidos elegantes, cintas en el pelo y zapatos brillantes. Y de vez en cuando, de uvas a peras, anhelaba hablar con las personas que la rodeaban en lugar de escuchar a hurtadillas. No quería limitarse a mirar, también deseaba ser vista.

Mientras recorría los despejados jardines bañados de luna camino de la mansión, se preguntó qué pasaría si alguno de los invitados, o quizá el joven amo en su dormitorio del segundo piso, se despertasen casualmente y, mirando por la ventana, vieran a una niña misteriosa y solitaria recorriendo el jardín en plena noche.

Aunque su padre nunca lo mencionaba, Serafina sabía que su aspecto no era del todo normal. Era menuda y delgada, nada más que músculo, hueso y nervio.

No tenía vestidos, así que siempre llevaba encima una vieja camisa de su padre sujeta a la delgada cintura con una cuerda deshilachada que había encontrado por el taller. Él no le compraba ropa porque no quería que la gente del pueblo hiciera preguntas y se entrometiera; su padre no soportaba a los entrometidos.

La melena de Serafina no era de una sola tonalidad, como el cabello de las personas normales, sino que exhibía una mezcla de diversos tonos castaños y dorados. Tenía los pómulos exageradamente angulosos y unos ojos grandes y fijos de color ámbar. De noche veía tan bien como de día. Ni siquiera su capacidad de cazar sin hacer el menor ruido era del todo normal. Las personas que conocía, sobre todo su padre, armaban tanto escándalo al caminar como los caballos belgas de tiro que arrastraban aparejos por los campos del señor Vanderbilt.

Y pensando en todo aquello, Serafina acabó por preguntarse, alzando la vista a las ventanas del caserón: las personas que dormían en esos cuartos,

con su pelo de un solo color, sus narices afiladas y sus grandes cuerpos tendidos en mullidos colchones durante la gloriosa oscuridad de la noche, ¿qué soñaban? ¿Qué anhelos albergaban? ¿Qué las hacía reír o pegar un brinco? ¿Qué sentían en su fuero interno? Los hijos de esas personas, ¿se comían la sémola de la cena o únicamente el pollo?

Mientras bajaba al sótano con sigilo, oyó algo en un pasillo alejado. Se detuvo a escuchar, pero no supo identificar el ruido. No era una rata. De eso estaba segura. Tenía que ser algo mucho más grande. Pero, ¿qué?

Curiosa, se dirigió hacia ese ruido.

Serafina dejó atrás el taller de su padre, las cocinas y el resto de dependencias que tan bien conocía para internarse en las áreas más recónditas, esas que casi nunca exploraba. Oyó puertas que se cerraban, unos pasos que se alejaban y ruiditos amortiguados. El corazón empezó a latirle más deprisa. Alguien recorría los pasillos del sótano. Su sótano.

Se acercó un poco más.

No creía que fuese el criado que recogía la basura cada noche ni el lacayo que acudía a buscar un último bocado para alguno de los invitados; conocía bien el sonido de sus pasos. De vez en cuando, el ayudante del mayordomo, que tenía once años, hacía un descanso en el pasillo para zamparse unas cuantas galletas de la bandeja que el mayordomo lo había enviado a buscar. En esas ocasiones, Serafina se escondía tras la esquina más cercana, al amparo de las sombras, y fingía que el chico y ella eran una pareja de amigos que se paraba a charlar y a disfrutar de la mutua compañía. Cuando se despedían, el chico se limpiaba el azúcar de los labios y corría escaleras arriba para recuperar el tiempo perdido. Pero no era él.

Fuera quien fuese, iba calzado con lo que parecían ser unos zapatos de suela dura; caros. Ahora bien, a un caballero como Dios manda no se le había perdido nada en aquella zona de la casa. ¿Qué hacía deambulando por oscuros pasadizos en plena noche?

Presas de una curiosidad creciente, Serafina siguió al extraño con cuidado de no ser vista. Cada vez que se acercaba lo suficiente, solo conseguía atisbar una alta silueta cargada con un fanal que emitía una luz mortecina. Y había una segunda sombra, algo o alguien a su lado, pero no se atrevió a acercarse lo bastante como para averiguar qué era, o quién.

Era aquel un sótano enorme con dependencias diversas, abundantes pasillos y desniveles, excavado en la pendiente que discurría bajo la

mansión. Algunas zonas, como la cocina y la lavandería, contaban con ventanas y paredes enyesadas. Los acabados de aquellas estancias eran sencillos, pero los cuartos estaban limpios, secos y equipados para los quehaceres diarios del servicio. En cambio, las zonas más apartadas de la estructura subterránea se internaban en las entrañas húmedas y terrosas de los inmensos cimientos de la casa. Aquí, el mortero, duro y oscuro, se colaba entre los sillares tallados con tosquedad de las paredes y los techos desnudos, y Serafina casi nunca entraba porque era una zona fría, sucia y húmeda.

Súbitamente, los pasos cambiaron de dirección. Ahora caminaban hacia donde ella estaba. Cinco ratas huyeron por el pasillo entre chillidos de miedo. Serafina nunca había visto a un roedor tan asustado. Las arañas corretearon por las rendijas de las paredes. Las cucarachas y los ciempiés escaparon por el terroso suelo. Sin dar crédito a lo que veían sus ojos, Serafina contuvo el aliento y se pegó a la pared, paralizada de terror como un conejito que tiembla bajo la sombra de un halcón.

Según el hombre se fue acercando, oyó otro ruido. Eran los pasos confusos de una persona pequeña (calzada con zapatillas, un niño quizá), pero notó algo raro. Los pies del niño arañaban la piedra, patinaban por momentos... El niño caminaba mal... no... ¡Lo estaban arrastrando!

—¡No, señor! ¡Por favor! —gimió una jovencita con la voz temblorosa de pura desesperación—. No deberíamos estar aquí.

A juzgar por su forma de hablar, la niña se había criado en una buena familia y asistía a un colegio de postín.

—No te preocupes. Ya casi estamos —dijo el hombre, que se detuvo ante una puerta al otro lado de la esquina en la que estaba escondida Serafina.

Ahora oía la respiración del desconocido, el movimiento de sus manos, el roce de sus ropas. Oleadas de calor la abrasaron. Quería correr, huir, pero sus piernas se negaban a obedecerla.

—No hay nada que temer, niña —le decía el desconocido a la cría—. No te voy a hacer daño...

Su manera de decirlo le puso los pelos de punta a Serafina. *No le hagas caso*, pensó. *No vayas a ninguna parte con él*. La niña debía de ser más joven que ella y, si bien Serafina quería ayudarla, no se atrevía. Se pegó a la pared, convencida de que la oirían o la verían. Le temblaban tanto las piernas que no creía que la sostuvieran mucho más tiempo. No vio lo que

pasó a continuación, pero súbitamente la niña lanzó un chillido de esos que hielan la sangre. Sobresaltada por el penetrante sonido, Serafina dio un respingo y reprimió su propio grito. Entonces oyó un forcejeo. La pequeña había escapado del hombre y corría por el pasillo. *¡Corre, niña! ¡Corre!*, le dijo mentalmente Serafina.

Los pasos del malvado se perdieron a lo lejos cuando salió en pos de su presa. Serafina advirtió que no corría sino que avanzaba con paso rápido y seguro, como si supiera que atraparía a la niña antes o después. El padre de Serafina le había explicado que es así como los lobos rojos cazan ciervos en las montañas, no mediante breves carreras sino a base de obstinada resistencia.

Serafina no sabía qué hacer. ¿Debía buscar un rincón en sombras y cruzar los dedos para que el hombre no diera con ella? ¿Huir junto con las aterradas ratas y arañas ahora que aún estaba a tiempo? Quería volver con su padre, pero, ¿qué sería entonces de la niña? La pobre estaba tan indefensa, corría tan despacio, parecía tan débil y asustada... Por encima de todo, necesitaba un amigo que la rescatara de aquel tipo. Serafina deseaba ser esa amiga, deseaba ayudarla, pero su cuerpo se negaba a moverse.

Entonces oyó otro grito. *Esa asquerosa rata la va a matar*, pensó. *La va a matar.*

En un arranque de rabia y valor, corrió en dirección al chillido. Sus piernas se desplazaban como una máquina de vapor. Le ardía la mente del miedo y la emoción. Dobló un recodo tras otro, pero cuando llegó a la mohosa escalera que llevaba a las entrañas del sótano, se detuvo resollando para tomar aliento y negó con la cabeza. El subsótano era una zona fría, húmeda, horrible e impregnada de lègamo que siempre había procurado evitar, sobre todo en invierno. Había oído decir que albergaba cadáveres durante los meses invernales, cuando la tierra estaba demasiado dura para excavar una tumba. ¿Por qué la niña había tenido que meterse precisamente ahí abajo?

Con mucho cuidado, levantando el pie en cada escalón para sacudirse el barro antes de apoyarlo en el siguiente peldaño, Serafina descendió las húmedas y pegajosas escaleras. Cuando llegó al fondo, enfiló por un largo pasillo en pendiente cuyo techo rezumaba un limo marrón. El húmedo y asqueroso pasaje le ponía los pelos de punta, pero siguió adelante pese a todo. *Tienes que ayudarla*, se decía. *No puedes dar media vuelta.* Se abrió

paso por un laberinto de tortuosos túneles. Giró a derecha y a izquierda, a izquierda y luego a derecha otra vez, hasta que ya no supo por dónde había llegado allí. Entonces oyó gritos, un forcejeo. Procedían del otro lado del recodo que estaba a punto de doblar. Estaban allí mismo.

Titubeó asustada, con el corazón a punto de estallar. Le temblaba todo el cuerpo. No quería dar otro paso, pero los amigos deben ayudarse entre ellos. Por muchas cosas que ignorase acerca de la vida, eso lo sabía, lo sabía a ciencia cierta, y no pensaba huir como una ardilla aterrada cuando más la necesitaban.

Temblando como una hoja, Serafina se armó de valor, inspiró hondo y dobló la esquina.

Un farolillo roto yacía en las piedras del suelo con los cristales destrozados a su alrededor, pero todavía encendido. En el resplandor de la débil luz, una niña vestida de amarillo luchaba por su vida. Un alto encapuchado, cubierto con una capa negra, agarraba a la niña por las muñecas con sus manos sanguinolentas.

—¡No! ¡Suélteme! —gritaba ella.

—Tranquila —le dijo el hombre, en cuya voz se adivinaba un dejo oscuro y ultraterreno—. No te voy a hacer daño, niña... —repitió.

Era una jovencita pálida, de pelo rubio y ensortijado. Forcejeó para escapar, pero el hombre de la capa negra la atrajo hacia sí. La enredó con los brazos. La niña se debatía sin dejar de golpear al hombre con sus minúsculos puños.

—Quédate quieta y pronto habrá terminado todo —le aconsejó él a la vez que la atraía hacia sí.

De golpe y porrazo, Serafina comprendió que había cometido un terrible error. Aquello era más de lo que podía afrontar. Y aunque sabía que debía ayudar a la niña, tenía tanto miedo que no podía despegar los pies del suelo. Se sentía incapaz de respirar y mucho menos de luchar.

¡Ayúdala!, gritaba la mente de Serafina. *¡Ayúdala!* *¡Ataca a la rata!*
¡Ataca a la rata!

Haciendo de tripas corazón, Serafina se echó a correr hacia el desconocido, pero en ese preciso instante la capa de satén negro flotó hacia arriba como poseída por un espíritu. La niña gritó. Los pliegues de la capa ondeaban a su alrededor como los tentáculos de una serpiente hambrienta. Como moviéndose a su antojo, la capa envolvía y se retorció entre un horrible siseo, igual que si cien serpientes escupiesen sibilantes amenazas.

Serafina vio el horrorizado semblante de la niña, que la miraba entre la tela de la envolvente capa y le enviaba súplicas con los ojos desorbitados de miedo. *¡Ayúdame! ¡Ayúdame!* En aquel momento, la capa se cerró sobre ella, el grito cesó y la niña desapareció sin dejar nada tras de sí excepto la negrura de la tela.

Serafina ahogó un grito horrorizado. Hacía un momento la niña forcejeaba para escapar y ahora se había esfumado en la nada. La capa la había devorado. Abrumada por la confusión, la pena y el miedo, Serafina se quedó donde estaba, petrificada.

Durante varios segundos, tuvo la impresión de que el hombre vibraba con violencia. Un aura fantasmagórica destelló a su alrededor como si el malvado proyectase una neblina negra y ondulante. Un nauseabundo tufo a tripas podridas invadió las fosas nasales de Serafina, que dio un respingo hacia atrás. Arrugó la nariz y apretó los labios para no respirarlo.

Debió de sufrir una arcada sin darse cuenta, porque el hombre de la capa negra se giró súbitamente hacia ella. Acababa de reparar en su presencia. Serafina se sintió como si una garra gigantesca le agarrara el pecho. El hueco de la capucha ocultaba el rostro del desconocido, pero Serafina vio destellar sus ojos con una luz antinatural.

Se quedó helada, totalmente horrorizada.

El hombre susurró con una voz de ultratumba:

—No te voy a hacer daño, niña...



Al oír aquellas inquietantes palabras, Serafina reaccionó. Ya sabía lo que anunciaban. *¡Ni lo sueñes, rata!* Cobrando nuevas energías, dio media vuelta y echó a correr.

Recorrió el laberinto de túneles entrecruzados como alma que lleva el diablo, convencida de que lo estaba dejando atrás. Sin embargo, cuando echó un vistazo por encima del hombro, descubrió que el encapuchado flotaba a pocos pasos de ella. Levitaba como impulsado por la ondeante capa negra, extendiendo las sanguinolentas manos hacia ella.

Serafina intentó correr más deprisa, pero cuando llegaba al pie de las escaleras que conducían al sótano principal, el encapuchado la atrapó. Con una mano le aferró el hombro. Con la otra le agarró el cuello. Ella se giró y bufó como un animal atrapado. Se revolvió y forcejeó a ciegas hasta que consiguió liberarse.

Subió las escaleras de tres en tres, pero el encapuchado la seguía de cerca. Alargando la mano, la agarró por los pelos. Serafina gritó de dolor.

—Será mejor que te rindas, pequeña —dijo él en tono tranquilo. Estiraba con tanta fuerza que empezó a arrancarle hebras de cabello.

—¡Nunca! —gruñó ella, y le mordió el brazo. Luchaba con toda su alma, lo arañaba y le clavaba las uñas, pero no le servía de nada. El hombre de la capa negra era demasiado fuerte. La atrajo hacia su pecho, la enredó con sus brazos.

Emanando un humo gris, la capa empezó a envolver a Serafina. El horrible tufo a carne podrida le arrancó una arcada a la niña. Serafina solo alcanzaba a oír el mismo siseo espantoso de antes según la capa ondeaba y

se retorció a su alrededor. Tenía la sensación de que una boa constrictor se le estuviera enroscando al cuerpo.

—No te voy a hacer daño, niña —repitió la espantosa voz de ultratumba, como si el hombre no fuese dueño de sí sino que estuviera poseído por un demonio hambriento y enloquecido.

Los pliegues de la capa envolvieron a Serafina como una mortaja que la iba inundando de una angustia asfixiante. Tenía la sensación de que estaba perdiendo el alma; no, más que perderla, se la estaban quitando, se la arrancaban por la fuerza. La muerte estaba tan cerca que atisbó la negrura con sus propios ojos y oyó los gritos de los niños que la habían precedido.

—¡No! ¡No! ¡No! —se resistía Serafina. No quería morir. Bufando como un animal salvaje, levantó las manos y, agarrando como pudo la cara del hombre, le clavó las uñas en los ojos. Le pateó el pecho con fuerza. Lo mordió una y otra vez, cerrando los dientes como una bestia rabiosa, y notó el sabor de su sangre en la boca. La niña del vestido amarillo había luchado a vida o muerte, es verdad, pero no con tanta rabia. Por fin, Serafina se libró de las garras del hombre y cayó al suelo. Aterrizó de pie y se alejó de un salto.

Quería volver con su padre pero sabía que no llegaría tan lejos. Huyendo por el pasillo como alma que lleva el diablo, llegó a la cocina principal, donde abundaban los escondrijos. ¿Debía ocultarse detrás de los hornos de hierro forjado? ¿O encaramarse al estante del techo y esconderse entre las cazuelas de cobre? No. Tenía que encontrar un lugar mejor.

Volvía a estar en su terreno y lo conocía a fondo. Estaba familiarizada con la luz y también con las tinieblas. Lo había recorrido de arriba abajo. Había matado ratas en todos y cada uno de sus recovecos. No pensaba convertirse en una de ellas. Serafina era la JBAR. Ninguna trampa, ni arma ni ser malvado la atraparían. Corrió, salto y reptó como un animal del bosque.

Cuando llegó al cuarto de la ropa limpia, con sus estantes de madera y sus sábanas y mantas apiladas con cuidado, se deslizó por un destartado hueco de la pared, bajo el estante inferior del rincón del fondo. Aunque su perseguidor se fijara en el agujero, no podría pasar por una abertura tan pequeña. Serafina sabía que ese atajo llevaba a la parte trasera de la lavandería.

Apareció en una dependencia donde colgaban y secaban la ropa de cama de los señores. La luna brillaba en el cielo y sus rayos se colaban por

los ventanucos del sótano. Cientos de ondeantes sábanas blancas pendían del techo como fantasmas a la misteriosa luz de la luna. Serafina se deslizó despacio entre las telas colgadas. Mientras tanto, se preguntaba si le ofrecerían la protección que necesitaba. Al final se lo pensó mejor y siguió avanzando.

Para bien o para mal, tenía una idea. Sabía que el señor Vanderbilt se enorgullecía de haber instalado en Biltmore los últimos avances técnicos. El padre de Serafina había construido un sistema especial que enrollaba la ropa y la introducía en un secadero encajado en pequeñas cámaras del techo. Allí, las sábanas y la ropa se secaban al calor radiante de tuberías de vapor herméticas. Decidida a encontrar el mejor escondrijo posible, se acurrucó cuanto pudo en el estrecho compartimento de una de esas máquinas.

Serafina había nacido con algunas peculiaridades físicas. Tenía cuatro dedos en cada pie en lugar de cinco y, aunque no se notaba a simple vista, sufría una malformación en la clavícula, que no estaba conectada con los otros huesos de la manera habitual. Eso le permitía colarse en espacios sumamente pequeños. La abertura de la máquina medía poco más de un palmo, pero siempre y cuando pudiese meter la cabeza, Serafina era capaz de introducir todo el cuerpo por cualquier hueco. Se acurrucó en el interior de aquel refugio estrecho y oscuro del techo, donde el hombre de la capa negra no podría encontrarla. Eso esperaba.

Intentó guardar silencio y no mover ni un solo dedo, pero resollaba como un animalillo asustado. Estaba agotada, sin aliento y aterrada hasta la médula. Había presenciado cómo los tenebrosos pliegues de la capa devoraban a la niña del vestido amarillo y sabía que ahora el encapuchado iba a por ella. Solo le cabía esperar que no oyera los ensordecedores latidos de su corazón.

Lo oyó caminar despacio por el pasillo que daba a la cocina. El hombre había perdido a Serafina entre las sombras, pero avanzaba metódicamente de una estancia a otra, decidido a encontrarla antes o después.

Ahora estaba en la cocina principal, abriendo las puertas de los hornos de hierro forjado. *Si me hubiera escondido allí*, pensó Serafina, *ya estaría muerta.*

A continuación llegó a sus oídos el repicar de las cacerolas de cobre. La estaba buscando en el estante del techo. *Si me hubiera escondido allí*, se dijo de nuevo, *estaría muerta otra vez.*

—No tienes nada que temer —susurró él para convencerla de que abandonara su escondrijo.

Temblando como un ratón de campo, Serafina escuchaba y aguardaba.

Por fin, el hombre de la capa negra llegó a la lavandería.

Los ratones son asustadizos y propensos a meter la pata de puro miedo en los momentos clave.

Oyó a su perseguidor moverse de acá para allá, hurgar detrás de las pilas, abrir y cerrar los armarios.

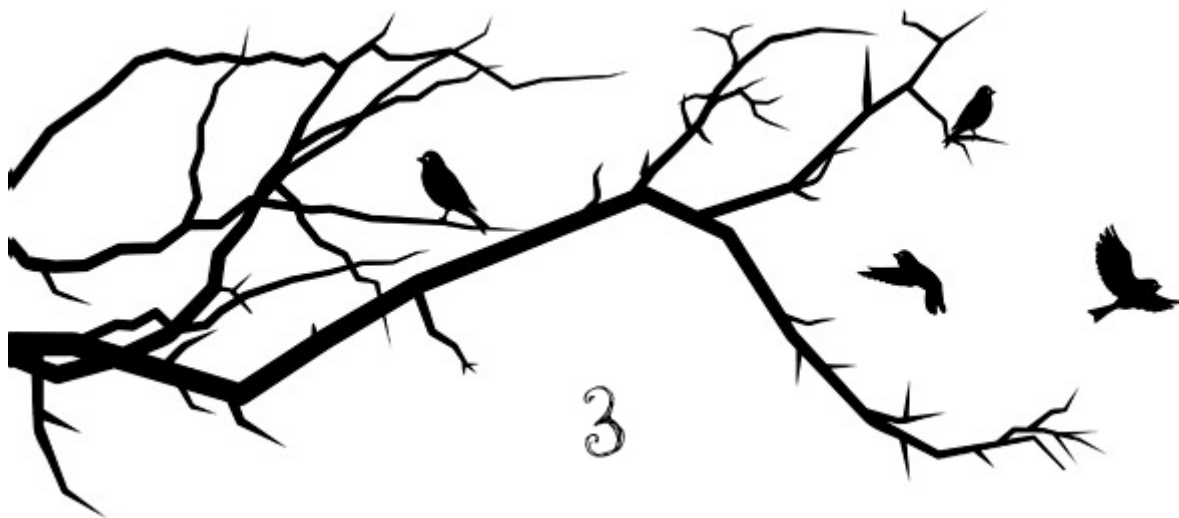
No te muevas, ratoncito. No te muevas, se ordenó Serafina para sus adentros. Estaba deseando abandonar su escondrijo y echar a correr, pero sabía que los ratones tontos son aquellos que se asustan y salen por piernas. *No seas un ratón tonto. No seas un ratón tonto,* se repetía una y otra vez.

El encapuchado acababa de llegar a la zona de secado. Desplazándose despacio de un lado a otro, deslizaba las manos por aquellas sábanas fantasmales.

Si me hubiera escondido allí...

Ahora el hombre se encontraba a pocos metros de ella, mirando a su alrededor. Parecía sentir su presencia, aunque no pudiera verla.

Serafina contuvo el aliento y se quedó muy muy muy quieta.



Serafina abrió los ojos despacio.

No sabía cuánto rato llevaba durmiendo, ni siquiera dónde estaba. Despertó hecha un cuatro en un espacio minúsculo, con la cara apretujada contra algo metálico.

Oyó unos pasos que se aproximaban. Sin moverse lo más mínimo, aguzó los oídos.

El recién llegado era un hombre calzado con botas de trabajo y cargado con tintineantes herramientas. A punto de estallar de felicidad, Serafina abandonó las entrañas de la máquina como pudo y emergió a la luz del sol que se filtraba por las ventanas de la lavandería.

—¡Estoy aquí, papá! —exclamó con la garganta seca y apenas un hilo de voz.

—Te he buscado por todas partes —la regañó su padre—. Esta mañana no estabas en tu cama.

Serafina corrió hacia él y, hundiendo la cara en su pecho, lo abrazó. Era un hombre grandote y fortachón, de brazos fuertes y manos toscas, encallecidas por el trabajo. Llevaba herramientas colgando del delantal de cuero y desprendía un olor a metal, aceite y a las correas de las máquinas.

A lo lejos, Serafina oyó el rumor de los criados, que acudían al trabajo de buena mañana, el repiqueteo de las cazuelas en la cocina y las conversaciones de los empleados. Todo le sonó a música celestial. Serafina había superado los peligros nocturnos. Había sobrevivido.

Entre los brazos de su padre, se sentía a salvo y en casa. Él era más aficionado a los mazos y a los remaches que a los gestos de cariño, pero

siempre había cuidado de ella, siempre la había querido y la había protegido. A Serafina se le saltaban las lágrimas de puro alivio.

—¿Dónde has estado, Sera? —le preguntó su padre.

—¡Han intentado atraparme, papá! ¡Han intentado matarme!

—¿De qué hablas, niña? —le preguntó él con recelo al tiempo que le agarraba los hombros con sus manazas. La miró a los ojos con atención—. ¿Me estás contando otra de tus absurdas historias?

—No, papá —le aseguró ella, negando con la cabeza.

—No estoy de humor para cuentos.

—Un hombre con una capa negra ha capturado a una niña y luego ha intentado atraparme a mí, papá. ¡Le he pegado un buen mordisco! He forcejeado, lo he arañado y luego he corrido sin parar hasta que lo he despistado. Entonces me he escondido. Me he metido en tu máquina, papá. Gracias a eso he podido escapar. ¡Tu máquina me ha salvado!

—¿Qué significa que un hombre ha capturado a una niña? —la interrogó su padre con los ojos entornados—. ¿Qué niña?

—Él... La ha hecho... La niña estaba delante de mí y luego se ha esfumado en mis narices.

—Venga ya, Sera —replicó él con tono inseguro—. Cualquiera diría que has perdido un tornillo.

—Te lo juro, papá —insistió ella—. Escúchame —tragó saliva con dificultad y empezó por el principio. Según iba desgranando la historia, Serafina se daba cuenta de que se había comportado como toda una valiente.

Sin embargo, su padre se limitó a negar con la cabeza.

—Has tenido una pesadilla. Nada más. Lees demasiados cuentos de fantasmas. Te dije que te olvidaras del señor Poe. Mírate. Vas más desastrada que una comadreja.

A Serafina le dio un vuelco el corazón. Le estaba contando a su padre la pura verdad y él no creía ni una palabra. Hizo esfuerzos por no llorar, pero le costaba horrores. Estaba a punto de cumplir trece años y él se empeñaba en tratarla como a una niña.

—No ha sido un sueño, papá —le aseguró Serafina, y luego se enjugó la nariz.

—Tranquilízate —gruñó él. Le molestaba enormemente que su hija llorara. Desde su más tierna infancia, Serafina era consciente de que su

padre prefería mil veces pelear con una buena lámina de metal que enfrentarse a una niña llorosa.

—Tengo que ponerme a trabajar —refunfuñó él a la vez que se apartaba—. Ayer por la noche se estropeó la dinamo. Ahora vuelve al taller y duerme unas horas como Dios manda.

Una frustración ardiente recorrió a Serafina, que apretó los puños enfadada, pero advirtió que su padre hablaba en serio y supo que no serviría de nada discutir con él. La dinamo Edison era una máquina de hierro con espirales de cobre y engranajes giratorios que generaba algo nuevo llamado «electricidad». Serafina había leído en los libros que, en Estados Unidos, pocas casas contaban con agua corriente o cuartos de baño interiores; la mayoría ni siquiera tenía refrigeración o calefacción. Biltmore, en cambio, disfrutaba de todas aquellas comodidades. Era uno de los escasos hogares del país que usaba la electricidad para iluminar varias dependencias. Pero si su padre no conseguía que la dinamo estuviera funcionando antes del anochecer, los Vanderbilt y sus invitados se quedarían sin luz. Serafina sabía que su padre tenía muchas cosas en la cabeza, y su hija no era una de ellas.

La recorrió una ola de rencor. Había hecho lo posible por salvar a una niña de ese demonio malvado de la capa negra y había estado a punto de morir en el intento, pero a su padre le daba igual. Solo le importaban sus estúpidas máquinas. Nunca creía nada de lo que le contaba. Para él, Serafina solo era una cría, nada importante, nada digno de su atención, alguien que no valía para nada.

Enfurrugada, se encaminó al taller. Serafina tenía intención de obedecer a su padre, de verdad que sí, pero al pasar por la escalera que subía a la planta baja de la mansión, clavó los ojos en los peldaños.

Sabía que no debía hacerlo.

Sabía que no debía ni considerar la idea.

Pero no pudo evitarlo.

Su padre llevaba años diciéndole que se mantuviera alejada de esa planta y últimamente Serafina intentaba obedecer, al menos de vez en cuando. Hoy, sin embargo, la actitud del hombre la había enfurecido. *Se merece que lo desobedezca.*

Pensó en la niña del vestido amarillo. Trató de entender lo que había visto: la horrible capa negra y el puro terror que reflejaban los ojos

desorbitados de la chiquilla mientras desaparecía. ¿Adónde había ido? ¿Estaba muerta o seguía viva? ¿Existía alguna posibilidad de salvarla?

Por las escaleras se filtraban retazos de conversaciones procedentes del piso superior. En la mansión reinaba algún tipo de conmoción. ¿Habían encontrado un cadáver? ¿Estaban llorando, sumidos en la desesperación? ¿Buscaban al asesino?

Tal vez fuera un gesto de valor o quizá una tontería, pero Serafina tenía que contarle a alguien lo que había visto. Debía averiguar lo sucedido. Por encima de todo, tenía que ayudar a la niña del vestido amarillo.

Empezó a subir las escaleras.



Haciendo lo posible por no llamar la atención, Serafina subió los peldaños uno a uno. Una cacofonía de ruidos llegó a sus oídos: el eco de varias voces, el roce de las ropas, docenas de pisadas distintas... Toda una multitud se había congregado allí arriba. Algo se estaba cocinando en la mansión, estaba claro. *Tenemos que asegurarnos de pasar desapercibidos, tú y yo.* La advertencia de su padre bailó en su pensamiento mientras subía. *Lo último que necesitamos es que la gente te vea y empiece a hacer preguntas.*

Sigilosamente, llegó a lo alto de las escaleras y se ocultó en una alcoba de la planta principal que daba a una enorme habitación ocupada por una sofisticada multitud. Por lo que parecía, se estaban reuniendo para celebrar algún importante acontecimiento social.

Unas enormes puertas de hierro forjado y cristal, profusamente decoradas, comunicaban con el gran vestíbulo, con sus pulidos suelos de mármol y sus abovedados techos cruzados por vigas de roble talladas a mano. Encumbrados arcos de piedra caliza cedían el paso a las diversas alas de la mansión. Los techos eran tan altos que Serafina sintió el impulso de contemplarlo todo desde arriba. Había estado allí otras veces, pero le encantaba aquel recinto y, sin poder evitarlo, lo contempló admirada una vez más. A la luz del día, era aún más hermoso si cabe. Jamás en su vida había visto tantos objetos resplandecientes y bellos, tantos asientos mullidos en los que descansar, tantos escondrijos en los que ocultarse. Divisando una butaca tapizada, experimentó un deseo abrumador de rozar con las uñas el mullido tejido. Los colores de aquella habitación eran tan

intensos, las superficies tan pulidas y brillantes... No se veía ni una mancha de barro, ni una mota de polvo, ni una gota de grasa por ninguna parte. Había jarrones de vivos colores rebosantes de flores. Imagínate... Flores dentro de casa. Los rayos de sol se filtraban por las destellantes vidrieras de la escalinata, que ascendía cuatro pisos en espiral, y también por la cúpula de cristal del invernadero, con su fuente decorativa y sus plantas tropicales. Entornó los ojos para protegerlos del resplandor.

El gran vestíbulo estaba atestado de damas y caballeros vestidos de punta en blanco que, con la ayuda de criados uniformados en blanco y negro, se preparaban para una cabalgata matutina. Serafina miró embobada a una dama enfundada en un vestido de montar de terciopelo verde y damasco rojo arándano, ribeteado de blanco. Otra mujer lucía una preciosa levita color malva con aguas moradas y un sombrero a juego. Incluso había unos cuantos niños por allí, vestidos con tanta exquisitez como sus padres. Serafina miraba a un lado y a otro, incapaz de abarcarlo todo de una sola mirada.

Observó el rostro de la dama vestida de verde y luego el semblante de la que lucía el sombrero malva. Sabía que su madre llevaba mucho tiempo muerta, o ausente cuando menos, pero estaba acostumbrada, desde la más tierna infancia, a comparar sus propios rasgos con los de cada mujer que se cruzaba en su camino para comprobar si existía algún parecido. Miró también los rostros de los niños y se preguntó si había alguna posibilidad de que fueran sus hermanos. Cuando era pequeña, siempre se contaba el cuento de que cierto día había llegado a casa tras una cacería, sucia de barro, y su madre la había llevado al sótano para meterla en la lavadora de transmisión por correa. Luego, la madre se había marchado y, en un despiste, se había olvidado de la pobre Serafina, que seguía dando vueltas y más vueltas allí abajo. Sin embargo, observando los cabellos rubios y los ojos azules de las mujeres y los niños que atestaban el vestíbulo, o las melenas negras y los ojos castaños, comprendió que ninguno de ellos podía ser familiar suyo. El padre de Serafina jamás le había hablado a su hija del aspecto que tenía la madre, pero la niña la buscaba igualmente en cada rostro que veía.

Serafina había subido con un objetivo en mente, pero ahora que estaba aquí, la mera idea de hablar con alguna de esas personas tan elegantes le encogía el estómago. Tragando saliva, avanzó un pasito. Tenía un nudo tan enorme en la garganta que dudaba de que fuera capaz de pronunciar

palabra. Se había propuesto contarles lo que había visto y, de repente, la idea le parecía una gran estupidez. Todos estaban tan contentos y relajados como alondras en un día radiante. No lo entendía. La niña pertenecía a una de aquellas familias, seguro. ¿Por qué no la estaban buscando? Viéndolos, cualquiera pensaría que nada había sucedido, que Serafina lo había imaginado todo. ¿Qué podía decirles? *Perdonen, escúchenme un momento... Estoy segura de haber visto cómo un hombre horrible envuelto en una capa negra hacía desaparecer a una niña. ¿Alguien la ha visto?* La tomarían por loca.

Cuando un individuo alto enfundado en un abrigo negro pasó por su lado, se dio cuenta de que tal vez el encapuchado fuera uno de aquellos caballeros. Viendo el rostro en sombras y los ojos destellantes, Serafina había dado por supuesto en su momento que el atacante tenía que ser alguna clase de espectro. Sin embargo, ahora que lo pensaba bien, Serafina le había clavado los dientes y había notado el sabor de la sangre, y el desconocido usaba una linterna para ver por dónde iba igual que hacían los habitantes de la casa, los mismos a los que Serafina seguía de vez en cuando. Así pues, el encapuchado también pertenecía a este mundo. Observó a los hombres de la multitud, haciendo esfuerzos por respirar con normalidad. ¿Sería posible que el malvado estuviera aquí mismo, en este instante?

La señora Edith Vanderbilt, la dueña de la casa, entró en el salón ataviada con un despampanante vestido de terciopelo y un sombrero de ala ancha. Serafina no podía despegar los ojos del hipnótico aleteo de las plumas del sombrero. De tez pálida y abundante cabello negro, la señora Vanderbilt, refinada y atractiva, parecía sumamente cómoda en su papel de anfitriona según recorría la estancia.

—Mientras esperamos a que los criados nos traigan las monturas — anunció en tono alegre a los invitados—, les propongo que se reúnan conmigo en la galería de los tapices para disfrutar de una pequeña actuación musical.

Un murmullo complacido se extendió entre el gentío. Encantados ante la idea de divertirse un rato, las damas y los caballeros desfilaron hacia la galería, una elegante sala decorada con exquisitos frescos en el techo, sofisticados instrumentos musicales y tapices de pared, antiguos y delicados. A Serafina le encantaba encaramarse a los tapices al amparo de la noche y enganchar las uñas en los blandos tejidos.

—Estoy segura de que casi todos ustedes ya conocen al señor Montgomery Thorne —dijo la señora Vanderbilt al tiempo que señalaba a un caballero con un gracioso movimiento de la mano—. Ha sido tan amable de ofrecerse a tocar para nosotros.

—Gracias, señora Vanderbilt —repuso el señor Thorne. Sonriendo, dio un paso adelante—. La excursión que nos ha propuesto es una idea maravillosa. Si me permite decirlo, es usted la anfitriona más encantadora que uno pueda imaginar en esta preciosa mañana.

—Es usted muy amable, señor —respondió la aludida con una sonrisa.

Serafina, que llevaba toda la vida oyendo hablar a los visitantes de la Casa Biltmore, juzgó que el individuo no procedía de las montañas de Carolina del Norte, ni de Nueva York, como los Vanderbilt. Hablaba con el acento de un caballero sureño, quizá de Georgia o de Carolina del Sur. Avanzó unos pasos para verlo mejor. Llevaba una chalina de raso blanco al cuello, un chaleco de brocado y guantes en un tono gris claro, todo lo cual casaba a la perfección con su pelo negro vetado de gris y sus patillas perfectamente recortadas.

Tomó el exquisito violín y el arco que descansaban en una mesa cercana.

—¿Desde cuándo tocas el violín, Thorne? —gritó un caballero de Nueva York en tono amistoso.

—Ah, he estado ensayando en mis ratos muertos, señor Bendel —repuso Thorne al tiempo que se llevaba el violín a la barbilla.

—¿Cuándo? ¿Durante el viaje hacia aquí, en el carruaje? —replicó el señor Bendel, y todo el mundo se rio con ganas.

Serafina casi compadeció al señor Thorne. Saltaba a la vista, a juzgar por la amable chanza, que Bendel y Thorne se conocían desde hacía tiempo, pero también era evidente que el primero dudaba mucho que su amigo supiera tocar el violín.

En silencio, Serafina observó nerviosa los preparativos del señor Thorne. Puede que no dominara el instrumento y esta fuera su primera actuación. Serafina no podía ni imaginar lo difícil que debía de ser tocar un instrumento como aquel. Por fin, el hombre posó el arco sobre las cuerdas con delicadeza, aguardó un momento para concentrarse y empezó a tocar.

Súbitamente, la música más hermosa que Serafina había oído en su vida, elegante y fluida como un río de sonido, flotó por las abovedadas salas del caserón. El señor Thorne tocaba de maravilla. Hechizados por la

belleza de su interpretación, las damas, los caballeros e incluso los criados guardaron silencio y escucharon la pieza arrebatados, dejando que los compases del violín empaparan sus corazones.

Serafina disfrutaba de la melodía, pero también estaba pendiente de los hábiles dedos. Se movían tan deprisa sobre las cuerdas que la imagen de un ratoncito correteando arriba y abajo se apoderó de su mente, y le entraron ganas de abalanzarse sobre ellos.

Cuando el señor Thorne terminó su actuación, todo el mundo aplaudió y lo felicitó con ganas, sobre todo el señor Bendel, que se rio con incredulidad.

—Nunca dejas de sorprenderme, Thorne. Disparas como un tirador experto, hablas ruso con fluidez y ahora resulta que tocas el violín como Vivaldi. Dinos, amigo, ¿hay algo que no se te dé bien?

—Bueno, sin duda no soy tan buen jinete como tú, Bendel —respondió Thorne según devolvía el violín a la mesa—. Y reconozco que siempre te he envidiado por ello.

—¡Paren las máquinas! —exclamó el señor Bendel—. Este hombre tiene defectos, al fin y al cabo —se volvió a mirar a la señora Vanderbilt con una sonrisa—. Bueno, ¿a qué esperamos para salir a cabalgar?

Los otros invitados reían con ganas mientras los dos caballeros seguían intercambiando bromas, y Serafina sonrió. Disfrutaba observando la camaradería de esas personas. Envidiaba su manera de hablarse, de tocarse y de compartir sus vidas. Aquel ambiente distaba tanto de su propio mundo de sombras y soledad... Se fijó en una joven que ladeaba la cabeza y sonreía al tiempo que apoyaba la mano en el brazo de su acompañante. Serafina intentó imitar el gesto.

—¿Te has perdido? —preguntó alguien a su espalda.

Sobresaltada, Serafina dio media vuelta y se dispuso a bufar, pero se detuvo en seco. Tenía delante a un muchacho. A su lado, un dóberman negro de orejas puntiagudas la observaba fijamente.

El chico lucía una elegante chaqueta de *tweed*, un chaleco abotonado, pantalones de montar de lana y botas de piel altas por la rodilla. Tenía un aspecto un tanto enfermizo, frágil incluso, pero la miraba con una expresión sensible y considerada, y una mata de cabello castaño le daba un aspecto simpático. El chico aguardaba respuesta en silencio, contemplándola con atención.

Serafina tuvo que recurrir a todo su valor para no salir corriendo. No sabía qué hacer. ¿La habría tomado por una vagabunda que se había colado en la casa? O puede que la hubiera confundido con una criada aturdida; quizá una deshollinadora o una limpiacristales. Fuera como fuese, estaba atrapada. Acababan de pillarla con las manos en la masa.

—¿Te has perdido? —repitió el chico. En esta ocasión Serafina notó sorprendida algo parecido a interés en su voz—. ¿Quieres que te ayude a encontrar el camino?

No parecía tímido, pero tampoco exudaba confianza en sí mismo ni nada parecido a arrogancia. Y a Serafina le extrañó que no se hubiese enfadado al verla allí. Su tono delataba más bien curiosidad.

—No-no-no me he perdido —tartamudeó Serafina—. Solo estaba...

—No pasa nada —repuso el chico al tiempo que avanzaba un paso hacia ella—. Yo aún me pierdo de vez en cuando y ya llevo dos años viviendo aquí.

Serafina contuvo el aliento. Acababa de comprender que estaba hablando con el joven amo, el sobrino del señor Vanderbilt, nada menos. Lo había visto varias veces anteriormente, plantado ante la ventana de su habitación con la mirada perdida en las montañas, galopando a lomos de su caballo por los terrenos de la casa o paseando por los caminos sin otra compañía que la de su perro. Llevaba años observándolo, pero jamás lo había tenido tan cerca.

Casi todo lo que sabía acerca de él lo había averiguado escuchando a escondidas los cotilleos de los criados y, en lo concerniente al joven amo, cotorreaban por los codos. Cuando el chico tenía diez años, su familia había muerto en un incendio y él se había quedado huérfano. Su tío lo había adoptado y ahora los Vanderbilt lo cuidaban como a un hijo.

Era conocida la afición del joven amo a la soledad. Algunas de las voces menos caritativas susurraban que el chico prefería la compañía de su perro y su caballo a la de los seres humanos. Serafina había oído decir a los mozos de cuadra que el muchacho había ganado numerosos premios en competiciones ecuestres y estaba considerado uno de los mejores jinetes de la zona. Los cocineros, que se enorgullecían de preparar banquetes dignos de un *gourmet*, se quejaban de que siempre compartía el plato con su perro.

—He explorado casi todas las habitaciones de la planta baja, del primer piso y del segundo —le decía ahora el chico—. Y los establos, claro, pero el resto de la casa sigue siendo tierra extraña para mí.

Mientras escuchaba sus palabras, Serafina notó que intentaba mostrarse educado, aunque sus ojos no dejaban de observarla. Aquel escrutinio le estaba poniendo los nervios de punta. Llevaba tantos años escondiéndose de los habitantes de la casa que el mero hecho de sentirse observada la desconcertaba. Notaba un peso en el estómago pero, al mismo tiempo, sentía un cosquilleo en la piel de todo el cuerpo. Debía de ofrecer un aspecto muy raro, allí plantada ante él, con los restos de la vieja camisa de su padre. Seguro que el joven amo se había fijado en sus manos sucias y en la mugre de su cara. Iba tan despeinada como un espíritu del bosque y el color listado de su cabello saltaba a la vista. ¿Cómo no iba a mirarla fijamente?

Serafina discurrió que él debía de conocer a casi todos los invitados y criados, y ahora intentaba adivinar quién era ella. Sin duda llamaba la atención entre toda esa gente... Serafina tenía dos brazos y dos piernas como todo el mundo, si bien sus pómulos angulosos y sus ojos dorados no eran en absoluto corrientes. Por más que comiera, nada alteraba la salvaje delgadez de su cuerpo. Seguro que el chico Vanderbilt la estaba comparando con un escuchimizado lechón o quizá con una feroz comadreja. En cualquier caso, ninguno de esos dos animales solía frecuentar la casa.

Una parte de Serafina —puede que la más inteligente— quería dar media vuelta y salir por piernas, pero se dijo que tal vez el joven amo fuera el interlocutor perfecto para ofrecerle su relato de la chica del vestido amarillo. Aquellos pomposos adultos vestidos de seda y encaje no prestarían la más mínima atención a una niña de cara mugrienta, pero puede que él sí.

—Soy Braeden —se presentó el chico.

—Yo soy Serafina —le soltó ella sin pararse a pensar. *¡Tonta! ¿Por qué le has dicho cómo te llamas?* Por si no le bastara con pasearse por ahí a la vista de todo el mundo, ahora había revelado su nombre. ¡Su padre la iba a matar!

—Encantado de conocerte, Serafina —dijo él, e hizo una reverencia, como si Serafina mereciese el mismo respeto que una dama—. Este es mi amigo Gidean —le presentó a su perro, cuyos ojos negros y fijos aún la estudiaban con malevolencia.

—Hola —consiguió decir ella, aunque no le hacía ninguna gracia que el perro siguiera mirándola como si únicamente la presencia de su amo le

impidiera clavarle esos colmillos blancos y relucientes.

Armándose de valor, Serafina miró a Braeden Vanderbilt con aire nervioso.

—Amo Braeden, he venido para decirle que ayer vi...

—¿Sí? ¿Qué viste? —preguntó él, rebosante de curiosidad.

—Había una chica, una niña rubia, muy guapa, con un vestido amarillo ayer por la noche en el sótano y vi a un hombre con una...

Mientras el grupo de damas y caballeros desfilaba despacio hacia las puertas que llevaban al jardín, el atractivo señor Thorne se separó del resto y, acercándose a Braeden, interrumpió el relato de Serafina.

—¿No viene, señorito Vanderbilt? —lo invitó con su acento sureño—. Los caballos están preparados y me han dicho que sus habilidades ecuestres han mejorado bastante últimamente. Tal vez podríamos cabalgar juntos.

Una sonrisa iluminó el rostro de Braeden.

—Sí, señor Thorne —exclamó—. Me encantaría.

En cuanto el caballero se reunió con los demás, los ojos del joven devolvieron la atención a Serafina.

—Perdona, me estabas diciendo que habías visto...

En aquel instante, el señor Boseman, el guarda de la mansión y jefe de su padre, subió las escaleras del sótano pisando fuerte. Siempre había sido un cascarrabias, y ese día no fue una excepción.

—Tú, ¿quién eres? —preguntó, y aferró el brazo de Serafina con tanta fuerza que le arrancó una mueca de dolor—. ¿Cómo te llamas, niña?

Ella estaba pensando que las cosas no podían ir a peor cuando una súbita conmoción estalló en el vestíbulo principal. Una mujer de mediana edad, gruesa y despeinada, bajó corriendo la escalinata todavía en camisón, procedente de la tercera planta. Se abalanzó sobre la multitud con ademanes histéricos.

—Es la señora Brahms —dijo el señor Boseman, que se había vuelto a mirar el revuelo.

—¿Alguien ha visto a Clara? —gritaba la señora Brahms, frenética, al tiempo que agarraba a las personas que la rodeaban—. Por favor, ayúdenme. ¡Ha desaparecido! ¡No la encuentro por ninguna parte!

La señora Valderbilt se acercó a ella y le tomó las manos para tranquilizarla.

—Es una casa muy grande, señora Brahms. Seguro que Clara ha salido a explorarla.

Una charla inquieta se extendió entre la multitud. Las damas y los caballeros que se estaban preparando para la cabalgata se preguntaban unos a otros a qué venía tanto jaleo.

La señorita Clara Brahms, pensó Serafina. Esa es la niña del vestido amarillo.

Durante todo ese rato, el señor Boseman no le había soltado el brazo.

Sintió deseos de plantarse en mitad del gentío y contarle a todo el mundo lo que había presenciado, pero ¿qué pasaría entonces? ¿*De dónde sales?*, le preguntarían. ¿*Qué hacías en el sótano en mitad de la noche?* Le formularían toda clase de preguntas que no podría responder.

De repente, el señor George Vanderbilt, el señor de la casa, avanzó al centro de la concurrencia y levantó las manos.

—¿Pueden prestarme atención un momento, por favor? —pidió. Tanto los invitados como los criados enmudecieron al instante para escucharlo—. Sin duda estarán todos de acuerdo en que debemos retrasar la excursión para buscar a la señorita Brahms. Cuando la encontremos, reanudaremos las actividades del día.

George Vanderbilt era un individuo esbelto y moreno de expresión inteligente. De treinta y pocos años, ostentaba un poblado bigote negro y unos ojos agudos y penetrantes. Si bien amaba los libros con pasión, también era un hombre sano y atlético que no aparentaba en absoluto su edad. Y Serafina no era la única que opinaba así. Había oído comentar a las criadas en la cocina que el señor de la casa debía de poseer el secreto de la eterna juventud. Vanderbilt vestía de punta en blanco y, mientras admiraba su imponente presencia, el atuendo del hombre atrajo la mirada de la niña. Sobre todo sus zapatos. Igual que el resto de los caballeros presentes, llevaba chaqueta de montar, pero en lugar de las botas de rigor calzaba unos refinados zapatos de charol. Serafina creyó reconocer el repiqueteo que emitían esos zapatos contra el duro suelo de mármol. Era el mismo que había oído en los pasillos la noche anterior.

Miró los zapatos de los otros caballeros. Braeden, el señor Thorne y el señor Bendel llevaban botas de montar, como exigía la excursión prevista. Solo el señor Vanderbilt había optado por zapatos de vestir.

Ahora el señor de la casa se acercaba a la madre de la niña perdida para consolarla.

—Inspeccionaremos la casa de arriba abajo, señora Brahms, y no descansaremos hasta encontrarla —se giró hacia las damas y los caballeros,

y señaló con un gesto a los lacayos y las doncellas también—. Nos dividiremos en cinco grupos —decidió—. Registraremos todas las plantas —siguió diciendo—. Los cuatro pisos y el sótano. Si alguien ve algo sospechoso, que informe de inmediato.

A Serafina se le encogió el corazón al oír esas palabras. ¡Iban a registrar el sótano! ¡El sótano! ¡Eso incluía el taller! Retorciendo el cuerpo con fuerza, se zafó del señor Boseman y salió disparada antes de que el guarda pudiera detenerla. Bajó las escaleras como una flecha. Tenía que avisar a su padre. Los restos de la cena de la noche anterior, el colchón en el que dormía... tenían que esconderlo todo.



Serafina corrió hacia su padre y lo agarró del brazo. Hablando y respirando al mismo tiempo, resolló:

—Papá, ha desaparecido una niña, tal como te dije, y el señor Vanderbilt va a registrar toda la casa.

Disparó las palabras con una mezcla de urgencia y orgullo. Le recordó a su padre a grandes rasgos lo que había visto la noche anterior, pensando que, cuando terminase, él reconocería que el relato de Serafina no había sido un sueño ni un cuento inventado.

—¿Van a registrar la casa? —preguntó él, haciendo caso omiso de todo lo demás. Se dio media vuelta a toda prisa para recoger los utensilios de cocina y la navaja de afeitar que había en el banco. Luego arrastró el colchón de Serafina al escondite que había construido detrás del anaquel de las herramientas. Cuando llegara el equipo de búsqueda, no podía quedar el menor rastro de su presencia en el sótano.

—¿Y qué pasa con la niña que desapareció? —preguntó ella, desconcertada. No entendía por qué su padre no concedía ninguna importancia a lo que acababa de contarle.

—Los niños no desaparecen sin más, Sera —repuso él mientras seguía guardando cosas.

A Serafina se le cayó el alma a los pies. Su padre seguía sin creer la historia.

El hombre echó un último vistazo a la estancia para asegurarse de que no quedara nada por ahí y luego la miró. Por un instante, Serafina pensó

que por fin iba a mostrar interés en su relato, pero él señaló el cepillo del pelo y le espetó:

—¡Por el amor de Dios, niña, recoge tus cosas!

—¿Y qué me dices del hombre de la capa negra? —protestó ella.

—No quiero que te preocupes más por eso —ladró él—. Solo fue una pesadilla. Ahora cállate.

Serafina retrocedió al oírlo. No entendía por qué su padre se enfadaba con ella. Pero percibía preocupación además de enfado en la voz del hombre y, a lo lejos, se oía ya al equipo de búsqueda, que empezaba a bajar las escaleras. Serafina sabía que a su padre le inquietaba algo más que la posibilidad de que los descubrieran. No soportaba que le hablaran de asuntos sobrenaturales ni de fuerzas oscuras y diabólicas sueltas por el mundo, de nada que no pudiera arreglar con sus martillos, destornilladores y llaves inglesas.

—¡Pero yo lo vi! —insistió Serafina—. La niña desapareció, papá. ¡Estoy diciendo la verdad!

—Una niña se ha perdido y la están buscando. Eso es todo. La encontrarán dondequiera que esté. Piensa con la cabeza. La gente no desaparece sin más. Tiene que estar en alguna parte.

Serafina se quedó plantada en el centro de la estancia.

—Deberíamos contarles lo que vi —insistió con terquedad.

—No, Sera —replicó él—. Se pondrán furiosos si descubren que vivo aquí. Me despedirán. ¿Lo entiendes? Y sabe Dios lo que harán contigo. Ni siquiera conocen tu existencia, y tenemos que asegurarnos de que siga siendo así. Te lo digo muy en serio, niña. ¿Me oyes?

El grupo avanzaba ahora por el pasillo, cada vez más cerca.

Apretando los dientes, Serafina negó con ademán frustrado y se plantó delante de él.

—¿Por qué, papá? ¿Por qué? ¿Por qué no quieres que nadie me vea? —no se atrevió a decirle que, como mínimo, uno de los Vanderbilt ya la había visto e incluso conocía su nombre—. Dímelo, papá, sea lo que sea. Tengo doce años. Ya soy mayor. Merezco saberlo.

—Mira, Sera —repuso él—, ayer por la noche, alguien saboté la dinamo, la estropeó tan a conciencia que no sé si la podré reparar. Si no la tengo arreglada al anochecer, el jefe se va a subir por las paredes, y con razón. Las luces, los ascensores, los timbres para avisar a los criados... todo depende de la máquina Edison.

Serafina trató de imaginar a alguien colándose en la sala de la electricidad para estropear la maquinaria.

—¿Quién querría hacer algo así, papá?

El grupo recorría las cocinas. En cualquier momento llegaría al taller.

—No tengo tiempo para pensarlo —respondió él, dando un paso hacia su hija—. Tengo que repararla, eso es todo. ¡Ahora haz lo que te digo!

Iba de acá para allá escondiendo cosas con tanta rabia y violencia que Serafina se asustó. Se escondió detrás de la caldera para observarlo. Sabía que cuando su padre se ponía en ese plan no se podía hacer nada. Solo quería que lo dejaran en paz para poder trabajar con sus máquinas. Pero la duda la reconcomía por dentro y, cuanto más pensaba en ello, más se enfadaba. Y si bien era consciente de que no era el momento ideal para expresar todo lo que pensaba y sentía, le daba igual. Se lo soltó.

—Lo siento, papá —dijo—. Ya sé que estás ocupado, pero por favor dime por qué no quieres que nadie me vea —salió de detrás de la caldera y se encaró con él, ahora levantando la voz—. ¿Por qué me has obligado a esconderme todos estos años? Quiero saberlo. ¿Por qué te avergüenzas de mí?

Para cuando formuló la última pregunta, prácticamente estaba gritando. Hablaba en un tono tan alto y chillón que el eco de su voz resonó en el taller.

El padre de Serafina se detuvo de golpe para mirarla. La niña supo que, por fin, había llegado a ese corazón acorazado suyo y lo había zarandeado. Había conseguido conmoverlo. Experimentó el súbito impulso de retirar sus palabras y esconderse nuevamente detrás de la caldera, pero no lo hizo. Se quedó plantada ante él y, casi llorando, le sostuvo la mirada lo mejor que pudo.

Él se había quedado muy quieto junto al banco, con los puños cerrados. Una visible oleada de dolor y desesperación lo recorrió por dentro y, durante un instante, no pudo hablar.

—No me avergüenzo de ti —gruñó con una voz rara y ronca. El equipo de búsqueda estaba a una sala de distancia.

—Sí —replicó ella. Temblaba de miedo, pero no retrocedería esta vez. Quería arrancarle una reacción. Sacudirlo hasta la médula—. Te avergüenzas de mí —repitió.

Él se giró para que su hija no pudiera verle la cara, solo la coronilla y el corpachón. Transcurrieron varios segundos de silencio. Entonces el padre

de Serafina sacudió la cabeza como si discutiera consigo mismo o estuviera furioso con ella, o ambas cosas; no estaba segura.

—Cierra el pico y sígueme —le ordenó, y dio media vuelta para abandonar el taller.

Correteando detrás de su padre, Serafina lo alcanzó en el pasillo. Todo su cuerpo burbujeaba de inquietud. No sabía adónde la llevaba ni qué iba a pasar. Apenas podía tomar aire según él la guiaba por los angostos peldaños de piedra que llevaban al subsótano y, de allí, a la habitación que albergaba la dinamo de hierro y sus gruesos cables negros que ascendían por las paredes. Habían dejado atrás a la partida de búsqueda, como mínimo durante un rato.

—Nos esconderemos aquí —anunció el padre de Serafina. Cerró la puerta con un golpe sordo y pasó el cerrojo. Encendió un fanal para romper las tinieblas. Serafina nunca lo había visto tan serio, pálido y sombrío, y eso la asustaba.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó con voz temblorosa.

—Siéntate —ordenó él—. Lo que te voy a contar no te va a gustar, pero te ayudará a entender muchas cosas.



Serafina tragó saliva, se sentó en un viejo carrete de hilo de cobre gastado y se dispuso a escuchar. Su padre se acomodó en el suelo, de cara a ella y de espaldas a la pared. Con la cabeza gacha, sumido en sus cavilaciones, empezó a hablar.

—Hace años, trabajé como mecánico de la estación de clasificación de Asheville —dijo—. Acababa de nacer el tercer hijo del capataz y en su hogar reinaba la alegría. Todos estaban celebrando la buena noticia menos yo, que me había quedado solo, hundido en mi desgracia. Me dejé llevar por la autocompasión y no me enorgullezco de ello, pero las cosas no me iban como, en teoría, deberían irle a un hombre. Quería conocer a una buena mujer, construir una casa en el pueblo y tener hijos. Por desgracia, los años pasaban y nada de eso había sucedido. Yo era un tipo patoso y no demasiado guapo. Me pasaba el día entre máquinas y, si alguna vez me cruzaba con alguna mujer del pueblo, me quedaba sin palabras. Podría pasarme una noche entera hablando de tuercas y tornillos, pero poco más.

Serafina abrió la boca para preguntar algo, pero no quería interrumpir a su padre ahora que por fin le estaba abriendo el corazón.

—Aquella noche, mientras los demás empujaban el codo —continuó—, decidí salir. No estaba para fiestas. Empecé un largo paseo, sin rumbo, como hace la gente cuando tiene demasiadas cosas en la cabeza. Me interné en el bosque, crucé el desfiladero y me dirigí a las montañas. Cuando anochece, seguí andando.

A Serafina le costaba imaginar a su padre caminando por el bosque. Le había advertido tantas veces contra sus peligros que había dado por supuesto que jamás lo había pisado. Su padre odiaba el bosque. Ahora, cuando menos.

—¿Tenías miedo, papá?

—No, qué va —repuso él al tiempo que sacudía la cabeza sin despegar la mirada del suelo—, pero hice mal.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —Serafina no atinaba a imaginar qué pudo haber sucedido. La titilante llama del farolillo proyectaba una misteriosa sombra en el rostro de su padre. Siempre le habían encantado las historias que contaba, pero esta parecía manar directamente de su corazón.

—Mientras recorría el bosque, oí un espantoso aullido, como si un animal se retorciera de dolor. La maleza se agitaba con violencia, pero yo no veía de dónde procedía el alboroto.

—¿Algún animal estaba muriendo, papá? —Serafina se inclinó hacia él.

—No lo creo —repuso su padre, y alzó la vista—. El alboroto continuó durante un rato y luego el ruido cesó de golpe. Pensé que todo había terminado. Y entonces unos ojos amarillentos brillaron en la oscuridad. Lo que quiera que fuera, humano o animal, me acechaba despacio, arriba y abajo, mientras me estudiaba con mucha atención, como si no supiera qué hacer conmigo, si devorarme o dejarme marchar. Notaba un enorme poder detrás de aquellos ojos. Pero entonces desaparecieron. El animal se había marchado. En aquel momento, oí una especie de lloriqueo.

Serafina se irguió para mirarlo a los ojos.

—¿Lloriqueo? —preguntó confusa. No era aquello lo que esperaba oír, bajo ningún concepto.

—Rebusqué entre los arbustos. Vi un charco de sangre en la tierra y, sobre la sangre, unas criaturillas amontonadas. Tres estaban muertas. La cuarta, en cambio, respiraba a duras penas.

Serafina se levantó para acucillarse junto a su padre. Lo miraba con atención, totalmente absorta en la historia. Veía a las ensangrentadas criaturas en su mente, enredadas en el suelo.

—Pero, ¿qué clase de criaturas? —preguntó asombrada.

Él negó con la cabeza.

—Igual que todos los habitantes de estas montañas, había oído rumores que hablaban de magia negra, pero nunca los había tomado en serio. Hasta aquella noche. A la escasa luz de las estrellas, observé a la pequeña superviviente. Sin embargo, no atinaba a distinguir qué ser era ese que estaba mirando. O, más bien, mi mente se negaba a creerlo. Cuando por fin tomé a esa cosita entre las manos, comprendí que se trataba de un recién nacido humano, acurrucado.

Sorprendida, Serafina abrió unos ojos como platos.

—Espera. ¿Qué? No lo entiendo. ¿Qué había pasado? ¿Cómo había llegado allí un bebé?

—Yo me hacía la misma pregunta, créeme, pero una cosa tenía muy clara: fuera cual fuese la procedencia del recién nacido, tenía que ayudarlo. Lo envolví con la chaqueta y eché a andar colina abajo para sacarlo del bosque. Se lo llevé a las comadronas del convento y les supliqué que lo acogieran, pero se horrorizaron al verlo y murmuraron que era obra del diablo. Dijeron que sufría malformaciones, que estaba a punto de morir y que no podían hacer nada por ella.

—¿Por qué? —exclamó Serafina, indignada—. ¡Es horrible! ¡Qué malvadas!

No entendía que se rechazara a alguien solo por ser distinto. Se preguntó qué clase de mundo era ese de ahí fuera. La actitud de las comadronas la perturbaba aún más si cabe que la idea de que una bestia de ojos amarillentos acechara en la noche. Por otro lado, sintió una renovada admiración por su padre cuando imaginó sus cálidas manazas rodeando el diminuto cuerpo del recién nacido para infundirle calor y mantenerlo con vida.

El padre de Serafina exhaló un largo y tembloroso suspiro ante el recuerdo de aquella noche. Luego prosiguió su historia.

—Debes comprender que la pobrecilla había nacido con los ojos cerrados, Sera, y las monjas dijeron que jamás vería. Había nacido sorda, y afirmaron que nunca llegaría a oír. Y cualquiera podía advertir que tenía cuatro dedos en los pies en vez de cinco, pero eso era lo de menos. Sufría

una malformación en la clavícula y su columna vertebral tenía una forma antinatural, larga y curvada, como retorcida. Costaba creer que pudiera sobrevivir.

La realidad golpeó a Serafina como un mazazo. Estupefacta, alzó la vista hacia su padre.

—¡Yo soy aquel bebé! —gritó a la vez que se levantaba de un salto. Lo que estaba oyendo no era un cuento, era su propia historia. Había nacido en el bosque. Su padre la había encontrado entre las matas y la había adoptado. Serafina era igual que un cachorro de zorro criado por un coyote. Se plantó delante de su padre—. ¡Yo soy aquel bebé! —repitió.

El hombre la miró y ella vio la verdad titilar en sus ojos, aunque su padre no la admitió. No dijo que sí ni que no. Por lo visto, no podía conciliar el recuerdo de aquella sombría noche con la hija que ahora tenía delante, y tenía que contar la historia del único modo que podía: como si no fuera la de Serafina.

—Los huesos de su espalda estaban articulados de un modo extraño —prosiguió él—. A las monjas les aterraba la idea de cuidar de aquella niña, como si fuera un engendro del diablo, pero para mí solo era una niña, un cachorrillo, y no se abandona a algo así. ¡Qué importa cuántos dedos tenga en el pie!

Serafina se arrodilló delante de él e intentó sacar conclusiones de lo que estaba oyendo. Empezaba a comprender la clase de persona que era su padre y de quién había heredado parte de su propia determinación. Por otro lado, se sentía confundida. ¿Cómo era posible que hubiera heredado algo de su padre si ella ni siquiera le pertenecía?

—Me llevé al recién nacido conmigo por miedo a que las monjas lo ahogaran —confesó.

—Odio a esas monjas —escupió Serafina—. ¡Qué personas tan horribles!

Él negó con la cabeza, no para contradecirla sino más bien como si ya ni se acordara de las monjas porque habían sido el menor de sus problemas.

—No tenía con qué alimentarla —continuó—, así que me colé en una granja y ordeñé una cabra; robé también una botella. Me avergonzaba hacer ese tipo de cosas, pero tenía que darle de comer y no se me ocurrió una solución mejor. Aquella noche, le di al cachorrillo su primer biberón y, por débil que estuviera, se lo tomó hasta la última gota, sin abrir los ojos.

Recuerdo haber rezado para que cobrara fuerzas. Cuanto más tiempo la tenía entre los brazos y más la veía beberse toda aquella leche, mayor era mi deseo de que sobreviviera.

—¿Y qué pasó? —Serafina se pegó a su padre. Sabía que al otro lado de la puerta, en el exterior de aquel cuarto, los legítimos habitantes de la Casa Biltmore estaban inspeccionando las distintas dependencias, pero le daba igual—. Continúa, papá —lo azuzó.

—Traté de buscar a alguna mujer que pudiera criar a la niña como Dios manda, pero ninguna quiso hacerlo. Estaban seguras de que iba a morir. Dos semanas después, mientras arreglaba un motor con una mano y le daba el biberón con la otra, sucedió algo. Abrió los ojos por primera vez y me miró. Yo le sostuve la mirada. No pude hacer nada más. Tenía unos ojos enormes y amarillos que no se despegaban de los míos. Supe, en aquel instante, que yo era suyo y ella era mía, que a partir de aquel momento formábamos una familia y nada podría separarnos.

Serafina escuchaba el relato tan fascinada que apenas parpadeaba. Los ojos amarillos de los que hablaba su padre aún lo miraban, como llevaban haciendo doce años.

Él se enjugó los labios con una mano, despacio, miró la dinamo y prosiguió la historia.

—Durante los meses siguientes, alimenté al cachorrillo mañana y noche. Dormía con ella acurrucada debajo del brazo. La dejaba acostada en un estuche de herramientas mientras trabajaba. Cuando creció un poco, la ayudé a gatear y a corretear. La cuidaba lo mejor que podía. Era mi hija, al fin y al cabo. Sin embargo, la gente empezó a hacer preguntas y los primeros agentes gubernamentales se dejaron caer. Tipos con insignia y pistola. Una noche, mientras estaba trabajando en la estación de clasificación, tres de ellos aguardaron a que el cachorrillo se alejara unos metros, lo acorralaron y lo apresaron. Pretendían encerrarlo Dios sabe dónde, o quizá algo peor. Golpeé al primer agente con tanta fuerza que cayó al suelo ensangrentado y ya no se levantó. Luego le aticé al segundo y me abalancé para agarrar al tercero, pero se largó por piernas. Al cachorrillo no le pasó nada, gracias a Dios, pero comprendí que corríamos peligro. La próxima vez volverían con más hombres, cadenas para mí y una jaula para ella. Debíamos alejarnos. Teníamos que escapar de los ojos curiosos y las bocas chismosas de la ciudad, así que dejé la estación y busqué trabajo en las montañas como obrero de una gran mansión.

Serafina ahogó un grito al comprender que su padre no solo la mantenía oculta a ella. Los estaba escondiendo a los dos. *Por eso vivimos en el sótano*, pensó, y notó que la recorría una sensación de alivio. Su padre la estaba protegiendo.

—La cuidé lo mejor que pude —prosiguió el padre—, en los buenos tiempos y en los malos y, con el paso de los años, la extraña criatura que había encontrado en el bosque creció hasta convertirse en una niña preciosa, y yo me esforcé en olvidar las circunstancias en las que vino al mundo y cómo llegó a mi lado.

Entonces, por fin, el padre de Serafina se interrumpió para mirarla con gravedad.

—Y esa niña eres tú, Sera —dijo—. Eres tú. Salta a la vista que no te pareces a las otras niñas, pero no eres en absoluto deforme u horrible como predijeron las monjas. Te mueves con gracilidad; eres la persona más rápida y ágil que he visto en mi vida. No eres sorda ni ciega como ellas esperaban, sino que posees unos sentidos particularmente agudos. Te he protegido a diario durante los últimos doce años y te juro por Dios que han sido los mejores de mi vida. Lo eres todo para mí, niña. No siento ni una pizca de vergüenza, ninguna en absoluto, solo un fuerte deseo de que los dos sigamos con vida.

Cuando calló para mirarla fijamente con sus oscuros ojos, Serafina se dio cuenta de que estaba sollozando y se enjugó las lágrimas a toda prisa para que su padre no la regañara por llorar. En cierto modo, jamás se había sentido más unida a ese hombre que en aquel momento, por cuanto su historia le había llegado al corazón, pero algo más se estaba desplegando en su interior. Su padre no era su padre. La había encontrado en el bosque y se la había llevado. Había pasado toda la vida mintiéndoles a ella y al resto del mundo. A lo largo de todos esos años se había negado a hablarle de su madre, había dejado que Serafina se devanase los sesos, y ahora ahí estaba. La verdad. Las lágrimas aún le corrían por las mejillas. Se sentía tan tonta de haber imaginado historias de damas elegantes, a su madre olvidándola en la lavadora y todos esos cuentos que inventaba de niña. Había dedicado infinidad de horas a preguntarse por sus orígenes sin imaginar que él conocía las respuestas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó.

El padre de Serafina no respondió.

—¿Por qué no me lo dijiste, papá? —insistió ella.

Él sacudió la cabeza de un lado a otro, despacio, mirando al suelo.

—Papá...

Por fin, el hombre repuso:

—Porque no quería que fuera verdad.

Serafina lo miró con incredulidad.

—Pero es la verdad, papá. Uno no puede desear que las cosas que son verdad dejen de serlo.

—Lo siento, Serafina —respondió él—. Yo solo quería que fueras mi hijita.

Serafina estaba enfadada, muy enfadada, y a pesar de todo se le hizo un nudo en la garganta. Su padre por fin le había abierto el corazón y le había contado lo que pensaba, lo que sentía, lo que le asustaba y los sueños que albergaba.

Y su padre soñaba con ella.

Apretó los dientes, respiró por la nariz y lo miró.

Estaba enojada y desconcertada, sorprendida y emocionada, todo al mismo tiempo. Por fin conocía la verdad. O parte de ella, cuando menos.

Ahora sabía por qué se sentía distinta. Era distinta.

La idea la aterrorizó: Serafina era una criatura de la noche.

Procedía de ese bosque que su padre le había enseñado a temer y en el que tenía prohibido entrar. La idea de haber nacido en aquel lugar le repugnaba, la asustaba, pero al mismo tiempo le proporcionaba una extraña sensación de tranquilidad, casi de alivio. Tenía lógica, por retorcida que fuera la revelación.

Volvió a contemplar a su padre, que seguía sentado de espaldas a la pared. Ahora que por fin le había contado la historia, parecía agotado, como si acabara de quitarse un gran peso de encima.

El hombre se levantó despacio, se sacudió las manos y caminó lentamente a la otra punta del cuarto, sumido en sus pensamientos.

—Lo siento, Sera —dijo—. Supongo que te duele enterarte de esto, pero tienes razón, ya eres mayor y mereces saberlo —se acercó a ella, se agachó y le rodeó la cara con las manos para mirarla a los ojos—. Ahora bien, hagas lo que hagas con ese saber, quiero que recuerdes una cosa por encima de todo: no hay nada malo en ti, Sera, nada en absoluto, ¿me oyes?

—Sí, papá —repuso Serafina, que asentía y se enjugaba las lágrimas de los ojos. Se había desatado un torbellino en su corazón, pero de una cosa estaba segura: su padre estaba de su lado. Sin embargo, mientras seguía allí

con la mirada clavada en él, pensamientos y preguntas empezaron a abrirse paso en su mente.

¿Tendría que permanecer escondida para siempre? ¿Llegaría siquiera a relacionarse con los habitantes de Biltmore? ¿Alguna vez podría hacer amigos? Era un criatura de la noche, pero, ¿qué implicaba eso? Si se dejaba crecer las uñas, ¿se convertirían en garras?

Oyó a lo lejos al equipo de búsqueda, que ahora avanzaba por el sótano, e intentó bloquear el sonido. Observó a su padre nuevamente. Tras un largo silencio, musitó la pregunta que llevaba un rato perfilándose en su pensamiento.

—¿Y qué pasa con mi madre?

El padre de Serafina cerró los ojos un momento e inspiró hondo. Luego volvió a abrirlos, la miró y le habló con una dulzura poco frecuente en él.

—Lo siento mucho, Sera. La verdad es que apenas te puedo decir nada de ella. Sin embargo, cuando la veo en mi mente, la imagino hermosa, tan fuerte como maravillosa. Luchó con uñas y dientes por traerte a este mundo, Sera, y quería quedarse contigo, pero no podía. No sé por qué. El caso es que ella te dejó conmigo para que te quisiera y te cuidara, y se lo agradezco muchísimo...

—Entonces, puede que siga ahí fuera, en alguna parte —Serafina hablaba con voz insegura, temblorosa. La historia de su padre había provocado un tornado en su interior, pero si pensaba en su madre notaba como si el sol le estallase dentro.

—Puede que sí —asintió él con suavidad.

Sera lo miró.

—Papá, ¿crees...? ¿Crees que...? ¿Sabes si era humana o...?

—No quiero ni que lo pienses —la interrumpió él a la vez que negaba con la cabeza. Serafina notó lo mucho que esa pregunta lo incomodaba por el rictus de su boca—. Eres mi hija —dijo—. Eso es lo que creo.

—Pero en el bosque... —empezó a decir ella.

—No —la cortó él—. Olvídalo. Tú vives aquí. Conmigo. Este es tu hogar. Te lo he dicho muchas veces y te lo volveré a repetir, Sera: el mundo está lleno de misterios, de cosas que no conocemos. Nunca te internes en el corazón del bosque, porque allí abundan los peligros, tanto oscuros como luminosos, que podrían robarte el alma.

Serafina permaneció un buen rato mirando a su padre con atención. Al mismo tiempo, intentaba comprender el sentido de sus palabras. La seriedad de su expresión le transmitía la importancia de aquella advertencia, pero la sentía también en el fondo de su corazón. Su padre era la única persona que tenía en el mundo.

Oyó a unos hombres acercarse por el pasillo, al otro lado de la puerta cerrada. Ahora estaban inspeccionando los cuartos del subsótano. Se le erizó la piel de los brazos, un aviso de que debía escapar.

Miró a su padre. Consciente de lo mucho que le había costado compartir con ella esa historia, no quería volver a sacar el tema, no deseaba importunarlo, pero tenía que formular una última pregunta.

—¿Y qué me dices del hombre que se llevó a la niña del vestido amarillo? ¿Qué clase de demonio es ese, papá? ¿Crees que procede del bosque o que es uno de los distinguidos caballeros de arriba?

—No lo sé —reconoció él—. He estado rezándole a Dios para que todo eso fuera producto de tu imaginación.

—No lo fue, papá —respondió ella con voz queda.

El hombre no quería seguir discutiendo, así que la miró muy serio.

—Quítate esa idea de la cabeza, Sera. No vas a salir a hablar con ellos —le dijo—. Es demasiado peligroso. Ahora ya sabes por qué. Sé que estás deseando ayudarla, y me siento orgulloso de ti por ello, pero no te preocupes más por esa niña. Pertenece a su mundo, no al nuestro. No necesitan nuestra ayuda. La encontrarán. Mantente al margen.

En aquel momento, alguien golpeó la pesada puerta del cuarto de la electricidad.

—¡Estamos inspeccionando la casa! —gritó una voz masculina.

Serafina miró a su alrededor, aunque ya sabía que no tenía escape.

—¡Abran la puerta! —ordenó otro—. ¡Abran!



En el instante en que el padre de Serafina abrió la puerta, el señor Boseman y otros dos hombres entraron como trombas en el cuarto del suministro eléctrico. Serafina se agarró a los estantes metálicos del techo, escondida entre los cientos de gruesos cables de cobre que bajaban desde allí hasta el suelo.

Mientras su padre ofrecía a los asombrados caballeros una detallada explicación acerca de cómo exactamente genera una dinamo electricidad, Serafina reptó por el techo, saltó en silencio a sus espaldas y salió disparada por la puerta abierta.

Corrió por el pasillo y se coló en una pequeña tolva de carbón, donde se acurrucó en la oscuridad.

Siempre había tenido debilidad por los espacios oscuros y cerrados. Mientras espiaba por un agujero de la puerta de hierro y veía a los encargados de la búsqueda pasar de acá para allá, su mente regresaba una y otra vez a la historia que su padre le acababa de contar. Le enfurecía que hubiera tardado tanto en revelársela. ¿Sería verdad? ¿Realmente había nacido en la tierra, en mitad de la noche, entre las tinieblas del bosque? Su madre, quienquiera que fuese, debió de ser muy valiente.

Sin embargo, cuantas más vueltas le daba, más se inclinaba a pensar que su madre no había salido aquella noche simplemente a dar a luz. Puede que ya viviera en el bosque. Y, de ser así, ¿qué clase de criatura era? Y, en ese caso, ¿quién era Serafina? ¿Y si su padre se había equivocado al adoptarla?

Todo resultaba tan confuso. Serafina se sentía más inquieta y desorientada que nunca. De golpe y porrazo, había descubierto que su padre no era su padre y que Biltmore no era su hogar. Y seguía sin tener madre.

Ahora sabía que su padre la había estado ocultando porque temía que alguien la lastimara. Pese a todo, seguía desconcertada porque, si él la amaba, ¿por qué otras personas no podían quererla también? ¿Tan importante era a qué hora dormías o cuándo cazabas? Seguro que a todo el mundo le gustaba tumbarse bajo los rayos de sol que se cuelan por las ventanas, o contemplar el vuelo de un pájaro en el firmamento, o dar un paseo una fresca noche de luna, cuando las estrellas brillan en lo alto, pensó Serafina. No sabía si todos los chicos de su edad eran capaces de cazar un par de ratas con sus propias manos pero, en cualquier caso, el detalle no era como para horrorizar a nadie.

Cuando otro equipo de búsqueda pasó por delante de ella, Serafina negó con la cabeza. Si Clara Brahms estaba viva y había decidido esconderse, podía estar en cualquier parte. Los adultos, aun un centenar de ellos corriendo de acá para allá aterrados, no parecían comprender la cantidad de escondrijos que ofrecía un caserón como Biltmore. Las posibilidades eran infinitas. Esperaba que encontrasen a Clara, a pesar de lo que había presenciado la noche anterior, aunque no creía que lo hicieran. Clara Brahms había desaparecido.

Hacéis demasiado ruido y os movéis con demasiada precipitación, pensó cuando la partida pasó por su lado. Así nunca la vais a encontrar. Tenéis que cazar a la rata.

Su padre le había dicho que se olvidara del tema, que no era asunto suyo, que nada los unía a esas personas. Sin embargo, ¿quién era él para hablar de lazos? ¿Robaba niños en el bosque! ¿Y si Clara seguía viva y necesitaba su ayuda? ¿Cómo iba a quedarse mirando sin hacer nada? ¿Y si el hombre de la capa negra volvía y se llevaba a alguien más? Decidió buscar a Braeden Vanderbilt para contarle lo que había presenciado. No estaría bien mantenerse al margen. Siempre había soñado con tener una amiga, pero, ¿cómo iba a ser amiga de Clara Brahms si no intentaba ayudarla?

Cuando el pasillo se despejó, salió de la tolva y avanzó con sigilo. Tenía pensado subir a la planta principal, pero cuando pasó por delante de la limosa escalera que llevaba a los niveles inferiores del sótano, se preguntó si

no habría por allí alguna señal de lo sucedido la noche anterior. Si Serafina aportaba algún tipo de prueba, el joven amo se sentiría mucho más inclinado a creer su relato.

Bajó las escaleras calladamente, internándose más y más en la húmeda oscuridad del subsótano, hasta llegar al lodoso pasillo en pendiente.

Se le aceleró la respiración, no pudo evitarlo, pero se dijo que todo iría bien y siguió avanzando.

Abriéndose paso entre la oscuridad, llegó al lugar en el que había visto al hombre de la capa negra. No había ni rastro de Clara Brahms, pero vio unas gotas rojas en la pared y un fragmento de cristal en el suelo. *Del farolillo roto, pensó.*

Acabó de inspeccionar la zona sin descubrir nada más.

En el camino de vuelta, siguió la misma serie de pasillos que había tomado para escapar del demonio o lo que fuera. Revisó los lugares en los que había luchado a vida o muerte. Divisó algo caído junto a la pared que, a primera vista, parecía una rata en descomposición. Poseía el color y el tamaño de esas desagradables alimañas. Cuando dio un paso en su dirección, arrugó la nariz. Desprendía un tufo pútrido y asqueroso, pero no era una rata. Apretó los dientes, se puso a gatas y lo examinó. Era un guante arrugado, tirado en el suelo. Imágenes de la capa negra revoloteando a su alrededor, a punto de separarla de cuanto conocía y amaba, acudieron a su mente.

Solo es un guante, boba, se dijo, y se forzó a sonreír ante aquellas ideas de gato asustado. Sin embargo, cuando recogió la prenda, torció la boca con asco. El guante contenía restos de piel ensangrentada.

Era un objeto repugnante, infinitamente más que cualquier pellejo de rata, pero se obligó a inspeccionarlo con más atención a pesar de todo. El guante estaba fabricado de un tejido satinado, fino y delicado. Los restos de piel parecían haberse desprendido de la mano de su último portador. La piel mostraba zonas ennegrecidas y pelos grises. Se diría que el propietario del guante no solo era un anciano sino que estaba envejeciendo a ojos vistas, como si se estuviera desintegrando. Los músculos de Serafina se crisparon cuando recordó el encarnizado combate. Había mordido y arañado a aquel hombre como una fiera salvaje. El guante debió de caerle del cinturón o del bolsillo, porque recordaba que el encapuchado llevaba las manos desnudas y ensangrentadas cuando estuvo luchando con él.

Los guantes masculinos eran tan corrientes como las chisteras y los bastones, de modo que, como pista, no podía considerarse gran cosa. Desde luego, nada que enseñarle al joven amo. Sin embargo, corroboraba su teoría de que quienquiera que fuera el hombre de la capa negra tenía algo raro.

Impaciente por salir de aquella ciénaga y más decidida que nunca a encontrar al joven amo, corrió a toda prisa hacia el nivel principal del sótano.

En aquella zona había ventanas en casi todas las habitaciones. Al otro lado, los criados y los invitados buscaban por los jardines, por el laberinto y por los abundantes caminos. Serafina cruzó los dedos con la esperanza de encontrar a Braeden Vanderbilt entre ellos.

Se preguntó si podía considerar a Braeden su amigo o si se estaba engañando a sí misma. A decir verdad, ni siquiera sabía lo que era un amigo, aparte de lo que había leído en los libros. Si te encuentras cara a cara con alguien y no te bufa ni te muerde, ¿significa eso que sois amigos? Sin embargo, ahora que lo pensaba, estuvo a punto de bufarle al joven amo cuando se conocieron, así que mejor no hacerse ilusiones. Tal vez no fueran amigos en absoluto. Seguramente la había tomado por una humilde barrendera del sótano y no había vuelto a pensar en ella. Serafina debería haberle dicho de buenas a primeras que estaba hablando con la mismísima JBAR. Eso lo habría impresionado. Ahora mismo no podía saber de cierto qué había pensado de ella, aparte de que era una chica sucia, tosca, desastrada y desaliñada.

Corriendo como una flecha, subió las escaleras que llevaban a la planta baja. Aprovechó el caos de la búsqueda para deslizarse de un escondrijo a otro. Serafina se movía en silencio, con pasitos suaves de sus pies ligeros. Los adultos hablaban en voz tan alta y sus pisotones armaban tanto escándalo cuando iban de acá para allá que no le costaba nada evitarlos.

Corrió al invernadero, donde se escondió tras la fronda de las plantas tropicales.

Cuando la señora Vanderbilt llegó a toda prisa acompañada de dos criados, Serafina escapó por los pelos colándose en la sala del billar. Incluso sus enemigos los roedores habrían admirado su agilidad a la hora de ejecutar aquella maniobra en particular, pensó.

Forrada de suntuosos frisos de roble y amueblada con sillones de suave piel, la sala de billar estaba impregnada de un fuerte olor a puro. Alfombras

orientales de tonos oscuros cubrían el suelo. Lámparas negras de hierro forjado pendían del techo sobre las mesas de juego. Cabezas de animales y trofeos de caza decoraban las paredes. Este último detalle le gustó a Serafina. Los trofeos le recordaban a las ratas que aniquilaba y luego dejaba a los pies de su padre. Así pues, Serafina y los Vanderbilt tenían mucho en común. Por otro lado, había dejado de matar a las ratas cuando comprendió que atrapar a sus presas le gustaba más que liquidarlas.

Estaba a punto de abandonar la estancia cuando entró un lacayo acompañado de una de las criadas. Rápidamente, Serafina se escondió debajo de la mesa de billar.

—Puede que nos esté dando esquinazo, señorita Whitney —comentó el lacayo según se inclinaba para mirar debajo de la mesa. En ese preciso instante, Serafina desaparecía detrás del sofá.

—Podría estar en cualquier parte, señor Pratt —asintió la señorita Whitney, que miraba detrás del sofá mientras Serafina se escondía tras las cortinas de terciopelo verde de las ventanas.

—¿Sabe si alguien ha inspeccionado el órgano de tubos? —preguntó el señor Pratt—. Hay un cuarto secreto ahí detrás.

—La chica es pianista. Es posible que el órgano le haya despertado curiosidad —convino la criada.

Inspirando rápidamente y usando la cortina para ocultarse, Serafina trepó como un rayo al saliente de la ventana y se agazapó en una esquina. Tuvo tiempo de atisbar que el señor Pratt llevaba guantes blancos, una corbata negra y la librea blanca y negra de los lacayos, pero se fijó especialmente en sus zapatos de charol negro.

—¿Pianista? ¿A qué se refiere? —preguntó el señor Pratt.

—Tilly, de la tercera planta, me dijo que es una especie de niña prodigio al piano y que da conciertos por todo el país —repuso la señorita Whitney al tiempo que pasaba las manos por las cortinas que habían ocultado a Serafina hacía un instante.

La niña contuvo el aliento, sin mover ni una pestaña. Tenía a la señorita Whitney tan cerca que le llegaban efluvios de su dulce perfume a lavanda y rosa. A la criada le habría bastado apartar la cortina y alzar la vista para ver a Serafina allí encaramada exhibiendo una sonrisa de gato de Cheshire. Pese al temor a que la criada la descubriera, Serafina no pudo resistir la tentación de observar los detalles de su uniforme. Le encantaba el bonito conjunto rosa con el cuello y los puños blancos que llevaban las

criadas por la mañana, antes de sustituirlo por el blanco y negro de las tardes, más formal.

—Venga. Aquí no hay nadie —dijo el señor Pratt—. Echemos un vistazo al órgano.

Serafina soltó un suspiro de alivio cuando la señorita Whitney se encaminó a la otra punta de la sala.

Colocándose a la derecha de la chimenea, el señor Pratt empujó uno de los paneles de roble que cubrían la pared.

—¡Ay, madre! —se sorprendió la señorita Whitney entre risas nerviosas cuando apareció una puerta secreta—. He limpiado esta habitación infinidad de veces y nunca me había dado cuenta de que eso estuviera ahí. Qué listo es usted, señor Pratt.

Serafina puso los ojos en blanco ante la ingenuidad de la criada. Saltaba a la vista que estaba loquita por aquel sabelotodo. Le caía bien la señorita Whitney, pero alguien debería enseñarle a oler a las ratas. Y eso eran el señor Pratt y sus zapatos brillantes, en opinión de Serafina.

El lacayo se rio, encantado de haber sorprendido a la criada con su pequeño truco.

—¿Cómo es posible que conozca todos esos escondrijos secretos? —le preguntó la señorita Whitney—. ¿Acaso se dedica a merodear por las habitaciones mientras todos duermen?

—Uf, soy una caja de sorpresas, señorita Whitney, y estas no se limitan a una niña vestida de amarillo. Espere y verá —repuso—. Vamos...

¿*Vestida de amarillo?* ¿Cómo sabía el señor Pratt qué ropa llevaba Clara cuando desapareció? Aquel lacayo tenía algo que a Serafina no le gustaba ni un pelo. Era demasiado meloso, demasiado coqueto, demasiado afectado con su relamida librea negra, y no confiaba más en él de lo que confiaría en un ratón suelto en la despensa de los pasteles.

¡*Yo en tu lugar no entraría ahí!*, quiso gritarle a la señorita Whitney cuando ella y su acompañante cruzaron la puerta secreta, pero en lugar de eso escuchó los pasos de la rata. Le recordaban a las pisadas que había oído en el sótano la noche anterior. Por desgracia, el lacayo y la criada se alejaron antes de que pudiera afirmarlo con seguridad.

En cuanto se hubieron marchado, Serafina saltó al suelo e inspeccionó el lateral de la chimenea para estar segura de poder encontrar la puerta secreta si alguna vez la necesitaba. Un pasadizo escondido puede resultar muy útil a alguien con una ocupación como la suya. De tres paneles de alto

por dos de ancho, la puerta se camuflaba con la pared a la perfección. Incluso habían colgado un cuadro, un ferrotipo muy realista de un anciano de cabello cano que, supuso Serafina, debía de ser el difunto abuelo del señor Vanderbilt, Cornelius Vanderbilt.

Le dolía pensar que no solo carecía de un abuelo que le contase cuentos sino que prácticamente se había quedado sin padre. El hombre que consideraba su padre solo era alguien que la había encontrado hecha un guiñapo sanguinolento y había robado leche de cabra para mantenerla con vida en su caja de herramientas. Podía haber sido cualquiera. Y no podía perdonarle que hubiera tardado tanto en contarle la verdad.

Bajo los trofeos de caza colgados en la pared, se alineaban los retratos de los Vanderbilt. Madre, padre, abuela, abuelo, hermanos, hermanas y primos. Se sorprendió a sí misma comprobando automáticamente si alguna de aquellas personas se parecía a ella. ¿Estaría Clara Brahms viva en alguna parte, preguntándose si su madre la había olvidado, tal como Serafina se preguntaba con frecuencia? Sin embargo, a diferencia de su propia madre, la señora Brahms no había olvidado a su hija y nunca renunciaría a ella. La madre de Clara Brahms aún la estaba buscando.

Serafina se acercó a la pared de los retratos. El último retrato representaba también al viejo Cornelius, el patriarca de la importante familia Vanderbilt, caminando orgulloso junto a uno de sus trenes de vapor. El efecto del movimiento le daba aspecto fantasmal y el mero hecho de mirarlo provocaba escalofríos. Pese a todo, advirtiendo que el cuadro se había torcido ligeramente cuando el señor Pratt y la señorita Whitney se habían internado en el pasadizo, Serafina lo enderezó. Cuando la tocó, la puerta se desplazó sobre sus suaves y engrasados goznes. Serafina inspiró hondo y cruzó el umbral.



Descubrió sorprendida que el pasaje secreto conducía al salón de fumar. Allí encontró otro pasadizo similar que llevaba a la sala de las armas, con su panoplia de rifles y pistolas protegidos tras paneles de cristal. Al ver su reflejo en el vidrio, Serafina se escupió en la mano y se frotó la cara para quitarse la mugre de carrillos y barbilla. A continuación se planchó la

listada melena por detrás de las orejas con unos cuantos movimientos rápidos. Se quedó allí mirando su propio reflejo y haciéndose preguntas.

Si su madre la viera, ¿la reconocería? ¿La abrazaría y la cubriría de besos o miraría a otra parte y seguiría andando? Cuando los desconocidos se cruzaban con ella, ¿qué pensaban? ¿Qué veían, a una niña o una criatura extraña?

Un grupo de invitados pasó por delante de la puerta y Serafina los oyó hablar en susurros. Aguzó los oídos.

—¡Te digo que es verdad! —cuchicheó un joven.

—Yo también lo he oído —susurró otro—. Mi abuela me dijo que hay un viejo cementerio ahí fuera con cientos de lápidas, pero los cadáveres han desaparecido.

—A mí me han contado que hay todo un pueblo —dijo una tercera voz—. La maleza lo ha cubierto y el bosque se ha apoderado de él, como si todos sus habitantes se hubieran esfumado.

Serafina había oído aquellos rumores, que circulaban entre los cocineros por las noches, aunque no sabía si darles crédito.

Las conversaciones se multiplicaban por toda la casa. Serafina las oía allá donde iba. Caballeros discutiendo si debían o no llamar a la policía para que investigara la desaparición de la niña, criados contando historias sobre invitados sospechosos y padres discurrendo cómo evitar que sus hijos se perdieran en el enorme caserón sin ofender a los Vanderbilt. Y ahora hablaban del viejo cementerio del bosque.

Serafina no dejaba de pensar en el hombre de la capa negra. Si era uno de los invitados, podía estar acechando en cualquier pasillo o habitación. ¿Cómo distinguir a un amigo de un enemigo a primera vista?

Cuantos más relatos oía, más crecían sus dudas. Solo sabía de cierto que la búsqueda continuaba y que aún no habían encontrado a Clara Brahms. Ni viva ni muerta.

Entonces tuvo una idea. Si el hombre de la capa negra era un espectro surgido del bosque en plena noche, o si había aparecido de la nada en el sótano, no encontraría pruebas de su existencia en los pisos superiores de la casa. Ahora bien, si se trataba de un mortal, aunque solo lo fuera a medias, y vivía en Biltmore, debía de esconder la capa en alguna parte cuando no la llevaba puesta. Y si Serafina encontraba la prenda, tal vez diera con el dueño.

Los armarios y vestidores formaban parte de sus escondrijos favoritos, de ahí que los conociera bien. Cuando las damas y los caballeros llegaban a Biltmore, solían bajar de sus carruajes junto a la puerta principal. En cambio, si hacía mal tiempo, utilizaban el pórtico del extremo norte de la casa, cerca de los establos. Siempre oculta a la vista, corriendo, arrastrándose y gateando de un escondrijo a otro, llegó a su destino.

El cuarto de los abrigo era un rincón oscuro y lleno de trastos, el escondrijo ideal para Serafina. Le encantaban los armarios. Abriéndose paso por el denso bosque de abrigo, capas y estolas, revisó los colgadores uno a uno en busca de una capa larga de satén. Cuando llegó a la pared del fondo sin haberla encontrado, notó una punzada de decepción.

Mientras salía del armario, Serafina comprendió que tendría que presentarse ante Braeden sin ninguna prueba, aunque a decir verdad tampoco sabía dónde estaba el joven amo.

Usa la cabeza, niña, oyó decir a su padre en ese tono que utilizaba cuando ella se atascaba. *Repasa lo que sabes y piénsalo bien.*

Serafina tuvo una idea. A juzgar por lo que sabía de Braeden Vanderbilt, o bien estaría con su perro o con su caballo, o con ambos. Le encantaban los caballos. Esa habría sido su primera idea: acudir a los establos para ayudar a los mozos de cuadra a buscar a Clara Brahms por allí. O quizá recorrer los jardines a lomos de su caballo. En cualquier caso, había muchas probabilidades de que lo encontrara en los establos.

El camino más directo pasaba por el pórtico. Había bastante gente entrando y saliendo de aquella frecuentada zona, pero Serafina confió en que nadie la viera o, de ser así, la tomaran por una de las criadas encargadas de limpiar la cubertería o atender el fuego, de camino a sus tareas.

Inspirando hondo, bajó como una flecha los peldaños que llevaban a la entrada a los establos. Avanzó deprisa. Casi lo había conseguido. Por desgracia, en el instante en que miraba hacia atrás para asegurarse de que nadie la seguía, se estampó contra un hombretón que venía por el otro lado. Se quedó sin aliento y estuvo a punto de caer, pero el individuo la agarró por los hombros y la retuvo con brutalidad.

Su captor llevaba una capelina negra, larga por los pies, aunque no llovía. Serafina vio una curiosa barba en punta, unos dientes torcidos y un desagradable rostro picado de viruela. No le había visto el rostro al hombre de la capa negra, pero lo imaginaba exactamente así.

—¿Qué estás buscando? —preguntó el grandullón sin soltarla—. ¿Quién eres?

—¡No soy nadie! —escupió ella en tono desafiante al tiempo que forcejeaba para liberarse y echar a correr. Por desgracia, las manos de aquel bruto la aferraban con tanta fuerza que apenas pudo moverse. Ahora le tocaba a ella hacer el papel de rata agarrada por el pescuezo. Advirtió que el grandullón estaba plantado delante de la puerta abierta de un carruaje listo para partir.

—¿Eres la nueva porqueriza? —insistió el hombre—. ¿Qué haces aquí? —le estrujó los brazos con saña y Serafina soltó un gritito aterrado—. Te he preguntado cómo te llamas, bribonzuela.

—¡No es asunto suyo! —replicó ella, que pateaba y luchaba con todas sus fuerzas.

El individuo despedía un tufo espantoso, como si le hiciera falta un buen baño, y su aliento despedía el hedor del putrefacto tabaco de mascar que le abultaba la mejilla.

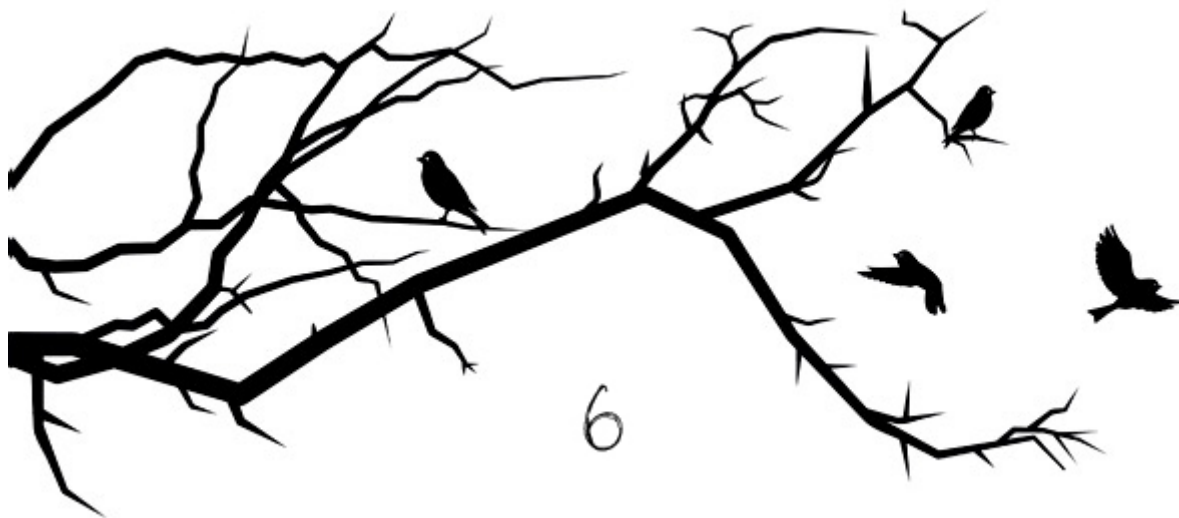
—Dime cómo te llamas o te lo arrancaré yo —exigió el hombre, y empezó a sacudirla. Agitaba a Serafina con tanta violencia que la pobre no podía tomar aliento ni plantar los pies en el suelo. El zarandeo proseguía.

—Señor Crankshod —intervino una voz firme y autoritaria por detrás de Serafina. Era algo más que un nombre. Era una orden.

Sobresaltado, el espantajo dejó de zarandearla. La devolvió al suelo y procedió a alisarle el cabello, como si solo pretendiera cuidar de ella.

Jadeando para tomar aliento, Serafina se volvió a mirar al propietario de la voz.

Allí estaba Braeden Vanderbilt, en lo alto de las escaleras.



A Serafina le dio un brinco el corazón. A pesar de la horrible situación en que la había sorprendido y de la expresión enojada del chico, se alegró de haber dado con él.

El cascarrabias del señor Crankshod, en cambio, no parecía tan contento.

—Señorito Vanderbilt —gruñó sorprendido. Hizo una reverencia, se enjugó del labio la babilla del tabaco y adoptó la posición de firmes—. Le ruego que me perdone. No le había visto. Su coche está listo, señor.

Braeden los observó a ambos sin pronunciar palabra. Saltaba a la vista que no le gustaba ni un pelo lo que acababa de presenciar. El dóberman del chico parecía a punto de atacar a cualquiera de los dos a la menor señal de su amo, y Serafina albergó la esperanza de que saltara sobre el baboso señor Crankshod y no sobre ella.

El chico miró fijamente a Crankshod. Luego, despacio, desplazó los ojos hacia Serafina. Mil excusas se arremolinaban en la mente de la niña. Braeden había impedido que el gigantesco cascarrabias la sacudiera hasta matarla, pero, ¿cómo iba a explicar su presencia en la casa?

—Soy la nueva limpiabotas —dijo, adelantándose un paso—. Su tía me ha pedido que le dejara las botas brillantes como un espejo para el viaje, señor. Escupe y frota, señor. Eso dijo, tal cual. Escupe y frota.

—¡No, no, no! —gritó el señor Crankshod, consciente de que intentaban enredarlo—. ¿De qué hablas, ladronzuela? ¡No eres ninguna limpiabotas! ¿Quién eres? ¿De dónde has salido?

Sin embargo, una traviesa sonrisa de complicidad bailó en los labios de Braeden.

—Ah, sí, la tía Edith me ha comentado algo de que me iban a lustrar las botas. Me había despistado —dijo, exagerando el tonillo aristocrático de su voz. Luego miró a Serafina con dureza y frunció el entrecejo—. Estoy a punto de salir hacia Vances y se me hace tarde. No tengo tiempo para esperarte. Tendrás que venir conmigo y limpiarme los zapatos de camino.

A Serafina le dio vueltas la cabeza. ¿Hablaban en serio? ¡No podía viajar en el carruaje con él! Su padre la mataría. Y además, ¿qué iba a hacer allí enjaulada, arrastrada de acá para allá dentro de una caja por un montón de cuadrúpedos cascos ligeros de pelaje negro?

—Bueno, vamos, partamos cuanto antes —ordenó Braeden en el tono impaciente de un arrogante caballero al tiempo que señalaba la puerta del carruaje.

Serafina jamás en la vida había montado en un coche de caballos. Ni siquiera sabía cómo subir ni qué hacer una vez dentro.

El cascarrabias cara de rata del señor Crankshod no tuvo más remedio que obedecer las órdenes de su joven amo. Empujó por la puerta a Serafina, que cayó al sombrío habitáculo del coche Vanderbilt. Mientras se acuclillaba en el suelo sin saber muy bien qué hacer, no pudo sino admirar los exquisitos acabados del carruaje, con su madera tallada, sus detalles dorados, sus ventanillas de cristales biselados y los mullidos asientos tapizados.

Braeden la siguió con la gracia de quien está habituado al lujo y se acomodó en un asiento. Sentándose en el suelo, Gideon miró a Serafina con ganas de hincarle el diente.

Métete en tus asuntos, perro, le espetó ella mentalmente sin desviar la mirada.

El señor Crankshod cerró la portezuela del carruaje y se encaramó al pescante, junto al segundo cochero.

Fantástico. Cara de rata nos guía, pensó Serafina. No tenía la menor idea de cuánto duraría el viaje ni de cómo avisaría a su padre. Le había ordenado que se escondiera en el sótano, no que se dejara secuestrar por el joven amo y su apestoso cochero. Al menos podría contarle a Braeden lo que había visto la noche anterior.

El asiento del carruaje estaba demasiado limpio para las mugrientas prendas de Serafina, y además se suponía que debía limpiar las botas del joven amo, así que se arrodilló en el suelo y se preguntó cómo iba a fingir que le cepillaba el calzado sin cepillos ni betún. Una cosa era escupir y frotar y otra muy distinta limitarse a escupir.

—No hace falta que me limpies las botas —dijo Braeden con amabilidad—. Solo te estaba siguiendo la corriente.

Serafina alzó la vista para mirarlo. Justo cuando los ojos de ambos estaban a punto de encontrarse, los caballos echaron a andar y el carruaje arrancó con una sacudida. Durante un instante Serafina perdió el equilibrio, algo tan raro en ella como humillante.

—Perdón —murmuró cuando cayó contra las piernas de Braeden y, acto seguido, se incorporó rápidamente.

Serafina echó un vistazo al asiento que, por lo que sospechaba, debería ocupar, pero el perro la miró con sus ojos de acero. Cuando se desplazó hacia el asiento, el animal emitió un gruñido bajo y amenazador a la par que le enseñaba los dientes, como diciendo: *Si yo no puedo ocupar un asiento, tú tampoco.*

—No, Gidean —lo regañó Braeden.

Serafina no estaba segura de si el joven amo había pronunciado la orden para protegerla o sencillamente para evitar que el interior del carruaje se ensuciara de sangre. En cualquier caso, Gidean agachó las orejas y bajó la cabeza avergonzado.

Aprovechando la ocasión, Serafina se deslizó al asiento de enfrente de Braeden, tan lejos del perro como le fue posible.

Como Gidean no le quitaba ojo de encima, sintió un deseo abrumador de bufarle para advertirle que se mantuviera alejado, pero pensando que al joven amo no le sentaría bien el gesto, se contuvo.

A Serafina nunca le habían gustado los perros y a los chuchos no les caía bien Serafina. Le ladraban siempre que se cruzaban con ella. En una ocasión tuvo que trepar a un árbol para evitar el ataque de un raposero frenético, y su padre fue a buscar una escalera para ayudarla a bajar.

Cuando el carruaje tomó una curva, Serafina miró por la ventanilla hacia la majestuosa fachada de la casa. Los cuatro pisos de la Casa Biltmore se erguían ante ella con sus ornamentados muros de piedra gris. Gárgolas y antiguos guerreros decoraban las cobrizas aristas. Chimeneas, torres y torreones constituían los capiteles de su estructura casi gótica. Dos

gigantescos leones de piedra custodiaban los portales de hierro de la entrada, como protegiéndola de los malos espíritus. Serafina había admirado aquellas estatuas con frecuencia durante sus merodeos nocturnos. Siempre le habían encantado. Imaginaba que aquellos enormes felinos eran los protectores de Biltmore, sus guardianes, y no se le ocurría un trabajo más importante.

A la luz dorada del ocaso, la mansión llegaba a ser sobrecogedoramente hermosa. Sin embargo, cuando el sol se ponía detrás de las montañas que rodeaban la casa, proyectaba sombras amenazadoras por toda la propiedad que recordaban demasiado a grifos, quimeras y otras extrañas criaturas nocturnas, las mismas que comparten rasgos de varios seres al mismo tiempo. El recuerdo le arrancó a Serafina un estremecimiento. El caserón podía ser el hogar más bello que pudieras imaginar pero, en un abrir y cerrar de ojos, se transformaba en un castillo embrujado, siniestro y maldito.

—Tumbate y pórtate bien —ordenó Braeden.

Serafina lo miró sorprendida antes de darse cuenta de que hablaba con el perro, no con ella.

Gidean obedeció la orden de su amo y se tendió a sus pies. El perro parecía más tranquilo ahora, aunque cada vez que miraba a Serafina su expresión parecía decir: *No vayas a pensar, solo porque esté tumbado, que no estoy dispuesto a matarte si le haces daño a mi amo...*

Serafina sonrió para sus adentros. No podía evitarlo; aquel perro empezaba a caerle bien. Lo entendía, su fiereza y su lealtad. Admiraba ambas cualidades.

Mientras intentaba acostumbrarse al traqueteo del vehículo en movimiento, advirtió que Braeden la observaba.

—Te he estado buscando... —dijo él.

Serafina le lanzó una ojeada rápida y enseguida apartó la vista. Cuando lo miraba a los ojos, tenía la sensación de que el chico podía leerle el pensamiento. Era inquietante.

Quiso decir algo, pero cuando abrió la boca apenas si pudo respirar. Como es natural, a lo largo de los años había curioseado por ahí lo suficiente como para escuchar las charlas de personas de toda clase y condición. De ahí que, en teoría, supiera cómo hablaba una señorita. Habían pasado por Biltmore tantos invitados y criados que Serafina podía imitar las inflexiones de una dama sofisticada, el tono nasal de una

montañesa o incluso el acento de Nueva York pero, por alguna razón, le costaba horrores encontrar las palabras adecuadas, o cualquier palabra, para dirigirse al joven amo.

—La-lamento mucho todo esto —farfulló por fin. El molesto peso que tenía en el pecho ahogaba las palabras según salían de sus labios. Ni siquiera estaba segura de si su voz sonaba como la de una persona medianamente normal o no—. Quiero decir, lamento que me hayan tirado a tu carruaje como un fardo que no cabe en el techo, y no sé por qué a tu perro le caigo mal.

Braeden miró a Gidean y luego a ella otra vez.

—Normalmente le cae bien todo el mundo, sobre todo las chicas. Es raro.

—Hoy están pasando muchas cosas raras —repuso Serafina. La opresión de su pecho cedió un tanto cuando empezó a comprender que Braeden iba a hablarle con normalidad.

—¿Tú también lo has pensado? —preguntó él a la vez que se inclinaba hacia Serafina.

Para ser el joven amo de una mansión como Biltmore, en particular uno tan guapo y educado, Braeden no era en absoluto estirado. Serafina siempre había imaginado que sería engreído, mandón y afectado, pero nada más lejos de la realidad.

—No creo que Clara Brahms se haya escondido —confesó Braeden en tono conspiratorio—. ¿Y tú?

—No —reconoció Serafina, y alzó la vista para mirarlo—. Desde luego que no.

Quería soltarlo todo, contarle lo que sabía. Ese era el plan desde el principio. Ahora, sin embargo, las palabras de su padre resonaban en su mente: *No son de los nuestros, Sera*.

En cualquier caso, Braeden parecía una buena persona. Y estaba charlando con ella sin enjuiciarla ni menospreciarla. Si acaso, se diría que Serafina le caía bien. O puede que estuviera fascinado con ella igual que te fascina una especie rara de insecto cuando lo ves por primera vez. Sea como sea, el chico siguió hablando.

—No es la primera, ¿sabes? —susurró.

—¿A qué te refieres? —preguntó Serafina acercándose a él.

—Hace dos semanas, una chica de quince años llamada Anastasia Rostonova salió a dar un paseo por el laberinto al atardecer y no volvió.

—¿De veras? —preguntó Serafina, pendiente de cada palabra de Braeden. Había creído tener algo que contarle y, en cambio, era él quien le estaba proporcionando información. Un chico capaz de intercambiar susurros sobre secuestros y conspiraciones era justo la clase de persona que podía caerle bien. Serafina se conocía el laberinto al dedillo, pero también era consciente de que mucha gente se desorientaba en aquellos senderos entrecruzados.

—Todo el mundo pensó que Anastasia se había internado en el bosque y se había perdido —prosiguió él—, o que se había escapado de casa. Pues resulta que se equivocan. Yo lo sé.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó ella, ansiosa por conocer los detalles.

—Al día siguiente, encontré a su perrito vagando por el laberinto. El pobre estaba frenético, no paraba de buscarla —Braeden miró a Gideon—. Yo no conocía muy bien a Anastasia. Hacía un par de días que había llegado con su padre cuando desapareció. Pero dudo mucho que se escapara de casa sin llevarse a su perro consigo.

Serafina opinó que tenía razón. Braeden parecía tan encariñado con su perro como este con su amo. Eran amigos, y eso le gustaba. Entonces pensó en la pobre chica y se preguntó qué habría sido de ella.

—Anastasia Rostonova —repitió ese nombre tan raro.

—Es la hija del señor Rostonov, el embajador ruso —explicó Braeden—. Me dijo que las chicas rusas siempre añaden una *a* al final de su apellido.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Serafina para asegurarse de no haber confundido a las dos chicas secuestradas.

—Es alta y guapa, con una melena negra, larga y ensortijada. Siempre lleva vestidos rojos muy abultados. No sé ni cómo puede caminar.

—¿Crees que desapareció igual que Clara Brahms? —quiso saber Serafina.

Antes de que Braeden pudiese responder, algo captó la atención de la niña a través de la ventana del carruaje. Había árboles a ambos lados del camino por el que circulaban. Estaban viajando por una estrecha pista de tierra que serpenteaba por un bosque frondoso y sombrío, el mismo contra el que su padre la había advertido. El bosque en el que Serafina había nacido. Notó una punzada de emoción. No pudo evitarlo.

—¿Adónde vamos, exactamente?

—Mis tíos están preocupados por mí, así que me envían a pasar la noche a casa de los Vance, que viven en Asheville, para mantenerme alejado del peligro. Le han ordenado a Crankshod que no me pierda de vista.

—No ha sido muy inteligente por su parte —soltó Serafina sin pensar. Fue un comentario un tanto desconsiderado pero, por alguna razón, a Serafina le costaba horrores no soltarle a Braeden todo lo que pensaba.

—Siempre he detestado a ese tipo —asintió él—. Mi tío, en cambio, le confiaría su vida.

Mirando por la ventana, Serafina descubrió que ya no veía el horizonte ni el sol. Solo alcanzaba a otear la densa frondosidad de los enormes árboles del bosque, negros y decrepitos, tan juntos que apenas se distinguían entre sí. El paraje parecía demasiado siniestro para visitarlo siquiera, y no digamos ya para vivir, pero había algo en él que la emocionaba.

Entonces notó un hueco en el estómago. En alguna parte, muchos kilómetros atrás, estaba Biltmore. Su padre se estaría preguntando por qué no llegaba a cenar. *Hoy no me comeré ni el pollo ni la sémola, papá*, pensó. *Intenta no preocuparte por mí*. Hacía solo un día estaba cazando ratas en el sótano como cualquier día normal y ahora todo había dado un vuelco sumamente raro.

Despegando la mirada del bosque, se volvió hacia Braeden, tragó saliva con dificultad y empezó a explicarle eso que la había llevado allí.

—Tengo que contarte una cosa...

—¿Cómo es posible que nunca te haya visto? —la interrumpió él.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, pillada por sorpresa.

—¿De dónde has salido?

—Ya, buena pregunta —repuso ella sin pararse a pensar, al recordar el sanguinolento montoncito de criaturas muertas del que la había sacado su padre.

—Lo digo en serio —insistió Braeden, que ahora la miraba con atención—. ¿Por qué no te había visto antes?

—A lo mejor no has mirado en los sitios apropiados —replicó Serafina, que se sentía atrapada.

Sin embargo, mirando los ojos del chico, se dio cuenta de que no la dejaría en paz. Empezaba a dolerle la cabeza y no podía pensar a derechas. ¿Por qué le hacía esas preguntas infernales?

—Bueno, ¿y de dónde sales tú? —preguntó ella para despistarlo.

—Ya sabes que vivo en Biltmore —repuso él con suavidad—. Estoy preguntándote a ti.

—Yo... yo... —balbuceó Serafina, mirándose el regazo—. A lo mejor me has visto y se te ha olvidado —alegó en su defensa.

—Me acordaría de ti —respondió Braeden con voz queda.

—Pues... puede que haya venido a pasar el fin de semana —dijo ella con un hilo de voz. Ahora miraba al suelo.

Él no se dejó engañar.

—Por favor, dime dónde vives, Serafina —repitió con firmeza.

Serafina se quedó de una pieza al oírle pronunciar su nombre en ese tono. Ejerció sobre ella un efecto tremendo y no tuvo más remedio que volver la vista hacia él y sostenerle la mirada. Fue un gran error. Braeden la contemplaba con tanta intensidad que tuvo la sensación de que la estaba hipnotizando para sacarle la verdad.

—Vivo en el sótano —confesó, y se quedó de una pieza al darse cuenta de que realmente lo había dicho en voz alta. El chico daba muestras de ejercer un poder sobre ella que Serafina no podía entender.

Él seguía observándola con atención y las palabras flotaron en el silencio. Serafina advirtió confusión en el semblante de Braeden, como si un interrogante se hubiera dibujado en su mente.

No tenía ni idea de por qué había confesado la verdad. Las palabras habían surgido por sí solas.

Sin embargo, lo había hecho. Se lo había soltado a la cara, en voz alta. *Por favor, papá, perdóname.* Lo había estropeado todo. Había arruinado la vida de ambos. Ahora despedirían a su padre. Los expulsarían de Biltmore. Se verían obligados a vagar por las calles de Asheville pidiendo limosna. Nadie contrataría a un hombre que había mentido a su patrono, que se había refugiado en su sótano, que había robado comida para mantener a su hija de ocho dedos en los pies. Nadie.

Miró a Braeden.

—Por favor, no se lo digas a nadie —suplicó con voz queda, aunque sabía que ella no tenía ni voz ni voto en eso. Si Braeden quería, se lo contaría a cualquiera (al señor Crankshod, al señor Boseman, incluso a los Vanderbilt) y entonces la vida que su padre y ella llevaban en Biltmore se iría a paseo. Puede que incluso los encarcelasen por haber robado comida a lo largo de todos esos años.

Cuando Braeden abría la boca para hablar, los caballos relincharon y el carruaje se detuvo en seco. Serafina salió despedida hacia delante y se estampó contra el chico. Poniéndose en pie, Gidean empezó a ladrar con furia.

—Algo va mal —dijo Braeden en tono agitado. Se desenredó rápidamente de Serafina y abrió la puerta del carruaje.

El bosque estaba oscuro como la boca del lobo.

Serafina prestó atención a los ruidos de la noche, pero el corazón le latía con tanta fuerza que no alcanzaba a oír nada. Cuando logró tranquilizarse y aguzar el oído, únicamente oyó silencio absoluto. No había búhos ni ranas, ni pájaros ni insectos; ni uno solo de los sonidos nocturnos que estaba acostumbrada a escuchar. Solo quietud.

Como si todos los animales del bosque se hubieran escondido. O hubieran muerto.

—¿Señor Crankshod? —gritó Braeden a la oscuridad, temeroso.

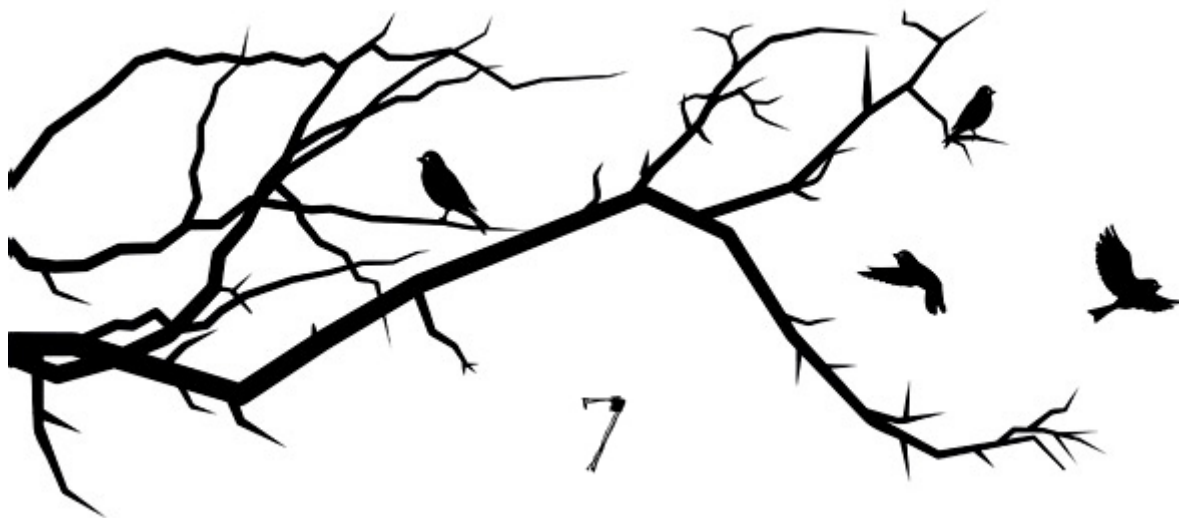
No recibió respuesta.

Serafina notó un escalofrío en la nuca.

Braeden apoyó una pierna en el suelo y miró en dirección al pescante del conductor.

—¡No hay nadie! —exclamó, estupefacto—. ¡Han desaparecido los dos!

Los cuatro caballos seguían en sus arneses, pero el coche se había detenido en mitad del camino. En el corazón del bosque.



Serafina bajó del carruaje despacio y se acercó a Braeden. El bosque los rodeaba, negro e impenetrable; los rugosos troncos de los árboles pegados unos a otros. Le flaqueaban las piernas, presas de un temblor nervioso. Serafina intentó respirar con normalidad. Todo su cuerpo le gritaba que echara a correr, pero se obligó a quedarse con Braeden y Gidean.

Observó el bosque y escuchó aquel silencio antinatural al tiempo que expandía sus sentidos hacia el vacío. No oía el croar de las ranas ni el canto del chotacabras. Sin embargo, había algo ahí fuera, grande pero extremadamente silencioso. Serafina no entendía nada de nada.

Gidean se plantó a su lado con todos los sentidos alerta y los ojos fijos en la arboleda. Él también notaba la presencia, fuera cual fuese.

Braeden miró con recelo la oscuridad que los rodeaba y luego avanzó unos pasos por el camino.

—Ojalá tuviera un fanal —dijo—. No veo nada.

Los caballos se revolvían inquietos, coceando el suelo sin cesar.

—Cuando tienen miedo, mueven las patas —explicó Braeden con pesar—. No tienen garras, ni dientes afilados, ningún arma con la que defenderse. Su única defensa es la velocidad.

Serafina lo escuchó admirada. A Braeden le bastaba mirar a los animales para saber interpretar sus pensamientos.

Una brisa recorrió los bosques y agitó las ramas de los árboles; en ese momento, los caballos se espantaron. Los cuatro tironearon de sus arneses para liberarse, igual que si los hubiera atacado un depredador invisible. Los

dos primeros se encabritaron entre relinchos y agitaron los cascos en el aire.

Cuando Serafina se agachó aterrada para protegerse del peligro, Braeden corrió hacia ella y se interpuso entre los caballos y la chica. Plantado ante ellos, alzó las manos abiertas para tranquilizarlos. Con los ojos desorbitados, los animales brincaban delante del chico agitando las cabezas de un lado a otro y arañando el aire con los cascos. Serafina estaba segura de que le iban a patear la cabeza, a aplastarlo con el cuerpo o a pisotearlo hasta matarlo, pero Braeden se quedó donde estaba con las manos en alto, al tiempo que les hablaba como quien le habla a un niño.

—No pasa nada. No nos vamos a ninguna parte —les dijo—. Estamos juntos.

Estupefacta, Serafina observaba cómo la presencia y las palabras de Braeden calmaban a las bestias. El chico les propinó unas palmaditas en el cuello y consiguió que devolvieran las encabritadas manos al suelo. Luego, sosteniendo la cabeza del caballo guía, le pegó la frente para poder mirarlo a los ojos y se dirigió a él en un tono calmado y tranquilizador.

—Estamos juntos en esto, amigo mío. No nos pasará nada... No hay necesidad de correr, no hay necesidad de luchar...

El primer caballo resollaba con fuerza mientras escuchaba las palabras de Braeden. Por fin se calmó y dejó de moverse. Los otros se tranquilizaron también, relajados ante las palabras del joven amo.

—¿Cómo lo has...? —balbuceó Serafina.

—Estos caballos y yo somos viejos amigos —repuso él, sin dar más explicaciones.

Todavía asombrada por lo que acababa de presenciar, Serafina miró a su alrededor.

—¿Qué crees que puede haberlos asustado?

—No lo sé —reconoció Braeden—. Nunca los había visto tan aterrados.

Se dio media vuelta para mirar la carretera que discurría ante ellos. Forzó la vista para escudriñar la oscuridad y luego señaló algo.

—¿Qué es aquello? —preguntó—. No lo distingo. ¿Es un recodo del camino?

Serafina miró hacia donde él señalaba. No era un recodo del camino. En mitad de la carretera, atravesado de lado a lado, había un enorme árbol de ramas gruesas y retorcidas envuelto en hojas rojo sangre.

Súbitamente el señor Crankshod emergió de la oscuridad y echó a andar hacia el carruaje.

—Tendremos que usar el hacha —gruñó contrariado.

Serafina y Braeden se miraron sorprendidos antes de volver la vista otra vez hacia el señor Crankshod.

—¿Dónde se habían metido? —preguntó Braeden.

—Tendremos que usar el hacha —repitió el señor Crankshod, haciendo caso omiso de la pregunta.

—Yo la cogeré, señor —se ofreció el ayudante del cochero, que apareció corriendo por detrás del señor Crankshod.

Serafina no se había fijado en él hasta aquel momento. Era un chico flacucho coronado por una mata de pelo rizado, apenas más alto que el hombro del caballo guía. Tenía los brazos y las piernas muy delgados, las rodillas y los codos huesudos y un aire asustadizo como de potrillo. Llevaba la levita de los cocheros, pero la prenda le hacía bolsas por todas partes y las mangas le tapaban las manos. Su chistera negra se veía ridículamente alta en su cabecita. Aquel chico no debía de tener más de diez años. Corrió a la parte trasera del carruaje, abrió el compartimento del equipaje y agarró el hacha, que parecía enorme en contraste con sus manos.

—Ese es Nolan —le dijo Braeden a Serafina con discreción—. Es uno de los mejores cocheros que tenemos y se ocupa muy bien de los caballos.

—Trae acá —ladró el señor Crankshod a la vez que arrancaba el hacha de las manos de Nolan. Echó a andar hacia el árbol caído como un vendaval.

—Yo también puedo ayudar, señor —se ofreció Nolan, y correteó tras él con una hachuela en las manos.

—No, no puedes. Apártate de ahí, chico —gritó el señor Crankshod. Parecía como si le molestara la mera presencia de Nolan.

El señor Crankshod tomó impulso con un gran movimiento circular y clavó el hacha en el centro del tronco. Las hojas del árbol se sacudieron enloquecidas, pero el golpe apenas hizo mella en la gruesa corteza.

Golpeó el tronco una y otra vez hasta romper la corteza. Entonces las astillas empezaron a revolotear alrededor del árbol. Serafina se fijó en la fuerza bruta del cochero, aunque no creía que la fortaleza del hombre de la capa negra fuera física exactamente.

—A este paso, nos vamos a pasar aquí toda la noche —se quejó el señor Crankshod, y siguió talando.

—Yo le puedo ayudar, señor, de verdad que sí —insistió Nolan con entusiasmo, y se plantó a su lado con la hachuela.

—¡Te digo que no puedes! Apártate y no molestes —gritó el señor Crankshod—. ¡Aquí no tienes nada que hacer, chico!

Mientras el gruñón del señor Crankshod se peleaba con el árbol, Braeden miraba a su alrededor, como si buscara algún otro modo de sortear el obstáculo, pero los árboles de aquel bosque maldito crecían tan juntos que apenas cabía un hombre entre los troncos y mucho menos un carruaje con un tiro de caballos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Serafina.

—Creo que estamos a unos dieciocho o veinte kilómetros de la finca, un caserón llamado Dardin Forest —calculó Braeden—. Antes había un pueblo por aquí cerca.

—Hace años que nadie vive en esa aldea —gruñó el señor Crankshod mientras talaba el tronco—. Ahora no queda nada en estos bosques salvo fantasmas y demonios.

Serafina observó el bosque presa de un mal presentimiento. Tenía la sensación de que los estaban observando, pero no lograba detectar qué o quién era y no entendía por qué. Sus orejas se agitaron con nerviosismo. Los árboles se mecían despacio con el viento. Un extraño líquen gris cubría los troncos y de sus ramas colgaba un musgo blancuzco, lacio como el cabello de una anciana muerta. Las ramas se zarandeaban y crujían igual que si estuvieran a punto de darse por vencidas. Por lo que parecía, muchos de aquellos árboles estaban muriendo.

Serafina avanzó hacia el árbol caído. Le extrañó que conservara las rojizas hojas en pleno invierno aunque lo que más la inquietó fue el tocón del tronco.

—Ven a ver esto, Braeden —dijo.

—¿Qué has encontrado? —preguntó el chico cuando llegó a su altura.

—Pensaba que el árbol debía de ser un leño podrido que había caído con la última tormenta, pero echa un vistazo...

La base del árbol no parecía podrida ni tampoco mostraba el aspecto astillado de los árboles que derriba el viento. Era difícil saber con seguridad qué había pasado, pero, o bien una gigantesca dentadura había mordido el tronco, o lo habían cortado con un hacha.

—Mira este ángulo de aquí —dijo Braeden, enfadado y confundido. Señaló una zona del tocón—. Alguien ha derribado el árbol adrede para

cortar el paso.

Gidean ladró y Serafina pegó un brinco monumental. Como el perro seguía ladrando, Braeden se arrodilló a su lado y lo agarró por el lomo.

—¿Qué pasa, chico? ¿Qué hueles?

—Si le parece bien —intervino el señor Crankshod malhumorado—, no nos quedaremos a averiguarlo.

Mosca por la reacción del perro y al parecer seguro de que ya había cortado una sección suficiente, el señor Crankshod dejó caer el hacha, clavó sus pesadas botas en la tierra y agarró las ramas. Intentó apartar el árbol de la carretera, pero pesaba tanto que no pudo ni moverlo.

Braeden y Nolan se acercaron corriendo para ayudar. Mientras tanto, Gidean seguía ladrando.

—¡Que alguien le dé una patada a ese perro para hacerlo callar! —gritó el cochero, proyectando una lluvia de saliva.

—Señor Crankshod, creo que deberíamos dar la vuelta al carruaje y volver por donde hemos venido —sugirió Braeden con brusquedad, preocupado por la suerte de su perro.

El otro asintió, pero en aquel momento un intenso chasquido resonó en el bosque. Serafina se agachó, lista para saltar. Un fuerte ruido de madera que se rompe precedió a un choque explosivo según otro árbol caía en mitad de la carretera, esta vez a espaldas del grupo.

Los caballos relincharon asustados. Encabritados, tironearon de los arneses de cuero y arrastraron el carruaje por la tierra a pesar de que el freno estaba echado y las ruedas no giraban. Embridados o no, el instinto les gritaba que corrieran.

Braeden se apresuró a ayudarlos.

—¡No, Braeden! —chilló Serafina al tiempo que intentaba detenerlo. El chico parecía decidido a morir coceado.

Braeden se plantó de un salto delante de los animales. Consiguió calmarlos con unas cuantas palabras tranquilas y los controló rápidamente. Al ver que su amigo estaba a salvo, Serafina escudriñó los alrededores del segundo árbol caído. En aquel instante, comprendió que estaban en graves apuros: el carro, los cuatro caballos, las cuatro personas y el perro habían quedado atrapados en el tramo de carretera que quedaba entre los dos árboles.

El señor Crankshod, con el hacha en ristre, pateó la parte trasera del carruaje y gritó furioso a la oscuridad:

—¿Quién está ahí? ¡Mostrad la cara, puercos asquerosos!

Serafina clavó los ojos en la negrura esperando una respuesta, pero las palabras del hombre se quedaron flotando en la oscura nada sin que nadie replicara.

—Señor Crankshod —dijo Braeden en tono firme—. Hay que cortar el árbol que tenemos delante. Ahora mismo la opción más segura es proseguir el viaje hasta Asheville.

—Espero que podamos llegar —farfulló el cochero antes de echar a andar a grandes zancadas.

Mientras el señor Crankshod, Braeden y Nolan trabajaban para retirar el árbol, Serafina oteó la zona de detrás del carruaje, allí donde el segundo tronco acababa de caer. Gidean miraba en la misma dirección. Sus ojos parecían más negros que nunca a la luz de las estrellas.

—¿Qué te parece, amigo? —le susurró Serafina, que se había arrodillado a su lado para escudriñar la oscuridad—. ¿Hay algo ahí?

El perro y ella estaban ahora en el mismo bando.

Serafina se preguntó cómo habría caído el segundo árbol. No podía ser una coincidencia. Alguien les estaba cortando el paso adrede para que no pudieran escapar.

Observó el bosque. Poseía buenos sentidos, pero su olfato no era tan fino como el de Gidean, que ahora mismo parecía estar olisqueando algo. Y aunque el perro ya no ladraba, miraba los árboles con atención, como esperando a que un intruso se dejara ver. Por más defectos que tuviera, era un valiente guardián.

Serafina, en cambio, detestaba todo eso: la vigilancia, la espera, tener la sensación de que les estaban tendiendo una trampa. No podía soportarlo. No sabía defenderse; lo suyo era la caza. Y ahora mismo tenía la impresión de que los estaban cazando a ellos, y esa sensación no le gustaba nada de nada.

Se internó unos pasos en el bosque para comprobar cómo se sentía. Se le puso la piel de gallina, tanto del miedo como de la emoción, a partes iguales. El bosque la atraía. El instinto le decía que siguiera adelante.

Siguió avanzando.

Gidean la miró y ladeó la cabeza como diciendo: *¿Estás loca o qué? ¡No te metas ahí!*

Pese a todo, Serafina caminó con sigilo entre los árboles y se agachó en la maleza. Quería moverse, merodear, comprobar qué se ocultaba ahí

dentro, fuera lo que fuese. Quería ser el cazador, no la presa.

Dejando en manos de Gidean la vigilancia del carruaje, se internó más profundamente en la oscuridad del bosque, en esa misma selva negra contra la que su padre la había prevenido, en esa frondosidad que, según Crankshod, estaba poblada por fantasmas y demonios.

Sin embargo, Serafina no tenía miedo. Se sentía en su lugar. Si su madre podía recorrer el bosque en plena noche, ella también, se dijo.

Súbitamente oyó unas pisadas entre la maleza, más adelante. Las distinguió con tanta claridad como escuchaba los pasitos de las ratas en el sótano, si bien aquellas sonaban más altas y pertenecían a un ser mucho más grande, que avanzaba entre las hojas y la tierra. No estaba segura de si se trataba de un animal o de un ser humano.

Según se iba acercando al sonido se acuclilló, pero siguió avanzando. Sonidos e imágenes, olores y presentimientos; las sensaciones prestaban vida a todo su cuerpo. Con los sentidos aguzados al máximo y los músculos tensos, acechaba tan despacio, con tanto sigilo, que nadie podría notar su presencia.

Ahora los pasos sonaban más cerca. Unos pies aplastando las hojas muertas. Caminando al principio, luego corriendo. La carrera de una persona entre la maleza. A unos cincuenta metros de allí, bosque adentro. Serafina se apresuró hacia el sonido, consciente de que cuando una rata está en movimiento no oye tan bien como cuando se queda quieta.

Cuando el desconocido se detuvo en seco, Serafina se paró también. Sin pestañear siquiera, contuvo el aliento.

Sabía que el hombre había notado algo, pero ella no hizo el menor ruido.

En cuanto el otro echó a andar de nuevo, ella se puso en movimiento, como una sombra.

En aquel instante sucedió algo. Los pasos cesaron. Serafina tuvo la sensación de que una ráfaga de aire le azotaba el rostro, como si el ala de un buitre la hubiera golpeado al pasar. Y de repente oyó otros pasos a su espalda, entre el carruaje y ella. ¿Cómo era posible? ¿Los estaban atacando por varios flancos?

Una cacofonía de ruidos estalló en el bosque. Hojas aplastadas. Palos que se rompen. El susurro de un movimiento raudo. Sus músculos cobraron vida. El ataque procedía de todas partes al mismo tiempo.

A lo lejos, Gidean rompió a ladrar, a gruñir y a enseñar los dientes como si le estuviera plantando cara al mismísimo Satanás.

El carruaje, pensó. El coche ha sufrido un ataque. Dio media vuelta y echó a correr hacia el vehículo, sin preocuparse del ruido. Atisbó el movimiento de algo que pasaba como una flecha junto a ella, pero no pudo distinguir qué era. Mientras se apresuraba hacia el carruaje, veía a Braeden y a Nolan. ¿Dónde estaba Crankshod? Era la persona más fuerte del grupo, el hombre que, en teoría, debía protegerlos.

—¡Cuidado, Braeden! —gritó para avisarlo—. ¡Que vienen! ¡Cuidado!

Al oír la advertencia, el chico se giró justo a tiempo de esquivar el rapidísimo ataque. Un instante después el desconocido se abalanzó nuevamente contra él envuelto en el revuelo de una sombra negra. Gidean saltó hacia delante, gruñendo y mordiendo. Nolan se defendía con uñas y dientes. Lucha, gritos, golpes... Todo mudó en un torbellino de movimiento.

Justo cuando Serafina se disponía a unirse a la lucha, una gran silueta negra pasó flotando por su lado. Se pegó tal susto que cayó de espaldas contra un árbol. Gigantescos ciempiés brotaron de los troncos. Las lombrices surgieron de la tierra. El hombre de la capa negra había ido a buscarlos. Estaba allí, en los bosques. No los habían atacado por varios flancos. Solo había un agresor, que flotaba de acá para allá como empujado por la violencia de la batalla, siempre alargando hacia Braeden unas manos putrefactas y sanguinolentas. Saltaba a la vista que el chico era su objetivo. Serafina saltó hacia delante para defender a su amigo. Gidean cargó también, pero fue el pequeño Nolan, en un desesperado acto de valor, el que se interpuso entre ambos gritando para impedir el ataque.

Abriendo los brazos, el hombre de la capa negra atrajo a Nolan hacia su seno. Cuando los ondulantes pliegues lo envolvieron, los gritos del joven cochero mudaron en chillidos. El humo gris invadió el bosque. El fuerte siseo agitó los árboles. Y entonces Nolan desapareció.

Presenciar por segunda vez aquel horror dejó a Serafina sin aliento.

—¡No! —exclamó de pura angustia, rabia y frustración.

A continuación llegaron el temblor, el resplandor y el espantoso tufo de siempre. De repente, hasta la última hoja de los árboles circundantes cayó al suelo empapada de sangre y la misma tierra mudó en un fango horripilante y hediondo.

Aún más enorme si cabe y en apariencia más poderoso que nunca, el hombre de la capa negra volvió a tomarla con Braeden.

El chico tenía que plantar cara o huir pero, conmocionado por lo que acababa de sucederle a Nolan, se quedó helado en el sitio. Incapaz de moverse, miraba fijamente al hombre de la capa negra.

Sin pensar, Serafina se abalanzó sobre la espalda del desconocido. Lanzó un aullido de rabia, salvaje y enloquecido. Se agarró al malvado con pies y manos al tiempo que lo arañaba como un gato salvaje.

El hombre de la capa negra se dio media vuelta para luchar con ella. No tuvo más remedio. Intentó arrancarse a la niña de la espalda para envolverla en su voluminosa capa como había hecho con los demás, pero Braeden agarró una gran rama y se la estampó en la cabeza. Gidean saltó hacia delante y mordió al atacante una y otra vez. En ese momento Serafina, liberada, rodó por el suelo, se levantó de un brinco y regresó a la batalla. Los tres reanudaron el ataque.

Con el brillo del poder aún destellando en los ojos, el hombre de la capa negra levitó hacia arriba. En una lucha de tres contra uno, había perdido el elemento sorpresa. Agarró la ondulante tela con el brazo y una gran explosión de aire desestabilizó a Serafina, que se cayó hacia atrás mientras el demonio se retiraba al bosque y desaparecía.

Resollando para recuperar el aliento, Serafina se levantó como pudo y se preparó para el siguiente ataque. Pero no se produjo.

La batalla había terminado.

Se miró las manos. Tenía los dedos manchados de sangre y en sus uñas habían quedado restos de la putrefacta piel del hombre de la capa negra, aunque ahí había algo más que las huellas de una pelea. Los restos recordaban a la piel del guante. El malvado se estaba descomponiendo.

Entre las sombras, Serafina vio a Braeden tendido en la tierra. Temiendo que lo hubieran lastimado, corrió hacia él.

—¿Estás herido? —balbuceó.

—Estoy bien —resopló él cuando la chica lo ayudó a levantarse—. ¿Y tú? ¿Te ha hecho daño?

—No —repuso Serafina.

—Yo... yo... No lo entiendo, Serafina. ¿Qué era esa cosa? ¿Qué le ha pasado a Nolan?

—No lo sé —reconoció Serafina, que sacudía la cabeza con ademán de impotencia.

—Quiero decir... ¿adónde ha ido? ¿Está... está... muerto?

Serafina no conocía la respuesta a las preguntas de Braeden. Pensar en el pobrecillo Nolan le provocaba angustia, rabia, miedo. Había desaparecido sin más. ¿Cómo podía ayudarlo? Era la segunda vez que se enfrentaba al hombre de la capa negra y la segunda vez que perdía a un amigo.

—Venga. Tenemos que irnos antes de que vuelva —dijo Serafina a la vez que posaba la mano en el hombro de Braeden.

—¿Y qué le ha pasado a Crankshod? —preguntó el chico mientras la seguía hacia el carruaje con los caballos, acompañado de Gidean.

—No he llegado a verlo —repuso ella.

—¿Crees que también lo ha cazado a él?

El miedo y la confusión se filtraban en la voz de Braeden.

—No, cuando lo hace suena una especie de silbido, y solo se ha oído una vez.

—Tú sabes lo que es —dijo el chico, que agarró del brazo a Serafina para obligarla a detenerse—. Dímelo.

—Lo vi ayer por la noche —confesó ella—. Se llevó a Clara Brahms del mismo modo.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Adónde se la llevó? ¿Eso significa que Clara ha muerto? No entiendo nada de nada.

—Ni yo tampoco —reconoció la niña—. Pero tenemos que irnos.

Braeden agarró un palo del suelo y miró hacia el interior del bosque.

—Sea lo que sea sigue ahí...

Serafina sabía que tenía razón. Lo habían ahuyentado, pero estaba segura de que no se había marchado. No podía borrar de su mente la imagen de Nolan abalanzándose sobre el hombre para salvar a su amo. Aún veía la aterrorizada expresión que mostraba el rostro del chiquillo antes de desaparecer. Mirando a Braeden, un horrible presentimiento se apoderó de su mente. No pudo evitarlo.

—No sé qué es —dijo Serafina—, pero no ha venido a por Nolan. Te quiere a ti.



—El hacha ha desaparecido —observó Serafina según Braeden inspeccionaba los alrededores del carruaje. Sin un hacha ni nadie que los ayudara a desplazar los troncos, no podían despejar la carretera, ni por delante ni por detrás. Estaban atrapados.

—Podríamos montar los caballos —sugirió Braeden. Sin embargo, los árboles crecían tan juntos en aquella zona del bosque que los animales no podrían abrirse paso entre ellos. Serafina casi se alegraba de ello, porque no concebía cómo podría subirse a uno de esos cascos ligeros sin morir en el intento.

—¿Y si vamos andando? —propuso.

—Dieciocho kilómetros es un trayecto demasiado largo para recorrerlo a pie bosque a través —arguyó él—. Especialmente en plena noche.

Seguía mirando a su alrededor con impotencia. Serafina compartía la frustración de Braeden, pero también se alegraba de que estuvieran juntos en eso. Braeden la consideraba su aliada. A lo largo de su vida, Serafina apenas se había relacionado con otros seres humanos y empezaba a entender por qué a los demás les gustaba estar acompañados. Aunque no creía que todas las personas fueran tan listas y amables como Braeden Vanderbilt.

—Si nos quedamos aquí, podemos refugiarnos en el carruaje —opinó él—. Mi tío envió un mensajero a casa de los Vance para avisar de que estábamos en camino. Cuando vean que no llego, enviarán a buscarme. Estoy seguro. Deberíamos esperar a que nos manden ayuda.

Serafina no quería darle la razón —prefería ponerse en marcha—, pero sabía que seguramente Braeden estaba en lo cierto. No dejaba de oír las palabras con las que había tranquilizado a los caballos: *Estamos juntos en esto. No nos pasará nada.* A Serafina, esas frases le brindaban también un extraño consuelo.

Observó cómo Braeden desembridaba a los caballos para que pudieran descansar. Como consecuencia de los troncos que bloqueaban la carretera, los animales no irían muy lejos, pero como mínimo podrían moverse a sus anchas. Les ofreció heno y agua de los suministros que Nolan había guardado en la parte trasera del carruaje. Hasta aquel momento, Serafina solo había visto caballos desde lejos y siempre le habían parecido criaturas terriblemente salvajes e impredecibles. Ahora, en cambio, viendo cómo Braeden se desenvolvía entre ellos, les hablaba y los cuidaba, empezó a verlos como criaturas nobles, mucho más inteligentes de lo que nunca había pensado.

—Los caballos suelen dormir de pie —explicó el chico—. Y siempre se turnan, para que uno de ellos como mínimo esté despierto y alerta en caso de peligro. Si notan algo, darán la alarma. Basta con conocer su lenguaje.

—Magnífico. Tenemos vigilantes equinos —sonrió Serafina para animar a su amigo.

Braeden sonrió a su vez, pero Serafina advirtió que seguía muy asustado por lo sucedido, y ella también lo estaba. Cuando una ráfaga de viento azotó los árboles, Serafina se giró en redondo por miedo a que el espectro volador hubiera regresado.

—¿Qué ves? —preguntó Braeden.

—Nada —repuso Serafina—. Es el viento.

El frío de la noche se había adueñado del bosque y veían el vaho de su aliento a la luz de la luna que se filtraba entre los árboles. Cuando una lechuza ululó a lo lejos, Braeden se sobresaltó. A Serafina, en cambio, el misterioso canto la tranquilizó. Llevaba toda la vida oyendo ruidos parecidos durante sus correrías nocturnas por los terrenos de Biltmore.

—Solo es un búho —dijo Braeden, y respiró aliviado.

—Solo es un búho —asintió Serafina.

Cuando volvieron al carruaje, Braeden le cedió el paso y la ayudó a trepar al pescante sosteniéndole la espalda con la mano. Serafina se sintió como si estuviera entrando en el salón de baile para la fiesta de primavera. Para él, en tanto que joven caballero, era un gesto natural, seguramente

una costumbre, pero Serafina jamás había experimentado nada parecido. Por un momento, el suave contacto de la mano de Braeden contra la espalda fue su única sensación, su único pensamiento. Era la primera vez en su vida que alguien, además de su padre, la tocaba con dulzura y delicadeza. Se recordó a sí misma que el gesto de Braeden debía de significar mucho más para ella que para él. Puede que la hubiera tocado sin darse cuenta siquiera. Serafina sabía que Braeden bailaba y cenaba con infinidad de chicas elegantes. Era de bobos pensar que quisiera trabar amistad con ella, que utilizaba una camisa de hombre como vestido y ni siquiera sabía montar a caballo.

—Vamos —le dijo Braeden a Gidean en tono quedo, y el perro saltó al carruaje con ellos. Braeden cerró la puerta de madera, echó el pestillo y sacudió la hoja unas cuantas veces para asegurarse de que resistiera. Gidean dio dos vueltas sobre sí mismo y se acomodó en el suelo, al lado de la puerta.

—Lamento que no haya mantas —se disculpó Braeden, no sin antes buscar por los compartimentos del carruaje algo con lo que abrigarse—. Ni siquiera una capa para taparnos.

—Nada de capas, gracias —replicó Serafina con una sonrisa, y Braeden soltó una risita, aunque parecía casi tan nervioso como ella por tener que compartir aquel reducido espacio durante toda la noche sin nada que hacer excepto mirarse en la oscuridad.

Braeden se sentó y dio unas palmadas al espacio libre de su lado.

—Sería mejor que te sentaras aquí, Serafina, a mi lado. De algún modo tendremos que conservar el calor.

Aunque tenía el corazón en un puño, Serafina se cambió de lado despacio.

Esperaba no apestar a los tufos del sótano. Si Braeden estaba acostumbrado a damas como Anastasia Rostonova, con sus maravillosos vestidos, o incluso como la señorita Whitney, con su perfume de rosas, no creía que el aroma de Serafina le hiciera mucha gracia. *Disculpe, señorita Serafina*, diría entre toses y arcadas, *pensándolo mejor, quizá debería usted dormir en el suelo con el perro...*

Afortunadamente, Braeden no dijo nada de eso. Serafina se acomodó a su lado y el mundo no se acabó. Cuando se acurrucaron juntos para conservar el calor, ella temió que el chico notara algo raro, algo en lo que ella ni siquiera hubiera reparado. Solo esperaba que nada la obligara a

quitarse los zapatos delante de Braeden o el chico notaría que le faltaban dedos del pie. Y tampoco deseaba que se acercara demasiado. ¿Notaría él que Serafina no tenía todos los huesos? Ni siquiera estaba segura de qué huesos eran esos. Ahora que lo pensaba, ¿cuántos huesos tiene una persona normal?

Siempre le había gustado hacerse un ovillo en espacios pequeños, pero no pensaba que se fuera a sentir tan cómoda allí acurrucada con él. Serafina empezó a relajarse y volvió a respirar.

Esa misma mañana, cuando había despertado hecha un cuatro en el secadero metálico de Biltmore, lo último que imaginó fue que pasaría la noche acurrucada al calor del terciopelo entre el joven Vanderbilt y su valiente perro guardián. Gideon, por su parte, parecía haber superado ya su rechazo inicial hacia Serafina. Habían luchado en el mismo bando, ella y el perro, y quizá se habían hecho casi amigos, aunque solo fuera de momento.

—Serafina, tengo que hacerte una pregunta —dijo Braeden en la oscuridad.

—Vale —accedió ella, aunque sabía que iba a pasar un mal trago.

—¿Por qué vives en el sótano?

Serafina no sabía si él, Braeden, la consideraba su amiga o si, puesto que las circunstancias los habían empujado a estar juntos, procuraba poner buena cara al mal tiempo. Fuera como fuese, después de todo lo que habían pasado, no le parecía bien mentirle. Y no quería hacerlo.

—Soy la hija del mecánico —respondió. Acababa de decirlo. Tal cual. En voz alta. Mientras pronunciaba las palabras, experimentó un sentimiento de orgullo mezclado con una sensación de fatalidad inminente por haber traicionado a su padre.

—Siempre me ha caído bien —repuso Braeden con naturalidad—. Arregló la hebilla de mi silla de montar para que mi caballo estuviera más cómodo.

—A él también le caes bien —afirmó Serafina, aunque recordaba que su padre había hablado más de la hebilla que del chico aquel día.

—Así pues, ¿llevas ahí abajo, en el sótano, todo este tiempo? —preguntó Braeden asombrado.

—Se me da bien pasar desapercibida —se limitó a contestar Serafina. Quería decirle que era la jefa de la brigada antirratas pero se mordió la lengua. No sabía cómo reaccionaría él ante la idea de que Serafina fuese por ahí cazando alimañas. Puede que le preguntase cuándo se había lavado

las manos por última vez. De sopetón, dudó de que a Braeden le importase siquiera lo que ella hacía. A Biltmore acudía toda clase de personas ricas y famosas con sus familias, así que, ¿por qué iba a interesarle a Braeden lo que ella hacía por las noches?

—Así que estabas ahí abajo cuando viste al hombre de la capa negra por primera vez... —meditó él—. ¿Quién crees que es?

—No lo sé —reconoció Serafina—. Ni siquiera sé si es humano o trasgo.

—¿Trasgo? —preguntó Braeden, enarcando las cejas.

—Una sombra, un espectro. Ya sabes, un fantasma. El hombre de la capa negra podría ser una especie de espíritu que sale de los bosques al caer la noche. Pero yo creo que es mortal. Me parece que se trata de alguno de los caballeros de Biltmore.

—¿Y por qué piensas eso? —quiso saber Braeden, sorprendido.

—La capa de seda, los zapatos, su manera de andar, su manera de hablar. Y tiene un aire... como si se creyera superior al resto del mundo.

—Bueno, desde luego es más terrorífico que nadie que yo haya conocido —dijo Braeden, pero no añadió nada más.

Serafina notó que la teoría de que el hombre de la capa negra pudiera ser un habitante de Biltmore había inquietado a Braeden.

Permanecieron un buen rato en silencio. Ella sentía el calor que desprendía Braeden, su respiración regular, el latido de su corazón. Podía oler el leve aroma que emanaba, a lana, cuero y caballos. Más allá de lo que implicara estar con él en ese carruaje, la compañía le proporcionaba a Serafina una maravillosa sensación de paz, por lo menos de momento, y también de pertenencia, de encontrarse allí donde debía estar, a pesar de los terribles acontecimientos. No tenía lógica ni parecía posible siquiera, pero era así como se sentía y no podía negarlo.

—Tengo que pedirte un favor —dijo Serafina con suavidad.

—Adelante —repuso él.

—Por favor, no le cuentes a nadie lo que te he dicho acerca de mi padre y de mí. Necesita el trabajo. Ama Biltmore.

Braeden asintió.

—Lo entiendo. No se lo diré a nadie, te lo juro.

—Gracias —respondió Serafina, aliviada.

Sentía que podía confiar en Braeden. Y la fama que tenía entre los cocineros de ser un chico huraño que prefería la compañía de sus animales

a la de los seres humanos le parecía totalmente injustificada ahora que lo conocía.

La respiración de Braeden se tornó lenta y regular cuando se quedó dormido.

Sin hacer el menor ruido, Serafina se volvió a mirarlo. Recorrió con los ojos la suave y pálida tez. Iba tan limpio... Y las vestimentas le sentaban de maravilla. Su chaqueta de lana debía de haber sido confeccionada a medida. Incluso los botones llevaban grabadas sus iniciales, *BV*. El señor y la señora Vanderbilt debían de haberlos encargado, pensó. ¿Significaba eso que amaban y se preocupaban por Braeden? ¿O sencillamente intentaban que encajase en ese ambiente tan exquisito?

Una noche, mientras lavaban los platos de la cena en el taller, el padre de Serafina le había contado la historia del señor Vanderbilt. Como muchos caballeros de la alta sociedad, el señor Vanderbilt había usado su herencia para construir una casa. Sin embargo, él no la quiso erigir en la ciudad de Nueva York como todos los demás. El señor Vanderbilt ordenó construirla en las inhóspitas tierras de Carolina del Norte, en el corazón de las boscosas montañas, a kilómetros y kilómetros del pueblo más cercano. A las damas y los caballeros de la élite neoyorquina les había parecido una tremenda excentricidad. ¿Por qué un hombre tan educado como el señor Vanderbilt, nacido y criado entre el lujo y la civilización de la ciudad de Nueva York, quería vivir en un bosque remoto y oscuro?

La Casa Biltmore tardó años en ser construida, pero cuando estuvo acabada y la gente vio el resultado, comprendieron la visión de George Vanderbilt. Había construido el hogar más grande y suntuoso de Estados Unidos, rodeado de terrenos que lo autoabastecían y de la tranquila belleza de las montañas Blue Ridge. Se casó algunos años después. Y todo aquel que tenía la suerte de ser invitado acudía a Asheville a visitar a George y Edith Vanderbilt. Invitaban a los ricos, a los famosos y a los poderosos: senadores, gobernadores, importantes industriales, dirigentes de países extranjeros, grandes músicos, escritores de talento, artistas y toda clase de intelectuales. Y su padre la había criado bajo aquel mundo deslumbrante.

Serafina miró a Braeden y recordó la llegada del chico, dos años atrás. Los criados comentaron la tragedia en susurros. El sobrino de diez años del señor Vanderbilt acudiría a vivir en Biltmore porque su familia había muerto en el incendio que se había declarado en su casa de Nueva York. Nadie sabía cómo había comenzado, quizá por una lámpara de aceite o una

chispa del hogar de la cocina, pero la casa fue pasto de las llamas en mitad de la noche. Cuando el humo invadió el dormitorio de Braeden, Gideon lo despertó, le agarró el brazo con los dientes y lo sacó a rastras de la cama. Rodeados de llamas, salieron a trompicones de la casa, tosiendo y casi sin sentido. Se libraron de la muerte por los pelos. Gideon salvó a su amo. Entonces Braeden descubrió que sus padres y hermanos habían muerto. Toda su familia había sucumbido al fuego. Serafina se estremeció solo de pensarlo. No quería ni imaginar la posibilidad de perder a su padre. Qué triste y solo debía de haberse sentido Braeden cuando perdió a todos sus seres queridos.

Había oído decir a los criados que cientos de damas y caballeros, sirvientes y gentes de toda clase y condición acudieron al funeral. Cuatro caballos negros tiraron del carruaje que transportaba los ocho ataúdes. Junto al coche fúnebre caminaba un niño, aferrado a la mano de su tío.

Recordaba haber visto a Braeden el día de su llegada a Biltmore y haberlo contemplado con curiosidad. Los sirvientes comentaron que no había traído equipaje ni más pertenencia que los cuatro caballos negros, que su tío accedió a transportar en tren desde Nueva York.

Acercándose a Braeden, recordó las palabras que el chico había pronunciado unas horas antes: *Estos caballos y yo somos viejos amigos*.

A partir de aquel día, Serafina había vigilado a Braeden de cerca. A menudo lo veía paseando por los jardines a primera hora de la mañana. Pasaba largas horas observando a los pájaros de los árboles. Pescaba truchas en los arroyos pero, para consternación del cocinero, siempre liberaba a sus presas. En casa no parecía cómodo con las chicas y los chicos de su edad ni tampoco con la mayoría de los adultos. Adoraba a su perro y a sus caballos, pero a nadie más. Por lo que parecía, los animales eran sus únicos amigos.

Recordaba haber oído a la tía de Braeden hablar con un invitado en cierta ocasión.

—Solo es una fase —había dicho la señora Vanderbilt para explicar por qué estaba tan callado durante la cena y se comportaba con tanta timidez en los bailes—. Ya se le pasará.

Pero Serafina tenía la impresión de que eso no había cambiado.

Los Vanderbilt se lo pasaban en grande celebrando fiestas por todo lo alto. Braeden, en cambio, daba muestras de disfrutar más montando a caballo o curándole el ala a un halcón herido que danzando con chicas en lujosos bailes. Serafina recordaba haber merodeado una noche tras los

cristales del jardín de invierno, iluminado para una verbena de San Juan. Vio a las chicas con sus maravillosos modelitos pavoneándose de acá para allá, bailando con los chicos y tomando el burbujeante ponche que manaba de una fuente gigante en el centro del recinto. Siempre quiso ser una de ellas, llevar vestidos elegantes y zapatos brillantes. Recordaba haber escuchado la música de la orquesta, a la gente charlando y riendo. Agachada entre las sombras, debajo de las ventanas, observaba la solemne mirada de los leones de piedra que custodiaban las puertas de la casa.

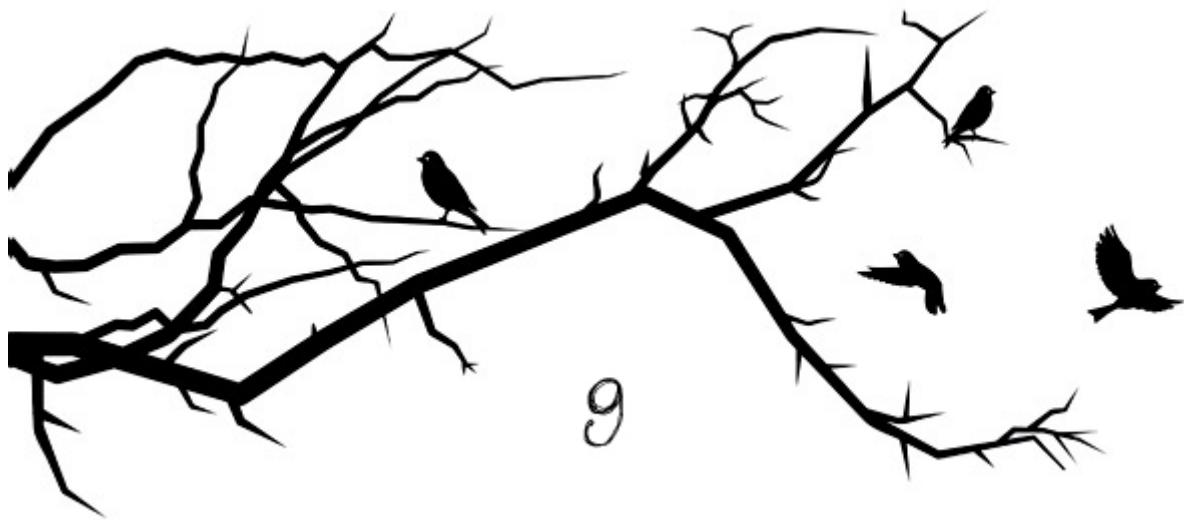
No sabía qué pensaba Braeden de ella, pero de una cosa estaba segura: Serafina era distinta. Diferente de cualquier chica que él hubiera conocido. No tenía ni idea de si eso la colocaba en una posición buena o mala, pero algo es algo.

Eran las tantas de la noche y Serafina supo que debía dormir. Sin embargo, no estaba cansada. Las emociones del día no le habían pasado factura. Estaba eufórica. De golpe y porrazo, el mundo no tenía nada que ver con el de ayer. Jamás se había sentido tan viva. Había tantas preguntas que responder, tantos misterios que resolver... Cruzó los dedos para que, de algún modo y a pesar de lo que había visto, Clara, Nolan y Anastasia siguieran vivos y pudiera salvarlos. Quería internarse en el bosque en busca de pistas relacionadas con el hombre de la capa negra.

Pese a todo, decidió quedarse donde estaba y conformarse con seguir acurrucada junto a Braeden.

Al cabo de un rato empezó a llover con fuerza. Serafina escuchó el golpeteo del agua contra las hojas de los árboles y el tejado del carruaje. Lo consideró el sonido más perfecto del mundo.

Con los ojos abiertos y los oídos alerta, prometió que si el hombre de la capa negra regresaba aquella noche, estaría preparada.



Cuando Serafina despertó al día siguiente, los primeros rayos de sol se colaban por la ventanilla del carruaje bañándolos a los dos en una suave luz dorada. El chico dormía en silencio a su lado. Gideon yacía a sus pies, callado y tranquilo.

Súbitamente, el perro levantó la cabeza y movió las orejas. Al cabo de un momento, Serafina oyó algo también: caballos que trotaban, ruedas que giraban, el traqueteo de carros que se acercaban...

Se levantó de un salto. No sabía si los vehículos eran amigos o enemigos pero, en cualquier caso, prefería que no la encontraran allí. Si se quedaba en el coche estaba perdida; tenía que alejarse para observar, para moverse, para luchar.

No quería separarse de Braeden, pero le agitó el hombro con suavidad.
—Despierta. Viene alguien.

A continuación salió del carruaje y, sin darle tiempo a Braeden a despabilarse, se internó en el bosque como una flecha.

Oculto entre los árboles y la maleza, Serafina observó cómo Braeden y Gideon salían del coche. El chico se frotó los ojos para protegerlos del sol y miró a su alrededor como buscando a la niña.

—¡Allí! ¡He encontrado el carruaje! —vociferó alguien al tiempo que se asomaba entre las ramas del árbol volcado en la carretera. Varios coches y una docena de jinetes acababan de llegar de Biltmore en busca de Braeden. Mientras el grupo de hombres procedía a despejar el camino con grandes sierras de dos mangos y hachas de tala para trocear el árbol, el señor

Vanderbilt se abrió paso entre las ramas, saltó el tronco caído y corrió hacia su sobrino.

—Gracias a Dios que estás sano y salvo —dijo en tono emocionado cuando ambos se abrazaron.

Braeden, contento y aliviado de ver a su tío, respondió:

—Gracias por venir a buscarme.

Cuando se separaron, Braeden se planchó con las manos el cabello desordenado por el sueño y oteó los árboles. Luego volvió la vista hacia los carruajes y sus rescatadores.

Serafina sabía que la estaba buscando, pero se había escondido tan bien como una criatura del bosque. Allí, entre las hojas de los rododendros y del laurel silvestre, se sentía como un animal salvaje. El bosque no le inspiraba ningún temor, igual que la noche anterior. Era su escondite, su protector.

—Cuéntame qué ha pasado, Braeden —pidió el señor Vanderbilt. Por lo visto, percibía la inquietud de su sobrino.

—Ayer por la noche nos atacaron —dijo Braeden con la voz entrecortada y la cara enrojecida por el llanto—. Se llevaron a Nolan. No está. Y el señor Crankshod desapareció cuando empezó la batalla y desde entonces no he vuelto a verlo.

Desconcertado, el señor Vanderbilt frunció el ceño. Posó la mano en el hombro de Braeden y lo obligó a mirar al grupo de trabajadores que cortaba el árbol. Además de a los criados, Serafina reconoció a una docena de hombres de la casa, incluidos Bendel, Thorne, Brahms y Pratt, el joven lacayo. Contuvo un grito. Allí estaba Crankshod, trabajando con los demás.

—El señor Crankshod nos ha explicado que un grupo de bandidos os atacó —dijo el señor Vanderbilt—. Los ahuyentó, pero cuando intentó darles caza dejó atrás el carruaje y pensó que sería preferible llegar a Biltmore lo antes posible para pedir ayuda. Me enfurecí cuando supe que te había dejado solo pero, al final, te hemos encontrado gracias a él, así que tal vez hizo bien.

Serafina vio cómo Braeden miraba al señor Crankshod con expresión de sorpresa. El horrible cochero le sostuvo la mirada sin pestañear.

—No estoy seguro de que fueran bandidos, tío —opinó Braeden—. Yo solo vi a un atacante. Un hombre con una capa negra. Se llevó a Nolan. Nunca he visto nada parecido. Nolan se esfumó en el aire.

—Una partida de jinetes recorrerá el camino de punta a punta. Encontraremos al chico —le prometió su tío—, pero, mientras tanto, quiero que vuelvas a casa.

Mientras Braeden y su tío conversaban, Serafina observaba al señor Crankshod. Se preguntó qué tramaba la vieja rata. No se fiaba de él. No los había defendido de los bandidos. Sencillamente había desaparecido. Y ahora allí estaba otra vez, contando una media verdad acerca de su propio heroísmo.

Por otro lado, el hombre no había revelado la existencia de Serafina. ¿Era un héroe el señor Crankshod? ¿Un villano? ¿O sencillamente un cobarde cara de rata? Echó un vistazo al señor Vanderbilt, a Crankshod y a los demás. Empezaba a darse cuenta de que cuesta mucho distinguir a los buenos de los malos, decidir en quién puedes confiar y con quién debes guardar distancias. Todo el mundo se considera un héroe, todos luchan por defender lo que creen que está bien o quizá por sobrevivir un día más. El caso es que nadie se considera malvado.

Gidean no fue tan generoso. En cuanto vio al señor Crankshod se encaró con él entre ladridos y gruñidos. *Puede que sea verdad que los perros huelen el miedo*, pensó Serafina. *O por lo menos la cobardía...* No parecía que el perro fuese a morder al cochero, aunque estaba decidido a ponerlo en evidencia. Los demás contemplaban la escena entre risas. El señor Crankshod, en cambio, no parecía disfrutar de la atención que le dispensaba el animal.

—¡Cállate ya, chucho estúpido! —le gritó, y levantó el hacha con ánimo de asestarle un golpe.

Braeden y Serafina estaban demasiado lejos como para acudir en ayuda del perro, pero el señor Thorne agarró el brazo del cochero en pleno vuelo para impedirselo.

—No sea necio, señor Crankshod.

—Pero qué... Será mejor que ese perro sarnoso no se me acerque —gruñó el cochero antes de alejarse furioso.

Braeden corrió hacia Gidean.

—Gracias, señor, muchas gracias —le dijo al señor Thorne.

—Me alegro de que esté sano y salvo, señorito Vanderbilt —repuso este. Con una mano enguantada, le propinó unas palmaditas en el hombro—. Por lo que parece, esta noche nos amenizará la cena con el relato de sus aventuras en el bosque.

—¿Ha visto a alguien más cuando ha llegado? —le preguntó Braeden sin soltar a Gidean y buscando otra vez a Serafina con la mirada.

—Usted no se preocupe —lo tranquilizó el señor Thorne—. Los gallinas como esos no suelen quedarse por las inmediaciones después de un asalto. Seguro que a estas alturas ya están muy lejos de aquí.

Serafina advirtió que, a pesar de sus palabras, el hombre llevaba una elegante daga prendida al cinto y se preguntó si en parte temía toparse con los bandidos.

—Seguro que tiene razón, señor Thorne —intervino el señor Vanderbilt según caminaba hacia ellos sacudiendo la cabeza con rabia—, pero me cuesta creer que unos bandidos se hayan atrevido a asaltarnos tan cerca de Biltmore. Le voy a pedir a la policía que ponga más patrullas en la carretera.

Braeden apenas les prestaba atención. Seguía mirando hacia los árboles. Serafina habría querido decirle que todo iba bien, pero no podía dejar que esos hombres la vieran y desde luego no deseaba explicar quién era ni por qué la noche anterior viajaba con Braeden en el carruaje, así que guardó silencio y se quedó donde estaba.

Braeden se agachó y rodeó a Gidean con el brazo. El perro miraba en dirección a Serafina.

—¿La hueles, amigo? —le susurró.

—¿Qué haces? —preguntó el señor Vanderbilt con brusquedad.

El chico se levantó, consciente de que lo habían pescado con las manos en la masa.

—¿A quién estás buscando, Braeden? —insistió su tío.

Serafina contuvo el aliento. Aquella era la pregunta que tanto temía. ¿A quién buscaba Braeden? Su padre y ella estaban a punto de ser descubiertos. La vida de ambos dependía de la respuesta de Braeden a la pregunta de su tío.

Al ver que su sobrino titubeaba, el señor Vanderbilt se enfurruñó.

—¿Qué me tienes que decir, Braeden? Suéltalo.

El chico no quería mentir a su tío. Sin embargo, negó con la cabeza y bajó la mirada.

—Nada —dijo.

Serafina respiró aliviada. Braeden había mantenido su promesa. No la iba a delatar. *Gracias, Braeden, gracias*, dijo para sus adentros. Su tío, en cambio, empezó a echarle un sermón.

—Alegra esa cara, hijo —le espetó—. Ya tienes doce años, edad suficiente para afrontar las dificultades con entereza. No debes acobardarte por lo sucedido. Tienes que tomar las riendas. Portarte como un hombre. Los tipos que te han atacado solo eran unos bandidos, nada más, unos ladrones.

—No creo que fueran bandidos —repitió Braeden.

—Pues claro que sí. Y un Vanderbilt es perfectamente capaz de enfrentarse a esa clase de incidentes. ¿No te parece?

—Sí, señor —repuso Braeden con aire sombrío, sin despegar la vista del suelo—. Lo que me pasa es que tengo hambre, supongo.

El señor Thorne acudió a su rescate.

—Bueno, en ese caso, antes que nada habrá que tomar un bocado —dijo con entusiasmo al tiempo que rodeaba al chico con el brazo—. Vamos, he pasado por la cocina antes de salir. Llevo un zurrón lleno de bocadillos de cerdo guisado, y si eso no le apetece le hincaremos el diente al bizcocho de frambuesa.

Braeden miró el bosque una última vez antes de seguir al señor Thorne.

Serafina se moría por hacerle saber al pobre Braeden que estaba allí, sana y salva. De haber sido una chica elegante, le habría dejado una prenda antes de partir, alguna señal de la amistad que los unía —un medallón de plata quizá, un pañuelo de encaje o un dije de su pulsera—, pero era una niña salvaje y no tenía cosas bonitas.

Mientras los hombres se apiñaban alrededor de Braeden, contentos y aliviados de haberlo encontrado, Serafina advirtió que el señor Rostonov, el corpulento y barbudo embajador ruso, se alejaba de los demás y se quedaba a solas al borde de la carretera. Braeden le había explicado que el señor Rostonov apenas si hablaba inglés. El pobre hombre miraba lloroso en dirección al bosque, como preguntándose si su querida Anastasia había sido asesinada por lo que sea que acechara entre las sombras. Sacó un pañuelo, se enjugó los ojos y se sonó. Braeden le había comentado que el señor Rostonov y su hija solamente tenían previsto quedarse unos días en la Casa Biltmore antes de volver a casa para celebrar la Navidad con el resto de la familia. Sin embargo, cuando Anastasia desapareció, su padre decidió prolongar la estancia con el fin de buscarla. Al señor Rostonov le rompía el corazón la idea de presentarse ante su esposa sin su hija. En las inmediaciones de los carruajes, unos cuantos hombres se acercaron al señor Crankshod, que seguía alterado por el incidente con el perro, y le dieron

las gracias por haberlos conducido hasta Braeden. A Serafina, en cambio, algo en la actitud del cochero, ahora tan sonriente y empalagoso, le ponía la piel de gallina. ¿Qué tramaba en realidad? ¿Dónde se había metido cuando el hombre de la capa negra los atacó? ¿Acaso trabajaba para él? ¿Sería Crankshod el hombre de la capa negra?

El señor Vanderbilt tampoco le inspiraba demasiada confianza. No le gustaban esas maneras bruscas que se gastaba con Braeden, su manera de espetarle lo que debía hacer y lo que no o cómo debía sentirse. Ese hombre no tenía ni idea de lo que Braeden acababa de vivir. No le hacía más caso que su propio padre a ella, y creía a pie juntillas el cuento de los bandidos que le había explicado el señor Crankshod.

Por lo que decía Braeden, sus tíos no habían informado a nadie de que su sobrino pasaría la noche fuera, así que pocas personas debían de saber que el chico estaría en el bosque a esas horas. Y también había comentado que su tío confiaba en el señor Crankshod. ¿Acaso trabajaban juntos?

Le dio vueltas y más vueltas a la idea. ¿Sería posible que el señor Vanderbilt fuera el hombre de la capa negra? ¿Experimentaba la horrible necesidad, por alguna razón, de devorar a todos los niños de Biltmore?

Cuando los hombres retiraron el segundo árbol del camino, aquellos que no estaban buscando a Nolan regresaron a los coches. Los cocheros iniciaron las complicadas maniobras necesarias para darles la vuelta a los coches en la estrecha carretera con el fin de emprender el regreso a la Casa Biltmore.

—Quiero que viajes en mi coche, Braeden —dijo el señor Vanderbilt—. El señor Crankshod nos llevará.

—Sí, señor —repuso Braeden—, lo entiendo, pero tenemos que llevar a mis caballos a casa.

Los caballos volvían a estar embridados, pero no había ningún cochero libre para guiarlos.

—Yo me ocuparé de ellos —se ofreció el señor Thorne. Se acercó a los caballos, les propinó unas palmaditas en la cabeza cuando estos lo olisquearon y tomó las riendas no sin antes encaramarse al pescante del cochero.

Serafina vio sonreír a Braeden. Parecía aliviado de que Thorne se hubiera ofrecido a echar una mano. A ella, en cambio, le extrañó. Numerosos caballeros sabían montar, pero muy pocos eran capaces de guiar un carruaje. Ese era un trabajo de sirvientes.

El señor Bendel, que viajaba a lomos de su purasangre, se colocó junto al señor Thorne.

—Vaya, Thorne. Veo que cuentas con un plan alternativo, si alguna vez pierdes la fortuna.

—Tendré que conseguir una fortuna para poder perderla —repuso el señor Thorne con humildad.

Los dos caballeros se rieron juntos, pero luego Bendel recuperó la seriedad, saludó con el sombrero a Vanderbilt y a Thorne y se reunió con el grupo de jinetes que se disponía a partir en busca de Nolan.

—No me esperen para comer —gritó el señor Bendel mientras cabalgaba hacia el grupo.

Pronto los carruajes echaron a andar por el camino que conducía a la mansión.

Serafina deseaba con toda su alma acompañarlos, pero sabía que no podía hacerlo. Se quedó escondida entre la maleza. Tuvo que tragarse el pánico de saber que la estaban dejando atrás y que nunca sería capaz de encontrar el camino de vuelta a Biltmore a través del bosque. Y ya añoraba la compañía de Braeden. Mientras veía a los carruajes alejarse, pensó: *Adiós, amigo mío*. Esperaba que él estuviera pensando lo mismo.

Sin embargo, aún divisaba los coches a lo lejos cuando un cosquilleo le recorrió las extremidades. La idea de estar a solas en el bosque debería haberla asustado. A lo largo de toda su vida, le habían ordenado que se mantuviera alejada de él, pero ahí estaba ahora mismo. Lejos de Biltmore. A solas en plena naturaleza. Y tenía una idea. Estaba ansiosa por ponerla en práctica. Solo esperaba no acabar perdida en el bosque. O muerta.



Volviendo al desierto camino y mirando el trecho que se extendía ante ella, la idea de estar muy lejos de su padre, de Biltmore y de toda la conmoción que allí reinaba le provocó una sensación rara, nueva. En parte, pensaba que se echaría a llorar, que correría detrás de los carruajes gimoteando: *¡Esperen! ¡Esperen! ¡Se olvidan de mí!*

Pero no lo hizo. Y se sintió un tanto adulta por ello.

El sol brillaba ya en lo alto y arrojaba una luz maravillosamente cálida sobre los árboles. Los pájaros cantaban. Soplaban una suave brisa. No se

estaba nada mal en el bosque.

Entonces miró la larga carretera que serpenteaba entre los árboles y recordó que se encontraba a quince kilómetros de casa.

—Intentaré llegar para la cena, papá —dijo con un nudo en la garganta, y echó a andar. Pero no tomó el camino a casa. No directamente.

Por lo que parecía, el hombre de la capa negra conocía muy bien el bosque y Serafina había oído decir que montones de personas habían desaparecido allí al lado. Albergaba la escalofriante sospecha de que el hombre de la capa negra tenía algo que ver con la aldea abandonada de las leyendas que se narraban. Tenía pensado buscar el pueblo abandonado, por si le proporcionaba alguna pista. ¿Cómo era posible que todos los habitantes de una aldea dejaran sus casas y se marcharan?

Además, una parte de ella ansiaba explorar las sombras del bosque, conocer de cerca aquel misterioso mundo. El territorio salvaje la atraía, y no solo porque su padre le hubiera prohibido internarse en él sino también por la espinosa verdad que el relato del hombre había desvelado: Serafina había nacido allí.

Decidió seguir la carretera un rato, a ver qué encontraba. Quizá un viejo poste señalara dónde estaba el pueblo abandonado o tal vez se topara con algún caminante que le indicara cómo llegar a él. Fuera como fuese, no creía que toda una aldea pudiera pasar desapercibida.

Mientras andaba, su pensamiento retornaba a su padre una y otra vez. A Serafina le habría gustado poder enviarle un mensaje. Estaría preocupadísimo, sobre todo ahora que los horribles rumores de que estaban desapareciendo niños habían empezado a circular. Se preguntó si habría conseguido reparar la dinamo.

Aquel aparato generaba algo que todo el mundo, exceptuándola a ella, necesitaba desesperadamente cuando caía la noche: luz. ¿Por qué iba alguien a dañar un generador adrede? ¿Y quién podía saber siquiera cómo hacerlo? El padre de Serafina era la única persona de toda la finca que sabía cómo funcionaba la dinamo. Él y tal vez George Vanderbilt, si consultaba alguno de los libros que tenía en la biblioteca.

A Serafina le pareció curioso constatar que cada persona posee una cualidad o destreza especial, algo que le atrae o se le da bien y que debe practicar durante años para llegar a dominar. No hay nadie que sea experto en todo. No es posible. Los días no dan para tanto. Ahora bien, todo el mundo sabe hacer algo. Y el talento de cada cual difiere una pizca del de

los demás. Algunos sirven para unas cosas. Otros, para otras. Serafina pensó que tal vez Dios lo hubiera planeado así para que todos encajasen como las piezas de un puzle.

Aún le costaba imaginar a su padre, un tosco ferroviario, llevándosela del bosque cuando era un bebé y cuidando de ella todos esos años. A Serafina nunca se le había pasado por la cabeza que pudiera pertenecer a un lugar que no fuera el sótano de su padre, pero ahora mil preguntas e ideas bullían en su cabeza. Tenía ganas de llegar a casa y sin embargo, mientras recorría la carretera, sintió la emoción de saberse libre y sin ataduras. Podía ir adonde quisiera.

Caminó durante una hora sin encontrar ni un alma, nada salvo arrendajos y carboneros que se asustaron al verla, unas cuantas ardillas que parlotearon a su paso y un visón que cruzó la carretera por delante de la niña como si su vida dependiera de ello. Serafina ni siquiera estaba segura de estar avanzando por el buen camino pero supuso que no podía equivocarse siempre y cuando no se apartase de la pista.

La carretera se dividió en tres.

El camino de la izquierda era el más ancho y parecía el más frecuentado. Serafina se puso a gatas y observó el rocoso terreno. No podía afirmarlo con seguridad, pero creyó ver huellas de carruaje. Sin embargo, la senda central era ancha y despejada también, y mostraba de tanto en tanto unas marcas en el terreno que bien podían pertenecer a cascos de caballo. Cualquiera de los dos podía ser el camino que llevaba a Biltmore.

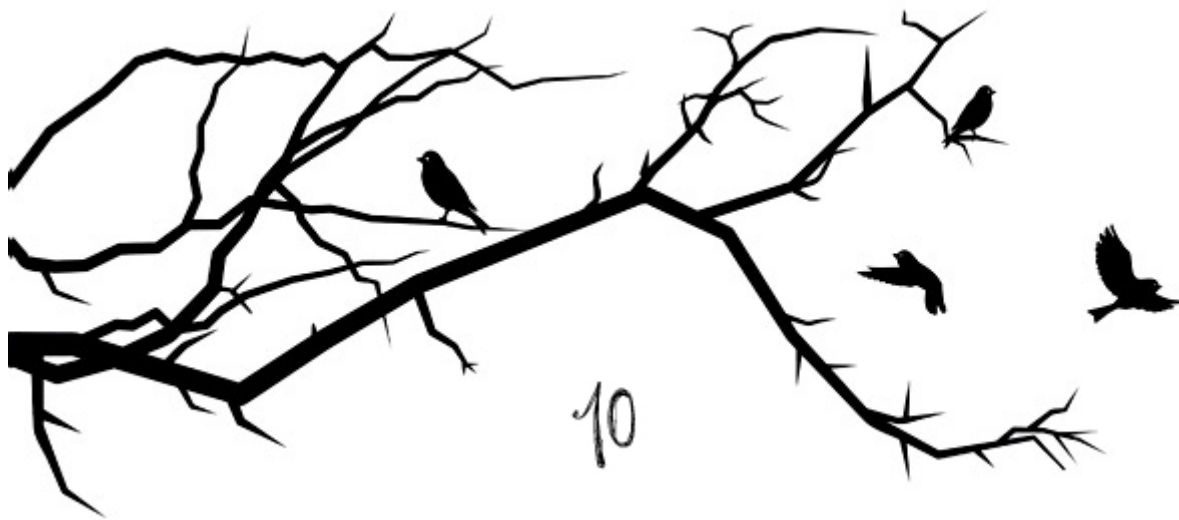
Únicamente el tercero era distinto. Ni siquiera se podía hablar ya de carretera. Era más bien una antigua senda. Dos cipreses podridos habían caído y ahora formaban un aspa en el sendero. Gruesos sarmientos de hiedra venenosa y densa enredadera habían proliferado hasta estrangular a los dos árboles volcados. Era obvio que ningún carruaje ni montura había transitado por aquel camino desde hacía años. Serafina ni siquiera estaba segura de que se pudiera recorrer a pie.

No vio señal ni indicación alguna, pero cabía la posibilidad de que una senda tan antigua y olvidada como aquella condujera al pueblo abandonado. Era posible que el mal estado del sendero hubiera obligado a los habitantes del pueblo a buscar otro sitio donde vivir. O tal vez el bosque se hubiera apoderado del camino cuando los aldeanos desaparecieron. En cualquier caso, si tenía alguna oportunidad de resolver el misterio del

hombre de la capa negra, necesitaba pistas e información. ¿De dónde había salido? ¿Cuál era su historia? ¿Cómo podía detenerlo?

La hiedra venenosa nunca le había provocado los mismos efectos que a las demás personas, pero de todos modos trepó con cautela por la maraña de sarmientos y zarzas. Al otro lado de los árboles entrecruzados la aguardaba un bosque de ramas putrefactas sembrado de pedruscos tan agudos como el filo de un hacha. La senda, angosta y frondosa, serpenteaba, se retorció y se hundió en un rocoso barranco. Serafina no alcanzaba a ver lo que había más allá.

Mientras observaba el sombrío paraje, un estremecimiento le recorrió la espalda. ¿Adónde iría a parar? No lo sabía, pero echó a andar por el sendero.



Serafina llevaba un rato enfilando el lúgubre camino, saltando los troncos caídos y abriéndose paso entre la enmarañada maleza, hasta que llegó a otra bifurcación.

Estaba allí parada, tratando de decidir qué dirección tomar, cuando oyó un susurro tenue que se filtraba entre las ramas. El ruido poseía un matiz extraño, sobrenatural. Serafina pensó que tal vez fuera un efecto del viento que soplaba entre las ramas, pero cuando se quedó escuchando tuvo la sensación de estar oyendo voces que se llamaban a lo lejos y niños jugando.

Privada de alguna otra pista con la que guiarse, decidió encaminarse hacia los ruidos e investigar su procedencia. Si pasaba por delante de una casa, tal vez sus habitantes supieran indicarle qué ruta tomar.

El camino la condujo a una curva cerrada y se hundió en un escarpado barranco sembrado de helechos. Desde allí volvía a subir para seguir avanzando entre grandes rocas cubiertas de musgo y viejos árboles torturados por el viento y el paso del tiempo. Desesperadas por unos metros de tierra, las raíces de los árboles se aferraban a las rocas como manos gigantes cuyos enormes dedos se hundían en el suelo que tapaban las piedras.

Este paisaje es escalofriante, pensó Serafina, pero siguió caminando, decidida a llegar a cualquier parte, adonde fuera.

A diferencia de los árboles normales, que buscaban la luz del sol, estos poseían unas ramas retorcidas y contrahechas, como aquejadas de horribles dolores. Abundaban los árboles muertos y sin hojas, víctimas de las

enfermedades o de alguna otra fuerza letal. Otros tantos yacían en el suelo con los troncos entrecruzados, como si un gigante los hubiera derribado.

Mientras Serafina avanzaba, una neblina empezó a elevarse del suelo sembrado de hojas hasta mudar en un denso banco que le impedía ver más allá de su nariz.

Fantástico. Si no veo nada, seguro que me pierdo...

Serafina se volvió a mirar la última bifurcación, pero la niebla era tan espesa que fue incapaz de orientarse. Intentó controlar el miedo, si bien el pánico ya se estaba adueñando de ella. Tomó grandes bocanadas de aire según la niebla la rodeaba hasta desorientarla por completo. Empezaba a comprender que su idea de abandonar el camino principal había sido un tremendo error. *Tranquila, se dijo. Piensa con la cabeza... Busca el camino a casa...*

Tropezó con una raíz y cayó al suelo cuan larga era. Las manos y la cara de Serafina palparon algo húmedo y pegajoso hundido entre las hojas. Ahogó un grito cuando descubrió que tenía debajo el ensangrentado cadáver de un venado o de algún otro animal grande. Le habían extraído la sangre y lo habían destripado. Le faltaban la cabeza y las patas traseras y, a juzgar por los restos, parecía haber caído en alguna especie de trampa.

Conteniendo las arcadas, Serafina se levantó, se secó las manos en la pegajosa corteza de un árbol y siguió avanzando, desesperada por encontrar el camino.

Cuando oyó voces a lo lejos, la esperanza latió en su pecho. Avanzó deprisa hacia ellas. *Puede que sean viajeros, se dijo. Es posible que se trate de una partida de caza.*

Sin embargo, enseguida se detuvo en seco. Eran los mismos susurros sobrenaturales que había oído hacía un rato, solo que ahora estaban mucho más cerca. Parecían unos gritos roncós y graves, pero recordaban vagamente a una llamada humana, como si unos extraños niños corretearan por el bosque. Un terror súbito se apoderó de ella. Notó un cosquilleo nervioso en las piernas y las manos. Los susurros sonaban ahora encima de ella, a su alrededor, pero seguía sin ver de dónde procedían.

—¡Salid! —exigió.

Algo le rozó el hombro y Serafina se giró a toda prisa al tiempo que se agachaba para protegerse. Una ráfaga de viento le arrancó un escalofrío según veía una silueta negra planear sobre ella antes de posarse en un árbol.

Miró a su alrededor. Y entonces los vio. Primero uno, luego otro. Estaban por todas partes. Los roncos graznidos procedían de una docena de cuervos que conspiraban entre las ramas de los árboles y se llamaban mutuamente con su lenguaje arcano. Ahora bien, los cuervos no solo conversaban entre ellos; también la miraban, volaban a su alrededor, intentaban comunicarse con ella. Como frustrados ante su incapacidad de entenderlos, varias aves se abalanzaron sobre Serafina con las garras en ristre. ¿La estaban atacando o trataban de avisarla? No lo sabía.

—¡Dejadme en paz! —gritó. Se tapó la cabeza con los brazos y corrió para alejarse de ellos. Por fin, se refugió en un soto de arbustos al que los grandes pájaros no podían acceder. Impulsada por el miedo, siguió corriendo.

Cuando por fin se detuvo a tomar aliento, miró a su espalda para comprobar si las aves todavía la seguían. Se dio cuenta entonces de que estaba plantada sobre algo duro, una especie de superficie plana. Mirando al suelo, atisbó una arista larga y recta de piedra gris. *¿Y ahora qué?*, pensó.

La piedra estaba medio enterrada, pero Serafina se arrodilló y apartó la tierra y las hojas para despejar el granito liso y plano que la cubrían.

Leyó el epitafio que alguien había grabado en la losa con letras mayúsculas.

AQUÍ SE VERTIÓ SANGRE,
DEJADLA REPOSAR,
AÚN MUDA DE SORPRESA,
NO LLEGÓ NI A LLORAR.

Un sudor frío se apoderó de ella. Serafina miró a su alrededor. Había otra lápida gris a pocos pasos de allí. Apartó la hojarasca y leyó:

ACERCAOS, ACERCAOS, YACED A MI LADO.
MATAREMOS AL HOMBRE
QUE ME HA ASESINADO.

CLOVEN SMITH 1797-1843

Vale, este sitio no me gusta nada. Son tumbas...

Se secó las sudorosas manos en la camisa y, avanzando unos pasos, descubrió más sepulcros entre la maleza del bosque. Por lo que parecía, el cementerio se prolongaba indefinidamente. Las tumbas se perdían a lo lejos, casi todas cubiertas de zarzas y árboles.

Muchas de las losas estaban tan juntas entre sí que Serafina dudaba de que hubiera cuerpos debajo, tal como decían las leyendas que había escuchado. Viéndolas, cualquiera pensaría que infinidad de personas se habían esfumado, sus cuerpos no habían aparecido y las lápidas no eran sino monumentos a los ausentes.

Sin embargo, cuando se internó más profundamente en el camposanto abandonado, Serafina descubrió montículos que sin duda albergaban cuerpos, así como otras tumbas que solo eran hoyos vacíos, como si los ataúdes hubieran sido robados o los muertos hubieran salido a rastras.

Aunque le temblaban las piernas, Serafina tragó saliva con dificultad y siguió caminando.

En ciertas zonas, la tierra estaba levantada y los ataúdes, rotos y podridos, yacían a cielo abierto. Algunas de las cajas asomaban de la tierra o estaban encajadas bajo las tortuosas raíces de los árboles. Serafina avanzaba leyendo una lápida tras otra; jóvenes y ancianos, hermanas y hermanos, amigos y enemigos, esposos y esposas cuyas vidas abarcaban cien años.

Había oído los relatos de ese antiguo cementerio, que albergaba cientos de tumbas y monumentos aunque no quedaba nadie vivo que recordara haber enterrado a esos muertos. Muchos de los montañeses que habitaban en las inmediaciones se preguntaban de dónde procedían los difuntos del concurrido camposanto. Familias enteras que, por lo visto, habían perecido en un breve lapso de tiempo.

Se rumoreaba que las gentes de las montañas ya no usaban ese cementerio, porque enterrar allí a tus seres queridos no te garantizaba que se quedaran donde estaban. Los ataúdes se desplazaban en la inestable tierra. Los cadáveres desaparecían. Los cuerpos de los difuntos vagaban por sus viejas calles y casas, como si buscaran un lugar donde descansar en paz.

También se contaban historias de seres humanos que adoptaban la forma de animales salvajes, de brujas y hechiceros dotados de poderes inconcebibles y de criaturas horriblemente desfiguradas que se arrastraban por el bosque.

Serafina llegó a dos pequeños montículos gemelos, tan pegados que formaban una sola tumba. Una lápida identificaba a las dos jóvenes hermanas que albergaba:

NUESTRO LECHO ES OSCURO,
DULCE Y HERMOSO.
ÚNETE A NOSOTRAS Y DISFRUTARÁS
DE REPOSO.

MARY HEMLOCK Y MARGARET HEMLOCK
1782-1791
DESCANSEN EN PAZ
SIN REGRESAR JAMÁS

Cuando leyó las palabras *sin regresar jamás*, Serafina notó un escalofrío en la nuca. ¿Qué clase de lugar era ese?

Serafina había acudido en busca de un pueblo abandonado y solo había encontrado su cementerio. Tenía el presentimiento de que no quedaba nada más.

Las hojas muertas crujían bajo sus pies según lo recorría. Ramas que recordaban a dedos cortados sembraban la tierra que separaba una tumba de otra. Muchos de los monumentos se habían volcado y ahora yacían rotos y escampados, mientras que otros se habían hundido en el suelo. Unas cuantas lápidas seguían en pie, erguidas a medio metro de la superficie en forma de cruces o capiteles, pero estaban tan cubiertas de musgo negro y verde, tan invadidas por la hiedra y las zarzas, que apenas se distinguían del siniestro bosque circundante.

Leyó otro epitafio:

LA MUERTE ES UNA DEUDA QUE
TODOS HAN DE PAGAR,
YO LO HICE EN SU DÍA, Y A TI
TAMBIÉN TE HA DE LLEGAR.

En otra zona, encontró una hilera de cruces tras otra. Una antigua placa envejecida por el paso del tiempo explicaba que aquellas sesenta y seis cruces pertenecían a las tumbas de otros tantos soldados confederados que aparecieron muertos cierta noche, aunque nunca llegaron a entrar en batalla.

Más adelante, Serafina llegó a un claro, una pequeña zona despejada entre los árboles. Por raro que parezca, allí no crecían arbustos ni zarzas ni maleza de ningún tipo. El bosque no había invadido aquella zona del cementerio, que seguía cubierta de impecable césped. En el centro del claro se erguía un monumento de piedra en forma de ángel alado. Aún más raro si cabe fue constatar que, si bien la niebla rodeaba la zona, no había

llegado al claro. Los rayos de sol que se filtraban entre la neblina iluminaban el rostro, el cabello y las alas del ángel con una luz tenue.

—Vaya, es muy hermoso —exclamó Serafina según se acercaba a leer la inscripción grabada en el pedestal de la estatua.

NO SON LAS BATALLAS QUE
PERDEMOS O GANAMOS
LAS QUE NOS DEFINEN,
SINO AQUELLAS QUE ESTAMOS
DISPUESTOS A LIBRAR.

Serafina alzó la vista para observarlo. Veteadas capas de musgo verde y líquen gris cubrían el ángel, y los negros chorretones del paso del tiempo manchaban su larga túnica y su hermoso rostro. Lágrimas oscuras parecían resbalar por sus mejillas, como si hubiera conocido una gran tristeza. Pese a todo, desplegaba las alas con furia, igual que si invitara a todo aquel que se acercara a participar en una gran batalla. *¿Qué clase de batalla?*, se preguntó Serafina. El ángel empuñaba una espada en la mano derecha. Y si bien la estatua estaba tallada en piedra, la espada parecía de acero y su metal brillaba igual que si no le afectara el paso del tiempo. Curiosa, Serafina alargó la mano para tocar el filo de la espada. Ahogó un grito y la retiró, pero la sangre ya corría por su dedo. La hoja de la espada seguía tan afilada como una navaja de afeitar.

En aquel momento vio algo que le llamó la atención y sintió un amago de miedo. Sus músculos se crisparon, listos para echar a correr. Al borde del claro, una lápida se había volcado junto a un viejo sauce caído, cuyas raíces al aire habían creado una pequeña cueva. Serafina no estaba segura, pero creía haber visto una sombra desplazarse despacio en el hueco.

Sí, estaba segura.

Algo se movía junto a la vieja tumba.



Serafina hizo esfuerzos por seguir respirando, por conservar la calma. Tenía el corazón en un puño, la respiración cada vez más agitada. Sintió deseos de dar media vuelta y echar a correr, pero se quedó donde estaba, presa de una curiosidad demasiado grande como para apartar la vista.

Caminó sigilosamente por el claro para ver la cueva más de cerca.

Temía encontrar un cadáver saliendo a rastras de su tumba. Imaginó sus manos blancas y putrefactas excavando la tierra para emerger a la superficie. Sin embargo, cuando se acercó, no vio ningún cadáver. Aquel ser estaba vivo y coleando.

Se trataba de alguna especie de felino pequeño, de pelaje amarillento con manchas negras y una larga cola. Serafina tardó varios segundos en comprender que tenía delante a una cría de puma.

Súbitamente, apareció un segundo cachorro. Saltando el uno sobre el otro, los animalillos se agarraron con las patas y rodaron entre tortazos, maullidos y aullidos. Sus caritas eran preciosas, amarillas con rayas negras, y tenían largos bigotes de gatito.

Sonriendo, Serafina observó a los cachorros, que jugaban en la hierba verde del soleado claro. El miedo que había sentido antes comenzó a disiparse. Le encantaban los gatitos.

Se agachó y siguió avanzando. Una de las crías la avistó en aquel momento. Con las orejas erguidas, la miró como estudiándola. Serafina pensó que el animal echaría a correr, asustado. Pero no lo hizo. Emitió un maullido quebrado y se bamboleó hacia ella feliz y contento.

Serafina alargó el brazo sin mover los dedos. El audaz cachorro redujo el paso, pero siguió caminando hacia ella sin despegar la vista, muy despacio. Cuando llegó a la altura de Serafina, le olisqueó los dedos y frotó el hocico contra la mano. A punto de soltar una risita, Serafina sonrió, contenta de que el animal no mostrara ningún miedo.

Se sentó en la hierba y el cachorro se puso a jugar con sus dedos, no sin antes encaramarse a su regazo. Serafina le echó los brazos al cuello y estrechó el cuerpecillo crespo y cálido contra su pecho. ¡Qué bien se estaba en compañía de una criatura que no la hacía temblar de miedo! El segundo cachorro se acercó también y Serafina pronto se enamoró de ambos, que retozaban y rodaban a su alrededor o se frotaban contra su cuerpo ronroneando.

—¿Qué hacéis aquí, pequeñines? —les preguntó. Después de todo lo que había visto, la sensación de ser aceptada por aquellos maravillosos animales resultaba infinitamente agradable. Se sentía bienvenida.

Pronto, todos estaban de pie, jugando. Serafina perseguía a los cachorros por el claro, fingiendo empujarlos, y luego los animales la perseguían a ella. Se puso a gatas también. Un cachorro rodeó el pedestal del ángel, salió por el otro lado y la miró de lejos, entornando sus ojillos oscuros como si la desafiara a atraparlo. Luego salió disparado, corriendo de lado con el lomo arqueado, y saltó sobre ella fingiendo atacarla. El otro se unió al juego empujándole los brazos y las piernas para derribarla, y pronto estaban los tres gruñendo y peleando. El adorable ataque gatuno le arrancaba carcajadas.

Y la risa de Serafina flotó por la niebla del bosque.

Siguió jugando y retozando con los cachorros, inmersa en un placer infantil puro e inconsciente que llevaba largo tiempo sin experimentar.

De sopetón, notó una amenaza inminente. Cuando se dio media vuelta, vio algo que se precipitaba hacia ella entre la niebla. Al principio, Serafina pensó que el recién llegado flotaba como un fantasma, aunque pronto comprendió que no era ningún espectro, ni por asomo.

Corría. Deprisa. Directamente hacia ella.

Un escalofrío de terror la recorrió cuando se dio cuenta de que jugar con los cachorros había sido un terrible error. Un puma adulto y furioso se precipitaba hacia ella. La madre se disponía a matarla para defender a sus crías.

Serafina reaccionó de puro miedo. Cuando el puma saltó hacia ella esgrimiendo garras y colmillos, supo que iba a morir, pero intentó esquivarlo de todos modos. Sin embargo, el ataque fue tan brutal que Serafina cayó al suelo sin poder evitarlo. La niña y la furibunda bestia rodaron por la hierba en un violento remolino de bufidos, dientes y garras.

Serafina luchó con todas sus fuerzas. Jamás había luchado con un ser tan fuerte físicamente. Sabía que no tenía ninguna posibilidad; comparada con aquella bestia salvaje, era poco más que un gatito. Si quería sobrevivir, tenía que largarse por piernas. Pateó y blandió los puños. Golpeó al puma con un palo sin dejar de gritar.

Cuando la leona de montaña intentó morderle el cuello para asestarle el golpe fatal, Serafina le plantó las manos en la cara y le arañó los ojos antes de transformarse en un remolino salvaje y frenético. Sus ataques distrajeron al gran felino el tiempo suficiente para liberarse. La niña se levantó de un salto y echó a correr como alma que lleva el diablo.

El puma la perseguía, pero el miedo daba alas a Serafina. Se internó entre los densos arbustos igual que una ardilla y siguió huyendo como el rayo. Corría todo lo que podía. Corrió tanto que temió que el pecho le estallara de dolor.

Cruzó un arroyo rocoso, atravesó una frondosa pineda y se abrió paso por ortigas y zarzales. Subió cuestras, escaló peñascos y sencillamente se alejó cuanto pudo.

Por fin, agotada, se acuclilló debajo de un arbusto igual que hacen los conejos y atendió a los ruidos de su seguidora. No la oyó.

Supuso que la leona, satisfecha de haber ahuyentado a la intrusa, habría regresado con sus cachorros. La imaginó regañándolos por haber jugado con una extraña y empujándolos de mala manera por la entrada a la madriguera oculta bajo las raíces del árbol.

Jadeando y magullada, Serafina siguió andando por el bosque, decidida a alejarse lo más posible del cementerio y de la guarida del puma. Juró no regresar jamás a aquel paraje aterrador.

Cuando se detuvo por fin a tomar aliento, miró a su alrededor. No sabía dónde estaba. En aquel momento comprendió que estaba completa e irremisiblemente perdida.



Serafina siguió avanzando y pronto se sorprendió viajando por una cresta arbolada y rocosa. Por lo visto, en su desesperación por escapar del puma, había acabado por ascender parte de una montaña.

Agotada, se detuvo a descansar. Echó un vistazo a sus heridas y a su ropa rasgada. El trozo de cuerda con el que se sujetaba la camisa al cuerpo se había partido y había desaparecido. Marcas de garras le recorrían los brazos y las piernas. Le dolía la cabeza. Huellas de dientes le salpicaban el pecho. Estaba un tanto machacada, pero no tan mal como esperaba.

Duele, pero viviré, pensó. Eso suponiendo que encuentre el camino a casa. Antes pensaba que el bosque no podía ser tan horrible como lo pintaba su padre, pero había resultado ser un lugar mucho más oscuro y peligroso de lo que jamás pudo imaginar. Después de todo lo que había visto, no creía que pudiera sobrevivir otra noche allí. Por desgracia, se encontraba a varios kilómetros de su hogar, atrapada en mitad de un monte, y ni siquiera sabía qué rumbo tomar.

Miró el cielo, nublado y oscuro, por si podía orientarse a partir del sol. Luego observó el paisaje circundante buscando pistas y puntos de referencia. Sin una brújula ni un mapa ni la menor idea de por dónde se iba a la mansión Biltmore, ¿cómo saber si avanzaba en la buena dirección?

Ya estaba muerta de frío cuando empezó a llover.

—Vaya, fantástico —dijo, y luego les gritó a las nubes—: ¡Gracias! ¡Muy amable por tu parte, estúpido cielo!

Serafina detestaba mojarse. Qué situación tan horrible. Solo quería llegar a casa. Echaba de menos a su padre, muchísimo. Habría dado

cualquier cosa por un vaso de leche, un plato de bagre, un fuego bien calentito en el taller y su lecho cómodo y seco detrás de la caldera. Ayer mismo se escabullía sigilosamente por las mullidas alfombras de las elegantes salas de Biltmore y hoy estaba atrapada en ese paraje frío, húmedo, estúpido y lluvioso.

Cuando la lluvia mudó en un chaparrón, trató de refugiarse bajo las ramas de un pino, pero no le sirvió de nada. Los goterones de lluvia que le mojaban la cabeza y el cuello, ya empapados, la hicieron sentir aún más desgraciada si cabe. Riachuelos de agua fluían por el rocoso suelo que se extendía a sus pies. Chorreando, se aferró al tronco del árbol por miedo a resbalar por la empinada ladera de la montaña. Quería que su padre fuera a buscar su escalera y la rescatara como cuando era pequeña, pero el pobre hombre ni siquiera sabía dónde buscarla.

Entonces, según miraba cómo el agua se escurría por el suelo, Serafina tuvo una idea.

El agua fluye montaña abajo. Hasta llegar al cauce de un río.

Hasta ahora había avanzado siguiendo el contorno de la cresta porque de ese modo le resultaba más fácil desplazarse, pero decidió probar otra cosa. ¿Y si descendía por la abrupta ladera de la montaña usando los troncos de los árboles y las ramas de los rododendros como escalera? Bajaría mucho más deprisa.

Se acercó al borde del precipicio y se asomó con cautela. Había un buen trecho hasta llegar abajo, pero se agarró a la primera rama para comprobar si la sostenía. Súbitamente, resbaló en las hojas húmedas, soltó la rama sin querer y cayó a plomo por la ladera.

Experimentó la vertiginosa sensación de estar bajando en caída libre. Serafina caía con los pies por delante, sin dejar de gritar. Trató de permanecer erguida y agarrarse a los arbustos para frenar, pero se estampó contra un tronco con un golpazo que le cortó la respiración. Bajaba por aquí y luego por allá, disparada montaña abajo. Una rama la golpeó. Giró. Se estrelló contra una roca. Cayó. De repente, se encontró dando volteretas por la empinada cuesta, rodando a trompicones entre una gran nube de hojas muertas. El impulso de la carrera unido al azote del viento en el rostro le provocaban la sensación de estar volando, hasta que chocó contra otro árbol y la fuerza del golpe le arrancó un gruñido de dolor, y siguió saltando y rodando hasta que por fin se estrelló, sin aliento y magullada, al fondo del barranco.

Permaneció allí tendida varios segundos, incapaz de moverse. Le dolía todo el cuerpo. La montaña la había apaleado, pinchado y machacado.

—Bueno, como mínimo he llegado abajo —gimió.

Cuando pudo levantarse por fin, se sacudió el polvo y echó a andar cojeando.

Siguió un pequeño arroyo que desembocó en un torrente. Sedienta, se tendió boca abajo al borde del riachuelo y bebió el agua clara de la montaña como un animal.

El torrente la llevó a una cascada que se estrellaba en una turbulenta poza diez metros más abajo.

¿Tendrá nombre esta cascada?, se preguntó. Si lo conociera, tal vez podría deducir dónde estaba y tendría más posibilidades de encontrar el camino a casa. *¿Qué río será este?*

Entonces se dio cuenta de que, en realidad, no importaba demasiado su ubicación exacta. Un río no es ningún sitio en concreto. Los ríos se mueven constantemente. Y recordó algo que su padre le había enseñado. Los ríos de estas montañas discurren por rutas complicadas y retorcidas, pero todos acaban por desembocar en el poderoso French Broad.

La Blue Ridge era una de las cordilleras más antiguas del mundo. Hacía millones de años que el río fluía por ellas, y la corriente había contribuido a darles su forma actual. Y, aún más importante, sabía que el French Broad discurría por los terrenos de la finca Biltmore, junto a la mansión. Sus aguas le indicarían el camino a casa.

Descendió por las rocas húmedas y resbalosas del borde de la cascada y se abrió paso hasta la escarpada orilla. Ahora segura del rumbo que debía tomar, se apresuró cuanto pudo. Tenía que reunirse con su padre cuanto antes. Serafina sabía que estaría preocupadísimo por ella. Además, quería ver a Braeden. No estaba segura de si había abandonado a su amigo al esconderse en el bosque o si Braeden la había abandonado a ella cuando se había marchado en el carruaje de su tío, pero se habían separado en cualquier caso, y eso la angustiaba. Cuanto más tiempo pasaba, menos segura estaba de la relación que los unía. *¿De verdad era Braeden su amigo o solo se lo estaba imaginando, igual que imaginaba que el ayudante del mayordomo y ella eran camaradas cuando lo veía detenerse a comer galletas?* Llevaba toda la vida fingiendo que tenía amigos. *¿Sería verdad esta vez?*

Hacía poco tiempo que Braeden y ella se conocían pero, de todos modos, dejó que la inundaran los recuerdos de las horas que habían compartido. Para alguien como ella, aquella breve experiencia se parecía a una amistad de toda la vida. Serafina era como un animal hambriento que devora unos restos y piensa que ha tomado una comida completa. Pese a todo, no tenía ni idea de si Braeden la echaba de menos tanto como ella a él.

Caminó durante horas, siguiendo el curso del río hasta llegar a otro mucho más ancho y caudaloso. Serafina esperaba que se tratase del French Broad, pero no podía asegurarlo. Estaba agotada, hambrienta y magullada. Solo quería llegar a casa.

Cuando el sol se puso despacio detrás de los árboles por el cielo de occidente, Serafina apuró el paso. No quería pasar otra noche atrapada en el bosque, por cuanto sabía que el puma, el hombre de la capa negra y a saber qué otros demonios del cementerio saldrían a merodear al anochecer. Pero no le sirvió de nada. El sol la abandonó, los pájaros y otros sonidos diurnos enmudecieron y la oscuridad inundó los árboles como aceite negro.

Agotada, Serafina hizo un descanso con el fin de recuperar el aliento y recobrar fuerzas. Sin embargo, conocía el peligro de demorarse a la intemperie. Empapada y temblorosa, se arrastró al hueco que formaban las expuestas raíces de un árbol que crecía junto al río, se acurrucó y observó la oscuridad.

Serafina era un desastre. Eso pensaba de sí misma. Se había internado en el bosque para ver mundo y solo había encontrado desgracias.

Desde su pequeña cueva, debajo de las raíces, miró la corriente que discurría por el pedregoso cauce del río. Notaba el aire frío y quieto a su alrededor. Únicamente el río se rizaba con un rugido constante y Serafina percibía su sabor húmedo en los labios. La luna creciente que brillaba sobre las montañas proyectaba una luz plateada sobre las negras y profundas aguas. La niebla rebosaba el bosque y flotaba sobre el río como una legión de fantasmas.

A lo lejos, un lobo lanzó un aullido lastimero y solitario que le provocó escalofríos. El animal se encontraba a muchos kilómetros de allí, en lo alto de las montañas. Sin embargo, Serafina estuvo a punto de pegar un salto cuando otro lobo respondió, este mucho más cerca.

Los lobos rojos son criaturas tímidas, casi mitológicas, que rara vez se cruzan con los seres humanos, pero también tienen fama de ser fieros

guerreros que luchan en manada y hacen trizas a sus enemigos con sus deslumbrantes colmillos blancos.

El lobo que estaba más cerca aulló de nuevo y una docena de compañeros le contestaron al otro lado del río con un coro de aullidos que helaba la sangre. A Serafina se le puso la piel de gallina.

No lo oyó acercarse, por cuanto se movía como un fantasma entre la niebla, pero vio al lobo salir despacio del bosque y mirar hacia la otra orilla. Serafina se quedó muy quieta entre las raíces, observando. Percibía el olor almizclado de su pelaje y, a la luz de la luna, veía su aliento condensarse en el aire.

Era un lobo joven, grande y escuálido, con un abrigo abundante de pelo rojizo, un hocico esbelto y orejas largas. Llevaba una herida en el flanco derecho, sangre en el pelaje.

Sin mover ni una pestaña, Serafina contuvo el aliento. *Ese lobo no sabe que estoy aquí*, se tranquilizó. *Soy parte del bosque. Estoy escondida y en silencio.*

Pero en aquel momento, el lobo giró la cabeza y miró directamente hacia ella con los ojos más inteligentes y penetrantes que Serafina había visto jamás en un animal.

Tensó los músculos, preparada para el ataque que se avecinaba.

En aquel instante, el lobo agitó las orejas. Serafina también lo oyó. Algo grande se desplazaba por el bosque siguiendo el curso del río, hacia ellos.

El lobo volvió la cabeza hacia el ruido y se giró nuevamente a mirarla. La observó durante varios segundos según el sonido se acercaba. Entonces, para sorpresa de Serafina, el animal entró en el río. Siguió andando hasta que el agua le llegó a la altura del lomo. Ahora el río lo arrastraba y Serafina solo alcanzaba a ver la cabeza del animal, que luchaba contra la corriente. El lobo estaba nadando hacia sus hermanos de la otra orilla. Y se alejaba de aquello que caminaba hacia ella.

De golpe, Serafina se sintió abandonada, vulnerable.

El agua hacía demasiado ruido como para distinguir qué era lo que se aproximaba, pero sin duda se estaba acercando. Ramillas que se rompían. Pasos. Dos pies. No era el puma ni tampoco otro lobo lo que había asustado al animal rojo sino una persona. ¿Sería el hombre de la capa negra?

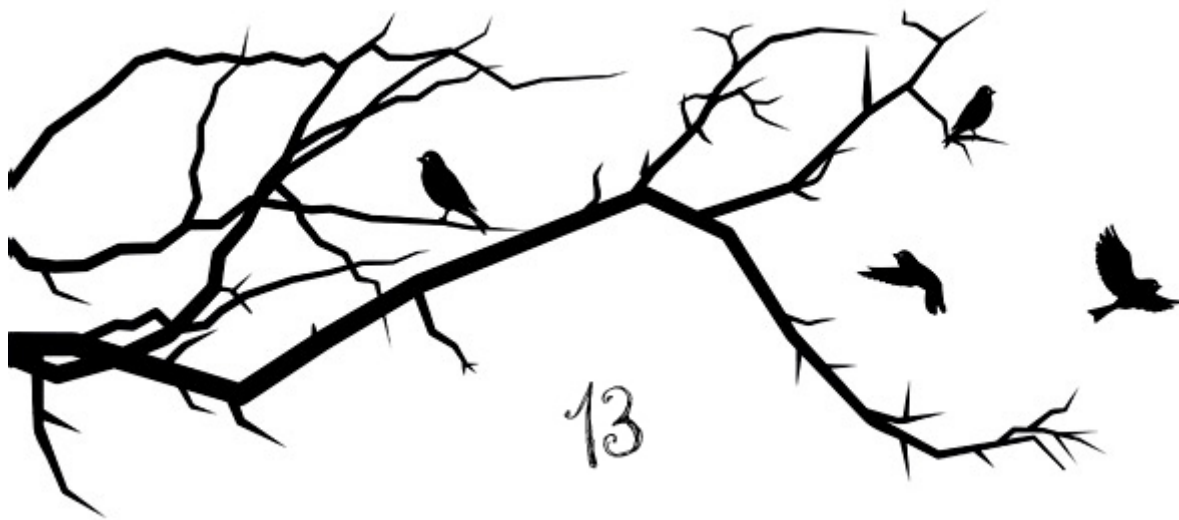
Cuando pegó el cuerpo a tierra, un espantoso ciempiés gigante reptó por su mano. Serafina dio un respingo y ahogó un grito.

Le faltaba el aire. Las piernas le pedían a gritos que echara a correr. Pero era demasiado tarde. El intruso estaba muy cerca. *Los conejos listos no abandonan el refugio cuando tienen encima al depredador. Se esconden.* Serafina se hundió aún más en el oscuro hueco que creaba raíces.

Una luz titilante asomó entre los árboles. Oyó el susurro de los arbustos, el roce contra la corteza y un ahogado tintineo de metal y madera.

Es un fanal, pensó Serafina. La misma clase de farolillo que el hombre de la capa negra llevaba la noche que se llevó a Clara Brahms.

Temblando, se acurrucó cuanto pudo y se dispuso a luchar.



Serafina vio al recién llegado alzar el farolillo y mirar a su alrededor según salía entre la maleza. Saltaba a la vista que estaba buscando algo pero, por encima de todo, parecía asustado. Aun con ayuda del fanal y una luna casi llena, no veía tan bien como ella en la oscuridad del bosque. Cuando el hombre dio otro paso, Serafina reconoció el crujido de sus botas de cuero. Entonces comprendió que no tenía delante al hombre de la capa negra. Era su padre, cubierto con una capelina larga de color marrón. A pesar de todas sus advertencias y del miedo que le inspiraba la naturaleza, se había internado en el corazón del bosque para rescatarla.

Conteniendo el aliento, salió de su agujero y corrió hacia él.

—¡Es-estoy aquí, papá! —balbuceó llorando a la vez que le echaba los brazos al cuello.

Él la envolvió en un largo abrazo. Serafina se sintió como si la abrazara un oso bueno. Se aferró a su cálido corpachón.

Cuando su padre lanzó un suspiro de alivio, notó cómo lo abandonaba una aplastante preocupación.

—Sera, ay, Sera, pensaba... pensaba que habías desaparecido como los otros niños.

—No he desaparecido, papá —repuso ella con la voz temblorosa de una niña pequeña.

Reparando en las prendas rasgadas y los arañazos de sus brazos aun a la débil luz del farolillo, el hombre le preguntó:

—¿Qué te ha pasado, Sera? ¿Has tenido otro encontronazo con un mapache?

Ella no sabía ni cómo empezar a contarle los acontecimientos de aquel día, y sabía que, de todos modos, su padre no la iba a creer. Pensaría que le estaba explicando otro de sus absurdos cuentos.

—Me he perdido —respondió ella al tiempo que sacudía la cabeza avergonzada, y era verdad. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Pero, ¿estás bien? —insistió él sin dejar de mirarla—. ¿Dónde te duele?

—Solo quiero volver a casa —dijo Serafina, y enterró la cabeza en los pliegues de la capelina. Se había puesto tan furiosa con su padre por haberle ocultado la verdad acerca de su nacimiento que había acabado pensando que no podía contar con él, pero ahora comprendía que había sido una tonta. Nadie en el mundo se preocupaba tanto por ella como su padre y nadie la había querido nunca como él.

Cuando los lobos del otro lado del río estallaron en aullidos, su padre dio un respingo.

Miró a su alrededor.

—Odio los lobos —dijo él con un estremecimiento al tiempo que rodeaba a Serafina con el brazo para ayudarla a andar—. Vamos. Tenemos que salir de aquí.

Ella lo acompañó contenta, entre un coro de aullidos que ahora sonaba distinto. Los gritos de los lobos ya no parecían llamadas lanzadas a la soledad de la sierra, sino alegres exclamaciones, todas procedentes de un mismo lugar. Sin saber por qué, Serafina tuvo la sensación de que aquellos aullidos, más que una amenaza, expresaban la alegría del encuentro. *Lo has conseguido, hermano.* Recordó al lobo herido que había cruzado el río hacía un momento. *Has llegado a casa.*

El padre de Serafina sostenía el farolillo ante ellos como un faro que los guiara a través de la noche. Ella se felicitó de que ahora fuera su padre el encargado de encontrar el camino.

—Has buscado el río y has seguido la corriente tal como te enseñé —observó el hombre mientras andaban.

—De no ser por eso, no lo habría conseguido —repuso Serafina.

Pronto dejaron atrás el bosque y siguieron andando durante un kilómetro y medio. Por fin, treparon el terraplén del gran río y vieron la Casa Biltmore, brillante a la luz de la luna en lo alto del montículo que se erguía a lo lejos. Aún les quedaba un buen trecho, pero por lo menos ya

veían su destino. El suave olor de la leña al fuego flotó en el frío aire invernal y encendió en Serafina un anhelo intenso de estar en casa.

Los aldeanos llamaban a la mansión «la dama de la colina» y aquel día Serafina entendió por qué. Biltmore resplandecía majestuosa con sus paredes grisáceas, sus tejados de pizarra, sus chimeneas y torreones señalando al cielo y el reflejo de la luna en las molduras doradas y cobrizas, como algo sacado de un cuento de hadas. Jamás en toda su vida se había alegrado tanto de ver su hogar.

Su padre la agarró por los hombros con suavidad y la miró a los ojos.

—Sé que el bosque te atrae, Sera —le dijo—. Siempre has sido muy curiosa, pero no debes volver allí. No quiero que corras peligro.

—Lo entiendo —respondió Serafina. El bosque era peligroso. No podía discutirlo.

—Ya sé que te orientas bien en la oscuridad —prosiguió su padre—, mejor que nadie que yo conozca, pero tienes que aguantarte las ganas de salir a explorar, Sera. Eres mi hija. No sé qué haría si te perdiera para siempre.

Serafina se quedó pensativa al oírle decir «para siempre». Él tenía la sensación de que ya la estaba perdiendo; acababa de darse cuenta. Notaba la desesperación de su padre en la afonía de su voz, la veía en el brillo de sus ojos cuando la miraba. Aquel era su mayor miedo; no solo que su hija se hiciera daño o que muriera, sino que su lado salvaje la arrastrara al bosque, que se fuera tornando cada vez más feroz. Más animal que humana.

Serafina alzó la vista para mirar los pequeños ojos castaños de su padre y vio en ellos el reflejo de los suyos, color ámbar.

—No te voy a dejar, papá —prometió.

Él asintió y se enjugó los labios.

—Vamos pues —dijo, y volvió a rodearla con el brazo—. Iremos a casa, nos secaremos y te prepararé algo para cenar.



Para cuando llegaron a la mansión, buena parte de los trabajadores habían acudido procedentes de campos y granjas. Casi todas las puertas del

caserón estaban cerradas a cal y canto. Habían echado contraventanas y persianas contra los demonios que acechaban en la noche.

Cuando se encaminaban al sótano, Serafina descubrió sorprendida que reinaba el bullicio en los establos. Vieron lámparas de aceite brillando alegres en la oscuridad.

Serafina y su padre no pudieron resistirse a comprobar a qué venía tanto revuelo. Un equipo de búsqueda llegaba en aquel momento a lomos de sus monturas, doce fuertes jinetes que entraron en el patio como un vendaval. Por un instante, el repiqueteo de sus cascos contra el suelo de adoquines ahogó cualquier otro ruido. Venían de buscar a Clara Brahms y a las otras víctimas. Mientras los jinetes desmontaban y los mozos de cuadra corrían a atender a los caballos, los padres de los niños desaparecidos se apiñaron alrededor de los recién llegados.

Cuando el padre de Nolan, que era el herrero de los establos, pidió noticias de su hijo, los hombres negaron con la cabeza. No habían encontrado nada.

El pobre señor Rostonov también estaba allí. Aferrado al perrito blanco de su hija, se esforzaba por hacer preguntas en su inglés chapurreado. El peludo animalillo no paraba de ladrar y gruñir a los caballos, como reprochándoles su fracaso.

Observando a Rostonov, a los Brahms y al padre de Nolan, desesperados por encontrar a sus hijos, a Serafina se le encogió el corazón. Le revolvió las tripas pensar en lo sucedido y saber que ella estaba implicada. Tenía que encontrar al hombre de la capa negra.

—Vamos —le dijo su padre al tiempo que se la llevaba de allí—. Este lugar se está viniendo abajo. Las máquinas se rompen sin motivo, la gente pierde a sus hijos. Cualquiera diría que nos han echado una maldición.

Mientras cenaban acurrucados junto a la cocinilla del taller, el padre de Serafina le contó a su hija cómo había pasado el día.

—He estado trabajando en la dinamo, pero no consigo repararla. Los últimos pisos de la casa están más negros que la boca del lobo. Los criados han tenido que repartir farolillos y velas a los invitados, pero no había suficientes para todos. La gente está muy asustada. Con tantos invitados en la casa y todos esos niños desaparecidos, la dinamo no podía haber escogido peor momento para romperse...

Serafina advirtió su tono apesadumbrado.

—¿Qué vas a hacer, papá?

—Tengo que seguir trabajando —repuso él. Serafina se dio cuenta entonces de que su padre había abandonado el trabajo para buscarla—. Y tú tienes que meterte en la cama. Nada de salir de cacería esta noche. Hablo en serio. Acuéstate y no corras ningún peligro.

Serafina asintió. Sabía que su padre tenía razón.

—Nada de salir de cacería —repitió el hombre con firmeza y se dirigió a la salida, no sin antes echar mano de su estuche de herramientas.

Mientras los pasos de su padre se alejaban por el pasillo, camino de las escaleras que llevaban al cuarto del generador, Serafina dijo:

—La arreglarás, papá. Sé que lo harás.

Sabía que su padre no podía oír las palabras estando tan lejos, pero quiso pronunciarlas de todos modos.

Se quedó sentada a solas en el taller. El hombre de la capa negra se había cobrado una víctima por noche a lo largo de los dos días pasados. Estando la dinamo estropeada, lo imaginó recorriendo las tinieblas de los pasillos de Biltmore con una sonrisa maléfica en el rostro. Tendría presas para dar y tomar.

Se sentó en el jergón de detrás de la caldera. Cuando se encontraba en la cresta de la sierra, bajo la lluvia, no podía pensar en otra cosa, solo en estar calentita y cómoda en su cama después de una buena comida. Sin embargo, ahora que su deseo se había hecho realidad, la idea de quedarse allí no la seducía. Su padre le había ordenado que se fuera a dormir y Serafina sabía que debía obedecer —notaba el cuerpo cansado y dolorido—, pero en su mente se arremolinaban recuerdos y sensaciones, esperanzas y miedos.

Solo había una persona en el mundo capaz de creer lo que le había sucedido en el bosque aquel día. Únicamente conocía a una persona que entendería todo lo que había experimentado, y esa persona ocupaba un dormitorio del segundo piso en la otra punta de la casa. Lo echaba de menos. Estaba preocupada por él. Y quería verlo.

Cuando Braeden y ella se habían quedado a solas en el carruaje, estaban juntos, en el mismo bando, tan unidos como pueden estar dos aliados. Pero ahora que ambos habían regresado, él a su dormitorio y ella a su sótano, Braeden parecía encontrarse más lejos si cabe que cuando Serafina se había perdido en las montañas. Los separaban demasiadas escaleras, puertas y pasillos prohibidos.

No son de los nuestros, Sera, había dicho su padre, y ella no quería ni imaginar lo que dirían el señor y la señora Vanderbilt si conocieran su existencia.

Mojando un trapo que encontró en el taller, se curó las heridas y se lavó lo mejor que pudo. Aunque vivía en un espacio desastrado, lleno de grasa y herramientas, le gustaba ir aseada, y tras su aventura en las montañas había acabado más embarrada que un cachorro en un día de lluvia. Se quitó la ropa mojada, se limpió la cara y el cuello, las manos y los brazos, las piernas de arriba abajo, hasta saberse impecable.

Cuando hubo terminado, se puso una camisa seca, pero había perdido su único cinturón. Encontró una vieja tira de cuero en uno de los estantes y, valiéndose de un cuchillo para cortarla a lo largo, la redujo a unos dos centímetros y medio de ancho. Le abrió unos agujeros y cortó tiras más finas de cuero para atársela. Cuando se dio por satisfecha, se ajustó el cinturón para ver cómo le quedaba. Estaba tan delgada que tuvo que darse dos vueltas a la cintura, aunque de todos modos opinó que le sentaba de maravilla. Si su padre hubiera estado allí, le habría dicho que parecía una chica mayor. Siempre había querido llevar vestidos, como las otras niñas, pero nunca había encontrado ninguno que su propietaria hubiera desechado y no le parecía bien robarlo. De momento se conformaría con su nuevo cinturón. Hizo una reverencia y fingió ser una señorita que se había topado con una conocida en el mercado. Sonrió, parloteó y simuló contar una anécdota que hiciera reír a su amiga.

En algún momento entre el lavado de las heridas y el barro y las pruebas de su nuevo cinturón, decidió que si había sobrevivido a un bosque embrujado, había recorrido un brumoso cementerio y escapado por los pelos de un puma muy enfadado, tal vez fuera capaz de colarse en el dormitorio de un Vanderbilt mientras este dormía. De un modo o de otro, tenía que resolver el misterio del hombre de la capa negra, y eso no iba a suceder si se echaba una cabezadita detrás de la caldera. El demonio saldría a cazar esta noche. Se proponía capturar a otro niño. Estaba segura. Y ese niño sería Braeden Vanderbilt. Tenía que protegerlo.

* * *

En la casa reinaban el silencio y la oscuridad. El miedo se palpaba en el aire. Privados de luz eléctrica, los Vanderbilt y sus invitados se habían acostado temprano, atrincherados en la seguridad de sus dormitorios junto a sus pequeñas chimeneas de ladrillo. La luz se había esfumado de aquella casa deslumbrante que ahora había mudado en un caserón oscuro y encantado.

Sabía que los dormitorios del señor y la señora Vanderbilt se encontraban en el segundo piso, conectados por la sala de roble, donde compartían el desayuno cada mañana. No tenía la menor intención de acercarse por aquella zona. Dobló a la izquierda por el pasillo que llevaba al extremo sur de la casa. Allí estaba el dormitorio de Braeden, que daba a los jardines.

Caminando con sigilo, pasó junto a una serie de puertas, pero todas parecían enojosamente idénticas. Por fin llegó a una cuyo panel central lucía el relieve de un caballo al galope. Serafina sonrió. Había encontrado la habitación de Braeden.

Acurrucada junto a la puerta del chico, se dio cuenta de que el verdadero peligro que corría ahora mismo no era que la descubrieran sino que a Braeden le molestara la visita. No la había invitado a su cuarto. Ni siquiera había dicho que quisiera volver a verla. ¿Y si aquella teoría suya de la amistad era producto de su imaginación? ¿Y si Braeden se había alegrado de perder de vista a Serafina esa mañana en el bosque? Puede que no quisiera saber nada de ella. Y seguramente no le haría ninguna gracia que se colara en su habitación en plena noche.

Así que ideó un plan. Serafina se asomaría y, si no se sentía cómoda allí dentro, se largaría a toda prisa.

Despacio, giró el pomo y empujó la puerta. Cuando entró en el dormitorio, vio a Braeden durmiendo a pierna suelta en su cama. Yacía de bruces bajo varias capas de mantas, con la mejilla apoyada en la blanca almohada y los brazos alrededor de la cabeza. Parecía reventado, como si nada en el mundo pudiera despertarlo, y Serafina se alegró de comprobar que no había perdido el sueño. Gideon descansaba en el suelo, a su lado. Afortunadamente, los dos estaban sanos y salvos.

Percibiendo la llegada de Serafina, Gideon abrió los ojos y gruñó.

—Chist—susurró ella—. Me conoces...

El animal agachó las orejas con alivio cuando reconoció la voz. Los gruñidos cesaron.

Buen perro, pensó Serafina. Consideró la actitud de Gidean una señal de que tal vez sus esperanzas de haber trabado amistad con Braeden no fueran del todo descabelladas. Sería para morirse de risa que se hiciera amiga del perro pero no del chico.

Con cuidado, cerró la puerta tras ella y la aseguró. Al principio pensó que los adultos eran bobos por haberse olvidado de asegurar la puerta para proteger a Braeden de quienquiera que estuviera secuestrando a los niños, pero entonces se dio cuenta de que únicamente se podía cerrar desde dentro. Serafina no supo si enfadarse con el chico o alegrarse. Se le escapó una sonrisa cuando comprendió que tal vez Braeden hubiera dejado la puerta abierta con la esperanza de que Serafina acudiera.

Inmóvil junto a la puerta, echó un vistazo a la habitación. Los rescoldos del fuego brillaban en el hogar. Cuadros de caballos, gatos, perros, halcones, zorros y otros animales cubrían los rojizos paneles de roble de la pared. En los estantes había montones de libros sobre equitación y animales. Y también abundaban los premios ecuestres en forma de placas y lazos azules. Pronto tendrían que construirle al joven amo una habitación nueva para todos aquellos galardones. Y conociendo a los Vanderbilt, no sería un cuarto sino un ala entera.

Se alegraba de estar allí con Braeden, de compartir con él el calor y la oscuridad de su dormitorio. Saltaba a la vista que aquel era su refugio. Pese a todo, Serafina tenía el presentimiento de que incluso allí, en aquel lugar en apariencia seguro, no estaban del todo a salvo. Algo le decía que debía permanecer en guardia, por lo menos un rato más.

Con cuidado de no despertarlo, se desplazó en silencio hasta la ventana y observó los jardines por si atisbaba alguna señal de peligro. La luna proyectaba una luz plateada y fantasmal sobre el laberinto de azaleas gigantes, acebo y otros arbustos. Allí, en el laberinto, Anastasia Rostonova había desaparecido dejando atrás a su perrito blanco, que se había quedado buscándola por los caminos desiertos.

Observando los jardines bañados de luz de luna desde la ventana del segundo piso, casi se veía a sí misma encaminándose al lindero del bosque un par de noches atrás con dos ratas en las manos.

Se volvió a mirar a Braeden, que seguía tendido en la cama. Entonces volvió la vista a los árboles una vez más. Un búho planeó en silencio sobre el follaje y luego desapareció.

Soy una criatura de la noche, pensó Serafina.



Cuando empezó a notarse cansada, Serafina se alejó de la ventana. Se acercó al hogar y notó el calor de los rescoldos. Echó mano de una manta del sillón de piel y se acurrucó en la alfombra de pieles, delante del fuego. Se durmió casi al instante. Por primera vez en lo que le parecía una eternidad, durmió como un tronco y soñó durante horas. Se estaba bien en casa.

Despertó con suavidad en mitad de la noche al oír el amable timbre de la voz de Braeden.

—Esperaba que vinieras —dijo. No parecía en absoluto sorprendido de haberla encontrado acurrucada junto a la chimenea al despertar—. Estaba muy preocupado por ti.

—Estoy perfectamente —le aseguró Serafina, que se sintió reconfortada tanto por el tono de voz de Braeden como por sus palabras.

—¿Cómo has llegado a casa? —preguntó él.

Serafina se lo contó todo y, por primera vez, lo sucedido tomó visos de realidad en su mente y en su corazón. No parecía un sueño o los desvaríos de un niño sino la pura verdad.

Braeden se tendió de espaldas y escuchó absorto el relato.

—Es increíble —repitió varias veces.

Cuando Serafina hubo terminado, guardó silencio unos instantes, como si lo estuviera visualizando todo en su mente. Luego dijo:

—Qué valiente y qué lista eres, Serafina.

Ella no pudo reprimir un suspiro de alivio cuando el miedo, la incertidumbre y la impotencia que se habían acumulado en su pecho a lo

largo del día la abandonaron.

Se quedaron un buen rato sentados en la oscuridad, él en la cama y ella junto al fuego, sin moverse ni hablar, y fue agradable limitarse a estar juntos sin más.

Serafina se levantó despacio, dio unos pasos hacia la ventana y se volvió a mirarlo. Vio cómo Braeden la observaba, allí plantada ante él a la luz de la luna. Imaginó que su piel debía de verse muy pálida en la penumbra, el cabello casi blanco.

—Te voy a hacer una pregunta —dijo Serafina.

—Muy bien —repuso él con voz queda, y se sentó en la cama.

—Cuando me miras, ¿qué ves?

Braeden se quedó muy quieto y no respondió. Viéndolo, pensarías que la pregunta lo había asustado.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando me miras, ¿ves... ves... una chica normal?

—Clara Brahms es distinta de Anastasia Rostonova y tú no te pareces a ninguna de las dos —respondió él—. Todos somos diferentes, cada cual a su manera.

—Entiendo lo que quieres decir pero, ¿te parezco...? —Serafina se quedó sin palabras. No sabía cómo preguntarlo—. ¿Tengo un aspecto extraño? ¿Me comporto de manera extraña? ¿Soy una especie de bicho raro o algo así?

Se quedó de piedra al ver que Braeden no respondía de inmediato, que no se apresuraba a negarlo. El chico no dijo nada. Titubeó. Un buen rato. Y cada segundo que transcurría se clavaba en el corazón de Serafina como una daga, porque sabía que había dado en el blanco. Sintió deseos de saltar por la ventana e internarse entre los árboles. La reacción de Braeden confirmaba que Serafina era rara y grotesca hasta extremos indescriptibles.

—Deja que te responda con una pregunta —dijo él—. ¿Has tenido muchos amigos a lo largo de tu vida?

—No —reconoció Serafina, lacónica, pensando al mismo tiempo que Braeden estaba siendo muy cruel si acaso esta era su manera de insinuarle hasta qué punto la consideraba monstruosa.

—Yo tampoco —prosiguió él—. La verdad es que aparte de Gidean y mis caballos nunca he tenido un buen amigo de mi edad, alguien en quien confiara y al que me sintiera unido contra viento y marea. He conocido a muchas niñas y niños, he pasado horas con ellos, pero...

Le falló la voz. No sabía explicarse. Y Serafina percibió dolor en el corazón de Braeden, y se sintió conmovida pese a que prácticamente la había llamado «monstruo» a la cara hacía un momento.

—Continúa —dijo con suavidad.

—No-no sé por qué, pero nunca he tenido amigos que fueran... como... que fueran...

—Humanos —apuntó Serafina.

Braeden asintió.

—¿No te parece raro? Quiero decir, es muy raro, ¿no? Cuando murió mi familia, no quería hablar con nadie ni estar acompañado. No quería preguntarme cuándo volvería a ver a alguien. Sencillamente, no quería. Prefería estar solo y punto. Mis tíos han sido muy amables. Han invitado a montones de chicos y chicas para animarme a hacer amigos. Yo me sentaba a cenar con ellos porque mis tíos así lo querían. Bailaba con las chicas porque ellos así lo deseaban. Nunca he tratado a ninguno de esos niños con descortesía. Solo me inspiraban buenos sentimientos y puede que no llegaran a saber siquiera que me caían bien. No había nada malo en ellos, pero, no sé por qué, prefería estar con Gidean o dar un paseo para observar los pájaros o buscar cosas por el bosque. Un día mi tío invitó a mis primos para que salieran a explorar conmigo, pero se pusieron a jugar a la pelota y pronto me cansé de ellos. No lo entiendo. Son personas normales y corrientes. Creo que soy yo el que tiene algún problema, Serafina.

Serafina miró a Braeden y habló con voz muy queda. No estaba segura de querer conocer la respuesta a la pregunta que estaba a punto de formular.

—¿Te sentiste así cuando me conociste a mí?

—No, yo...

—¿Y me olvidas en cuanto me voy? —siguió preguntando, haciendo esfuerzos por entenderlo.

—No, es que... Me cuesta explicarme...

—Inténtalo —pidió Serafina al tiempo que cruzaba los dedos para no oír que no sentía nada por ella y prefería estar solo.

—Cuando te conocí, fue distinto —aclaró Braeden—. Quería saber quién eras. Cuando bajaste corriendo las escaleras y desapareciste, estaba deseando volver a verte. Te busqué por todas partes, por cada planta de la casa. Miré en los armarios y debajo de las camas. Todo el mundo buscaba a Clara Brahms, Dios la ayude, pero yo te buscaba a ti, Serafina. Cuando

mis tíos decidieron enviarme a casa de los Vance, agarré una pataleta de mil demonios. Nunca me habían visto así. Deberías haber visto la expresión de sus rostros. No tenían ni idea de lo que me pasaba.

Serafina sonrió.

—¿Tanto te molestaba marcharte de Biltmore?

Sin dejar de sonreír, dio unos pasos hacia delante y se sentó en el borde de la cama, junto a Braeden.

—Ni te imaginas lo mucho que me alegré cuando vi a ese idiota de Crankshod zarandeándote con todas sus fuerzas en el pórtico —dijo—. Pensé: «¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Voy a rescatarla!».

—Vaya, pues podías haber aparecido antes y haberme librado de una buena sacudida.

Braeden sonrió, y Serafina se alegró de ver su sonrisa, pero entonces él recordó la pregunta inicial y recuperó la seriedad.

—Y luego, durante la batalla en el bosque, y la noche pasada en el carruaje, y cuando desapareciste por la mañana, comprendí lo distinta que eras de cualquier persona que hubiera conocido. Sí, eres diferente, Serafina... muy diferente... hasta puede que seas rara, como tú dices... No sé... El caso es que... —Braeden se quedó sin palabras y no continuó.

—No te molesta demasiado —apuntó ella, que empezaba a comprenderlo.

—Sí. Me parece que eso es lo que me gusta de ti —prosiguió él, y se hizo un largo silencio entre los dos.

—Entonces, somos amigos —dijo Serafina por fin. El corazón le latía desbocado mientras esperaba una respuesta. Lo había expresado en tono de afirmación, pero la frase contenía también un interrogante que el otro debía confirmar o negar, y era la primera vez en su vida que Serafina planteaba esa pregunta.

—Somos amigos —confirmó él a la vez que asentía con la cabeza—. Buenos amigos.

Ella sonrió y él le devolvió la sonrisa. Una sensación parecida a beber leche caliente invadió el pecho de Serafina.

—Y también quiero decirte otra cosa, Serafina —añadió Braeden—. No creo que haya nada malo en ti. Y puede que en mí tampoco. No lo sé. Sencillamente somos distintos a los demás, tú y yo, cada cual a su manera. ¿Me explico?

Braeden se levantó de la cama.

—Tengo un regalo para ti —anunció al tiempo que encendía la lámpara de su mesilla de noche—. Ya sé que no necesitas luz, pero yo sí. No quiero partirme un dedo del pie contra la cama.

—¿Un regalo? ¿Para mí? —exclamó Serafina, sin oír nada más.

Sabía lo que eran los regalos por *Mujercitas* y otros libros, algo que las personas intercambiaban cuando se querían. Nunca había entendido por qué su padre no celebraba el cumpleaños de Serafina, pero ahora que él había compartido con ella la historia de su nacimiento, comprendió que seguramente la fecha de su cumpleaños sacaba a relucir recuerdos oscuros y dolorosos que el hombre prefería enterrar. Tampoco ayudaba el hecho de que, para su padre, comprar caprichos que no tenían ninguna utilidad era casi un pecado. Y la única vez que intentó hacerle un regalo a su hija, Serafina acabó en posesión de una muñeca que se parecía sospechosamente a una llave inglesa. La verdad es que jamás en la vida había recibido un obsequio con su papel y todo, pero la idea le hacía muchísima ilusión.

—¿Y por qué me haces un regalo? —le preguntó a Braeden. Adoptó una postura más relajada.

—Porque somos amigos, ¿no? —repuso él, y le tendió una caja ligera de tamaño medio envuelta en papel de regalo y atada con un lazo de terciopelo encarnado—. Espero que no te moleste lo que he escogido.

Ella lo miró con una ceja enarcada.

—Uf, eso no ha sonado bien. ¿Qué es? ¿Una capa negra de satén?

—Tú ábrelo —propuso él con una sonrisa.

Según deshacía el lazo, Serafina se fijó en la diferencia de tacto entre el suave terciopelo y la basta cuerda que solía atarse a la cintura. Luego, como carecía de práctica al respecto, no supo cómo desenvolver el bonito papel. Braeden le enseñó a hacerlo.

Por fin, Serafina abrió la tapa de la caja.

Reprimió un grito. El contenido le llegó al corazón. Era un precioso vestido de invierno, con mangas largas de color granate y un corpiño profusamente estampado de terciopelo gris antracita y negro, todo ribeteado de piel gris lince cuyas hebras plateadas capturaban la luz del tembloroso candel.

—Oh, es maravilloso —exclamó Serafina asombrada mientras sacaba el vestido de la caja. El tejido era tan suave y cálido al tacto que lo amasó entre los dedos y se lo llevó a la cara. Jamás en toda su vida había visto un vestido tan hermoso.

Se recogió el pelo con la mano detrás de la cabeza y se lo ató con el lazo rojo del regalo. Luego se acercó al espejo y extendió el vestido delante de su cuerpo para ver el efecto. Cuando miró su imagen, tuvo la sensación de que una persona completamente distinta le devolvía la mirada. Ya no era una criatura salvaje del bosque sino una niña preciosa que causaría buen efecto allá donde fuera. Contempló a esa chica un buen rato.

Mientras admiraba los exquisitos acabados de su vestido nuevo, un pensamiento sombrío se coló en su mente. No quería ser grosera, pero la curiosidad la venció tan deprisa como corre el agua cuesta abajo. Se volvió a mirar a Braeden.

—Ya sé lo que me vas a preguntar —adivinó él.

—Hace muy poco que nos conocemos. ¿Cómo te las has arreglado para conseguir este vestido tan deprisa?

Él miró los cuadros de la pared.

—¿De dónde lo has sacado, Braeden?

El chico miró al suelo.

Por fin, Braeden volvió la vista hacia ella y respondió:

—Mi tía lo encargó.

—Pero no para mí...

—Quería que se lo regalara a Clara.

—Ah —repuso Serafina, atando cabos.

—Ya lo sé, ya lo sé, lo siento mucho —se disculpó él—. No llegó a llevarlo, te lo juro. Ni siquiera lo vio. Quería regalarte algo bonito y no tenía nada. No pretendía ofenderte.

Serafina le tocó el brazo con suavidad.

—Es un vestido precioso, Braeden. Me encanta. Gracias.

Se inclinó hacia él y le plantó un besito en la mejilla.

Braeden sonrió contento.

Le encantaba verlo animado, pero el vestido la llevó a pensar en Clara otra vez.

—Oye, ¿y por qué invitasteis a los Brahms a Biltmore? —quiso saber.

—No lo sé —respondió el chico—. Creo que mis tíos se enteraron de que Clara era una niña prodigio y les apeteció conocerla y pedirle que tocara para los invitados.

—Y cuando tu tía descubrió lo dulce y guapa que era, lo bien educada que estaba y el talento que tenía, quiso que os hicierais amigos.

Braeden asintió.

—La incorporó a su plan de buscarme compañeros. Clara le caía especialmente bien, pero yo solo hablé con ella un par de veces y no la conocía demasiado.

Mientras Braeden hablaba, los oídos de Serafina captaron el ruido de alguien que se acercaba. Oyó unos pasos que recorrían el pasillo despacio. Dejó el vestido.

—¿Has oído eso? —susurró—. ¡Viene alguien!

—Eso parece —dijo Braeden en voz baja.

Gidean se levantó y se encaminó directo a la puerta cerrada.

—¡Apaga la luz! —cuchicheó Serafina.

Braeden obedeció a toda prisa y el cuarto se sumió en oscuridad.

Muy quietos, aguardaron y escucharon.

A juzgar por el repiqueteo de los zapatos contra el suelo, podía ser el señor Vanderbilt que acudía a comprobar que todo fuera bien por allí, pensó Serafina. La iban a pillar. La iban a pillar con las manos en la masa y no tenía manera humana de escapar. El ardid de la limpiabotas no colaría esta vez. Pensó en esconderse debajo de la cama o en inventar alguna excusa absurda y luego largarse por piernas antes de que la vieran bien. Justo entonces oyó ese siseo que tan bien conocía.

Era el hombre de la capa negra.

Y se acercaba por el pasillo.

Había salido de caza.

Como cada noche.

Era implacable.

—Hay una salida secreta —susurró Braeden.

—Será mejor no hacer ruido —repuso Serafina—. Quédate muy quieto.

Dejando a Braeden junto a la cama, se abrió paso entre la oscuridad hasta reunirse con Gidean en la puerta, temiendo que empezara a ladrar y delatara su presencia. Acarició el pescuezo del perro para informarle de que se avecinaba una batalla y la iban a librar juntos.

El ruido se acercó más y más. Ahora, el hombre de la capa negra estaba al otro lado de la puerta.

Se detuvo allí, escuchando, esperando, como si notara la presencia de los niños en la habitación. Sabía que estaban dentro.

Serafina lo oyó respirar. Notó el tufo de la capa cuando una horrible vaharada se coló por la rendija de debajo de la puerta.

La capa negra inició su ondulante silbido.
Gidean gruñó.
Despacio, el pomo empezó a girar.



Serafina observó cómo el pomo se desplazaba una pizca y luego se detenía al topar con algo metálico. Había cerrado la puerta al entrar y recordó el peso de la hoja con sus sólidos paneles de roble de dos centímetros de espesor. Era casi imposible que alguien rompiera la puerta. Esperaba que el hombre de la capa negra no pudiera atravesarla empleando algún tipo de magia negra.

Lo oía respirar al otro lado de la puerta, furioso.

Serafina aguardó, sujetando a Gidean.

Transcurridos varios segundos, el pomo recuperó su posición normal y los pasos se reanudaron, ahora alejándose pausadamente por el pasillo. Serafina soltó a Gidean y todos volvieron a respirar con normalidad. Miró a Braeden.

—Por los pelos —susurró.

—Me alegro de que hayas llegado antes que él —dijo Braeden.

Serafina volvió a la cama y se tumbó. Tendidos en la oscuridad, los dos niños escuchaban los ruidos de la casa —atentos al sonido de una carrera o a un grito de terror en la noche—, pero solo se oía el crepitar del fuego y sus uniformes respiraciones según entraban y salían del sueño.

* * *

Unos golpes urgentes en la puerta cerrada despertaron a Serafina al día siguiente.

—Braeden, es hora de levantarse —gritó la señora Vanderbilt—. ¿Braeden?

Serafina bajó de la cama y buscó un escondrijo.

—Aquí —susurró su amigo al tiempo que retiraba la cubierta de latón del conducto de ventilación que había debajo de su escritorio.

—Braeden, ¿va todo bien ahí dentro? —preguntó la tía a través de la puerta—. Por favor, abre, cariño. Me estás asustando.

Serafina se deslizó al interior del conducto y Braeden devolvió la tapa a su lugar. La niña observó a través de la rejilla cómo su amigo escondía el vestido debajo de la cama y luego miraba a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nada en el cuarto que delatara la presencia de Serafina. Gideon observaba atentamente a su amo, con las orejas de punta y la cabeza ladeada con curiosidad.

—No digas ni una palabra —le advirtió Braeden, y el perro agachó las orejas.

Por fin, Braeden se encaminó a la puerta y la abrió.

—Estoy aquí. Todo va bien.

Su tía entro en el dormitorio como un vendaval y lo abrazó con fuerza. En aquel momento, Serafina comprendió que la señora Vanderbilt de verdad quería a Braeden. Lo notó en su manera de echarle los brazos al cuello.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Braeden a su tía en tono inseguro.

—La hija del pastor ha desaparecido durante la noche.



Cuando se enteró de que había otra víctima más, Serafina notó un horrible nudo en el estómago. Con la hija del pastor, ya sumaban tres niños en tres noches. Parecía como si algo estuviera empujando al malvado a renovar sus esfuerzos. Se había sentido tan aliviada cuando Braeden y ella habían escapado del hombre de la capa negra escondidos en el dormitorio cerrado, pero ahora comprendía que su estratagema lo había inducido a buscar a alguien más. Otro niño había desaparecido. Serafina había esquivado al demonio, pero no lo había detenido.

Comprendiendo que no podía salir del cuarto de Braeden por la puerta, gateó por el pasaje para comprobar adónde llevaba. Llegó a una

intersección. Tomó el camino de la derecha, que la condujo a otra bifurcación. Por lo visto, había toda una red de pasadizos secretos que discurría por debajo de la casa. *Así pues, era aquí donde se estaban escondiendo las ratas todos estos años.*

Se arrastró junto a las rejillas de ventilación que daban a las diversas dependencias privadas de la casa: salas, estudios, dormitorios e incluso cuartos de baño. Vio a las criadas haciendo las camas y a los invitados vistiéndose. Todo el mundo intercambiaba susurros desconcertados. Nadie entendía lo que estaba pasando. Hablaban de sombras y asesinos. Biltmore se había convertido en una casa maldita en la que los niños desaparecían sin más.

Vio al lacayo, el señor Pratt, recorriendo un pasillo a toda prisa en compañía de la señorita Whitney.

—No, no, señorita Whitney, no es un asesino normal —decía el señor Pratt cuando la pareja pasó junto a Serafina.

—¡No diga eso! —protestó la criada—. ¿Cómo sabe que están muertos?

—Oh, están muertos, créame. Nos enfrentamos a una criatura de la noche, a algo surgido directamente del infierno.

La frase impresionó a Serafina. *Una criatura de la noche*, había dicho el lacayo. Ahora bien, ella también era una criatura de la noche. Serafina había empleado esa misma frase para describirse. ¿Acaso las criaturas de la noche eran malvadas? ¿Significaba eso que ella era mala? Le horrorizaba pensar que pudiera existir alguna clase de relación o parecido entre ella misma y el hombre de la capa negra.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer al respecto? Eso es lo que quiero saber —bramó una voz masculina.

Serafina gateó un trecho más del pasaje para acercarse a la voz y se pegó a una rejilla metálica que daba a la sala de armas. Desde su posición aventajada, vio a una docena de hombres de pie, comentando los acontecimientos.

—No podemos hacer nada —decía el señor Vanderbilt—. Debemos dejar que los detectives se encarguen de todo.

El señor Vanderbilt se conocía Biltmore al dedillo. Él había diseñado la casa. ¿Por qué tantos pasadizos y puertas secretas? Era rico, así que poseía suficiente dinero y poder como para hacer lo que quisiera. Además, era un

Vanderbilt, de modo que nadie sospecharía de él. ¿Sería por eso por lo que había mandado construir una mansión en mitad de un bosque perdido?

Y ahí estaba ahora el dueño de la casa, diciéndole a todo el mundo que no se podía hacer nada salvo esperar a que los detectives llevaran a cabo su trabajo. Sin duda era él quien había contratado a los investigadores privados, así que estos dirían lo que él quisiera.

Los otros caballeros sacudieron la cabeza con aire de impotencia.

—Quizá deberíamos llamar a alguno de esos detectives tan famosos de las agencias de Nueva York —propuso el señor Bendel—. Estos muchachos de provincias van por ahí haciendo toda clase de preguntas indiscretas, pero no dan muestras de estar averiguando nada.

—O tal vez deberíamos organizar otra partida de búsqueda —sugirió Thorne.

—Estoy de acuerdo —dijo el señor Brahms—. Los detectives tienen la teoría de que uno de los criados se está llevando a los niños, pero yo no creo que debamos descartar a nadie. Podría ser cualquiera. Incluso uno de nosotros.

—Puede que seas tú, Brahms —masculló Bendel, sin caer en la cuenta de lo que estaba insinuando.

—No digáis tonterías —intervino el señor Vanderbilt, que se plantó entre ambos—. El culpable no es uno de nosotros. Tranquilizaos.

—Las mujeres del pueblo están aterrorizadas —comentó un caballero que Serafina no reconoció—. Cada noche, desaparece otro niño. ¡Tenemos que hacer algo!

—¿Sabemos acaso si el agresor es forastero o alguien que vive en Biltmore? —preguntó alguien más—. Puede que sea un completo desconocido. O uno de nuestros hombres. El señor Boseman o el señor Crankshod.

—Ni siquiera sabemos si existe tal agresor —objetó Bendel—. No hemos encontrado prueba alguna de que los niños hayan sido secuestrados. Por lo que sabemos, podrían haber escapado.

—Pues claro que hay un agresor —arguyó Brahms, cada vez más alterado—. ¡Alguien se está llevando a nuestros hijos! Clara jamás habría escapado. El señor Thorne tiene razón. Debemos organizar otra búsqueda.

El señor Rostonov chapurreó algo intercalando palabras en ruso pero nadie le prestó atención.

—Puede que los niños estén cayendo en algún hoyo del sótano o algo así —sugirió el señor Bendel.

—No hay hoyos en el sótano —refutó el señor Vanderbilt con firmeza, ofendido ante la insinuación de que Biltmore pudiera representar un peligro.

—O puede que haya algún pozo por los jardines... —insistió Bendel.

—Ahora lo principal es proteger a los niños que quedan —dijo Thorne—. A mí me preocupa especialmente el joven Vanderbilt. ¿Qué podemos hacer para asegurarnos de mantenerlo a salvo?

—No se preocupe por eso —dijo el señor Vanderbilt—. A Braeden no le pasará nada.

—Todo eso está muy bien, pero debemos organizar otra búsqueda —repitió Brahms—. ¡Tengo que encontrar a Clara!

—Lo siento, Brahms, no creo que sirva de nada —dijo el señor Vanderbilt—. Hemos inspeccionado la casa y los terrenos varias veces. Tiene que haber algo más que podamos hacer, algo más efectivo. Debemos encontrar la respuesta a este horrible acertijo...

El señor Rostonov se giró hacia Thorne y le tocó el brazo para pedirle ayuda.

—*Nekotorye ubivayut detyey* —le dijo.

—*Otets, vse v poryadke. My organizuem novyi poisk, Batya* —respondió el señor Thorne.

Serafina recordó que el señor Bendel había mencionado que Thorne hablaba ruso, pero igualmente le sorprendió oírlo usar el idioma con tanta soltura. Thorne le tradujo al señor Rostonov la conversación e intentó tranquilizarlo.

Serafina lo consideró un gesto muy amable por parte del señor Thorne. Sin embargo, el ruso se alteró súbitamente y miró a Thorne con inmenso desconcierto.

—¿*Otets?* —le preguntó—. ¿*Batya?*

El señor Thorne palideció, como si acabara de percatarse de que había cometido un terrible error idiomático. Trató de disculparse pero, cuando lo hizo, Rostonov se agitó aún más si cabe. Su nerviosismo aumentaba con cada palabra que pronunciaba el señor Thorne.

Serafina lo observaba todo fascinada. ¿Qué le había dicho Thorne a Rostonov para ponerlo tan nervioso?

—Caballeros, por favor —intervino el señor Vanderbilt, cansado de tanta discusión—. De acuerdo, de acuerdo, lo haremos. Si lo creen conveniente, organizaremos otra búsqueda, aunque esta vez revisaremos la casa despacio y sistemáticamente, habitación por habitación, y dejaremos a alguien de guardia en los aposentos que ya hayamos inspeccionado.

Los demás aplaudieron el plan del señor Vanderbilt. Saltaba a la vista que les aliviaba haberse puesto de acuerdo y tener algo que hacer. La sensación de impotencia les resultaba insoportable. Serafina compartía su desesperación.

Uno tras otro, los caballeros abandonaron la sala para organizar la búsqueda; todos menos el pobre Rostonov, que se quedó atrás, apurado y alterado.

Serafina frunció el ceño. Algo olía a chamusquina.

Había planeado usar los conductos de ventilación para encontrar una salida y luego escabullirse al sótano, donde pensaba reunirse con su padre, pero acababa de tener otra idea.

Dio media vuelta y gateó rápidamente hacia el dormitorio de Braeden. Se detuvo junto a la rejilla y escuchó. Al no oír la voz de la señora Vanderbilt, abrió despacio la rejilla y se asomó al interior. Gidean hundió el hocico en el hueco y le gruñó. Sorprendida, Serafina arqueó la espalda como si fuera el mejor amigo de una bruja y lo hizo callar.

—¡Soy yo, perro estúpido! Estoy en el bando de los buenos, ¿recuerdas?

O eso creo, pensó al recordar el comentario del señor Pratt acerca de la maldad de las criaturas nocturnas.

Gidean dejó de gruñir y retrocedió. Aliviado, agitó la breve cola con alegría.

—¡Serafina! —exclamó Braeden con emoción mientras la ayudaba a salir del conducto—. ¿Dónde estabas? ¡Se suponía que ibas a esperar, no a largarte por ahí! ¡Podrías perderte por los pasadizos! ¡Ahí dentro hay un laberinto!

—No voy a perderme —le aseguró ella—. Me encantan los sitios así.

—Debes llevar cuidado. ¿No has oído a mi tía? Ha desaparecido otro niño.

—Tu tío está organizando otra partida de búsqueda.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Sabes lo que significa *o tiets* en ruso? —le soltó Serafina a bocajarro, haciendo caso omiso de la pregunta.

—¿Qué?

—*O tiets*. O la palabra *batya*. ¿Qué quieren decir?

—No lo sé. ¿Por qué me preguntas eso?

—¿Conoces a alguien que hable ruso?

—El señor Rostonov.

—Aparte de él.

—El señor Thorne.

—Ese tampoco. ¿Alguien más?

—No, pero tenemos una biblioteca.

—La biblioteca... —dijo Serafina. Qué buena idea—. ¿Vamos?

—¿Quieres ir a la biblioteca ahora mismo? ¿Para qué?

—Tenemos que consultar una cosa. Me parece que es importante.

Braeden y ella gatearon en fila india por los pasadizos secretos de la casa. Pese a su habilidad para trabar amistad con los animales y a sus muchas otras cualidades, Braeden pateaba el conducto como una piara de jabalíes.

—Chist —le susurró Serafina—. En silencio.

—Vale, señorita almohadillas —replicó Braeden, y la empujó con la cabeza—. Sigue avanzando.

A lo largo de los metros siguientes, Braeden se esforzó por moverse con sigilo, pero seguía haciendo demasiado ruido.

—Me voy a meter en un buen lío si mi tío nos pilla aquí dentro —dijo Braeden cuando pasaron junto a otra rejilla.

—Ni siquiera cabe —respondió Serafina entre risas.

Gatearon junto al salón de la planta baja y luego a lo largo de la sala de los tapices hasta llegar al ala sur de la casa.

—Hemos llegado —anunció Braeden por fin.

Serafina observó la biblioteca Biltmore a través de la rejilla metálica. Era un salón con suntuosas lámparas de cobre, frisos de roble y muebles tapizados. Cientos de libros se alineaban en las estanterías.

—Vamos —ordenó, y empujó la rejilla.

A diez metros del suelo, Serafina hizo equilibrios sobre la cornisa de la moldura tallada a mano que recorría el abovedado techo, decorado con famosos frescos italianos de soleadas nubes y ángeles alados. Bajó por los estantes superiores como si fueran los peldaños de una escalera de mano. Desde allí, correteó como una equilibrista por una barandilla de hierro forjado. Pasando rápidamente a la repisa del enorme hogar de mármol

negro, saltó con agilidad a la mullida alfombra persa del suelo y aterrizó de pie.

—Qué divertido —exclamó satisfecha.

—Habla por ti —dijo Braeden, que seguía encaramado a diez metros del suelo y se aferraba desesperadamente al estante más alto con expresión aterrada.

—¿Qué haces ahí arriba, Braeden? —le susurró desconcertada—. Deja de hacer el tonto. ¡Vamos!

—No estoy haciendo el tonto —protestó Braeden.

Serafina pudo advertir que de verdad estaba muerto de miedo.

—Coloca el pie izquierdo en el estante que tienes debajo y continúa desde ahí —lo instruyó.

Observó cómo Braeden descendía con torpeza. Al principio todo fue bien, pero en el último tramo el chico se soltó sin querer, cayó cosa de un par de metros y aterrizó sobre el trasero con un suspiro de alivio.

—Lo has conseguido —le dijo Serafina alegremente al tiempo que le posaba la mano en el hombro para felicitarlo.

Braeden sonrió.

—La próxima vez usaremos la puerta como todo el mundo, ¿vale?

Serafina sonrió a su vez, asintiendo. Le encantó oírle decir que habría una próxima vez.

Echó un vistazo a los volúmenes que atiborraban los estantes. Nunca había estado en la biblioteca a la luz del día. Se acordó de todos los libros que su padre le llevaba en la infancia y de las horas que pasaba leyéndolos con él, letra por letra al principio, hasta que su mente transformó los signos en palabras, frases y pensamientos. Siempre ansiosa de más, se quedaba leyendo mucho después de que él se hubiera dormido. Con el paso de los años, había devorado cientos de libros, cada uno de los cuales le abría las puertas de un mundo nuevo. Le maravillaba que una sola habitación albergara los pensamientos y las voces de miles de escritores, personas que habían vivido en países y épocas distintos, autores que hablaban del corazón y de la mente, profesores que habían estudiado las antiguas civilizaciones, las especies de las plantas y el fluir de los ríos. Su padre le había dicho que al señor Vanderbilt le interesaban temas muy diversos, que estudiaba en los libros de su biblioteca; estaba considerado uno de los hombres más instruidos de los Estados Unidos. Contemplando los volúmenes encuadernados en piel de aquella sala, los curiosos chismes que

atestaban las mesas y el seductor mobiliario, Serafina tuvo la sensación de que podría pasarse horas allí curioseando, leyendo y echándose alguna que otra cabezadita.

—Este es el ajedrez personal de Napoleón Bonaparte —explicó Braeden cuando la descubrió mirando las exquisitas piezas talladas que se alineaban en filas perfectas sobre una delicada mesa cuadrada. Serafina no sabía quién era Napoleón Bonaparte. En cambio, pensó que sería muy divertido empujar aquellas hermosas piezas por el borde de la mesa para ver cómo caían al suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó a la par que señalaba un óleo pequeño y oscuro, enmarcado en madera, que descansaba sobre una mesa entre otros objetos. La pintura estaba tan desvaída que resultaba difícil distinguir qué representaba, pero Serafina creyó ver a un puma acechando entre la maleza del bosque.

—Creo que representa un *catamount* —respondió Braeden, que se había asomado por encima del hombro de Serafina.

—¿Y eso qué es?

—Mi tío me explicó que hace muchos años las gentes de por aquí llamaban al puma *gato de las montañas* pero, con el tiempo, el nombre derivó a *catamount*.

Mientras Braeden hablaba, Serafina se inclinó hacia la pintura para poder distinguir los detalles. No habría podido afirmarlo con seguridad, pero el felino proyectaba una sombra extraña y confusa en los arbustos del fondo que recordaba vagamente a un ser humano. Recordó retazos de una antigua leyenda que había oído hacía años.

—¿Y los *catamount* cambian de forma? —preguntó.

—No lo sé. Mi tío compró la pintura en una tienda de la zona. A mi tía no le gusta y quiere deshacerse de ella —explicó Braeden antes de arrastrar a Serafina—. Vamos. Querías saber el significado de una palabra en ruso. Busquémosla —la llevó a un rincón situado detrás de un enorme globo terráqueo de latón—. Las lenguas extranjeras están aquí —Braeden repasó el título de los diccionarios, pronunciando cada uno en voz alta como si disfrutara con el sonido de las palabras—. Alemán, árabe, búlgaro, cherokee, español —saltaba a la vista que el tío de Braeden, que hablaba ocho lenguas con fluidez, le había enseñado unas cuantas cosas. Ahora que estaban en el mundo de las palabras y los libros, y no escalando altos

precipicios, Braeden se sentía en su lugar—. Francés, griego, hindi, italiano, japonés, kurdo, latín, manés...

—Me gusta cómo suena ese último —intervino Serafina.

—Es un antiguo idioma celta, me parece —aclaró Braeden antes de continuar—. Normando, ojibwa, polaco, quechua, rumano. Ya lo tengo. Aquí está. ¡Ruso!

—Perfecto. Busca *o tiets*.

—¿Cómo se escribe?

—No estoy segura.

—Tendremos que guiarnos por el sonido —dijo él al tiempo que hojeaba las páginas. Por fin llegó a la que buscaba—. No, así no es —siguió probando—. No, así tampoco. Vuelve a decirlo.

—*O tiets* —repitió Serafina—. O algo así.

—A ver... Ah, aquí está... *Otets*.

—¡Eso es! —exclamó Serafina, y lo agarró del brazo—. Esa es la palabra que usó Thorne cuando Rostonov se alteró tanto. ¿Es alguna clase de insulto horrible o acusación? ¿El nombre de un demonio de afilados colmillos o algo así?

—Hum... —dudó Braeden, que ahora leía la entrada con el ceño fruncido—. No exactamente.

—Bueno, ¿y qué significa?

—Padre.

—¿Qué?

—*Otets* significa «padre» en ruso —aclaró el chico a la vez que sacudía la cabeza—. No lo entiendo. Puede que no oyeras bien lo que dijo el señor Thorne. ¿Por qué iba a llamar «padre» al señor Rostonov?

Serafina no tenía la menor idea, pero se acercó para leer la entrada del diccionario.

—No me puedo creer que el señor Thorne cometiera un error tan garrafal —opinó Braeden—. Es muy listo. Deberías verlo jugar al ajedrez. Gana incluso a mi tío, y nadie gana a mi tío.

—Por lo que parece, es un fenómeno en casi todo —se burló Serafina.

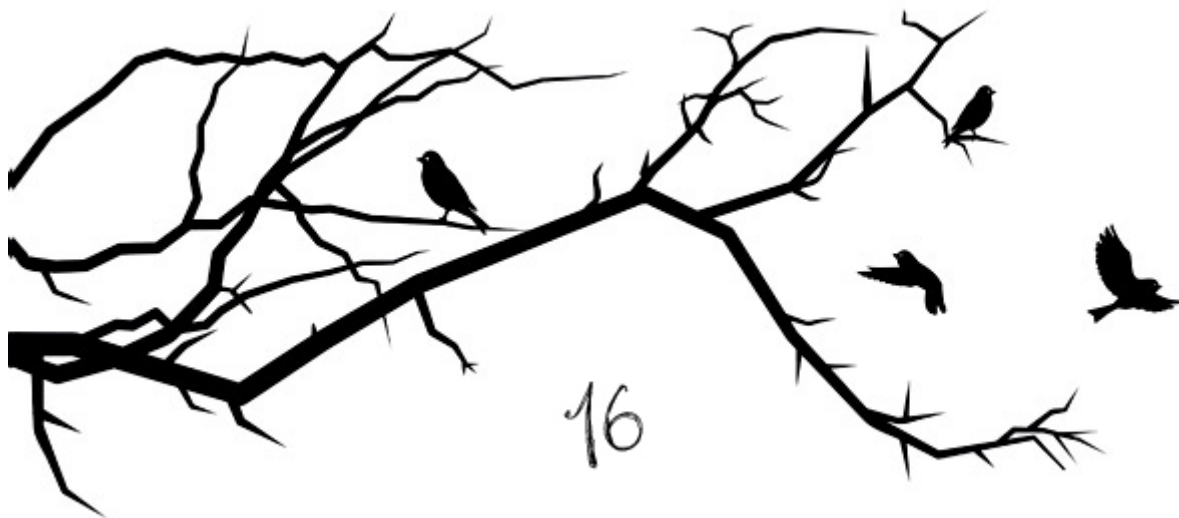
—Bueno, no hace falta que lo critiques. Es un buen hombre.

Serafina le arrebató el libro a Braeden y siguió leyendo. Explicaba que *otets* era la palabra formal con la que los niños se dirigían a sus padres en público. Sin embargo, en la intimidad, empleaban el término *batya*, pero

solo cuando estaban en familia. Este significaba algo así como «papá» o «papi».

Serafina frunció el ceño, desconcertada.

Los dos individuos eran de la misma edad y no los unía ninguna clase de parentesco. ¿Por qué iba el señor Thorne a llamar «papá» a Rostonov?



Cuando Serafina y Braeden se colaron de nuevo en el sistema de ventilación, ella preguntó:

—¿Conoces a todos los caballeros que están invitados ahora mismo en Biltmore?

—A la mayoría —repuso Braeden mientras cerraba la rejilla a su espalda—, pero no a todos.

—¿Sabes en qué habitaciones se alojan? —siguió preguntando Serafina según gateaban por el pasadizo hacia el dormitorio del chico.

—Los invitados ocupan el tercer piso. Los criados viven en el cuarto.

—Pero, ¿sabes en qué habitaciones concretamente?

—En algunos casos. Mi tía alojó al señor Bendel en la habitación Rafael. A los Brahms, en la Earlom y el señor Rostonov ocupa la habitación Morland. Hay muchas más. ¿Por qué?

—Tengo una idea. Si el hombre de la capa negra es uno de los caballeros que se alojan en Biltmore, tendrá que guardar la capa en alguna parte cuando no la usa. He mirado en los armarios y en los guardarropas de la planta baja, pero me gustaría echar un vistazo también a los dormitorios.

—¿Quieres colarte en sus aposentos privados? —preguntó Braeden con inseguridad.

—No se darán cuenta —arguyó Serafina—. Siempre y cuando seamos cuidadosos, no nos pescarán.

—Pero curiosearemos entre sus pertenencias...

—Sí, pero tenemos que ayudar a Clara y a los demás. Y hay que impedir que el hombre de la capa negra cometa más fechorías.

Braeden hizo un mohín. No le gustaba la idea.

—¿No podemos hacerlo de otra manera?

—Solo será un momento —alegó Serafina.

Por fin, Braeden accedió.

Serafina lo siguió por el conducto.

Mientras se quedaran en el sistema de ventilación, no había peligro. Sin embargo, moverse por las dependencias de la casa sin que los vieran iba a ser ahora mucho más complicado que antes.

El señor Vanderbilt había contratado a unos detectives privados que montaban guardia en diversos puntos de los pasillos.

Serafina se daba cuenta de que ni las búsquedas ni la presencia de los detectives tranquilizaban a los nerviosos habitantes de Biltmore. Tenía la impresión de que tanto los invitados como los criados estaban perdiendo la esperanza. A juzgar por las conversaciones que había oído, crecía la sensación de que los niños no solo habían desaparecido sino que los habían asesinado. Ella misma había tenido que luchar contra esa impresión. Los había visto desaparecer pero, en opinión de su padre, todo el mundo debía estar en un sitio u otro. Incluso los cadáveres tenían que estar en alguna parte. *Hay que seguir buscando*, se repetía. *No podemos darnos por vencidos. Tenemos que ayudarlos*. Sin embargo, cuando los miembros de los diversos grupos de búsqueda empezaron a volver con las manos vacías, la gente se desanimó aún más si cabe.

Serafina y Braeden se colaron en la habitación Rafael y revisaron las pertenencias del señor Bendel.

—El señor Bendel es una persona tan alegre... —opinó Braeden—. No me lo imagino haciéndole daño a nadie.

—Tú sigue buscando —susurró Serafina, decidida a seguir con el plan.

Encontró toda clase de prendas refinadas en los lujosos baúles de viaje del señor Bendel, incluidos muchos guantes de gran elegancia y una larga capa gris oscuro, pero no era la capa negra.

A continuación inspeccionaron la habitación Van Dyck, con los exquisitos estampados del papel de la pared, los oscuros muebles de ébano y los abundantes cuadros que decoraban los muros.

—El señor Thorne siempre ha sido muy amable conmigo —dijo Braeden—. No creo que sea él.

Sin hacerle caso, Serafina revisó la habitación tan concienzudamente como pudo. Incluso examinó el contenido de los viejos baúles que no

estaban cerrados con llave. No encontró ni rastro de la capa.

—Te cae demasiado bien —lo acusó mientras miraba debajo de la cama de ébano.

—No es verdad —protestó Braeden.

—Ya veremos.

—Salvó la vida de Gidean cuando el señor Crankshod se disponía a matarlo de un hachazo —alegó Braeden.

Serafina frunció el ceño. En opinión de Braeden, un individuo capaz de salvar a su perro no podía hacer nada malo. Cuando oyeron que alguien se acercaba, regresaron a toda prisa al conducto de ventilación.

—No creo que el culpable sea ninguno de los caballeros de Biltmore —refunfuñó Braeden mientras se encaminaban a la siguiente habitación—. Debe de tratarse de algún demonio del bosque, como pensábamos, o quizá un forastero procedente de la ciudad, alguien que no conocemos.

Serafina reconoció que la falta de pistas desanimaba a cualquiera. Menos mal que aún les quedaban una docena de aposentos, como mínimo, que revisar. Miraron en la habitación Sheraton y en la vieja habitación inglesa.

Cuando inspeccionaron la habitación Morland, Serafina revisó el contenido de cada una de las maletas del señor Rostonov. Eran muy hermosas, pintadas a mano. Se le encogió el corazón cuando encontró un baúl lleno de preciosos vestidos rusos. Eran maravillosos, con grandes volantes y estampados exóticos.

—No me parece bien estar aquí —dijo Braeden, incómodo.

Según recorrían el pasadizo de camino a la siguiente dependencia, oyeron a varias mujeres hablando en un pasillo del piso inferior. Descendieron por un conducto para verlas mejor.

—Es el dormitorio de mi tía —observó Braeden con nerviosismo.

—No haremos ruido —susurró Serafina, que se pegó a la rejilla para mirar el interior de la habitación.

Cuando bajó la vista, contempló un deslumbrante dormitorio de estilo francés, decorado en tonos morados y dorados, amueblado con coquetas piezas de líneas curvas y elegantes espejos. Le pareció la habitación más bonita que había visto en su vida. No era cuadrada, como los dormitorios normales, sino ovalada. Las sedosas paredes doradas, los luminosos ventanales, incluso las puertas, pintadas con delicadeza, se adaptaban a la curva del óvalo. La colcha, las cortinas y también los tapizados estaban

fabricados con un terciopelo morado de exquisita confección. La luz del sol inundaba la dependencia, y a Serafina le habría encantado acurrucarse en la cama de la señora Vanderbilt. Estaba a punto de proponerle a Braeden que se arriesgaran a bajar cuando el chico la agarró del brazo.

—Espera. Ahí está mi tía —dijo. En ese preciso instante, la señora Vanderbilt entró en el dormitorio con andares lánguidos, seguida de su doncella y de su ama de llaves.

—Qué momentos tan solitarios y aterradores —comentó la señora Vanderbilt con tristeza—. Me gustaría hacer algo por las familias, una reunión que nos anime un poco. Esta tarde nos congregaremos en el salón de los banquetes a las siete en punto. La luz eléctrica no funciona, así que enciendan fuegos y traigan tantas velas y candiles como puedan encontrar. Hablen con las cocineras para que preparen algo de comer. No será una cena formal ni una fiesta, ojo; no es el momento apropiado para algo así, pero tenemos que hacer algo.

—Bajaré a las cocinas y hablaré con el cocinero jefe —asintió el ama de llaves.

—Creo que pasar un rato juntos nos reconfortará a todos, tanto a los que tenemos miedo como a los que están desconsolados o aún se aferran a la esperanza —opinó la señora Vanderbilt.

—Sí, señora —asintió la doncella.

A Serafina le pareció un gesto muy considerado por parte de la tía de Braeden organizar aquella reunión.

En Biltmore, todo el mundo sabía que a la señora de la casa le gustaba conocer el nombre y la cara de los niños, tanto si eran hijos de los invitados como de los criados y, en Navidad, su doncella y ella iban de compras a Asheville y a los pueblos de los alrededores con el fin de escoger un regalo especial para cada uno. En ocasiones, si se enteraba de que algún pequeño deseaba un obsequio en particular que no se podía comprar en las inmediaciones, la señora Vanderbilt enviaba a alguien a buscarlo en Nueva York y el regalo llegaba milagrosamente en tren algunos días más tarde. La mañana de Navidad, invitaba a todas las familias a reunirse alrededor del árbol, donde entregaba a cada niño su regalo: una muñeca de porcelana, un osito de felpa, una navaja de bolsillo... en función de sus deseos. Serafina recordaba sus propias mañanas de Navidad, sentada en el sótano, acurrucada en el suelo de piedra al fondo de las escaleras, oyendo a los niños que reían y jugaban con sus juguetes en el piso de arriba.



A lo largo de las horas siguientes corrió la voz por la casa. Invitados y criados empezaron a prepararse para la inminente reunión.

—Mis tíos querrán que esté con ellos, así que tengo que marcharme —dijo Braeden con aire sombrío—. Ojalá pudieras venir conmigo. Debes de estar tan hambrienta como yo.

—Me muero de hambre. La reunión se celebrará en el salón de los banquetes, ¿verdad? Estaré allí en espíritu. Tú asegúrate de que nadie toque el órgano de tubos —repuso Serafina.

—Birlaré algo de comida para ti —prometió el chico cuando se separaron.

Mientras Braeden se encaminaba a su dormitorio con el fin de vestirse para la reunión, Serafina se preparó a su vez. Recorrió los pasadizos secretos que llevaban a los niveles superiores del órgano, aquellos que el señor Pratt le había enseñado a la señorita Whitney. Una vez allí, se escondió en el altillo, entre los setecientos tubos de latón, algunos de los cuales alcanzaban uno, tres o incluso seis metros de altura. Desde allí poseía una maravillosa perspectiva a vista de pájaro de la estancia.

El salón de los banquetes era la habitación más grande que Serafina había visto jamás, con un techo abovedado tan elevado que un halcón habría podido planear por las alturas. Hileras de banderas y estandartes pendían en lo alto, igual que en el salón del trono de un antiguo rey. Armaduras medievales, lanzas entrecruzadas y suntuosos tapices que parecían viejísimos pero que valdría la pena escalar algún día decoraban los muros de piedra. Una larga mesa de roble dominaba el salón, rodeada por las sillas talladas a mano que solían ocupar los Vanderbilt y sesenta y cuatro de sus mejores amigos. Aquella noche, sin embargo, nadie se sentaría a la mesa. Los criados habían servido un copioso bufé sobre la superficie. Aparte de las fuentes de carne asada, trucha de río, pollo a la naranja, interminables bandejas de verduras y patatas al romero gratinadas, había toda clase de postres de chocolate y tartas de fruta. El pastel de calabaza parecía comida de perro, como todos los pasteles de calabaza, pero la crema que lo cubría tenía una pinta deliciosa.

Serafina observó en silencio cómo los abatidos invitados iban entrando en el salón, intercambiaban unas pocas palabras con la señora Vanderbilt y

se unían al encuentro. Haciendo un enorme esfuerzo por mostrarse animados, el señor y la señora Brahms entraron, picaron algo de comida y buscaron consuelo en la compañía de los demás. El señor Vanderbilt se acercó a hablar con ellos, y la pareja dio muestras de sentirse reconfortada por sus palabras y su contacto. A continuación se aproximó al pastor y a su esposa para consolarlos por la pérdida de su hijo. Luego se dirigió a hablar con los desolados padres de Nolan. El padre de Nolan era el herrero de la mansión, pero lo habían invitado igualmente junto con su esposa. El señor Vanderbilt pasó un buen rato conversando con ellos. Cuanto más lo observaba, más se suavizaban los sentimientos de Serafina hacia el dueño de la casa. Sus muestras de preocupación y cariño, no solo hacia sus invitados sino también hacia sus trabajadores, parecían sinceras.

Braeden, siguiendo el ejemplo de su tío y muy elegante con su chaqueta y su chaleco negros, se esforzaba por darle conversación a una niña pelirroja vestida de azul. La damita parecía terriblemente asustada por lo que estaba pasando. Había otros niños también, todos callados y afligidos. El señor Boseman, el guardián de la propiedad, se encargaba de atender a los invitados junto con el señor Pratt, la señorita Whitney y otras caras familiares. Por lo que parecía, el único ausente era el pobre Rostonov. Serafina oyó decir a uno de los criados que el señor Rostonov se había disculpado alegando estar demasiado triste para asistir.

Serafina echó un vistazo al señor Thorne y a su amigo Bendel, que charlaban cerca del fuego. El señor Thorne parecía demacrado y fatigado. Cuando sufrió un ataque de tos, se tapó la boca y se alejó del señor Bendel. Por lo visto, Thorne estaba enfermo o incubando un resfriado. No parecía el mismo de otras veces. Nadie se encontraba bien esa noche.

Tras comprobar que casi todos habían llegado, la señora Vanderbilt se volvió a mirar al señor Thorne y le posó una mano en el hombro.

—¿Sería tan amable de tocar algo para nosotros...?

El señor Thorne titubeó.

—Claro —lo animó Bendel—. Nos vendrá bien un poco de animación.

—Por supuesto. Será un honor complacerla —accedió Thorne con voz queda antes de enjugarse la boca con un pañuelo y recomponerse. Tardó unos segundos, pero por fin se hizo el ánimo. Miró a su alrededor como buscando inspiración.

—¿Quiere que envíe a un lacayo a buscar su violín? —preguntó la señora Vanderbilt, servicial.

—No, no, gracias. Estaba pensando que me gustaría probar ese fantástico órgano —dijo el señor Thorne.

Serafina se asustó. Había oído el órgano varias veces desde el sótano. No quería ni imaginar lo ensordecedora que sonaría la música estando agachada entre los tubos. Le rompería los tímpanos, no cabía duda. Se dispuso a salir a rastras de su escondrijo.

Al mismo tiempo, Braeden corrió hacia delante y agarró al señor Thorne del brazo.

—¿Por qué no toca mejor el piano, señor Thorne? Me encanta el piano. Sorprendido, el otro se detuvo y miró a su joven amigo.

—¿De verdad lo prefiere, señorito Braeden?

—Oh, sí, señor. Me encantaría escucharle.

—Muy bien —accedió Thorne.

Inmensamente aliviada, Serafina sonrió ante la rauda reacción de su amigo, cuya sonrisa satisfecha lo traicionó por un instante. A Serafina se le escapó una sonrisa también.

El señor Thorne se acercó al piano de cola.

—Pensaba que tocaba el violín —observó Bendel.

—Últimamente he estado haciendo pinitos con el piano —respondió el señor Thorne en tono quedo.

Se sentó despacio ante el instrumento, casi con timidez, como si no las tuviera todas consigo. Permaneció inmóvil largos instantes mientras los demás aguardaban. Y entonces, sin despojarse de los guantes de raso, empezó a tocar. Interpretó una sonata suave y cautivadora con la gracia de un virtuoso. La pieza elegida no era demasiado alegre ni tampoco excesivamente triste, solo encantadora a su modo, y consiguió unir el sentimiento y el espíritu de todos los presentes. Serafina descubrió admirada la capacidad casi mágica de la música para fundir las emociones de las personas que la escuchaban. A todo el mundo le encantó la interpretación del señor Thorne, excepto al señor y a la señora Brahms, que parecían más tristes con cada nota que tocaba. Sacando su pañuelo, la señora Brahms se echó a llorar y su compungido esposo se la tuvo que llevar de allí. El resto de los invitados siguió escuchando la música de Thorne hasta que terminó la sonata.

—Gracias, señor Thorne —dijo la señora Vanderbilt, decidida a mostrarse animada pese a todo. Miró a sus invitados—. ¿Qué les parece si ahora vamos a tomar un bocado y a beber algo?

Braeden se acercó a Thorne con aire tímido.

—Toca usted de maravilla, señor Thorne.

—Gracias, Braeden —repuso este con una pequeña sonrisa—. Te lo agradezco. Sé que eres un joven con criterio.

—Hace unas semanas, cuando llegó a Biltmore, nos contó una historia deliciosa acerca de un chico que pedía tres deseos.

—¿Ah, sí? —el señor Thorne lo miró con atención.

—¿Conoce alguna otra? —preguntó Braeden, al tiempo que se volvía a mirar a la pelirroja del vestido azul y a los demás niños—. ¿Por qué no nos cuenta un cuento?

Sin responder, el señor Thorne desvió la vista hacia el tío de Braeden, que asintió henchido de orgullo ante el considerado detalle de su sobrino.

—Sería maravilloso, si fuera tan amable, señor Thorne. A todos nos encantaría.

—En ese caso, lo intentaré —accedió Thorne. Invitando a los niños a seguirlo con un ademán delicado, dijo—: ¿Por qué no nos reunimos todos alrededor del hogar?

Mientras Braeden y los otros niños se sentaban a la cálida luz del fuego, el señor Thorne bajó la voz y, en tono dramático, comenzó su historia.

Observando y escuchando desde el altillo del órgano, Serafina vio que los niños se inclinaban hacia delante, absortos en el relato. El señor Thorne adoptaba un tono suave ahora para vociferar con fuerza después. Serafina deseaba con toda su alma unirse al grupo para escuchar con los demás. Anhelaba de corazón formar parte del mundo que describía, un lugar donde todos los niños y niñas tenían padres y hermanos. Un lugar donde los pequeños jugaban en luminosos prados y, cuando se cansaban, se tumbaban a la sombra de un gigantesco árbol, en lo alto de una colina. Serafina deseaba conocer ese mundo. Quería vivir esa vida. La historia alimentaba su ansia de ver a su madre, de oír su voz. Y cuando el cuento terminó, pensó que el señor Thorne debía de ser uno de los mejores narradores que había escuchado jamás.

La señora Vanderbilt tenía la mirada clavada en Braeden que, sentado entre los demás niños, observaba fijamente a Thorne. La expresión de la mujer reflejaba satisfacción. Braeden estaba haciendo amigos por fin.

Serafina, por su parte, estudiaba al señor Thorne. No podía negar que el hombre había conseguido animarla. Su música y su historia le habían

llegado al alma. Y, durante un rato por lo menos, había creado un sentimiento de comunidad y solidaridad entre los miembros de la triste reunión. Braeden y el señor Bendel tenían razón; era un hombre de múltiples talentos.

Después, cuando los presentes empezaron a retirarse, la señora Vanderbilt se acercó a Thorne y lo abrazó con delicadeza.

—Gracias, amigo, por lo que ha hecho por nosotros. Sobre todo le agradezco la amistad que le brinda a Braeden. El chico lo tiene en un pedestal.

—Ojalá pudiera hacer más —repuso el señor Thorne—. Son momentos difíciles para todos.

—Eres un buen hombre, Montgomery —dijo el señor Vanderbilt a la par que se acercaba para estrechar la mano de Thorne con gratitud—. Dentro de un rato, me gustaría invitaros a ti y a Bendel a la sala de billar para tomar un coñac y fumarnos un puro. Solo los buenos amigos.

—Muchas gracias, George —aceptó el señor Thorne haciendo una pequeña reverencia—. Será un honor. Lo estoy deseando.

Serafina, que observaba el intercambio, tuvo la sensación de que algo no iba del todo bien. El señor Thorne parecía triste, como cabía esperar en una reunión tan dolorosa como aquella, pero notaba algo más. Cuando el señor Vanderbilt se había dirigido a él, Thorne tenía la misma expresión que una comadreja mordisqueando el boniato que ha robado del jardín. Estaba satisfecho de sí mismo, demasiado satisfecho, y no solo de su impecable interpretación y de su maravilloso cuento. Parecía encantado de que George Vanderbilt lo hubiera invitado a formar parte de su círculo más íntimo. Braeden le había dicho que su tío y Thorne se conocían desde hacía apenas unos meses, pero ahora se estaba creando un fuerte lazo entre ellos, un vínculo personal cada vez más estrecho. La familia Vanderbilt era una de las más famosas, ricas y poderosas de los Estados Unidos, y el señor Thorne acababa de convertirse en uno de sus mejores amigos.

Echó un vistazo a Braeden, para ver si él también había notado algo raro, pero el chico ni siquiera estaba mirando a Thorne. Mientras los invitados abandonaban el salón, recorría el bufé con disimulo guardándose piezas de pollo empanado en el bolsillo. Luego birló un pequeño tarro de cuajada de la bandeja de postres. A Serafina se le hizo la boca agua solo de ver aquella maravillosa comida. Había olvidado lo hambrienta que estaba, y Braeden acababa de escoger sus bocados favoritos.

Cuando abandonaba el salón detrás de sus tíos, Braeden alzó la vista hacia ella.

Serafina le indicó por señas que se reunieran en el jardín. Tenían muchas cosas de que hablar.

Sabía que el señor Thorne era un personaje muy querido pero, bajo el punto de vista de Serafina, el hombre tenía demasiado talento, era demasiado amable, demasiado «no sé qué». Y seguía sin entender por qué había llamado «papá» al señor Rostonov.

Serafina aún no podía sacar conclusiones, pero algo olía a chamusquina.



Serafina se reunió con Braeden entre las sombras de detrás de la casa, donde esperaban que nadie los viera. El boscoso valle del río French Broad se extendía ante ellos y la silueta negra de las montañas se recortaba a lo lejos. Un leve banco de niebla empezaba a cubrir el follaje de los árboles del valle, como si el bosque entero respirara.

—¿Has oído lo bien que ha tocado el señor Thorne? —preguntó Serafina con incredulidad—. ¿Sabías que tuviera tanta facilidad?

—No, pero sabe hacer muchas cosas —repuso Braeden al tiempo que se extraía el pollo empanado del bolsillo y se lo tendía a Serafina.

—Tienes razón. Ya lo creo —asintió ella a la vez que devoraba la carne—. Siempre lo estamos diciendo pero, ¿cómo es posible?

—Es así y ya está —replicó Braeden. Ahora Serafina lamía la cuajada.

—Ya, pero, ¿qué sabes de él? —preguntó limpiándose la boca al mismo tiempo—. O sea, ¿qué sabes del señor Thorne en realidad?

—Mi tío dice que todos deberíamos tomarlo como ejemplo.

—Sí, pero, ¿estás seguro de que es de fiar?

—Ya te lo he dicho. Salvó a Gidean. Y ha ayudado mucho a mis tíos. No entiendo por qué te cae tan mal.

—Solo estoy investigando —alegó ella.

—¡Es un buen hombre! —insistió Braeden, cada vez más disgustado—. No puedes ir por ahí acusando a la gente. ¡Ha sido muy amable conmigo!

Serafina asintió, comprensiva. Braeden era fiel a sus amigos.

—Ya, pero párate a pensar. ¿Quién es, Braeden?

—Un amigo del señor Bendel y de mi tío.

—Sí, pero, ¿de dónde ha salido?

—El señor Bendel me dijo que antes de la guerra civil, el señor Thorne poseía una gran finca en Carolina del Sur. El ejército de la Unión la quemó y la destruyó. Nació y se crió como un hombre rico, pero perdió hasta el último penique y tuvo que escapar para seguir con vida.

—No parece pobre precisamente —observó Serafina, confundida.

—El señor Bendel dice que, después de la guerra, Thorne era tan pobre que apenas tenía para vivir. Se quedó sin casa, sin propiedades, sin dinero y sin comida. Se convirtió en un vagabundo borracho que iba por las calles gritando obscenidades a todos los nortños con los que se cruzaba.

Serafina frunció el ceño.

—¿Hablas de Montgomery Thorne, el hombre que lo hace todo bien? Tu descripción no encaja con el señor Thorne que yo conozco.

—Ya lo sé, ya lo sé —se impacientó Braeden—. A eso me refiero. Ha tenido una vida muy dura, una vida difícil, pero volvió al buen camino. Siempre ha sido amable conmigo. No tienes ningún motivo para desconfiar de él.

—Termina la historia que me estabas contando. ¿Qué más? ¿Qué le pasó? ¿Cómo llegó aquí?

—El señor Bendel me dijo que una noche, después de beber demasiado en un *pub* de algún pueblo cercano, se despistó de camino a casa y se perdió en el bosque. Cayó en un pozo que ya no se usaba y se lastimó. Supongo que se quedó dos días allí abajo. Ni siquiera recuerda quién lo ayudó a salir. El caso es que cuando por fin se recuperó de las heridas, comprendió que había tocado fondo y que si no rectificaba se moriría. Así que decidió cambiar de vida.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Serafina, pensando que aquella historia sonaba a cuento chino y que el señor Bendel le había tomado el pelo a Braeden.

—Thorne se puso a trabajar en una fábrica de la ciudad. Aprendió mecánica y ascendió a capataz.

—¿Mecánica? —se extrañó ella—. ¿Y qué máquinas manejaba?

—No sé, las máquinas de la fábrica. Pero después de eso se hizo abogado.

—¿Y eso qué es? —preguntó Serafina. Era increíble todo lo que le quedaba por aprender.

—Una especie de experto en leyes y crimen.

—¿Y cómo se hizo abogado si trabajaba en una fábrica?

Cuanto más oía, más le costaba tragarse esa historia.

—Esa es la cuestión —prosiguió Braeden—. Trabajó duro, estudió y se convirtió en una persona de provecho. Pasó un tiempo viajando, luego regresó, consiguió una mansión en Asheville y empezó a comprar tierras en la zona.

—Venga ya... —le espetó Serafina con incredulidad—. ¿Me estás diciendo que pasó de ser un borracho pobre como las ratas a convertirse en un cultivado terrateniente?

—Ya sé que parece imposible, pero ya le has visto. El señor Thorne es un caballero muy listo, muy rico, y todo el mundo lo quiere.

Serafina sacudió la cabeza con exasperación. No podía negarlo. Pese a todo, algo no encajaba.

Oteó el valle y la niebla, pensando. La historia del señor Thorne no tenía pies ni cabeza. Le recordaba a esos cuentos que están llenos de medias verdades y engaños, de pequeñas trampas en el relato. Y en sus cacerías nocturnas había aprendido que, si ves algo enmarañado, significa que las ratas andan cerca.

—¿Y dónde lo conoció tu tío? —siguió preguntando.

—Creo que los dos se estaban probando zapatos en la tienda de calzado a medida.

—Lo que explica por qué los zapatos del señor Vanderbilt suenan igual que los suyos...

—¿Qué?

—Nada. ¿Y por qué el señor Thorne siempre lleva guantes? —prosiguió, ahora tirando de otro hilo.

—No me había dado cuenta.

—¿Le pasa algo en las manos? Toca el piano con los guantes puestos. ¿No te parece raro? Y llevaba guantes de piel la mañana que los hombres de tu tío fueron a buscarte al bosque, aunque no hacía frío. Y has dicho que es un experto en máquinas. ¿Crees que sería capaz de romper una dinamo hasta el extremo de que ni siquiera el mejor mecánico del mundo pudiera repararla?

—¿Qué pregunta es esa? —replicó Braeden, aturdido—. ¿Por qué...?

—¿Y dónde ha aprendido ruso el dueño de una plantación?

—No lo sé —musitó Braeden, más y más a la defensiva.

—¿Y qué le dijo al señor Rostonov?

Braeden sacudió la cabeza. Se negaba a creer lo que insinuaba Serafina.

—¡Yo qué sé! Nadie es perfecto.

—Dijiste que era listísimo, que incluso ganaba a tu tío al ajedrez.

—Bueno, pues puede que me equivocase. A lo mejor cometió un error cuando hablaba con el señor Rostonov, sin mala intención.

—¿Y entonces por qué el pobre Rostonov se alteró tanto? Estaba más irritado que un tejón luchando con un puercoespín. Pero no solo estaba alterado. Parecía asustado.

—¿Asustado? ¿De qué?

—¡De Thorne!

—¿Por qué?

Serafina negó con la cabeza. No lo sabía. Estaba desconcertada, pero tenía la sensación de que las pistas que podían darle la clave giraban a su alrededor. Solo tenía que unir las. ¿Qué escondía exactamente aquella rata? Esa era la cuestión.

—Me dijiste que tu tía conoció a Clara Brahms y quiso que os hicierais amigos —dijo Serafina, por tirar de otro hilo.

—Sí.

—¿Cómo conocieron tus tíos a la familia Brahms?

Braeden se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi tío los conocía de algo.

—Tu tío... —repitió Serafina, con la sensación de que acababa de encontrar otro nexo.

—¿Por qué lo dices en ese tono? —preguntó Braeden a la defensiva—. Mi tío no tiene nada que ver con todo esto. ¡Retíralo!

—¿Quién le dijo que Clara tocaba muy bien el piano? ¿Cómo oyó hablar de ella?

—No lo sé, pero mi tío no ha hecho nada. Eso te lo aseguro.

—Intenta recordar, Braeden —insistió ella—. ¿Quién le habló de Clara Brahms?

—El señor Bendel y el señor Thorne. A menudo asisten a conciertos sinfónicos y cosas así.

—Y Clara era una pianista excepcional... —dijo Serafina, recordando el comentario de la criada al lacayo. Hacía esfuerzos por atar los cabos sueltos. Empezaba a experimentar el mismo cosquilleo que sentía cuando se estaba acercando a una de sus cuadrúpedas enemigas.

—Sí, la oí tocar la noche de su llegada —asintió Braeden—. Era fantástica.

—Y has oído tocar a Thorne...

—Sí, y tú también. Es un pianista excelente.

De repente, Braeden guardó silencio. Frunció el ceño y la miró sorprendido.

—¿No pensarás que...?

Serafina le sostuvo la mirada, consciente de que su amigo había llegado a la misma conclusión que ella.

—Mucha gente sabe tocar el piano, Serafina —objetó él con firmeza.

—Yo no —replicó ella.

—Bueno, yo tampoco, no así, pero quiero decir que mucha gente toca el piano muy bien.

—¿Y hablar ruso y tocar el violín?

—Pues claro. Mira a Tchaikovsky y...

—No sé quién es, señor sabelotodo. ¿También es experto en ajedrez?

—Bueno, seguramente no, pero...

—¿Y sabe guiar un carruaje por un estrecho camino de montaña?

—¡Te has vuelto loca! —exclamó Braeden, que la miraba estupefacto—. ¿De qué estás hablando?

—No estoy del todo segura —meditó ella—, pero piénsalo...

—Lo estoy pensando.

—¿Y qué conclusión sacas?

—Que no entiendo nada de nada. Todo esto no tiene ningún sentido.

—No es verdad. Tiene muchísimo sentido. Piensa en la capa negra... La has visto... Permite al que la lleva puesta envolver a las personas y matarlas o, como mínimo, atraparlas de algún modo...

—¡Es horrible! —Braeden se estremeció.

—Puede que no se limite a matarlas.

—No te entiendo.

—Puede que las absorba.

—Eso es asqueroso. ¿Qué quieres decir?

—Que quizá por eso el señor Thorne llamó «papá» a Rostonov sin darse cuenta. Porque absorbió los conocimientos de Anastasia. De ahí que sepa hablar ruso.

—¿Me estás diciendo que se apropió de su alma?

Serafina le agarró el brazo con un movimiento tan brusco que Braeden dio un respingo.

—Piénsalo —repitió Serafina—. El portador de la capa absorbe a sus víctimas; sus conocimientos, su talento, sus cualidades. Si absorbiera a las personas suficientes, adquiriría múltiples destrezas y capacidades. Se movería a sus anchas en sociedad. Sería listo. Y rico. Y a todo el mundo le caería de maravilla. Tal como dices.

—Me niego a creer que el señor Thorne sea capaz de algo así —dijo Braeden—. Sencillamente no es posible.

Todo su cuerpo se había crispado ante la afirmación de Serafina.

—Tiene lógica, Braeden. Todo. Está robando almas. Y ahora quiere la tuya.

—No, Serafina —insistió Braeden a la vez que negaba con la cabeza—. No puede ser. Es una locura. Thorne es una buena persona.

En aquel momento, una puerta se abrió en la casa y oyeron los pasos de alguien que se acercaba.



Serafina se giró a toda prisa, lista para defenderse.

—Braeden, cariño, ¿qué haces aquí fuera? Es hora de entrar —le gritó la señora Vanderbilt según se acercaba.

Serafina soltó un suspiro de alivio y, dejando a Braeden a solas junto a la casa, corrió a esconderse entre los arbustos.

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó la señora Vanderbilt.

—Con nadie —repuso Braeden, que había echado a andar hacia su tía para impedir que viera a Serafina—. Hablaba conmigo mismo.

—No deberías estar aquí fuera. No es seguro —dijo la señora Vanderbilt—. Entra y métete en la cama.

Serafina nunca había visto a la tía de Braeden tan cansada y preocupada. La señora de la casa se ciñó un abrigo largo, negro, a la cintura para protegerse del frío. Saltaba a la vista que la desaparición de los niños le estaba pasando factura.

Titubeando, Braeden se volvió a mirar la zona de los arbustos en la que se había refugiado Serafina.

—Por favor, entra —insistió la señora Vanderbilt en tono dulce aunque firme.

—De acuerdo —accedió el chico por fin.

Serafina notó que Braeden no quería marcharse, pero le sabía mal disgustar a su tía más de lo que ya estaba.

La señora Vanderbilt rodeó a su sobrino con el brazo. Juntos, se encaminaron de regreso a la casa.

—¡Cierra la puerta! —susurró por lo bajo Serafina, que se había tapado la boca con una mano con el fin de disfrazar la voz.

—¿Has oído algo? —preguntó la señora Vanderbilt, al tiempo que se detenía para escudriñar la oscuridad.

—Debe de haber sido el ladrido de un zorro en el bosque —opinó Braeden con indiferencia, aunque se le escapó una sonrisa. A Serafina le alivió comprobar que no seguía enfadado con ella por haber sospechado del señor Thorne.

Que no te pase nada esta noche, le deseó mentalmente mientras Braeden y su tía se alejaban hacia la casa.

—Mira, tu tío y yo hemos estado hablando —empezó a decir la señora Vanderbilt—. Estamos preocupados por ti.

—Estoy perfectamente —le aseguró Braeden.

—Tu tío y yo tenemos que quedarnos aquí con los invitados, pero hemos decidido que será mejor que te alejes de Biltmore durante un tiempo. Y aunque ya lo intentamos una vez, ahora es más importante que nunca.

—No quiero marcharme —replicó el chico, y Serafina supo que lo decía pensando en ella.

—Solo hasta que las cosas se hayan normalizado y los detectives hayan averiguado qué está pasando —insistió la señora Vanderbilt, cuya voz empezaba a perderse a lo lejos según se aproximaban a la entrada—. Será más seguro.

—De acuerdo —accedió Braeden—. Lo entiendo.

—Le hemos pedido al señor Thorne que te lleve en su carruaje a primera hora de la mañana —prosiguió la mujer—. Será divertido, ¿verdad? Te cae bien el señor Thorne, ¿no? Así verás su casa de Asheville.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, a Serafina se le encogió el corazón. Braeden confiaba en el señor Thorne y no tendría más remedio que acceder a los deseos de sus tíos.

El hombre de la capa negra se iba a salir con la suya.



Tengo que pensar un plan, se dijo Serafina según bajaba las escaleras que llevaban al sótano. Y debo idearlo esta misma noche.

Mientras compartía una cena tardía con su padre en el taller, tuvo ganas de contárselo todo y pedirle ayuda para que salvara a Braeden. Por desgracia, no había cadáveres, ni armas, ninguna prueba en absoluto que demostrase lo que su padre llamaría «imaginaciones» de Serafina acerca del invitado mejor considerado de los Vanderbilt. Ni siquiera su mejor amigo la creía. Su padre nunca lo haría. Pero, por encima de todo, el padre de Serafina parecía agotado. Tenía las manos ennegrecidas y desolladas después de una larga jornada luchando con la máquina Edison. Le estaban presionando mucho para que devolviera la luz a la mansión. Y con razón. Estando la casa a oscuras, el demonio se movería a sus anchas por todas partes.

Serafina se quedó de una pieza en mitad del pensamiento. Acababa de darse cuenta de una cosa. Estando la casa a oscuras, Serafina también se movería a sus anchas por todas partes.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su padre, que ahora rascaba los restos de las patatas con la cuchara—. No has comido nada.

Serafina dejó los pensamientos a un lado, miró a su padre y asintió.

—Perfectamente.

—Escúchame bien, Sera —dijo él—. Esta noche quiero que te quedes aquí abajo. No vayas a ninguna parte, ¿me oyes?

—Claro, papá —repuso Serafina obediente, aunque no pensaba hacerlo. No podía.

Cuando los dos se acostaron y su padre empezó a roncar, Serafina abandonó el taller, subió las escaleras y salió a los jardines de la mansión. Pensamientos, imágenes y temores se arremolinaban en su mente. Sabía que su padre la quería tener cerca pero, por primera vez en su vida, no se sentía segura en el sótano. Quedarse allí abajo esa noche acabaría con ella. La condenaría. La reduciría a un sentimiento de soledad insoportable. Últimamente se sentía cada vez más asfixiada en el sótano. No quería permanecer más tiempo allí dentro. Deseaba disfrutar la libertad del cielo abierto, estar rodeada de auténtica oscuridad.

En el exterior brillaba una hermosa luna y caía una nieve suave que empezaba a cubrir la hierba y los árboles. Se devanó los sesos. Sabía lo que tenía que hacer, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Qué estratagema la ayudaría a vencer al hombre de la capa negra? Si el villano fuera una rata, ¿cómo la capturaría?

Caminó hasta el lindero del bosque y se detuvo a descansar en el punto que su padre le había prohibido traspasar. Su primera incursión en las sombras del follaje, dos noches atrás, había sido complicada, aterradora.

Pero siguió adelante.

Se abrió paso entre los densos arbustos y se internó en la arboleda. Recurriendo a la luna y a las estrellas para ver por dónde iba, penetró en el bosque. A pesar de lo sucedido allí dentro, aún se sentía atraída por aquel territorio. Era allí donde quería estar.

Un destello de luz captó su mirada. Levantando la vista, vio una estrella fugaz. Luego otra. A continuación, diez estelas brillantes cruzaron la negrura. Un centenar al mismo tiempo. Una lluvia de estrellas surcó el firmamento, cuya cristalina oscuridad se inundó de una luz deslumbrante. Y entonces la lluvia cesó, sin dejar nada tras ella excepto la quietud de los vacilantes astros y los relucientes planetas en el espacio infinito que se extendía en lo alto.

Oyó unos pasitos a su espalda, un ratoncillo de campo que había salido en busca de comida y ahora regresaba con su familia, que lo esperaba al calor de algún tronco hueco.

Por la noche, el bosque bullía de vida, de emoción, de sonidos, animales y luz.

Se sentía cómoda allí. Conectada.

Siguió avanzando un poco más al tiempo que observaba las piedras cubiertas de líquen, los árboles con sus brazos tendidos, los

resplandecientes arroyuelos que corrían bajo los helechos. ¿Era de allí de donde procedía su madre?

¿Pertenece Serafina al bosque?

No entendía por qué ella sabía perfectamente quién era el hombre de la capa negra mientras que nadie más se daba cuenta. Ni siquiera Braeden. ¿Por qué Serafina lo tenía tan claro y los demás no? Porque ellos eran mortales normales y corrientes, y Serafina no lo era. Se parecía más al hombre de la capa negra de lo que quería admitir. Se parecía más a los demonios.

Sabía que no podía enfrentarse al monstruo por las buenas. El hombre era demasiado fuerte. En sus primeras batallas, Serafina había escapado por los pelos. Un escalofrío le recorrió la espalda solo de pensarlo. Pero tampoco podía seguir huyendo y escondiéndose. Tenía que detenerlo, como fuera. No obstante, el hombre de la capa negra poseía un poder sobrenatural; si la teoría de Serafina era cierta, albergaba toda la fuerza y destrezas de cada una de las personas a las que había absorbido con su capa. Y si se presentaba la ocasión, absorbería a Serafina también.

No, no podía plantar cara sin más al hombre de la capa negra.

Ella sola, no.

Miró a su alrededor y una idea sombría cobró forma en su mente.

Volvió a formularse la misma pregunta: si él fuera una rata, ¿cómo lo atraparía?

Súbitamente, supo la respuesta.

Le tendería una trampa.

El miedo ascendió por la garganta de Serafina como bilis de una mala digestión. Quiso desechar la idea, descartarla, pero su mente se empeñaba en señalarla una y otra vez. Era la única solución.

Recordó las palabras de su padre una vez más: *Nunca te internes en el bosque, porque allí abundan los peligros, tanto oscuros como luminosos.*

Tienes razón, papá, pensó Serafina. *Sí que abundan. Y yo soy uno de ellos.*

Plantada en mitad del bosque, llegó a una conclusión acerca de sí misma, algo que intuía desde hacía tiempo aunque nunca había querido aceptar: Serafina no era como su padre. No era como Braeden. No era humana.

No del todo, al menos.

Se le hizo un nudo en la garganta. Qué sola se sentía. No sabía lo que significaba, ni siquiera estaba segura de querer saber lo que implicaba, pero

estaba convencida de que era verdad. Ella no era igual a las personas que amaba. Había nacido en el bosque, un bosque tan tenebroso como la capa negra y tan embrujado como el cementerio. Serafina era una de ellos, una criatura de la noche.

Había oído decir al señor Pratt que las criaturas de la noche procedían del infierno, que eran malvadas. Serafina volvió a preguntarse si sería verdad y su mente mudó en un zarzal de conflicto y confusión. ¿Los seres malvados se consideraban a sí mismos «malos»? ¿O acaso pensaban que actuaban bien? ¿El mal se lleva en el corazón o son los demás los que te señalan como malvado? Ella se tenía por una buena persona, pero, ¿y si era mala y no se daba cuenta? Vivía en un sótano. Recorría la oscuridad cuando nadie la veía ni la oía. Escuchaba a hurtadillas conversaciones ajenas. Revisaba las pertenencias de los demás cuando se hallaban ausentes. Mataba animales. Luchaba. Mentía. Robaba. Se escondía. Veía a los niños perder el alma. Y sin embargo sobrevivía, prosperaba incluso, adquiriendo energía, conocimiento y consciencia cada vez que merodeaba en plena noche y desaparecía otro niño.

Serafina se quedó allí un buen rato, preguntándose por qué ella seguía viva mientras que otros no lo estaban, y volvió a razonar: ¿era buena o mala? Había nacido y vivido entre tinieblas, pero, ¿de qué lado estaba? ¿De la oscuridad o de la luz?

Miró las estrellas. No lo sabía, ni tampoco cómo se explicaba que ella fuera así o asá, pero de una cosa estaba segura. Serafina deseaba ser buena. Quería salvar a Braeden y a los niños, si acaso estaban vivos. Quería proteger Biltmore. Recordó la inscripción grabada en el pedestal del ángel de piedra: *No son las batallas que ganamos o perdemos las que nos definen, sino aquellas que nos atrevemos a librar.* En aquel momento, en mitad del bosque, decidió creerlo. Serafina era una criatura de la noche, es verdad. Pero solo ella podía decidir lo que eso significaba.

Tenía dos opciones: esconder la cabeza o atreverse a luchar.

En ese instante, un plan asomó a su mente y Serafina supo lo que debía hacer.

Una parte de sí misma no quería. Si lo intentaba, tal vez muriese esa misma noche. Y la muerte la sorprendería en el mejor momento de su vida, cuando por fin había abandonado el sótano, había hecho un amigo y había empezado a entender el mundo que la rodeaba, a conectar con él. Quería volver a casa y echarse a dormir junto a la chimenea de Braeden, comer

pollo con sémola en compañía de su padre, fingir que nada de esto estaba pasando. Deseaba acurrucarse en el sótano, detrás de la caldera, y seguir escondida como había hecho toda su vida. Pero no podía. Thorne no se detendría. Se proponía arrebatarse la vida a Braeden. Serafina debía impedirlo. Y aunque muriera, al menos Braeden sobreviviría. Seguiría viviendo junto al señor y la señora Vanderbilt, con sus caballos, al lado de Gidean. Y eso era lo que ella quería, decidió, por encima de todo. Quería que Braeden viviera.

Había visto con sus propios ojos cómo el hombre de la capa negra absorbía la vida de todo niño que se cruzara en su camino, pero ahora se proponía devorar a Braeden. Serafina lo sabía. Lo había comprendido cuando el malvado los atacó en el bosque. No se abalanzó sobre Nolan sino directamente sobre Braeden. El chico poseía un talento que Thorne ansiaba. Sus habilidades ecuestres, sí, pero también algo más: su conexión casi telepática con los animales. Debía de ser fantástico poder trabar amistad con cualquier animal, controlarlo incluso.

Pese a todo, tenía la sensación de que algo más obsesionaba al señor Thorne, un impulso que superaba incluso a su deseo de apoderarse de Braeden. De un tiempo a esta parte, experimentaba la necesidad de cazar a un niño cada noche. A cualquiera. Y Serafina utilizaría esa necesidad contra él. Plantaría cara al hombre de la capa negra en el campo de batalla más letal que podía imaginar. Lo derrotaría de una vez por todas. O moriría en el intento.

Dio media vuelta camino de la mansión. Se acercaba la medianoche cuando bajó las escaleras que llevaban al taller.

No le sorprendió encontrar a su padre durmiendo en su catre, roncando con suavidad, agotado tras un arduo día. Pero entonces vio algo sobre su jergón de detrás de la caldera. Según se acercaba, comprendió que se trataba del vestido que Braeden le había regalado. El chico debía de haberlo dejado allí mientras ella no estaba. Llevaba una nota prendida:

*S,
Mis tíos se han empeñado. Me marcho de madrugada con T. Nos vemos dentro de unos días. Por favor, cuídate hasta mi regreso.*

B.

Serafina clavó los ojos en la nota. No quería creer lo que acababa de leer. Braeden había decidido obedecer a sus tíos.

Entonces miró el vestido.

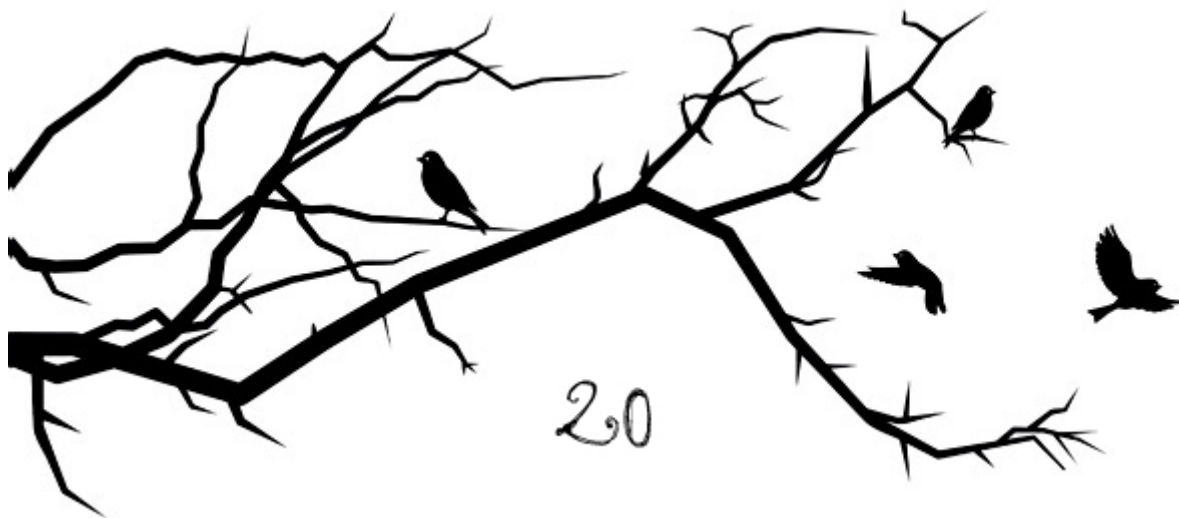
No sabía con certeza por qué el chico lo había dejado allí, pero le venía de perlas para poner en práctica su plan. La ayudaría a representar su papel.

Ya no volvería a esconder la cabeza.

Se aseguraría de ser vista por alguien en particular.

Y sería esa misma noche.

La jefa de la brigada antirratas tenía trabajo que hacer.



Serafina se enfundó el precioso vestido de invierno que Braeden le había regalado la noche anterior.

El recargado corpiño de terciopelo negro le apretaba el pecho y la espalda, y Serafina temió que fuera un engorro a la hora de luchar. Se dobló y se retorció para comprobar hasta qué punto le dejaba libertad de movimiento. La falda larga pesaba lo suyo pero, por poco acostumbrada que estuviera a las prendas femeninas, le encantaba llevarla puesta. Le producía una sensación casi mágica eso de lucir un vestido por primera vez en su vida. El tejido era exquisito, femenino y suave, distinto a cualquier prenda que se hubiera puesto anteriormente. Se sentía como un personaje sacado de un libro, como una niña de verdad, con una familia auténtica, hermanos, padres y amigos.

Se lavó la cara a toda prisa y se cepilló la melena para estar tan guapa como fuera posible. Tal vez fuera una bobada, pero tenía que dar el pego. Se imaginó que asistía a un baile de gala, en un salón lleno de damas y caballeros elegantes, de muchachos que la sacaban a bailar.

Pero no era así, y lo sabía.

Cuando pensaba en el paraje al que se dirigía y en las fuerzas oscuras que encontraría allí, tenía la sensación de estar a punto de saltar una profunda grieta sabiendo que no llegaría al otro lado.

Ahuyentando aquel pensamiento, siguió atándose los cordones del corpiño con dedos temblorosos, aunque era complicadísimo. *Las niñas normales deben de tener unos brazos sumamente largos y flexibles, si hacen esto cada noche, razonó.*

Cuando hubo terminado, echó un último vistazo al taller. No podía quitarse de encima la sensación de que nunca volvería a verlo. Volvió la vista hacia el catre en el que descansaba su padre. Sabía que estaba derrotado y agotado. Saltaba a la vista. Tanto esfuerzo por reparar la dinamo y la larga caminata en busca de Serafina le habían pasado factura. Le habría gustado acurrucarse a su lado como solía, pero no podía. *Que duermas bien, papá*, pensó.

Por fin, hizo de tripas corazón y se dio media vuelta. Cruzó el sótano y subió las escaleras hacia la planta baja.

Al llegar arriba, se detuvo a cobrar fuerzas. Inspirando hondo, se internó en el oscuro pasillo de la casa.

Caminaba despacio, en línea recta, no correteando de un escondrijo a otro como acostumbraba, sino andando por el centro del amplio corredor como toda una dama. Imitó los andares de las niñas a las que llevaba observando a hurtadillas todos esos años. Hizo cuanto pudo por adoptar la apariencia de la indefensa hija de algún invitado. Ya no era un depredador sino una niña vulnerable.

Reinaba la quietud. Los rayos de luna se colaban por los ventanales, proyectando su luz sobre el mármol del suelo. El reloj de pie del vestíbulo principal tocó las doce campanadas de medianoche. Era tan tarde que los pasillos de la casa estaban prácticamente desiertos. Apenas una vela aquí y allá iluminaba el camino para los invitados, aunque Serafina tenía la sensación de que quedaban unas cuantas personas despiertas.

Según recorría majestuosamente los amplios corredores de la casa enfundada en el voluminoso vestido, Serafina experimentó la sensación ajena de no ser ella la que cazaba, de no mirar por los ojos del depredador sino por los de la presa acechada. Se le encogió el estómago. Sus músculos latían y se tensaban, gritándole que se largara por piernas. Detestaba caminar en línea recta. Y despacio. *Eres una chica normal y corriente*, se dijo. *Tú sigue respirando, deja que el aire penetre en tus pulmones. Eres una chica normal y corriente.* Tuvo que recurrir a todo su valor para seguir andando como si nada.

Serafina se había topado con el hombre de la capa negra con anterioridad, pero estaba decidida a que esta vez fuera distinta. Esta noche lucharía; a su modo, en sus propios términos, con uñas y dientes.

Se entretuvo cerca del jardín de invierno, ante los altos techos de cristal, junto a la puerta de la sala del billar, donde, por lo que había oído

en la reunión de la señora Vanderbilt, su trampa tenía más posibilidades de funcionar.

La puerta de la sala se abrió de sopetón. Vanderbilt, Bendel, Thorne y otros tantos caballeros estaban sentados en las butacas de cuero, bebiendo en copas de extrañas formas. El tufo de los puros se filtró hasta el pasillo. El señor Pratt salió de la estancia con una gran bandeja de plata en equilibrio sobre una mano y se apresuró por el pasillo.

Serafina se fundió con las sombras de detrás de una columna para que no la vieran. Se quedó esperando, matando el tiempo al borde de la oscuridad. Era una muñeca de porcelana, un espectro que entraba y salía de las tinieblas, una chica entre dos mundos.

Por fin, la charla alrededor del fuego empezó a decaer. El señor Vanderbilt se levantó y deseó buenas noches a sus invitados. El señor Bendel estrechó la mano de los presentes y se retiró también. Al final, solo quedó Thorne.

Con el corazón en un puño, Serafina lo observaba desde el otro lado de la puerta. El señor Thorne estaba sentado a solas en la sala iluminada por las velas, tomando sorbos de su copa y fumando un puro. *Sal*, le ordenó Serafina mentalmente. *Tenemos asuntos pendientes*. Aunque, por lo que parecía, el individuo se había concedido un instante para disfrutar de su victoria personal. Si bien no podía leerle la mente, Serafina repasó lo que sabía de él y dedujo los pensamientos que le pasaban por la cabeza.

Tras perder su plantación durante la guerra y caer en lo más bajo, allí estaba ahora, en el lugar que le correspondía, convertido en un distinguido caballero, el amigo personal de uno de los hombres más ricos de los Estados Unidos. Y solo había tenido que robar las almas y los talentos de un centenar de niños despreciables, seres de frágiles cuerpecillos y maleables espíritus.

Serafina se extrañó. ¿Por qué no absorbía las almas de los adultos también? ¿Acaso le costaba más trabajo? Y ahora que ocupaba la posición en sociedad que ansiaba, ¿por qué seguía atacando, a riesgo de que lo descubrieran? Y si llevaba mucho tiempo haciendo lo mismo, ¿por qué esa repentina ansia de apoderarse de almas jóvenes? ¿Qué lo impulsaba a buscar una presa noche tras noche? No podía ser únicamente para arrebatárles sus cualidades. Debían de moverlo unos motivos mucho más poderosos que antes.

Observó al señor Thorne, que se fumaba el puro y sorbía el coñac en el sofá. Esta noche le notaba algo distinto. La piel le hacía bolsas debajo de los ojos y su tez mostraba un tono ceniciento. Y ya no llevaba cada pelo en su sitio como aquel primer día en la galería de los tapices o cuando acudió con el grupo de rescate para llevar a Braeden de vuelta a Biltmore.

El señor Thorne dejó la copa vacía sobre la mesa y se levantó. Los músculos de Serafina se crisparon. Ahora o nunca.

Al igual que los demás caballeros, Thorne lucía chaqueta negra formal y lazo, y Serafina oyó el repiqueteo de sus elegantes zapatos sobre la tarima de la sala del billar. Cuando vio lo que llevaba echado sobre el brazo, se quedó sin aliento. Era la capa negra. De satén, reluciente e impecable; la capa iba tan disfrazada como la propia Serafina. A ojos de cualquier otro, no era sino una prenda a la moda. A ojos de cualquier otro, pasaba por el abrigo de un caballero elegante que se dispone a dar un paseo por el jardín antes de retirarse. Pero Serafina sabía la verdad: no era solo una capa sino la capa negra, y eso significaba que el señor Thorne estaba a punto de poner en práctica sus maléficos propósitos. Su enemigo estaba allí mismo. Y, con él, la batalla que Serafina se había propuesto librar. Pero le temblaba todo el cuerpo. Estaba muerta de miedo. *Como mínimo, moriré luciendo un bonito vestido*, pensó.

Thorne salió de la sala y se internó en el pasillo, donde Serafina aguardaba oculta entre las sombras. No movió ni una pestaña, pero él se detuvo igualmente al otro lado de la puerta. Si bien no la veía, notaba su presencia. Se encontraba a pocos pasos de ella. El corazón de Serafina latía desbocado. Apenas podía controlar la respiración. Lo tenía delante. Esos planes que con tanto cuidado había ideado le parecían ahora una bobada como una casa. Solo quería olvidarse de todo, salir corriendo, escabullirse sin ser vista, esconderse, gritar.

Sin embargo, se armó de valor. Se obligó a tranquilizarse. Y luego hizo lo que más le aterraba del mundo: salió de su escondrijo.



Enfundada en su vestido, Serafina se internó en el resplandor de las velas, donde el señor Thorne pudiera verla.

El cabello del hombre no era tan oscuro como ella recordaba, sino más encanecido, y el azul de sus ojos mostraba ahora un tono desvaído. Parecía tener más años de los que Serafina le había echado, pero seguía siendo un caballero de exquisita personalidad y sobrecogedor atractivo. Por un instante, Serafina lo contempló arrebatada.

Su plan consistía en disfrazarse de una niña rica e indefensa, una joven invitada de los Vanderbilt a la que cazar. Pasar por una presa fácil era parte de la estratagema, el cebo de la rata.

Era un plan perfecto. Pero no iba a funcionar, ahora se daba cuenta.

Cuando se vieron las caras, Serafina notó en la expresión de Thorne que, pese al hermoso vestido y a la ordenada melena, él sabía muy bien a quién tenía delante. Y la inundó una ola de auténtico pavor.

Era la niña que había escapado de sus garras la noche que absorbió a Clara Brahms. La jovencita que lo había atacado en el bosque la noche que se llevó al mozo de cuadra. La niña que recorría la oscuridad sin necesidad de un farolillo, la que corría, se escondía y saltaba, y poseía unos reflejos increíbles. Era la niña de los infinitos talentos...

Y ahora allí estaba, plantada ante él. Servida en bandeja.

Era demasiado tarde para echar a correr.

Cuando el señor Thorne sonrió, Serafina se encogió de miedo, pero aguantó el tipo de todos modos.

Estaba tan asustada que le dolía respirar. El corpiño le apretaba como si la nudosa mano de Satán le estuviera estrujando el cuerpo. Las piernas le ardían por el imperioso deseo de echar a correr.

Pero no lo hizo. No debía. Tenía que quedarse allí.

Respiró lenta, profundamente. Acto seguido dio media vuelta y echó a andar despacio.

Se alejó a paso de tortuga por el pasillo, fingiendo que no sabía dónde estaba y que ignoraba que su vida corría peligro.

Ahora le daba la espalda al monstruo, así que ya no lo veía, aunque sí que oía los pasos del señor Thorne detrás de ella, cada vez más cerca, tan cerca que Serafina sintió un escalofrío en la nuca. Incapaz de controlar el miedo, notó cómo los brazos y las piernas le empezaban a temblar. Las pisadas del hombre le retumbaban en las sienes.

Serafina tenía muy claro que no estaba oyendo los pasos de un mortal, sino del hombre de la capa negra. Tenía detrás al ladrón de almas en persona. Al demonio que había capturado a Anastasia Rostonova, a Clara Brahms, a Nolan, al hijo del pastor y a muchos más.

Y ahora iba a por ella.

Al otro lado del pasillo, vio una pequeña puerta.

Unos pasos más, pensó Serafina, y siguió andando.

Tres pasos más.

Muy despacio.

Dos pasos más.

Por fin, con una rápida finta, cruzó la puerta y salió a la noche fría y negra.

El señor Thorne la siguió. Según se internaba en la oscuridad, el demonio se echó su ondeante capa negra sobre los hombros y se cubrió la cabeza con la capucha.

La nieve flotaba en el cielo iluminado por la luna. Serafina cruzó el césped a la carrera y se refugió en el laberinto. Los caminos entrecruzados formaban un complicado despliegue de arbustos y setos rodeados de sombras, ángulos muertos y caminos sin salida; un territorio con el que el hombre de la capa negra estaba familiarizado, porque había cazado allí con anterioridad. Pero Serafina también conocía el laberinto. Lo conocía mejor que nadie.

Avanzó rápidamente por los caminos. Creyó ver al fantasma de Anastasia Rostonova buscando a su perrito blanco.

El demonio seguía sus pasos.

—¿Por qué huyes de mí, niña? —preguntó con una voz profunda y espantosa.

Demasiado asustada para responder, Serafina siguió avanzando. Cuando miró por encima del hombro para comprobar qué ventaja llevaba, descubrió que el hombre le pisaba los talones. Envuelto en su larga y ondulante capa, flotaba a un palmo del suelo con los brazos tendidos como un espectro, intentando agarrarla con sus sanguinolentas manazas.

Serafina sentía tal ahogo que no podía ni gritar. Aterrada, corría como alma que lleva el diablo.

Si se detenía, moriría, y no quería morir tan joven.

Al ver un hueco entre los arbustos, lo traspasó y se internó en el bosque como una flecha. Atrás quedaron los despejados caminos del laberinto.

Abriéndose paso entre la maleza, Serafina apuró el paso todavía más si cabe. Gateó por debajo de los arbustos. Se escurrió a través de densas matas. Se internó en las sombras más profundas del bosque. Corrió y siguió corriendo hacia la oscuridad de la noche con el enemigo a su zaga.

La frondosidad del bosque puso en apuros a su perseguidor. Los árboles crecían tan juntos que un adulto apenas si podía abrirse paso entre ellos. Los zarzales eran tan espinosos que resultaban casi impenetrables. Serafina, en cambio, gracias a su cuerpo menudo y a su agilidad, se internaba con facilidad entre las matas, se arrastraba por debajo de los arbustos o saltaba por encima de las plantas. Avanzaba rauda como una comadreja a través de la maleza. El bosque era su aliado.

Le daba muchísimo miedo que el hombre de la capa negra la atrapara y acabara con ella, pero tampoco quería perderlo de vista. Cuando el demonio se rezagaba o extraviaba su pista en la nieve, Serafina reducía el paso para que la encontrara. Lo llevó al corazón del bosque. Había repasado el camino y se había trazado un mapa mental. Sin embargo, aun tomando el atajo que Serafina había previsto, les quedaban varios kilómetros por recorrer.

Mientras corría, tenía muy presente a Braeden, a su padre y a los Vanderbilt. Tenía presente la suerte que habían corrido Clara, Anastasia y Nolan. Debía derrotar al señor Thorne. Tenía que matarlo. Y su única oportunidad estaba allí delante.

Le faltaba el aliento y estaba extenuada. No solo le dolían las piernas; también tenía la sensación de estar respirando a través de un estropajo.

Serafina no sabía si podría seguir corriendo mucho más. En aquel momento, atisbó por fin aquello que estaba buscando.

Lápidas.

Cientos de ellas, erguidas a la luz plateada de la luna, bajo las ramas desnudas de los retorcidos árboles caducos.

El cementerio la aterraba, pero debía entrar.

Lo atravesó a la carrera. Una niebla fantasmal flotaba entre las tortuosas ramas de los viejos árboles y los decrepitos monumentos de los muertos.

Miró a su espalda. Con sus sangrientas manos tendidas hacia ella, el hombre de la capa negra volaba entre la niebla.

Serafina corrió con toda su alma.

Dejó atrás a Cloven Smith, el tipo asesinado.

Saltó a las dos hermanas que yacían juntas.

Pasó como una exhalación sobre los sesenta y seis soldados confederados.

Resollando y agotada, llegó por fin al pequeño claro con la estatua del ángel alado.

Serafina oía al hombre de la capa negra abriéndose paso entre la maleza. Apenas tenía unos segundos antes de que llegara.

El miedo corría por sus venas. Era angustiosamente consciente de que estaba a punto de provocar un choque entre dos fuerzas tremendas, una por cada lado. Viniera por donde viniese, era muy probable que la muerte cazase a Serafina en medio.

Corrió hasta el borde del claro de luna, allí donde el sauce yacía con las raíces al aire. El grueso tronco y las pesadas ramas del caído señor del bosque asomaban entre la niebla misteriosa. Las delicadas hojas del árbol, aún verdes en pleno invierno, destellaban a la luz de las estrellas.

Cruzando los dedos para que el gran merodeador de ojos ambarinos hubiera salido a cazar y estuviera ausente, Serafina se asomó entre las raíces. Cuando encontró el hueco, se internó a gatas en la madriguera del puma.

Se encontró cara a cara con los dos cachorrillos manchados. Los animales, asustados, la miraron con unos ojos como platos según Serafina avanzaba hacia ellos.

—¿Dónde está vuestra mamá? —les preguntó.

Cuando la reconocieron, los cachorros se levantaron aliviados. Avanzaron hacia ella para olisquearla y frotarse contra su cuerpo.

Serafina gateó junto a ellos y se acurrucó al fondo de la guarida de tierra.

La trampa estaba tendida.

Igual que había hecho cuando se escondió en la máquina del sótano, se quedó muy quieta, en absoluto silencio.

Intentó respirar con normalidad, apaciguar su corazón. Cerrando los ojos, se concentró para extender sus sentidos hacia el bosque.

Sé que estás ahí fuera, en alguna parte, controlando tus dominios. ¿A qué esperas? Tus cachorros están en peligro...

Serafina lo notó. En la oscuridad del follaje, más allá del camposanto, la madre puma se detuvo en seco. Ladeó la cabeza, atenta a los dos intrusos que habían invadido el bosque. Su bosque. Sus crías estaban en peligro. Dio media vuelta y corrió como un rayo hacia la madriguera.

El hombre de la capa negra llegó al claro del ángel y miró a su alrededor.

—¿Adónde me has traído, querida niña? —preguntó al tiempo que intentaba averiguar qué rumbo había tomado Serafina. Rodeó el musgoso pedestal del ángel—. ¿Crees que te puedes esconder de mí, conejillo? —se burló.

No soy un conejo, pensó Serafina. Durante un breve instante, experimentó una sensación de victoria, por cuanto parecía que su plan iba a funcionar. El hombre de la capa negra se iba a quedar plantado y vulnerable en mitad del claro. No tenía la menor idea de dónde se había metido Serafina. La niña había desaparecido. Se le había escapado.

Y entonces Serafina recordó la nieve. No la había tenido en cuenta. Sus huellas lo llevarían directamente a su escondrijo. Las marcas la traicionarían.

—Ah... —sonrió el malvado cuando descubrió las marcas en la nieve—. Ahí estás.

Se acercó a la madriguera, se agachó y miró al interior.

—Sé que estás ahí dentro. Sal, querida niña, antes de que me enfade contigo.

Serafina procuró no respirar. Su perseguidor introdujo un brazo en el agujero y su sanguinolenta mano la buscó a tientas. Serafina alcanzaba a

oler su pestilencia. La tela de la ondulante capa se colaba retorciéndose en la cueva. Serafina oyó el siseo que precedía al festín.

Abrazando a los cachorros y muerta de miedo, la niña se apartó cuanto pudo. Sabía que si la mano o la tela de la capa la alcanzaban, el hombre la sacaría de la madriguera y su vida terminaría del modo más espantoso.

—No te voy a hacer daño, niña... —susurraba él mientras intentaba agarrarla.

En aquel momento, una madre armada con uñas y dientes surgió del bosque como una centella de fuerza y ferocidad. Rabiosa de ver al intruso en la boca de su guarida, la leona de montaña le saltó a la espalda. El demonio cayó al suelo como consecuencia del tremendo impacto. La fiera le hundió las zarpas delanteras en el cuerpo al mismo tiempo que le hundía los dientes en cabeza y cuello.

El hombre de la capa negra gritó de dolor y sorpresa. Luchó con todas sus fuerzas para defenderse del poderoso felino e incluso sacó una daga, pero el puma se la arrebató de un manotazo. Bufando y rugiendo de pura furia, el animal le clavaba dientes y garras sin piedad.

El demonio le asestaba golpes y la pateaba al tiempo que intentaba incorporarse, pero el furioso puma era demasiado rápido, demasiado fuerte. El otro no conseguía recuperar la daga caída. Cuando intentó golpear al puma con una rama gruesa, el animal lo abofeteó con tanta fuerza que sus afiladas garras le abrieron la carne a la vez que lo derribaban. Al instante el puma se abalanzó sobre él y, empujándolo contra el suelo con su propio peso como haría con un venado, le asestó una brutal dentellada en el cuello. Dejó las mandíbulas cerradas sobre su garganta hasta que él dejó de debatirse.

El hombre de la capa negra se quedó exangüe en el suelo.

El puma lo dejó allí tirado como si fuera el pellejo de un animal muerto.

La trampa había dado resultado. Una descarga de alegría y alivio atravesó a Serafina por dentro. Su plan había funcionado. Por fin había vencido al hombre de la capa negra. ¡Lo había conseguido! Había salvado a Braeden. A todo Biltmore. ¡Lo había logrado realmente! Un cosquilleo de emoción le recorrió la piel. Deseó poder comunicarse mentalmente con Braeden para darle la buena noticia. Tenía la sensación de que se iba a convertir en pájaro y echar a volar. Ascendería al firmamento como un

chotacabras y haría piruetas entre las nubes hasta que le diera vueltas la cabeza.

Feliz y contenta, se dispuso a gatear hacia la entrada de la madriguera para volver corriendo a casa, pero era demasiado tarde.

La muerte la estaba esperando.

El puma, todavía furioso, entró en la guarida para liquidar al segundo intruso.

Serafina.



No había ningún otro camino para entrar y salir de la madriguera. El puma iba a destrozar a Serafina. La mataría igual que había matado al primer intruso. Para el animal, no había diferencia entre uno y otro.

Horrorizada, Serafina retrocedió al fondo de la guarida, en un intento desesperado por ponerse fuera de su alcance. Respirando como una locomotora, pateaba contra el suelo como un caballo asustado, pero no tenía adonde ir.

La leona se encaminó directa hacia ella. Sus músculos se desplazaban bajo el pelaje oscuro a medida que se movía. Los ojos le brillaban. Tenía la boca entreabierta. Sus enormes y afilados colmillos lanzaban destellos en la oscuridad. Su aliento se condensaba en el aire frío con cada uno de sus jadeos. Su cuerpo desprendía vapor. Según avanzaba hacia Serafina, el puma gruñía en un tono bajo y amenazador, decidida a matar a ese ser que había invadido su madriguera.

De espaldas a la pared de tierra, Serafina se encogió detrás de los cachorros. Intentó prepararse, cobrar fuerzas, pero temblaba como una hoja. Consciente de que no podría escapar, se abrazó las rodillas contra el pecho, lista para defenderse, para patear. Tensó las manos para arañar. Apretó los dientes y rugió.

En el preciso instante en que el animal se disponía a saltar sobre ella para romperle el cuello, Serafina la miró a los ojos y, enseñando los dientes igual que un lince amenazador, gritó con todas sus fuerzas. Pretendía hacerle saber a esa fiera que tal vez fuera menuda, pero no se dejaría matar por las buenas.

Sin inmutarse por la exhibición, el puma la miró con sus enormes y penetrantes ojos color ámbar. Serafina contuvo una exclamación. Los ojos del felino eran del mismo tono exacto que los suyos.

Miró a la leona. Y entonces, un segundo después, atisbó algo que interpretó como un destello de inteligencia en la expresión del animal.

El puma dudó y se detuvo a pocos centímetros de ella.

Serafina se dio cuenta de que la madre puma estaba pensando lo mismo que ella: sus ojos eran idénticos.

No eran depredador y presa.

No eran protector e intruso.

Estaban conectadas.

Clavó los ojos en la leona, que le devolvió la mirada. No intercambiaron palabra. No podían. Sin embargo, en aquel momento, ambas comprendieron algo. Por alguna razón, había un vínculo entre ambas. Eran iguales. Eran cazadoras. Eran merodeadoras nocturnas.

Por encima de todo, pertenecían a una misma familia.



Con la espalda pegada al fondo de la madriguera y las rodillas abrazadas contra el pecho, Serafina observó al puma con sorpresa. El corazón le latía desbocado. Tenía el cuerpo tan apretujado que su respiración se había tornado breve y superficial.

El puma la contemplaba con sus ojos ambarinos, los más hipnóticos que Serafina había visto en su vida. ¿Cómo era posible que se parecieran tanto a los de la niña? Imágenes e ideas se arremolinaban en la cabeza de Serafina, pero ninguna tenía sentido.

La leona dio otro paso hacia ella.

La chica permaneció inmóvil, procurando al mismo tiempo respirar con normalidad. Era consciente de que no debía hacer movimientos bruscos. Percibió inteligencia y consciencia en los ojos de la fiera, imbuidos de una dulzura y conocimiento impensables en un animal salvaje. No podía usar palabras para comunicarse con ella, lo sabía, aunque ansiaba hacerlo.

El animal olisqueó el hombro de Serafina. La respiración invadió los oídos de la niña; el fuelle de los pulmones, el aire que entraba y salía. La humedad brillaba en las fauces del puma, los colmillos refulgían. A Serafina, aquel olor intenso le resultaba extraño y conocido a un tiempo. Nunca jamás había olido a un león de montaña, pero tuvo la sensación de reconocer el tufillo.

Mirando a la leona, lamentó con toda su alma no poder comunicarse con ella. Se moría por saber qué pensaba y sentía en aquel momento.

Serafina exhaló lentamente antes de tomar aire otra vez. Conteniendo el aliento, levantó despacio una temblorosa mano hacia la cabeza del puma.

Le acarició el pelaje.

El animal la observó fijamente antes de agachar el cuello. Frotó el flanco contra el cuerpo de la niña, que se hundió bajo la potencia y el peso de un animal tan grande. Durante algunos segundos, Serafina fue incapaz de respirar. En el momento en que empezaba a asustarse, la leona se apartó y Serafina recuperó el aliento. Cuando relajó las rodillas, el puma le apoyó la cabeza en el pecho. La niña le acarició el pescuezo y las orejas. La leona se agachó despacio hasta tenderse a su lado rodeada de sus cachorros. Una vez en el suelo, agitó la larga cola.

Serafina tomó en brazos a los revoltosos gatitos y los abrazó. Hinchando el pecho, notó un cosquilleo en las piernas. Rebosaba orgullo y felicidad. Los felinos le estaban dando la bienvenida —la querían— y durante un instante tuvo la sensación de haber llegado por fin a casa.

Pensó en todo aquello que la diferenciaba de las otras personas, la capacidad de ver en la oscuridad, su habilidad para caminar sin hacer ruido, su costumbre de cazar en plena noche. Se miró la palma de la mano y, abriendo los dedos, examinó las puntas una a una. ¿Eran uñas o garras? ¿Qué tipo de vínculo la unía a la leona? ¿Por qué tenía la sensación de que aquel era su sitio?

Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más absurdas le parecían esas teorías. Era una persona. Llevaba ropa. Vivía en una casa ocupada por seres humanos. Y allí quería seguir viviendo. Tenía que volver con Braeden, con su padre, al mundo que conocía y amaba.

Apretando los dientes y sacudiendo la cabeza, salió a gatas de la madriguera del puma. Avanzó a trompicones por el claro y se quedó de pie bajo las estrellas, presa de la confusión.

Volvió la vista hacia la zona en el que se había librado la batalla. La capa negra yacía arrugada en el suelo, junto al ensangrentado cuerpo de Thorne. La leona le había desgarrado el resto de las prendas, y la sangre, que seguía manando de un gran corte en la barriga del malvado, empapaba su camisa blanca. La leona apenas le había tocado la cabeza y la cara. Serafina observó la sangre roja y brillante. Sabía, de sus cacerías nocturnas, que si la sangre brilla la rata no está muerta del todo. Pero el hombre pronto lo estaría. En ocasiones matas a las ratas agonizantes, otras las dejas morir sin más.

Plantada en el claro del ángel, alzó la vista al firmamento y a los árboles, a todo cuanto la rodeaba. ¡Había ganado! ¡Había derrotado al

hombre de la capa negra! Tenía la sensación de que cada músculo de su cuerpo había cobrado vida. Una parte de ella estaba radiante, casi eufórica, como si flotara. Otra parte, sin embargo, se sentía más confusa que nunca. Había resuelto un misterio solo para toparse con otro. ¿Por qué experimentaba esos sentimientos? ¿Y por qué la leona no la había atacado?

—¿Qué significa todo esto? —preguntó en voz alta, abrumada. Propinó unos puntapiés a la nieve. Le daba rabia no saber nada, no conocer las respuestas—. ¡Dime lo que significa! —gritó a los cielos.

Cúbrete conmigo..., dijo una voz de ultratumba.



Serafina miró a su alrededor.

Cúbrete conmigo...

Más que oírlas, sintió las palabras de aquella voz profunda y antigua, y supo exactamente de dónde procedían. Miró la capa negra, tirada en el suelo junto al cuerpo de Thorne. La prenda, que le había sido arrancada al hombre durante el ataque, yacía en la nieve de cualquier manera.

Lo sabrías todo... Imagínatelo...

—Cállate —ordenó Serafina a la capa con desprecio, como si regañara a una rata arrogante después de capturarla.

Serías capaz de hacer lo que quisieras. Imagínatelo...

Apretando los dientes, gruñó:

—Estás muerto. ¡Cierra el pico!

No hay nada que temer...

Un estremecimiento de puro miedo creció en su interior. Todos y cada uno de los músculos del cuerpo le gritaban que corriera, pero estaba demasiado enfadada para marcharse. Apretó los dientes. Quería luchar. Quería ganar.

Cúbrete conmigo..., repitió la siniestra voz.

Serafina miró la prenda. Era la capa del poder, la capa del conocimiento. Experimentó un deseo abrumador de tocarla. Quería tenerla entre las manos. Notaba cómo el abrigo utilizaba su poder para atraerla, pero no le importó. Deseaba ese poder.

Lo entenderías todo y controlarías cuanto te rodea... Imagínatelo...

Serafina dio un paso hacia la capa.

Cúbrete conmigo...

Se agachó para recoger la capa negra. La luna arrancó destellos al satén cuando Serafina observó la capa del derecho y del revés. A pesar de haber volado entre las zarzas y ondeado bosque a través; a pesar de haber protagonizado una batalla a muerte con un puma, no estaba rota, ni siquiera manchada.

Serafina examinó la tela con atención, en busca de alguna señal o símbolo del poder que albergaba. Mientras palpaba el tejido no tuvo la sensación de sostener un trozo de tela normal y corriente sino algo vivo y palpitante, como una serpiente gigantesca.

Cúbrete conmigo, insistió la capa con su voz de ultratumba.

Serafina miró el broche de plata, que llevaba grabado un complicado dibujo: un haz de viñas y zarzas entrelazadas. Si sostenías el cierre a la luz de la luna en el ángulo adecuado, veías imágenes de minúsculas caras detrás de las plantas.

No sabía lo que significaba. Serafina tenía la sensación de no conocer ya el sentido de nada. Una soledad negra y terrible creció en su interior, una angustia más intensa que nada de lo que hubiera sentido anteriormente. ¿Cómo funcionaba esa capa? ¿Qué hacía exactamente? ¿De verdad proporcionaba a su poseedor el don del conocimiento? ¿Sería capaz de responder cualquier pregunta que la atormentase?

Serás omnisciente, todopoderosa..., susurró la capa.

La cabeza de Serafina daba vueltas, su entendimiento se nublabá. No podía controlarse. Sus dedos asieron solos, sus brazos se movieron por sí mismos cuando se echó la capa a la espalda. Arrastrada por su poderoso hechizo, se cubrió con ella los hombros, solo un momento, para ver qué pasaba. Deseaba llevarla unos cuantos segundos únicamente, el tiempo suficiente para comprobar cómo se sentía.

Mientras se la ajustaba, la prenda le habló una vez más.

Bienvenida, Serafina. No te voy a hacer daño, niña...



En cuanto Serafina tuvo la capa encima, su perspectiva del mundo cambió. El peso de la prenda en los hombros le provocaba una extraña satisfacción. La capa no apestaba ni desprendía ningún olor raro. Tampoco hubo sangre ni Serafina experimentó nada parecido al miedo. Y no oyó siseo alguno. Se sentía bien y a gusto con ella puesta.

Cerró el broche del cuello con dos dedos. Si bien al señor Thorne, mucho más alto que ella, la capa le llegaba hasta los pies, ahora parecía confeccionada a la medida de Serafina. La niña extendió los brazos, dio unas vueltas sobre sí misma y admiró la prenda en su cuerpo. Le daba un aspecto sofisticado y aristocrático. Serafina dio unos pasos adelante y atrás para comprobar el efecto del vuelo. Se sentía como si bailara con cada movimiento.

—Qué guapa estoy —exclamó. Su voz sonó fuerte y llena de confianza en sí misma.

Ya no se sentía ni de lejos tan cansada, confundida y desanimada como hacía un instante. No, no estaba en absoluto fatigada. Se sentía en forma, capaz. Optimista. Se sentía poderosa. Con la capa puesta tenía la impresión de que podía conseguir casi cualquier cosa: resolver un acertijo, terminar cualquier tarea, tocar un instrumento, hablar otra lengua y, si lo intentaba, quizá hasta volar. Era una sensación maravillosa, gloriosa, y brincó por el claro del ángel levantando polvo de nieve.

El poder es nuestro..., susurró la capa.

Serafina intentó imaginarlo. Sería famosa y encantadora, y todo el mundo la querría. Tendría infinidad de amigos y una familia numerosa que

la adoraría. Viajaría por todo el mundo. Superaría a cualquiera. No habría nadie mejor que ella.

Trabajaremos juntos...

Sería la chica más poderosa del mundo entero.

Seremos imparables...

Envuelta en la capa, Serafina empezó a entender cosas que hasta entonces no había comprendido. Vio la historia de la prenda en su mente, proyectada como un oscuro sueño. Un hechicero que habitaba en un pueblo cercano creó la capa. Tenía intención de usarla para conseguir talento y conocimiento, para aprender lenguas y adquirir cualidades, así como para convertirse en un importante líder que trabajase por la unión de los pueblos, pero algo salió terriblemente mal. No se había limitado a crear un acumulador de conocimientos sino un esclavizador de almas. Cuando comprendió lo que había hecho, intentó arrojar la capa al pozo más profundo del pueblo. Luchó con ella, la estiró, se la arrancó y la arrojó lejos, pero la capa se ciñó a su cuerpo, lo agarró y se retorció en torno a él. Se negó a abandonarlo hasta que el hechicero, por fin, saltó al pozo junto con la capa, pensando que eso los destruiría a ambos. Según pasaron los años, el cadáver del hechicero se pudrió allí abajo, pero la capa permaneció intacta hasta que, transcurrido mucho tiempo, el señor Thorne se topó con ella, borracho y desesperado. La capa poseía el poder de adquirir conocimientos y capacidades, de concentrar los talentos de un centenar de personas en una sola. Serafina había visto con sus propios ojos lo lejos que había llegado el señor Thorne gracias a ese poder. Imaginó lo que le aportaría a ella. Podría hacer lo que quisiera, cualquier cosa. Podría ir a todas partes. Lo sabría todo. Obtendría por fin las respuestas que buscaba.

Acarició la tela de la prenda y notó su potencia corriéndole por las venas. La capa poseía un potencial tan inmenso, pensó. Imaginó las hazañas que podría llevar a cabo si la poseía, las buenas obras y los beneficios que podría aportar al mundo. Sería una pena desperdiciar aquel poder. Alguien tenía que usar la capa; ¿por qué no ella?

Levanta la capucha...

Se sintió bien; alegre y esperanzada.

Ponte la capucha...

Levantó las manos, sujetó la capucha entre los dedos y se la echó a la cabeza.

Lo que vio le arrancó un grito de horror.

Su visión se redujo a un túnel oscuro y vibrante. Seguía viendo el mundo físico que tenía delante, pero ahora en su visión periférica se apretujaban niños y adultos muertos que intentaban asomarse entre los pliegues de la tela. Los rostros de los niños la rodearon.

Llorando y alargando hacia Serafina unos dedos suplicantes, una niña rubia le pegó su rostro frío y muerto.

—¿No encuentro a mi madre? ¿Puedes ayudarme?

—*¿Pozhaluysta, skazhite Gde moi otets?* —preguntó una chica de cabello negro y ensortijado al tiempo que empujaba la cara contra la de Serafina.

—¡Por favor, ayúdame! —gimió una mujer, que fue apartada por otros semblantes. Los rostros de adultos y niños aterrorizados se apiñaban en el interior de la capucha.

—¡Los caballos están atrapados! —gritó un chico, cuyo rostro se abrió paso entre los demás—. ¡Cuidado!

Serafina gritó y se arrancó la capucha de la cabeza. Temblando y jadeando para recuperar el aliento, miró a su alrededor. Seguía en el claro, ahora desierto.

Las almas de los muertos estaban prisioneras en los negros pliegues de la capa. Aquel era su poder: esclavizar las cualidades de las personas y aprisionar sus almas en una horripilante jaula.

Ven, pequeña... Estaremos juntos...

Negó con la cabeza en un intento desesperado por no sucumbir al poderoso hechizo de la capa.

Dominaremos el mundo...

—No —dijo Serafina entre dientes.

Todo el mundo nos amará...

—¡No! —exclamó ella—. No lo haré.

Desabrochó el cierre y se arrancó la capa. Cuando se la quitó de encima, notó una sacudida tan violenta que cayó al suelo a cuatro patas. De repente, experimentó una horrible fatiga, una infinita desesperación. Haciendo de tripas corazón, Serafina volvió a levantarse. Intentó hacer una bola con la capa, pero el ondulante ser se le enredó en los brazos sin que pudiera evitarlo. Serafina no podía librarse de ella.

Tú sola eres insignificante. Juntos somos fuertes...

—¡No! —gritó Serafina.

Sabía lo que debía hacer para deshacerse de la capa. Tenía que destruirla. Mientras la prenda se deslizaba y se retorció como serpientes

negras entre sus manos, intentó rasgar el tejido con los dedos pero no tenía bastante fuerza. La capa, siseando y bufando, le envolvió los brazos y las piernas.

En ese momento, una mano sanguinolenta se alzó del suelo para agarrar el tobillo de Serafina.



Serafina chilló.

—¡No estropees la capa, niña estúpida! —masculló Thorne. Herido y enloquecido, la derribó de un tirón y la empujó contra el suelo—. ¡Si la destruyes, lo perderemos todo!

Ella forcejeó para escapar, pero Thorne, agarrándola por los brazos, se lo impidió.

—La usaremos juntos —resolló—. Tú con tus conocimientos y yo con los míos. ¿No lo ves? Somos iguales. Estamos en el mismo bando.

Algo le estaba sucediendo. El rostro de Thorne se había tornado gris y se deterioraba por momentos. La piel se le desprendía a jirones de las mejillas y alrededor de los ojos. Su pelo se había vuelto canoso y ralo. Le goteaba sangre de la boca.

Una ola de repulsión invadió a Serafina. Intentó alejarlo a patadas, morderle las manos para liberarse, pero no podía quitárselo de encima.

Thorne la empujaba contra el suelo con todo su peso. Serafina apenas si podía respirar. Notaba cómo se le doblaban las costillas, que empezaban a quebrarse. A pesar de las heridas y de la putrefacción, Thorne parecía estar cobrando fuerzas por momentos, tan grande era su ansia por recuperar la capa.

—¡Nunca te la daré! —le espetó Serafina en la cara—. ¡Jamás!

—Entonces morirás, buscadora de ratas...

Empujándola con más fuerza, la aplastó con saña. Serafina no podía respirar. Privada de aire era incapaz de moverse, de pensar. Luchando hasta

el final, notó cómo la vida se le escurría, cómo sus brazos y piernas perdían fuerza hasta que la mente se le nublaba con la luz blanca de la muerte.

En teoría, uno experimenta paz cuando le llega la hora. Pero Serafina no sentía nada parecido. Le quedaba tanto por hacer en la vida, tantas preguntas que responder, tantos misterios que resolver, y era ese misterio, los asuntos inacabados, el deseo, lo que la mantenía con vida. No quería morir. Desde luego, no así. Pero ya notaba cómo se iba alejando, cómo menguaba su soplo vital y el alma la abandonaba.

Pese a todo, seguía viendo a su padre mentalmente. Oía su voz. *Cómete la sémola*, le exigía.

¡No me voy a comer la sémola!, le gritó.

Su padre observó su agonía bajo el peso de su enemigo y negó con la cabeza. *La rata no mata al gato, niña*, le dijo. *La cosa no funciona así*.

La rata no mata al gato, pensó Serafina según tiraba de su alma errante con fiera determinación. *La rata no mata al gato*, volvió a pensar cuando notó una chispa de energía. Reanudó la lucha y consiguió liberar el brazo de las manos de su captor.

En aquel momento, una gran silueta negra saltó entre la niebla con un gruñido feroz y un destello de colmillos blancos. Al principio Serafina la tomó por algún tipo de lobo negro. Pero no era un lobo sino un perro. Un dóberman.

¡Gidean!

Mordiéndolo la barriga de Thorne, el perro lo arrastró por el suelo antes de atacarlo de nuevo con furiosas dentelladas. Thorne agarró la daga del suelo e hirió a Gidean en el lomo. El perro gimió de dolor y retrocedió. En aquel momento, el puma salió de su guarida para unirse a la contienda. Se abalanzó sobre Thorne con rápidos manotazos de sus afiladas zarpas al tiempo que gruñía con las orejas pegadas a la cabeza, como si la perturbara infinitamente descubrir que el intruso seguía vivo. Sin darse por vencido, el perro herido mordió a Thorne en el brazo para obligarlo a soltar la daga. Luego le hincó las fauces en el hombro y lo arrastró por el suelo con saña, sin dejar de sacudirlo.

Serafina vio la capa negra tendida en el suelo. Corrió hacia la refriega y recogió la daga que Thorne había perdido. Hundió la hoja en la tela. Eso acabaría con ella, estaba segura. Cortó y asestó puñaladas para rasgar el tejido, pero la capa se resistió retorciéndose y siseando. Como una furibunda cuerda en las manos de Serafina, la capa negra la rodeó, primero

los brazos y luego el cuerpo, con el fin de estrujarla. Serafina no conseguía cortar la reptante tela por más que lo intentara.

Cuando la capa se le enroscó al cuello y empezó a apretar, la niña intentó pedir ayuda, pero la tela la asfixiaba. Nada excepto horribles arcadas escapaba de su garganta cerrada. Intentando coger aire y aferrándose el cuello, se levantó como pudo. Serafina avanzó a trompicones hasta la estatua del ángel que se erguía en el centro del claro. *Me rebanó el dedo solo de rozarla.* Con un movimiento raudo, se abalanzó hacia la punta de la reluciente espada del ángel. Notó un penetrante dolor cuando, al cortar la tela de la capa negra, la hoja le rozó el cuello. La prenda chillaba y siseaba según la afilada arma la rasgaba. Serafina se llevó la mano a la garganta y se arrancó la capa. Haciendo una bola con la tela, clavó la prenda en la punta de la espada. Rasgó la tela una y otra vez. La capa crepitaba y chirriaba sin dejar de retorcerse como una serpiente torturada. Se enroscaba sobre sí misma para evitar que Serafina la hiciera trizas, pero la niña no vaciló. Cuando hubo terminado, nada quedaba de la capa negra salvo jirones escampados a los pies del ángel.

Serafina se desplomó, jadeando y agotada, y se llevó la mano a la herida del cuello para detener el sangrado. Al volver la vista hacia Thorne, lo vio atrapado en el suelo bajo los dos feroces aliados de Serafina. Thorne era fuerte, pero sin la capa negra no podía competir con la velocidad, la potencia y las mandíbulas del perro y el puma.

Un estremecimiento de orgullo recorrió el cuerpo de Serafina. Lo habían conseguido. Todo había terminado. Ahora sí.

Cuando Gidean y la leona asestaron a Thorne las dentelladas definitivas, el cuerpo del hombre crepitó de un modo aterrador, como carne que se quema al fuego. El cadáver vibraba al tiempo que su piel ardía y se consumía hasta dejar solo sangre y huesos. Una densa nube de humo negro emanó del cuerpo que se desintegraba a ojos vistas, como incinerado por el mismo aire.

Gidean retrocedió y ladeó la cabeza con aire desconcertado. El puma regresó a su escondrijo para proteger a sus cachorros.

El efluvio, negro y pestilente, se fue extendiendo por todo el claro, que se llenó de una turbulenta humareda. La zona al completo mudó en una nube enorme y asfixiante. Serafina tosió, agitó los brazos y trató de escapar del humo.

—Vamos, Gidean —vociferó, y echó a correr entre arcadas provocadas por el apestoso humo en la garganta.

Asfixiada por los gases e incapaz de ver nada, Serafina tropezó con algo y cayó de bruces al suelo. Fuera lo que fuese, parecía duro como una rama. Cuando lo miró bien, comprendió que no era un árbol sino una pierna humana. Gimiendo horrorizada, se apartó a toda prisa. El cuerpo de una niña yacía en la tierra con los brazos y las piernas desmadejados y doblados en ángulos extraños.



Serafina se arrastró varios metros por el claro del ángel antes de levantarse por fin. Temblaba de miedo de la cabeza a los pies. Volvió a mirar el cuerpo de la niña que yacía en el suelo. Tenía el cabello rubio y llevaba un vestido amarillo. ¡Un vestido amarillo! ¿Cómo era posible?

La niña estaba boca abajo. Serafina no le veía la cara, solo el pelo, las piernas enfermizamente pálidas y los dedos doblados.

En el instante en que daba un pasito inseguro hacia el cuerpo para mirarlo de cerca, uno de los dedos se agitó.

Serafina pegó un brinco hacia atrás y buscó la protección de Gidean. El perro, ladrando y gruñendo, mostró sus relucientes colmillos.

La mano se dobló. Un brazo se desplazó primero, luego una pierna. Parecía un cadáver saliendo a rastras de su tumba.

El instinto de Serafina le gritó que corriera, pero se obligó a quedarse allí.

El cuerpo se puso a gatas despacio, la cara oculta por el cabello que caía lacio a su alrededor.

Serafina no quería ni imaginar el aspecto que tendría esa cara. Horrorizada, daba por supuesto que estaba a punto de ver el rostro de un cadáver, sangre y carne putrefacta.

El ser se puso de pie.

Serafina lo observaba paralizada por el terror. Previendo el ataque del zombi, Gidean lanzaba dentelladas al aire.

En aquel momento la cabeza se giró despacio, el cabello se separó y Serafina alcanzó a ver el rostro. Allí no había ningún monstruo putrefacto,

sino los rasgos perfectos y los ojos, azules y lúcidos, de Clara Brahms. La niña abrió la boca para pedir con una voz dulce y desesperada:

—Por favor, ¿me puedes ayudar?

Serafina se quedó de piedra, estupefacta. ¡Clara estaba viva! La tenía delante, con su vestido amarillo tan brillante y alegre como una mañana de domingo. Tanto su cuerpo como su alma se habían liberado.

—Me acuerdo de ti —le dijo Clara a Serafina. Le tomó la mano. Serafina dio un respingo por instinto, pero la mano que aferraba la suya era cálida, llena de vida—. Te vi —prosiguió Clara—. Te llamé. Sabía que me ayudarías. ¡Lo sabía!

Demasiado impresionada para hablar o para responder a Clara por gestos, Serafina se giró a mirar el claro. Ahora que el humo se había disipado, pudo ver los cuerpos de muchos niños y adultos tendidos sobre la tierra.

Las víctimas de la capa despertaron despacio como si acabaran de regresar de una noche muy larga plagada de pesadillas. Algunos se sentaron en el suelo y se quedaron allí un buen rato, desconcertados. Otros se levantaron y miraron a su alrededor.

Una chica alta de melena larga y ensortijada se acercó a Serafina y se dirigió a ella en ruso. Parecía muy amable, pero asustada y ansiosa por reunirse con su padre y su perro.

Y había también un joven, que no entendía nada de nada.

—¿Han visto mi violín? —preguntaba una y otra vez—. Me parece que lo he perdido...

Un niño con una mata de pelo castaño enfundado en una enorme levita de cochero tocó el brazo de Serafina.

—Perdone, señorita Serafina, ¿ha visto al señorito? Tengo que volver a casa. Mi padre debe de estar preocupadísimo por mí y hay que dar de comer a los caballos. ¿Sabe usted qué camino debo tomar para llegar a Biltmore?

—¡Nolan! ¡Eres tú! ¡Estás vivo! —Serafina le echó los brazos al cuello y lo abrazó—. Cuánto me alegro de verte. No te preocupes. Te llevaré a casa.

—Está sangrando, señorita —observó el chico al tiempo que señalaba el cuello de Serafina.

Ella se tocó la herida. Si bien aún le dolía, había dejado de sangrar.

—Estoy bien —dijo. En realidad había sufrido múltiples cortes y heridas, pero le daba igual. Estaba encantada de seguir con vida.

Miró a todos los niños, exhaló un largo suspiro y sonrió. Experimentaba una tremenda sensación de alivio, una inmensa alegría. Estaban vivos. Estaban a salvo. Serafina los había rescatado.

En aquel momento vio a una mujer de pelo largo, castaño con vetas doradas, tendida en el suelo entre las víctimas. Aunque parecía débil y confusa, respiraba y se movía.

Serafina caminó hacia ella. Se arrodilló para consolarla. Cuando le tomó el brazo para ayudarla a levantarse, se fijó en que tenía delante a una mujer delgada y musculosa, aunque más desorientada que los demás.

—¿Dónde están mis hijos? —musitó la mujer con una voz pastosa y difícil de entender.

Nolan se acercó a la temblorosa dama para envolverla en su chaqueta. Mientras tanto, ella se palpaba el cuerpo torpemente, con las palmas abiertas, como si tuviera los dedos entumecidos y no pudiera doblarlos.

—Está usted a salvo —la tranquilizó Serafina—. Se pondrá bien.

La mujer no levantó la vista del suelo. El cabello le colgaba alrededor de la cabeza. Cuando Serafina se lo retiró despacio, se quedó de una pieza. Era la mujer más hermosa que Serafina había visto jamás. Tenía una tez pálida y perfecta, pómulos altos y protuberantes, mejillas largas y angulosas. Sin embargo, su rasgo más impactante eran los ojos de color ámbar.

Serafina frunció el ceño. Miró a la mujer, presa de la confusión y la perplejidad. Creía reconocerla y, sin embargo, estaba segura de no haberla visto en la vida.

Fue en aquel momento cuando comprendió que tenía la sensación de estar mirando su propio reflejo en un espejo.

Serafina abrió la boca para hablar, pero le temblaba tanto la voz que apenas pudo pronunciar las palabras.

—¿Quién eres?



La mujer no respondió a la pregunta. Se frotó los ojos y la cara con el dorso de las manos y luego miró a su alrededor con ojos vidriosos. Observó el bosque y el claro del ángel como si no entendiese dónde estaba o cómo había llegado allí. Luego corrió a trompicones hacia la boca de la madriguera oculta bajo las raíces del sauce.

—¿Dónde están mis hijos? —preguntó, frenética.

Sin comprender el grave peligro que entraña entrar en la guarida de un puma, la mujer se inclinó hacia la boca de la madriguera y se asomó al interior. Por lo visto, pensaba que sus hijos estaban allí dentro. Serafina se compadeció de ella. La pobrecilla debía de haber perdido la chaveta durante su encierro en la capa. Temiendo que la leona atacara a la mujer, Serafina intentó alejarla de allí. Sin hacerle caso, la otra emitió una serie de siseos bruscos, guturales, y los cachorros de puma salieron de la madriguera bamboleándose como acudiendo a su llamada. Riendo, la mujer se arrodilló y abrazó a los cachorros, que se frotaban contra su cuerpo sin dejar de ronronear.

Serafina se crispó, convencida de que la leona saldría en cualquier momento y se abalanzaría sobre ella. Sin embargo, cuando echó un vistazo a la madriguera, no vio a la madre puma por ninguna parte. Nerviosa, Serafina volvió la mirada hacia los árboles, por si andaba por allí.

La mujer, todavía arrodillada entre los cachorros, levantó las manos y se miró las palmas como si la asombraran infinitamente. Después de abrir y cerrar los dedos unas cuantas veces, sonrió. Se frotó los brazos y la cabeza, se aplastó el pelo con las manos como quien acaba de despertar de una

horrible pesadilla y quiere asegurarse de que sigue de una pieza. Por fin se levantó, miró el firmamento nocturno y lanzó un gran suspiro de alivio. A continuación se giró rápidamente y, ciñéndose la chaqueta de Nolan al cuerpo, soltó una carcajada. Echó la cabeza hacia atrás y gritó a las estrellas:

—¡Soy libre!

Sin dejar de sonreír, la mujer miró a su alrededor con un nuevo brillo en los ojos. Observó el cementerio, el ángel de piedra, a las otras víctimas. Luego volvió la vista hacia Serafina. Se quedó helada. Perdió la sonrisa. Dejó de moverse. Solo podía mirar a la niña.

El corazón de Serafina le aporreaba el pecho despacio.

—¿Por qué me miras así?

De golpe y porrazo, la mujer se abalanzó sobre ella a la velocidad del rayo. Serafina retrocedió para defenderse, pero la otra la atrapó con facilidad y la sujetó por los hombros para verle bien la cara.

—¡Eres tú! —exclamó la mujer, atónita—. ¡Eres realmente tú! ¡No me lo puedo creer!

—Yo... No te entiendo —balbuceó Serafina, que intentaba apartarse de ella.

—¿Cómo te llamas, niña? —le preguntó—. ¡Dime tu nombre!

—Serafina —musitó ella, que miraba a la mujer con unos ojos como platos.

—Deja que te vea —pidió la otra. Obligó a Serafina a girarse a un lado y a otro, como si quisiera inspeccionarla—. ¡No me lo puedo creer! ¡Qué mayor te has hecho! Eres preciosa. ¡Maravillosa!

A Serafina le daba vueltas la cabeza según la invadía una nueva ola de confusión. ¿Qué le pasaba a esa mujer, en el nombre del cielo?

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Serafina.

La mujer dejó de hacer aspavientos y la miró con expresión compasiva.

—Perdona —repuso con dulzura—. Había olvidado que no me conoces. Me llamo Leandra.

El nombre no significaba nada para Serafina, pero los ojos de la mujer, su voz, su rostro... todo en ella la hipnotizaba. Se sentía igual que si tuviera fuego chisporroteando en la mente.

—Y ¿quién eres? —repitió, ahora apretando los puños con ademán frustrado.

—Ya sabes quién soy —respondió Leandra, que la observaba con atención.

—¡No, no lo sé! —gritó Serafina a la vez que pateaba el suelo con fuerza.

—Soy tu madre, Serafina —dijo la mujer con suavidad. Alargó la mano y acarició el rostro de Serafina por primera vez.

La niña se quedó muy quieta y callada. Frunció el ceño confundida. ¿Cómo era posible algo así? Observó el rostro de la mujer e intentó sacar conclusiones a partir de los rasgos, deducir si debía creer lo que veían sus ojos. Serafina tenía la boca más seca que una piedra. Se humedeció los labios y luego los apretó. Tomó aire por la nariz. Hizo esfuerzos por respirar con normalidad según observaba el cabello de la mujer, sus manos, su cuerpo musculado. Sin embargo, fueron los ojos, más que ninguna otra cosa, lo que la indujo a creerla. Tenía delante a su madre.

Notó calor en las mejillas. Súbitamente, se le saltaron las lágrimas, que empezaron a rodar por sus mejillas. La imagen de su madre se emborronó. Exhaló un suspiro que mudó en un sollozo y luego en un llanto descontrolado. La madre de Serafina tendió las manos para atraer a su hija hacia sí.

—Vamos, gatita, no pasa nada —decía, aunque los sollozos de la propia madre se entremezclaban con los de la hija.

Cuando Serafina recuperó el habla, la emoción empañaba su voz hasta tal extremo que solo consiguió pronunciar una palabra, frágil y ahogada.

—¿Cómo? —preguntó.



Los niños y los adultos que habían escapado de la capa deambulaban por el cementerio. Algunos hablaban entre ellos, preguntándose dónde estaban y qué les había pasado, si bien sus mentes seguían sumidas en la confusión. Muchos se encontraban demasiado perplejos como para decir nada. Nolan, Clara y los otros niños se apiñaban juntos por allí cerca, por cuanto habían reconocido a Serafina, pero varios adultos se alejaron perplejos, haciendo esfuerzos por recordar sus vidas y a sus familias. Un hombre miraba una lápida con atención.

—Ese soy yo —dijo impresionado—. Es mi nombre. Mi esposa y mis hijos debieron de pensar que había muerto...

Serafina acababa de adivinar por qué había tumbas vacías en el cementerio, aunque seguía sin comprender cómo era posible que la mujer que tenía delante fuera su madre.

—¿Qué te pasó? —le preguntó.

Brillaron estrellas en los hipnóticos ojos de la mujer.

—Soy un *catamount*, Serafina, una mujer puma —respondió. Su aliento se condensaba en el gélido aire mientras hablaba—. Mi alma está dividida en dos.

Serafina respiró despacio al tiempo que intentaba entender lo que decía su madre, pero la explicación no tenía ni pies ni cabeza.

—Ven —sugirió Leandra con dulzura a la vez que le tocaba el brazo—. Siéntate aquí conmigo un momento —se sentaron junto al pedestal del ángel, cara a cara—. Hace mucho tiempo yo vivía en un pueblo cercano.

Era una mujer normal, pero poseía la capacidad de transformarme en puma a voluntad.

Mientras Serafina escuchaba la historia de su madre, el mundo se desvaneció. El aire frío, las lápidas, las otras víctimas de la capa... Todo desapareció salvo la voz tranquila y reconfortante de la mujer.

—Estaba casada con un hombre al que quería muchísimo y con el que iba a formar una familia. Estaba embarazada. Él también era medio puma, y pasábamos mucho tiempo juntos aquí, en el bosque, corriendo y cazando.

Según hablaba, la madre retiraba con suavidad la nieve que caía sobre el cabello de Serafina.

—Pero eran tiempos difíciles para todos. Las malas artes de una fuerza oscura estaban extinguiendo esta zona del bosque.

Serafina miró los restos de la capa negra y las marcas chamuscadas en la tierra.

—Un día —prosiguió Leandra—, caminaba por un sendero bajo mi forma humana cuando una profundísima oscuridad me atacó.

—El hombre de la capa negra —susurró Serafina.

—Mientras luchábamos, me envolvió con su capa. Me enfrenté a él con toda mi alma, pero era demasiado fuerte. Mi marido me oyó gritar y acudió corriendo a ayudarme. Ni siquiera entre los dos pudimos vencerlo. Vi al hombre de la capa negra derribar a tu padre. En cuestión de segundos, los pliegues negros de la capa me iban a absorber. Estaba aterrada. Temía por la vida de los niños que llevaba dentro, así que me transformé en puma y peleé con uñas y dientes, pero la capa bebió la parte humana de mi alma. Libré la batalla más encarnizada que ninguna madre leona haya librado jamás y, aunque al fin logré escapar, la capa me había sesgado.

—No entiendo nada —dijo Serafina—. ¿A qué te refieres? ¿Qué significa «sesgar»?

—La capa negra me dividió en dos, Serafina. Absorbió la parte humana de mi alma, como era su intención, pero nunca antes se había enfrentado a una mujer puma.

—Quedaste atrapada en el cuerpo de la leona... —dedujo Serafina, sorprendida.

—Sí —confirmó Leandra con la voz ronca—. Estaba muerta de pena. No encontraba a tu padre y di por supuesto que había muerto. Mi alma, mi

cuerpo, mi amor; todo me fue arrebatado, roto en pedazos. No quería seguir viva.

Los susurros de la mujer mudaron en silencio. Serafina se acercó aún más si cabe a su madre.

—Pero estabas embarazada —apuntó para animarla a continuar.

—Eso es —asintió ella, y levantó la cabeza—. Estaba embarazada. Era lo único que me mantenía en pie. Di a luz unos meses más tarde, pero las cosas no salieron como debían. Tú fuiste la única de mis cuatro hijos que sobrevivió, y no sabía si llegarías al amanecer. ¿Y qué nos deparaba el futuro? Tú eras humana y yo no. ¿Cómo te iba a criar?

—¿Y qué pasó? —quiso saber Serafina.

—Aquella misma noche oí los pasos de un hombre que estaba recorriendo el bosque —prosiguió Leandra—. Tomándolo por un enemigo, estuve a punto de matarlo. Merodeé en la oscuridad y lo observé durante mucho rato. Intentaba leer su corazón. ¿Era una buena persona? ¿Emanaba fuerza o debilidad? ¿Defendería su madriguera con uñas y dientes? No era tu verdadero padre pero sí un ser humano y yo no tenía otra opción. Dejé que se llevara a mi hija. Recé para que te trasladara al mundo de los humanos y se asegurara de que alguien cuidara de ti pues, por más que me partiera el corazón, yo no podía hacerlo.

—¡Ese era mi padre! —exclamó Serafina.

Leandra sonrió y asintió.

—Era tu padre, en efecto. Estabas acurrucada y tan ensangrentada que apenas te pude ver bien aquella noche. La verdad es que no sabía si sobrevivirías, Serafina, y temía que, si lo hacías, sufieras terribles deformidades. No sabía si serías una niña normal.

Serafina se quedó muy callada. Luego levantó la vista para mirar a su madre. En el tono más quedo del mundo, preguntó:

—¿Lo soy?

El rostro de su madre estalló de alegría. Echó los brazos al cuello de Serafina y se rio con ganas.

—¡Pues claro que sí, Serafina! Eres preciosa. Eres perfecta. ¡Mírate! Dios mío, jamás en toda mi vida he visto una niña tan maravillosa y hermosa. La noche que naciste, temí que el hombre te echara un vistazo y te ahogara en un cubo como a una cabra que no vale para nada. Albergaba infinidad de temores absurdos y horribles. Pero aquí estás. ¡Viva! Y perfecta en todos los sentidos.

Cuando Serafina alzó la vista al cielo, vio las estrellas borrosas y titilantes. Se enjugó las lágrimas de los ojos. Notaba el corazón a punto de estallar. Levantó los brazos y abrazó a su madre. Estrechándola con fuerza, notó su calor, su fuerza, su alegría y su felicidad. Y su madre la abrazaba a su vez, casi ronroneando de dicha mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, y los cachorros, el hermanastro y la hermanastra de Serafina, jugaban a sus pies, contentos de participar en aquella reunión familiar.

—Salta a la vista que tu padre te ha criado bien, Serafina —observó la madre al tiempo que se separaba de ella una pizca para poder mirarla a los ojos—. Cuando te vi en el cementerio la primera vez, te tomé por una intrusa y te atacé instintivamente. Después de doce años, tenía mucho de animal y muy poco de ser humano. Hasta esta noche, cuando he visto tus ojos de cerca, no he comprendido quién eras. ¡Y ahora estás aquí! Y me has liberado, Serafina. Tras doce años, has sanado mi alma. ¿Te das cuenta? Vuelvo a estar completa gracias a ti. Tengo brazos, tengo manos, puedo reír y besarte. Me has rescatado. ¡Y mírate! Eres el gatito más maravilloso que cualquier madre pueda desear: tienes un corazón fiero, unas garras afiladas, eres rápida y hermosa.

Las mejillas de Serafina ardieron y su corazón se hinchó de orgullo. Entonces miró a los niños que la esperaban.

—El hombre de la capa negra tuvo la culpa de todo —dijo.

—Sí —Leandra se volvió a mirar los rostros perplejos y asustados de los niños que se apiñaban entre las tumbas—. Me parece que no saben lo que les ha pasado.

—Pero tú sí... —observó Serafina, mirando a su madre.

La mujer asintió.

—La capa negra solo se llevó la mitad de mi alma.

—Debió de ser horrible —se estremeció Serafina, que intentaba imaginarlo—. ¿Y por qué últimamente solo capturaba niños?

—El señor Thorne llevaba muchos años viviendo en esta zona. Para que no lo descubrieran, se limitaba a capturar un alma de tanto en tanto, cuando descubría una cualidad que le interesaba particularmente —le explicó su madre—. Sin embargo, tuvo algún problema. La capa empezó a pasarle factura. Su cuerpo envejecía por momentos. Se estaba muriendo.

—La piel del guante... —se horrorizó Serafina.

—Empezó a robar almas de niños no solo a causa de sus cualidades sino porque ellos poseían lo único que necesitaba con desesperación.

—Eran jóvenes... —concluyó Serafina—. ¿Cómo te has enterado de todo eso?

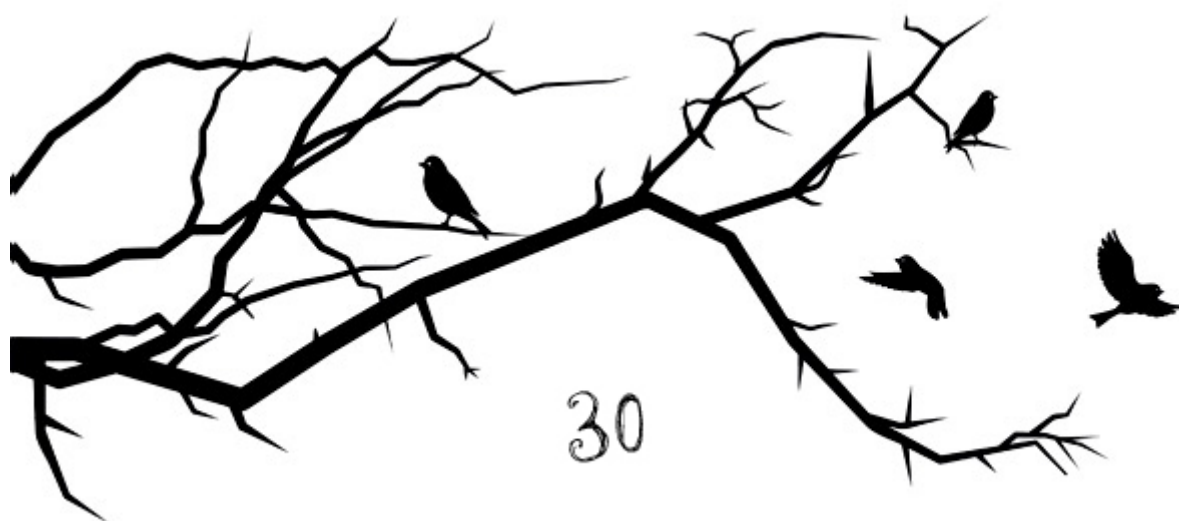
Leandra se levantó y ayudó a su hija a hacer lo propio.

—Tenemos mucho de lo que hablar, Serafina —dijo—. Sin embargo, antes debemos llevar a esos niños a casa, con sus padres.

—Pero... —empezó Serafina. Quería seguir hablando, saber más, y le daba muchísimo miedo que algo le arrebatase a su madre otra vez.

—No te preocupes —la tranquilizó ella a la vez que apoyaba una mano en el rostro de su hija con suavidad—. Tenemos mucho tiempo. Estoy aquí y vuelvo a ser yo misma. A partir de ahora, te enseñaré todo lo que pueda, como hacen las madres. Y tú me hablarás de tu vida también para ayudarme a regresar a ese mundo del que llevo tanto tiempo ausente. Ahora estamos juntas, Serafina. Somos una familia y nadie nunca volverá a romper el lazo que nos une —las lágrimas corrían por el rostro de Leandra—. Ahora, por encima de todo, quiero que sepas lo mucho que te quiero. Te quiero, Serafina. Siempre te he querido.

—Yo también te quiero, mamá —repuso ella con la voz rota a la vez que le echaba los brazos al cuello y lloraba en el seno de su madre.



Detrás de los últimos árboles del bosque, Serafina miró hacia la Casa Biltmore. El sol empezaba a asomar en un cielo despejado y ahora bañaba con su luz dorada la fachada de la mansión.

Un nutrido grupo de hombres y mujeres, a pie y a caballo, se había reunido en el jardín. Había damas y caballeros, criados y trabajadores, y todos daban muestras de tener mucha prisa.

Están organizando una búsqueda, pensó Serafina.

El señor y la señora Vanderbilt estaban allí, muy preocupados por la desaparición de otro niño. La señora Brahms acompañaba a su marido, que iba vestido con resistentes prendas de montaña. El señor Rostonov había acudido también, con el perro de su hija en los brazos. Incluso la joven criada y el lacayo, la señorita Whitney y el señor Pratt, habían salido a echar una mano, al igual que el cocinero jefe, el mayordomo, su ayudante y numerosos sirvientes y mozos de cuadra.

—Tenemos que darnos prisa si queremos encontrarla —gritó Braeden antes de encaramarse a su montura con un movimiento rápido y seguro.

Cuando vio a su amigo, el corazón de Serafina se caldeó. En aquel momento comprendió lo que veían sus ojos. Era Braeden quien había organizado aquella partida. El grupo estaba a punto de partir al bosque con el fin de encontrar a Serafina.

—Por favor, agrúpanse todos —gritó Braeden a lomos de su caballo. Serafina nunca lo había visto comportarse con tanta seguridad, asumir el mando como un adulto y demostrar tanta decisión. Los había reunido a

todos, ricos y pobres, invitados y sirvientes. Una oleada de gratitud recorrió el cuerpo frío y cansado de la niña.

Entonces vio a su padre. Debía de haber encontrado la cama de Serafina vacía a primera hora de la mañana. A pesar de todos sus miedos, había pedido ayuda a los Vanderbilt, aun sabiendo que al hacerlo revelaría la existencia de su hija y el hecho de que ambos vivían en el sótano.

Braeden se giró para tender algo a los adiestradores de los perros.

—Dadles esto —ordenó al tiempo que le tiraba un trozo de tela al jefe de los entrenadores. Los cuatro sabuesos aullaron y tironearon de sus correas como si hubieran olido un mapache.

—He buscado al señor Thorne para que se uniera a la búsqueda —dijo el señor Bendel desde lo alto de su purasangre—. Pero no lo encuentro por ninguna parte.

Ni lo encontrarás, pensó Serafina con satisfacción mientras observaba los preparativos. *Nunca*.

—Señor Bendel, si es usted tan amable, guíe a ese grupo de ahí en dirección este —indicó Braeden—. Tío, tal vez tú quieras llevar a tus lacayos hacia el oeste —Braeden se volvió hacia los adiestradores—. Cuando le he dado a oler a Gidean una prenda de Serafina, ha salido corriendo hacia el norte, así que la buscaremos por esa zona...

Braeden se giró en su montura para indicar el rumbo.

Y permaneció en esa postura, esperando a los demás.

En aquel momento, sabiendo que Braeden la vería, Serafina salió entre los árboles.

Sin dar crédito a sus ojos, Braeden levantó las riendas, obligó a su caballo a dar media vuelta y clavó la vista en el follaje que se extendía al otro lado del césped. Su mirada encontró a Serafina y una sonrisa se extendió por su semblante. El alivio y la felicidad que lo invadieron fue palpable.

—¿Quién es? —preguntó el señor Vanderbilt, confuso.

—¿Es la niña que estamos buscando? —intervino la señora Vanderbilt.

Todos se volvieron a mirar a Serafina, que seguía plantada a la salida del bosque con su vestido roto. Hoy no se escondía. Por primera vez en su vida, la estaban viendo de verdad. Todos los habitantes de la casa. Se quedó allí, esperando a que el aturdido grupo asimilara lo que tenía delante. El asombro general no se debía únicamente a la presencia de una niña solitaria en el lindero del bosque, sino también a la criatura que se

erguía a su lado: un enorme puma adulto. Serafina había posado la mano en el pescuezo del animal con gesto protector y cariñoso. El puma no solo estaba allí sino que la acompañaba, imponente y silencioso.

Al otro lado de Serafina había un dóberman negro. Gidean. El perro llevaba un corte rojo de sangre pero se plantaba junto a Serafina fuerte y orgulloso, consciente de que había librado una guerra, y la había ganado.

Braeden sonrió.

—Sabía que la encontrarías, amigo —musitó.

Cuando un jovencito cubierto con una levita de cochero salió de los bosques y caminó hasta colocarse junto a Serafina, una expresión de pasmo y felicidad se extendió entre los integrantes del grupo que lo contemplaba todo desde la casa. A continuación apareció una niña. Luego varios chiquillos más. Pronto, todo un corro de niños rodeó a Serafina y a sus dos animales en el lindero del bosque.



Durante unos instantes, nadie se movió ni pronunció palabra. Ninguno de los presentes podía creer lo que veían sus ojos.

Entonces el perrito blanco abandonó de un brinco los brazos del señor Rostonov y echó a correr tan deprisa como le permitían sus patas. Perplejos, todos observaron en silencio cómo el animal cruzaba el césped ladrando y saltaba contento a los brazos de una niña de cabello negro carbón, que se rio y lo achuchó mientras lo cubría de besos.

—¡Anastasia! —exclamó el señor Rostonov.

Anastasia Rostonova corrió hacia su padre. Se besaron en las mejillas y ella le echó los brazos al cuello llorando de pura felicidad. Viendo al señor Rostonov reunido por fin con su hija perdida, Serafina tuvo ganas de saltar y gritar.

—¡Ahí está mi hijo! —señaló el padre de Nolan—. Vamos —les dijo a los demás—. ¡Son los niños! ¡Están vivos! ¡Todos han regresado sanos y salvos!

Nolan abrazó a su padre mientras los otros mozos de cuadra le propinaban al chico palmaditas en la espalda y lo felicitaban por su regreso, y Serafina advirtió lo mucho que Braeden se alegraba de comprobar que Nolan seguía vivo y bien.

Clara Brahms corrió hacia sus padres y los rodeó con los brazos.

—Oh, cariño, cariño mío, por fin has vuelto —exclamaba la señora Brahms al tiempo que abrazaba a su hijita—. Te hemos buscado por todas partes.

Mientras los niños perdidos y sus padres se fundían en alegres abrazos, Serafina se quedó a la entrada del bosque con la leona de montaña. Su madre llevaba muchos años viviendo en tierras salvajes y no estaba lista para regresar al mundo de los humanos, en particular ahora que tenía varios cachorros en su guarida a los que cuidar. *Mis hermanos*, sonrió Serafina. Vio a su madre mirar la casa con atención, observar a la multitud de personas y perros congregada en el jardín. Luego se volvió hacia su hija. La niña le devolvió la mirada. Sabía lo que estaba pensando. Cuando la leona la olisqueó, Serafina la abrazó, la besó y le acarició el poderoso lomo.

—Nos veremos muy pronto, mamá —prometió—. Iré a veros a la madriguera.

La leona dio media vuelta y desapareció entre la maleza.

Volviéndose hacia la casa otra vez, Serafina vio a Braeden cabalgando hacia ella y se emocionó tanto que tuvo que contener un grito. El chico desmontó y soltó las riendas. Se quedó plantado ante ella, la miró y, durante algo parecido a una eternidad, no pronunció palabra. Serafina era consciente de que llevaba hojas y ramas prendidas a la melena, de que tenía arañazos y cortes en el cuello y en la cara. El precioso vestido que su amigo le había regalado estaba sucio de tierra y sangre, desgarrado por varios sitios. Pero al ver la deslumbrante sonrisa de Braeden a la luz cálida del alba, supo que a su amigo le importaba un comino todo eso; sencillamente, estaba feliz de verla.

—Me gusta lo que has hecho con el vestido —dijo él.

—Seguro que se pone de moda este año —repuso ella.

Se rieron con ganas y, acercándose, se fundieron en un abrazo.

—Bienvenida a casa —dijo Braeden.

—Me alegro mucho de haber vuelto —afirmó Serafina. Qué agradable era tener a Braeden entre los brazos, cálido, fuerte y leal. Por fin se había hecho realidad lo que siempre había soñado, tener un amigo, alguien con quien charlar, con quien compartir sus secretos. No sabía lo que le deparaba el futuro. Le bastaba con saber que Braeden estaría a su lado cuando llegara.

Al cabo de unos segundos, su pensamiento retornó a los acontecimientos de la noche. Cuando estuvieran solos se lo contaría todo, pero ahora mismo no hacía falta.

—Todo ha terminado —dijo.

—¿De verdad era Thorne? —preguntó Braeden.

Serafina asintió.

—La capa está destruida y la rata ha muerto.

Braeden la miró.

—Eres increíble, Serafina. Perdona por no haberte creído.

Sintiéndose excluido de la bienvenida, Gidean ladró. Braeden se arrodilló y abrazó a su feliz amigo, que no paraba de contonear la breve cola.

—Lo has conseguido, chico —lo felicitó al tiempo que le frotaba la cabeza.

—Gracias por enviarlo —dijo Serafina, que se había arrodillado a su lado.

—Sabía que te encontraría.

—Ya lo creo que me encontré, justo a tiempo, y luchó como un campeón —comentó ella al recordar el heroico salto de Gidean. Se volvió hacia Braeden—. Lo hemos conseguido —dijo—. Tú, Gidean y yo. Hemos encontrado al hombre de la capa negra y lo hemos vencido.

—Formamos un buen equipo —asintió Braeden.

Mientras hablaba con su amigo, Serafina vio a su propio padre plantado a lo lejos. La miraba sorprendido, aliviado e inseguro, todo a un tiempo. Saltaba a la vista, a juzgar por su expresión de asombro, que no daba crédito a lo que veía. Serafina imaginó lo que estaría pensando. Su hija, la niña que había estado ocultando y protegiendo desde que nació, estaba ahora ahí fuera, a plena luz del día. Se había internado en lo más profundo del bosque. Había caminado al lado de un león de montaña. Y había regresado a casa con él, trayendo consigo a los niños perdidos. Y, por si fuera poco, ahora charlaba tranquilamente con el joven amo Vanderbilt como si fueran amigos íntimos.

Serafina miró a su padre y pensó en todo lo que había hecho por ella, en los riesgos que había corrido, en las cosas que le había enseñado, y lo amó más que nunca.

—Era tal como me dijiste, papá —le dijo cuando se acercó a él—. Abundan los misterios en el mundo, tanto oscuros como luminosos.

Cuando lo rodeó con los brazos, su padre la abrazó con fuerza. Luego la columpió en grandes círculos mientras ella gritaba y reía a carcajadas.

Devolviéndola al suelo por fin, la miró y le tomó las manos.

—Dichosos los ojos, niña. Casi me muerdo de la preocupación, pero estoy orgulloso de ti, muy orgulloso.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, Sera —repuso él, mirándola a los ojos. Echó un vistazo a la algarabía que los rodeaba antes de girarse hacia ella otra vez—. No tiene ninguna importancia ahora mismo, pero por fin he conseguido reparar la dinamo —reveló, contento—. Y he puesto un buen cerrojo en el cuarto de la electricidad.

—Pues claro que importa, papá. Importa muchísimo —sonrió Serafina al recordar que el señor Thorne había saboteado la dinamo para sumir Biltmore en tinieblas noche tras noche.

—Disculpe, señor, necesito que me preste a su hija un momento —le dijo Braeden al padre de Serafina a la vez que tomaba la mano de su amiga para arrastrarla consigo.

—¿Adónde me llevas? —preguntó ella nerviosa mientras Braeden se abría paso entre el gentío reunido delante de la mansión.

—Tía, tío, esta es la chica de la que os hablé —dijo después de obligarla a plantarse delante de los Vanderbilt—. Esta es Serafina. Ha estado viviendo en el sótano sin que nadie lo supiera.

Serafina no se lo podía creer. Braeden lo había soltado todo, su nombre, dónde vivía, ¡todo!

Levantó los ojos despacio y miró al señor Vanderbilt, preparada para lo peor.

—Me alegro mucho de conocerte, Serafina —dijo el amo de la casa, jovial y sonriente, antes de estrecharle la mano—. Te comunico, jovencita, que acabas de convertirte en mi heroína. Eres mi Diana, diosa de los bosques y de los cazadores. De hecho, erigiré una estatua en tu honor en lo alto de la montaña más alta, para que se vea desde toda la casa. Has conseguido algo que ni yo, ni la policía ni los detectives privados hemos sido capaces de hacer. Has traído a los niños de vuelta. Es maravilloso, Serafina, maravilloso. ¡Bravo!

—Gracias, señor —respondió Serafina, roja como un tomate. Nunca lo había visto tan entusiasmado. Serafina se rio para sus adentros por haber pensado que sus elegantes zapatos eran el origen de todos los males. Ahora le parecía absurdo haber sospechado de él.

—Bueno, Serafina, cuéntame lo que ha pasado —pidió el señor Vanderbilt—. ¿Cómo te las has arreglado para encontrar a los niños?

Serafina quería revelárselo, explicárselo todo, igual que un orgulloso cazarratones cuadrúpedo que deja el botín nocturno junto a la puerta de su

amo. Pero entonces recordó lo sucedido, la capa, el cementerio. Eran adultos. Y humanos. En realidad no querían conocer los escabrosos detalles de sus cacerías de ratas.

—Los niños estaban en el bosque, señor —dijo—. Solo había que encontrarlos.

—Pero, ¿dónde? —se extrañó él—. Los buscamos por todas partes.

—En el viejo cementerio —repuso Serafina.

El señor Vanderbilt frunció el ceño.

—¿Y cómo llegaron allí? ¿Por qué no volvieron?

—El viejo cementerio está tan invadido por las plantas que se ha convertido en una especie de laberinto. Si te pierdes allí dentro, aunque sea sin querer, no puedes salir fácilmente. Está muy oscuro.

—Pero tú has salido, Serafina —objetó el hombre, ladeando la cabeza.

—Me oriento bien en la oscuridad.

—Y además te han herido —observó señalándole el cuello y las otras heridas con un gesto—. Viéndote, cualquiera pensaría que has luchado con el mismísimo diablo.

—No, no, ni mucho menos, señor —protestó ella, que ahora se tapaba los pegotes del cuello con timidez—. Solo me enredé con una zarza muy antipática. Se curarán. Pero los niños estaban hambrientos y asustados cuando los encontré, señor, muy confundidos, y contaban espantosas historias acerca de fantasmas y espíritus malignos. Estaban aterrorizados.

—Me parece a mí que todos habéis pasado por una horrible experiencia —musitó el señor Vanderbilt en un tono que denotaba tanto compasión como respeto.

—Sí, señor. Y deberíamos asegurarnos de que ninguno de los invitados vuelva a internarse en esa zona, ni ahora ni en el futuro —sugirió Serafina, pensando en la guarida de su madre y hermanos—. Sería preferible dejar el viejo cementerio en paz.

—Sí, tienes razón —asintió él—. Les diremos a los visitantes que se mantengan alejados de esa parte del bosque. Es muy peligrosa.

—Sí, señor.

—Bueno —dijo el caballero por fin. Lanzó un suspiro de alivio y volvió a mirar a Serafina—. Está claro que no entiendo todo lo que ha pasado, pero reconozco a un héroe cuando lo veo.

—Dirás a una heroína —intervino la señora Vanderbilt, que le tendió la mano a Serafina al estilo de una dama elegante. A toda prisa, Serafina

trató de recordar qué hacían las jóvenes damas en esos casos, y le estrechó la mano lo mejor que supo. Comparada con la suya, la mano de la señora de la casa era suave y delicada al tacto, muy distinta también de la zarpa nervuda y tensa de su madre.

—Me alegro mucho de haberte conocido por fin, Serafina —prosiguió la señora Vanderbilt, muy sonriente—. Ya me parecía a mí que Braeden había trabado amistad con alguien. Aunque no conseguía averiguar quién era.

—Yo también me alegro de conocerla, señora Vanderbilt —repuso Serafina, adoptando el aire más digno y adulto posible.

—Braeden nos ha dicho que vives en nuestro sótano. ¿Es verdad? —preguntó la dueña de la casa con amabilidad.

Serafina asintió, aterrada ante lo que pudiera oír a continuación.

—¿Trabajas en el sótano, Serafina? —quiso saber la señora Vanderbilt.

—Sí —respondió Serafina. Una chispa de orgullo se encendió en su interior—. Soy la JBAR.

—Disculpa, cariño. Me temo que no sé lo que significa.

—Soy la jefa de la brigada antirratas de la Casa Biltmore.

—Ay, madre —exclamó la señora Vanderbilt, sorprendida. Miró a su marido y luego a Serafina otra vez—. Confieso que ni siquiera sabía que tuviéramos una.

—Pues sí, la tienen, y desde hace tiempo —afirmó Serafina—. Desde que yo tenía seis o siete años.

—Debe de ser un trabajo importantísimo —observó el señor Vanderbilt.

—Ya lo creo. Y me lo tomo muy en serio —respondió la niña.

—Y tan en serio —intervino Braeden.

Haciendo esfuerzos por no sonreír, Serafina le propinó un codazo.

—Bueno, en cualquier caso, gracias, señorita Serafina —prosiguió la señora Vanderbilt con dulzura—. Todos te agradecemos lo que has hecho. Con lo pequeñita que eres. Sinceramente, no entiendo cómo lo has conseguido, pero has traído a los niños a casa y eso es lo que importa. Gracias a ti, volveremos a oír sus risas en Biltmore. Eso me hace muy feliz.

—Amén —concluyó el señor Vanderbilt, asintiendo. A continuación se volvió hacia el padre de Serafina—. Y usted, señor, ¿dónde ha tenido escondida a esta hija suya todos estos años?

—Es una buena chica, señor —alegó el hombre en un tono tan orgulloso como protector según se acercaba al grupo. Serafina advirtió que le preocupaba la reacción del señor Vanderbilt.

—No lo dudo —repuso el dueño de la casa entre risas—. Y estoy seguro de que su padre ha tenido algo que ver en ello.

—Gracias, señor —respondió el otro, atónito ante las generosas palabras. El señor Vanderbilt le estrechó la mano. Serafina vio alivio en el semblante de su padre cuando se volvió a mirarla.

Ahora el caballero contemplaba a su sobrino.

—Y usted, señorito, ¿dónde tenía escondida a esta nueva amiga suya?

—Por ahí —le espetó Braeden con una sonrisa traviesa—. Créame, señor, sabe esconderse muy bien.

—Bueno, tengo que reconocer una cosa, Braeden —prosiguió su tío a la vez que le rodeaba los hombros con cariño—. Sabes escoger a tus amigos, y hay pocas cualidades más importantes en esta vida. Bien hecho, ya lo creo que sí. Bravo por ti.

A Serafina le encantó la sonrisa que asomó al semblante de Braeden cuando su tío lo felicitó.

La señora Vanderbilt tomó la mano de Serafina.

—Acompáñame a la casa, cariño mío.

Mientras se encaminaban a la mansión acompañadas de Braeden, su padre y varias personas más, Serafina creyó estar soñando. Llevaba toda la vida viviendo en el sótano de Biltmore, pero era la primera vez que cruzaba la puerta principal, y se sentía como si entrara en una nube. Como una persona de verdad.

—Vamos a hablar de cosas de chicas, ¿te parece? —le propuso la señora Vanderbilt a Serafina al tiempo que le rodeaba los hombros con el brazo—. Dime, ¿a tu padre y a ti os gusta vivir en el sótano?

—Sí, señora, nos gusta mucho, pero, ¿a usted le importa que vivamos allí?

—Bueno, reconozco que no es lo habitual y no creo que sea un lugar muy cómodo para vosotros. ¿Tenéis sábanas siquiera?

—No, señora —reconoció Serafina, avergonzada—. Yo duermo detrás de la caldera.

—Ah, ya veo —dijo la señora de la casa, horrorizada—. Seguro que lo podemos arreglar mejor. Haré que bajen un par de camas con sus

colchones blanditos; todo un juego de sábanas y mantas; y, por supuesto, unas cuantas almohadas. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso, señora —exclamó la niña, radiante solo de imaginarlo. Esperaba que lo hiciera pronto, porque después de todo lo sucedido pensaba meterse en esa cama y dormir una semana entera.

—Muy bien, pues ya está arreglado —decidió la señora Vanderbilt, complacida, antes de volverse hacia su esposo.

—Me parece un plan perfecto —convino su marido—. Tenemos que cuidar muy bien de la jefa de la brigada antirratas de la casa, teniendo en cuenta la cantidad de alimañas que hay por aquí.

Serafina sonrió. El señor Vanderbilt no tenía ni idea.

Mientras entraban en la mansión, Serafina se volvió a mirar las boscosas montañas.

Ahora sabía que hay fuerzas en el mundo más oscuras de lo que jamás había imaginado, y también más luminosas. Ignoraba cómo encajaba ella exactamente en ese misterio o qué papel tendría en el futuro, pero sabía que formaba parte de ello, parte del mundo. Y se daba cuenta de que no son las circunstancias del nacimiento las que sellan tu destino, sino las decisiones que tomas y las batallas que decides librar. Qué importaba si tenía ocho dedos o diez en los pies, si sus ojos eran azules o ambarinos. Lo único que importaba era lo que tenía por delante.

Se preguntó emocionada qué le enseñaría su madre en los días venideros, que cualidades desarrollaría y qué descubrimientos haría o vería cuando caminase de día y merodease de noche.

Miró los leones de piedra que custodiaban las puertas principales de la mansión. Ya no era una simple cazadora de ratas sino la defensora que ahuyentaba a los intrusos y a los espíritus malvados. Era la protectora de la Casa Biltmore.

La cazadora, la guardiana.

Y Serafina era su nombre.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a mis maravillosas editoras de Disney-Hyperion, Emily Meechan y Laura Schreiber, y a mi excelente agente, Bill Contardi, por haber creído en Serafina, por su perspicacia a la hora de mejorar el manuscrito y por su empeño en que la historia viera la luz en las mejores condiciones.

También querría expresar mi reconocimiento a mi mujer, Jennifer, y a mis hijas, Camille y Genevieve, por su importante papel en la creación y la mejora de la historia de Serafina. Puede que mi nombre aparezca en la portada, pero el libro ha sido una inmensa obra de amor por parte de toda nuestra familia. Asimismo, me gustaría dar las gracias a mis dos hermanos, Paul y Chris, que me han acompañado desde el principio.

Gracias al personal y a la dirección de la Casa Biltmore por su apoyo a *Serafina y la capa negra* y su empeño por preservar una parte importante de la historia estadounidense para disfrute del público.

Por último, me gustaría expresar mi agradecimiento a las personas que me han ayudado a ser mejor escritor a lo largo de los años: Tom Jenks y Carol Edgarian de la revista *Narrative* por su amistad y sus consejos narrativos, Alan Rinzler por sus correcciones y su orientación, Allison Itterly por sus intervenciones en las primeras versiones de Serafina, y todos los editores y lectores que han comentado mi trabajo durante todo este tiempo. Si acaso sé algo de escritura, es gracias a que siempre os he escuchado a todos con atención.